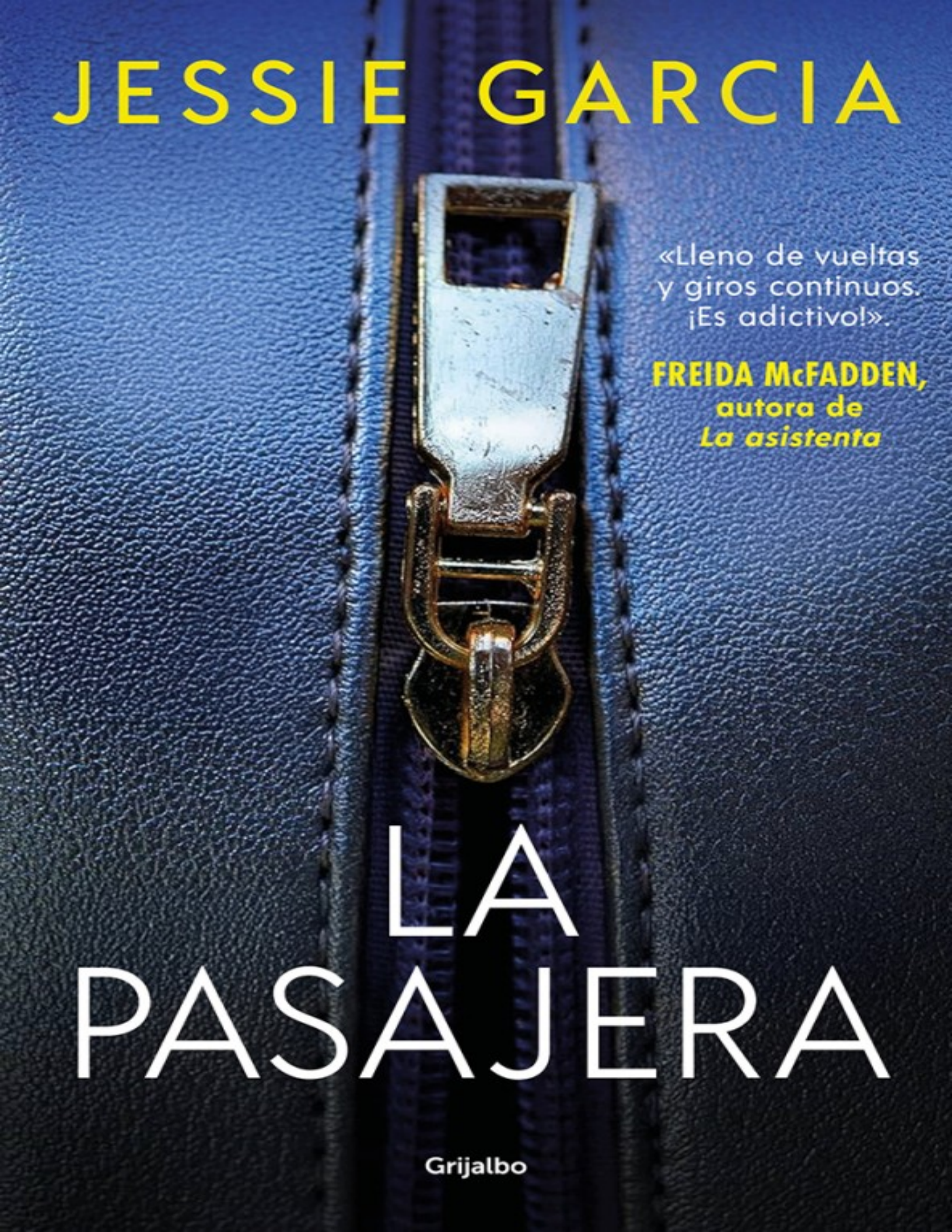

JESSIE GARCIA
«Lleno de vueltas y giros continuos. ¡Es adictivo!».
FREIDA McFADDEN, autora de La asistenta
LA PASAJERA
Grijalbo

JESSIE GARCIA

La pasajera

Traducción de
Jesús de la Torre Olid

Grijalbo

Dedicado a mi madre,
que me dio el amor por la palabra escrita

PRIMERA PARTE

1

Jasmine
El día del vuelo

Tenía que moverme con cuidado, en silencio, cogiendo solo lo que pudiera en medio de la oscuridad sin despertar a Glenn. Soltó un bufido y se giró hacia un lado. Yo me quedé inmóvil, con la mano levantada sobre la maleta, preparada para abortar la misión y volver a meterme en la cama si era necesario. Siempre podía mentir y decirle que acababa de levantarme para ir al baño. Recé por que, si pasaba eso, no se diera cuenta de que llevaba puestos unos vaqueros.

Se le empezó a abrir la boca de una forma cómica y roncó un poco. Parecía estar profundamente dormido, quizá en parte gracias al zolpidem, su medicación para el insomnio. No es que la noche anterior se hubiese tomado uno por voluntad propia exactamente. Yo había machacado una pastilla y había echado el polvo en su lata de cerveza. Él guardaba las pastillas en el armario del baño. Se las había vendido un tipo en el mercado negro y eran superfuertes, según me dijo; más de lo que recetaría ningún médico. Normalmente lo dejaban totalmente fuera de combate.

Pero aunque estuviera dormido, no podía arriesgarme a abrir ningún cajón de la cómoda. Aquel viejo mueble de madera crujía al

menor movimiento. Tampoco podía arriesgarme a hacer ruido con las perchas del armario, así que tenía que elegir entre lo que había en el suelo o en el cesto de la ropa sucia. Un pantalón de chándal y unas mallas, algunas bragas y un sujetador del cesto, un par de camisetas mías y una camisa abrigada de franela roja de Glenn que siempre me había gustado. Al fin y al cabo, estábamos en enero y yo me iba a ir de Wisconsin a Denver. Regalarme su camisa de franela era lo menos que podía hacer.

No encontré ningún calcetín a juego, así que cogí varios desparejados y los metí también. Podía comprarme calcetines en mi nueva ciudad, igual que un cepillo de dientes y otros productos de primera necesidad. Pero quería llevarme mi perfume de pachuli y, en silencio, cogí de lo alto de la cómoda el pequeño bote de muestra de la perfumería y me di en las muñecas unos toques del aroma familiar que tanto me recordaba a mi abuela antes de cerrar bien el tapón para que no se me derramara en el bolso.

Despacio, me puse las zapatillas deportivas sin apartar en ningún momento la mirada de Glenn. Los párpados se le agitaban en la fase REM del sueño. Mi corazón parecía ir a la misma velocidad. Normalmente no se levantaba hasta las once de la mañana, más o menos. Todavía quedaban seis horas. Había tratado de planearlo a la perfección para escapar dos horas después de que se quedara dormido.

Glenn no podría imaginarse jamás que yo estaba en el aeropuerto. Si sospechaba algo, probablemente buscaría en la estación de autobuses del centro de Madison; quizá en la de ferrocarril de la cercana Columbus. Lo más probable era que pensara que andaba en casa de alguna amiga o compañera de trabajo y que simplemente

estaría enfurruñada una noche, y él saldría a buscarme montando un escándalo, como había hecho en el pasado. Jamás podría creer que yo tuviera dinero para un billete de avión, pero lo tenía. Había estado guardándome las propinas del bar durante más de un año y cogiendo algún que otro billete de diez o veinte dólares de la cartera de Glenn cuando pensaba que él no se daría cuenta. Los días de paga y las noches de suerte en el casino solían ser los mejores momentos.

Cuando me levanté, me fijé en el contorno de mi cara en el espejo que había sobre la cómoda, con la luz de la luna iluminando la mitad. Pelo largo y rubio, unas gafas redondas falsas de segunda mano que siempre me habían recordado a John Lennon. No tenían lentes de cristal, sino de plástico transparente, pero me gustaba cómo me quedaban y me las ponía de vez en cuando. Me sentía orgullosa de que a los cuarenta y cuatro años siguiera sin necesitar gafas de verdad.

Cuando me subí una manga, me estremecí al ver el oscuro moretón con las marcas de los dedos que Glenn me había hecho unas noches antes. Nuestra última pelea. La que me destrozó. Me acusó de haber estado flirteando con unos tíos en el bar, me llamó «puta zorra» y me empujó sobre la cama, obligándome a tener sexo. Yo aparté la cabeza y cerré los ojos. Cuando terminó, me agarró del brazo, el que me había dejado marcado, y lo estrujó hasta que se me quedó dormido.

—¿Qué pasa? ¿Estás pensando en uno de los tíos del bar en vez de en mí? ¿Eh? Joder, no me mientas…, zorra.

Siguió apretando hasta que le supliqué que parara. Por fin, me empujó el brazo con fuerza sobre la cama y fue a darse una ducha.

Le gustaba decirme que estaba sucia. Yo siempre me hacía un ovillo mientras él se duchaba; lloraba en silencio, mordiéndome las uñas y preparando mi huida.

Había intentado dejarlo dos veces antes, pero él me había encontrado, me había arrastrado del pelo y me había metido a la fuerza en su camioneta para llevarme de vuelta a su caravana. No me dejaba tener mi propio coche. Me recogía en el trabajo y me llevaba y, a menudo, se pasaba también la mayor parte de la noche en el bar, en apariencia jugando al billar o a los dardos, pero yo podía notar sus ojos clavados en mí, especialmente cuando servía a otros hombres.

¿Cómo había terminado tan mal? Cuando conocí a Glenn, él era uno de esos tíos del bar. A lo largo de mi vida había pasado por varios curros que nunca me habían gustado, pero encontré aquella taberna grande y animada del Medio Oeste gracias a Anna, mi vieja amiga del instituto, que trabajaba allí. Era de esos sitios donde la cerveza y las risas campaban a sus anchas hasta bien entrada la noche. Yo sentía que podía empezar a valerme por mí misma tras salir de una relación larga y tumultuosa. De hecho, no habían pasado más que tres meses desde la ruptura y quería estar un tiempo sola para curarme y, después, tratar de conocer a alguien decente. Pero ese tiempo no duró mucho.

Glenn era un tipo fornido que se hacía notar allá donde fuera. Tenía la espalda ancha y el pelo largo recogido en una coleta, y atrajo mi atención enseguida. Antes de darme cuenta, empezamos a flirtear mientras yo le llevaba sus botellas de Miller High Life.

Me pareció muy amable al principio, cuando se ofreció a acompañarme al coche tras la hora de cierre para que no me pasara

nada, y me preguntó cortésmente si le podía dar mi número de teléfono. En nuestra primera cita, insistió en que no me bajara de la camioneta hasta que él diera la vuelta y me abriera la puerta. Era algo tan anticuado que me hizo gracia.

Al principio, yo no sabía si de verdad estaría interesado en mí. Él ni siquiera había cumplido los cuarenta y yo me sentía mucho más vieja a su lado. Pero a los dos nos gustaba la música en directo y fuimos a conciertos y espectáculos y, en medio de los bailes, el sudor y el calor, nos dimos nuestro primer beso y pasé la noche en su caravana.

Durante meses, todo fue estupendo. Yo creía que había encontrado a mi príncipe azul. Nos acostábamos tarde, nos levantábamos tarde, hacíamos el amor antes de desayunar y, a veces, después, y salíamos al campo los fines de semana con su Harley. Me fui de mi casa y me mudé a la suya al poco tiempo, y mi plan original de estar sola durante un tiempo se desvaneció ante la perspectiva de un nuevo amor.

Pero la primera señal de que las cosas se empezaban a torcer fue cuando mi coche se averió. Glenn insistió en que lo vendiéramos como chatarra y que él me llevaría adonde me hiciera falta. No me gustaba la idea de quedarme sin mi coche, que me había acompañado durante casi diez años. Lo llamaba mi Maeve Motorizada y no me entusiasmaba la idea de perderlo y verme obligada a depender de Glenn. Pero insistió en que era lo más sensato porque él tenía un trabajo de albañil con horario flexible, y podía salir y entrar cuando quisiera. En el desguace nos dieron seiscientos dólares por mi querida Maeve. Glenn decidió que lo dedicaríamos a «gastos domésticos» y se lo guardó.

Luego empezaron los celos. Si hablaba con algún dependiente de una tienda, Glenn me preguntaba si ese desconocido me parecía atractivo. También empezó a decirme cómo no debía vestir en el trabajo: «Con esa camiseta se te ven demasiado las tetas» o «Ese color te hace parecer aún más vieja de lo que eres».

No le gustaba que estuviera sola, ni siquiera para dar una vuelta los domingos. «¿Por qué necesitas salir sin mí?», me preguntaba. «¿No estamos enamorados?». Siempre me rodeaba firmemente la cintura con el brazo, a todas horas. Al principio me parecía un gesto de cariño pero, con el tiempo, pasó a ser de posesión.

Lo siguiente fue el sexo duro. Quiso probar a atarme a la cama y yo me opuse. Me dijo que tenía que complacerlo y que debíamos probar lo que él deseara y, a continuación, me agarró y lo hizo sin más, sujetándome los brazos al poste. Después de aquello, teníamos sexo siempre que él quería y como él quería, por muy agotada que yo estuviera cuando llegaba a casa del trabajo.

Pero lo peor ocurrió de manera inesperada en mitad de la noche. Yo estaba durmiendo cuando, de repente, sentí que algo me presionaba con fuerza alrededor de la cabeza y que era incapaz de respirar. Mientras me daba cuenta con espeluznante claridad de que tenía una almohada sobre la cara, oí cómo Glenn se reía cuando empecé a sacudirme. Justo cuando yo trataba de gritar, la levantó y se dejó caer sobre el costado, riéndose de manera descontrolada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras tosía y escupía, y conseguí reunir por fin el aliento suficiente para gritarle: «¿Qué coño haces?».

—Dios, Jasmine. Tu cara… tu cara cuando te he quitado la almohada. Tus ojos, hostia puta. Nunca te he visto los ojos así…

Siguió soltando carcajadas, sujetándose el vientre y dejándose caer mientras yo le aporreaba el brazo con los puños gritando y tosiendo.

—No tiene gracia, joder, Glenn.

—Ven aquí, cariño. Solo era una broma. —Me rodeó con los brazos y me empezó a besar en la cabeza y la cara.

Fue entonces cuando decidí coger parte de mi dinero de las propinas y esconderlo cada noche en una caja de tampones dentro de mi bolso de flecos. Él siempre quería que destinara un porcentaje de las propinas a esos imprecisos «gastos domésticos», pero me las arreglé para retirar un poco sin que se diera cuenta. Después cambié el dinero a un álbum de fotos que guardaba en una caja de cartón en la zona de almacenamiento de la caravana. Él nunca miraba ahí. No le interesaban mis fotos de la infancia ni las postales ni los recuerdos que yo tenía en la caja. Me imaginé que lo tiraría todo a la basura o le prendería fuego cuando me hubiese ido.

Para hacer sitio a mi creciente reserva de dinero, saqué los soportes de plástico de las anillas metálicas del álbum de fotos, quité las fotos viejas de sus fundas y las dejé sueltas. Sin los soportes de plástico tenía espacio para los billetes. Cogí una caja de cerillas, prendí fuego a las fundas en la parte de atrás mientras Glenn estaba en el trabajo y el olor del plástico y el papel quemándose se me metió por la nariz y me puso los ojos llorosos, pero para mí también olía a libertad.

Seguí así durante más de un año, fingiendo que todo era normal con Glenn mientras preparaba mi huida. Me había convertido en un robot en su presencia, un cascarón de la antigua y alegre Jasmine. Mi nombre era Jasmine Veronica. Nunca supe en qué estaría

pensando mi madre. Pero también es verdad que ella había sido como una desconocida para mí durante buena parte de mi vida. Tuvo tres hijos con tres hombres distintos y, por alguna razón, decidió desde muy pronto que yo era la oveja negra. Aún no habría cumplido yo los diez años cuando oí que le contaba a una amiga que jamás habría debido tener una tercera hija, que mi padre era de lo peor, que yo me parecía mucho a él. Corría el rumor de que estaba en alguna cárcel. Tampoco es que ninguno de nuestros padres estuviera presente. Mi madre se quejaba de que tenía que cargar con sus hijos —eso sí estaba claro— o, al menos, se quejaba de que tenía que cargar conmigo.

Yo era cinco años menor que mi hermana y siete menor que mi hermano. Me crie con la sensación constante de ser una marginada. Flaca y desmañada, necesité varios años de aparatos dentales mientras a mis hermanos la naturaleza les concedió unos dientes casi perfectos. Mi madre se quejaba sin cesar de lo que yo le costaba. Me tenía que esforzar tremendamente con las matemáticas y las ciencias, mientras a ellos dos parecía que todo lo relacionado con los estudios les resultaba fácil. Se me daba tan mal que casi me hicieron repetir un curso. Mi madre le dijo a una amiga, esta vez delante de mí, lo avergonzada que estaba.

Todo lo que yo hacía o quería parecía ser una molestia, incluso necesidades básicas como la comida. «¿Otra vez tienes hambre?», preguntaba con un fuerte suspiro y clavándome los ojos, incluso en lo que a mí me parecían momentos normales para comer. Me puso el apodo de Cerdita y gritaba lo de «Esta cerdita fue al mercado…» cuando yo iba en busca de algo para picar. Mis hermanos no me ayudaban. Nunca pareció que yo fuera para ellos otra cosa que un

fastidio, y me decían que los dejara en paz cuando trataba de empezar un juego o de hablar de alguna emoción.

Mientras crecía, tuve algunos encontronazos con la policía en el instituto. ¿No era lo normal? Luego me quedé embarazada a los dieciocho años y mi madre tuvo que pagarme el aborto. ¿No era eso mejor que traer a un hijo no deseado a aquel mundo de locos? Así que no fui a la universidad como mis hermanos. Probé a estudiar cosmética porque siempre me había gustado jugar con el maquillaje, pero mi madre me dijo que se había hartado de pagar cosas y tuve que dejarlo porque yo no podía costearme las clases.

La verdad era que sencillamente yo no le gustaba y nunca le había gustado. El hecho de que ella trabajara como auxiliar de enfermería en una residencia de ancianos resultaba de lo más irónico. Podía cuidar con ternura a verdaderos desconocidos, pero no mostrar ni un ápice de cariño por su propia hija.

Mi madre y yo nos fuimos distanciando después de lo del aborto y las clases de cosmética. Durante algunos años nos enviamos felicitaciones de Navidad superficiales con palabras cada vez más forzadas y formales, como si estuviésemos dirigiéndonos a algún antiguo vecino, no a un familiar cercano.

«Que pases una feliz Navidad», había escrito mi madre en la última. Ni siquiera llevaba mi nombre en el interior y lo había firmado con «Tu madre», en lugar de «Con cariño, mamá». No pude evitar compararlo en mi imaginación con lo que pensé que escribiría a mi hermano y a mi hermana, y decidí en ese momento dejar de enviarle tarjetas o cartas. Cuando me mudé a un apartamento nuevo en la ciudad, no le di mi dirección. No habíamos hablado desde entonces. Lo último que supe fue que mi hermano vivía en Chicago

y mi hermana en algún lugar del norte del estado de Nueva York. Él se dedicaba a no sé qué de ordenadores y ella era una de esas ejecutivas que trabajaba como representante farmacéutica y a la que yo me imaginaba volando en aviones por todo el país para ir a reuniones importantes y cosas así. Tampoco a ellos les había dado mi nueva dirección. El mismo año en que me alejé de mi madre, me alejé también de ellos. Para mí era más fácil en todos los aspectos mostrarme más dura.

Intentaba no pensar en ellos ni en mi madre muy a menudo. Me enfadaba y me ponía triste. En general, me sentía bien estando alejada de todos ellos pero, a veces, echaba de menos una familia en la que apoyarme. Como en este momento. Sin embargo, iba a necesitar apoyarme en mi propia inteligencia. A lo mejor no la había tenido para los libros, pero sí para desenvolverme en la vida. Eso sí lo sabía.

Había llegado mi hora.

La ciudad de Denver me parecía atractiva. No sabía por qué, puesto que no conocía a nadie allí ni había estado nunca, pero un sitio con montañas y un montón de gente relajada y amante del aire libre me parecía magnífico. ¿Por qué no empezar de nuevo allí? No tenía muchos más planes aparte de llegar con suficiente dinero para vivir hasta que encontrara un trabajo. Solo necesitaba dejar primero a Glenn sin correr ningún peligro. Tenía mi teléfono móvil, el enorme fajo de billetes que había sacado del álbum de fotos después de que él se hubiese quedado dormido, algo de ropa y un plan para salir en avión esa tarde.

Mi gran dilema era cómo ir desde nuestra caravana hasta el aeropuerto sin coche. Como nunca había usado un Uber, le pregunté

a Anna, la amiga del instituto que me había buscado el trabajo en el bar, que me enseñara cómo instalar la aplicación. Lo hicimos en el baño de señoras al terminar de limpiar la noche de antes. A Anna se le daba bien ese tipo de cosas desde siempre. En el Instituto de Madison North, le gustaba enseñarnos todo tipo de tecnología que nos volaba la cabeza. Las cosas de ordenador de mesa del principio habían pasado a ser trucos para el iPhone, imágenes de IA o el tipo de preguntas que se le podían hacer a ChatGPT.

En la oscuridad de la caravana, saqué nerviosa el móvil del bolso y lo tapé con la mano para que la luz no fuera demasiado fuerte por Glenn. Me puse a reservar un trayecto desde el final de la calle donde estaba aparcada su caravana. Si esa aplicación de Uber no funcionaba, no estaba segura de lo que haría. A lo mejor dejar el plan para otro día u otra semana hasta que consiguiera que Anna me mostrara en qué me había equivocado. Pero al buscar vehículos cercanos, vi que funcionaba a la perfección. Apareció un punto en mi ubicación exacta y dijo que un coche con un conductor que se llamaba Carlos estaba a quince minutos de distancia.

Quince minutos. «Respira, Jasmine, respira». Tras confirmar la recogida, miré a Glenn. Estaba desnudo, como siempre dormía, con una fina sábana cubriéndole de cualquier manera. Yo siempre tenía frío y necesitaba pijamas abrigados y a veces mantas, sobre todo en el enero de Wisconsin. Él decía que parecía una «puta vieja» e intentaba obligarme a dormir también desnuda, pero yo me pasaba toda la noche tiritando si lo intentaba.

Me agaché, metí mi fajo de billetes en la maleta y empecé a cerrar la cremallera con cuidado. Esa podía ser la parte más peligrosa, además de la de escabullirme por la puerta de entrada sin hacer

demasiado ruido. Con cuidado, moví la cremallera un centímetro y esperé a ver si había alguna reacción. Otro centímetro y volví a esperar. Con el siguiente centímetro que probé, él se dio la vuelta y se puso boca arriba, subiendo el brazo por encima de su cabeza, y yo me detuve y esperé hasta que estuvo otra vez completamente dormido.

Miré a mi lado de la cama y surgió en mi cabeza una fantasía: ¿Y si lo asfixiaba con la almohada mientras dormía? ¿Y si no la soltaba como había hecho él conmigo? Podía dejarlo ahí, muerto. Pero no estaba segura de poder con él y la perspectiva de pasarme la vida en la cárcel era demasiado. Todos sabrían que habría sido yo.

No, lo mejor era escapar sin más. Volví al plan de los centímetros con la maleta. Tardé más de cinco minutos en tenerla cerrada del todo. La cogí en brazos para que no rodara y salí de espaldas del dormitorio como una ladrona, con la mirada clavada en Glenn todo el tiempo.

Salir a la calle era lo siguiente. Había una puerta muy pesada, y otra con mosquitera que chirriaba, pero unos días antes había engañado a Glenn sacando un cúter de su caja de herramientas para hacer un corte en la mosquitera y luego diciéndole que la había roto el vendaval que habíamos tenido hacía poco. Así que Glenn tuvo que llevarla a su amigo de Contraventanas y Mosquiteras Monona para que la reparara. Con la puerta mosquitera fuera de juego, no iba a resultar tan difícil salir.

¿Y la tonta era yo? Se iban a enterar él, mi familia y todo el mundo.

De repente pensé en el Uber que estaba de camino y me pregunté si tenía que darme prisa. ¿El conductor tocaría el claxon si no estaba

allí a la hora convenida? El corazón se me aceleró aún más y las manos me empezaron a sudar, haciendo que la maleta que tenía en los brazos se me resbalara por un instante. La levanté y me sequé las palmas rápidamente en los vaqueros mientras con el otro brazo sujetaba la maleta.

Todavía podía oír la respiración uniforme de Glenn por el pasillo de la caravana, el ruido áspero del aire que entraba y salía de sus pulmones. Siempre respiraba muy fuerte. Llevé la mano derecha al pomo de la puerta y lo giré milímetro a milímetro, hasta oír el último clic cuando se abrió.

Un búho ululó en un árbol cercano y aquel sonido me sobresaltó y tranquilizó a la vez. Con renovada decisión, abrí la puerta y salí de la caravana. Respiré el aire frío y cerré al salir con todo el cuidado que pude. Una ráfaga de invierno no iba a ser lo que despertara a Glenn.

Hacía tanto frío en la calle que me salía vaho de la boca, pero era un tiempo bueno para volar. Una tormenta de nieve habría frustrado mis planes. Llevaba una semana viendo la previsión del tiempo en las noticias locales de la CBS para estar segura. Su meteorólogo principal era mi preferido. Guapo y divertido. Glenn me había preguntado una vez si el meteorólogo me parecía atractivo. Le mentí diciéndole que no.

Oí el sonido de un coche que avanzaba por la grava a lo lejos y vi el barrido de unos faros. A Glenn no le gustaban los aparcamientos para autocaravanas —demasiada gente, decía—, así que se había buscado un pequeño terreno y había colocado allí la suya. Teníamos vecinos cerca, pero no tanto como para verlos a diario.

Ladeé la cabeza para escuchar algún movimiento de Glenn por encima del sonido de la grava, y me inundó una sensación de alivio

cuando comprobé que la caravana seguía en silencio. Envolví con mis brazos la maleta y me enderecé para caminar todo lo recta y segura que podía en dirección al Uber que me esperaba. Tenía que aparentar control, no el aspecto de una loca que está huyendo. Tomé profundas bocanadas de aire, me recompuse para mostrar una gran sonrisa en mi rostro y me dirigí hacia el coche.

Había pensado decirle al conductor que iba a un viaje de trabajo si me preguntaba. Pensé en mi hermana con lo que imaginaba que sería ropa elegante, todo el maquillaje que quisiera y unos zapatos caros en los pies. Yo podía actuar como si fuese alguien importante y fantasear con que ese mismo día dejaría cautivada a una sala llena de gente con mis dotes empresariales. A lo mejor no era demasiado tarde para que esa vida se hiciese realidad. A lo mejor podría asistir a alguna escuela de negocios de Denver y abrirme por fin camino para conseguir un trabajo así. Esa era la nueva yo.

Carlos era un tipo fornido cuyo pelo despeinado hizo que me preguntara si se acababa de levantar, pero era hablador y me hizo un montón de preguntas. Yo empecé con las mentiras. ¿Por qué cogía un avión? «Viaje de negocios». ¿A qué me dedicaba? Recurrí a mi hermana: «Trabajo para una empresa farmacéutica». ¿Adónde viajaba? No quería decir que a Denver, por si Glenn conseguía localizar a aquel hombre, así que elegí también el estado de mi hermana. «A Nueva York». Imaginé que allí tenía que haber bastantes convenciones y reuniones.

Hábilmente dirigí la conversación hacia él y empezó a soltarme una perorata sobre sus hijos y sus actividades extraescolares. Perfecto. Desconecté y miré por la ventanilla, haciendo tan solo

pequeños comentarios afirmativos cuando veía que tenía que contestar.

Carlos se detuvo en las salidas de Delta. Cuando estaba sacando mi maleta del maletero, tuve una repentina sensación de pánico. ¿Y si veía en el aeropuerto a algún conocido que casualmente fuera a volar ese mismo día? ¿Alguien del bar o de mis anteriores trabajos en la ciudad, incluidos el de dependienta de gasolinera y el de asistenta en varias casas? Tenía un plan, pero no me parecía infalible.

Tenía en el bolso una gorra de béisbol azul de Los Angeles Dodgers de una tienda de segunda mano. Eso, más las gafas redondas falsas, me serviría parcialmente como disfraz. También podría esperar sentada en algún rincón apartado o incluso en el baño de señoras todo el tiempo que necesitara hasta que despegara el avión.

Rápidamente me puse la gorra y me recogí el pelo por dentro lo mejor que pude, manteniendo la mirada baja mientras me dirigía al mostrador de billetes. Una mujer risueña con un corte de pelo perfecto y demasiada sombra de ojos me saludó.

—¡Buenos días! ¿Facturación para hoy?

¿Cómo podía estar tan despierta a las 5.30 de la mañana?

—Sí, la verdad es que tengo que comprar el billete. Se puede pagar en efectivo, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió, pero también me dio la impresión de que me miraba con recelo. ¿Qué mujer se presenta con una gorra de beisbol y paga en efectivo?—. ¿Adónde se dirige?

—A Denver —contesté improvisando un falso entusiasmo—. Una despedida de soltera. Las chicas solo quieren divertirse, ¿eh?

—Así es —respondió cogiendo mi carné de conducir para anotar los datos mientras yo sacaba dinero del bolso con cuidado de que ella no viera el resto del fajo. No quería que sospechara.

Coloqué los billetes en el mostrador.

—He estado ahorrando el dinero de las propinas para esto. ¡Estoy deseando ir!

—¿Quiere también un billete de vuelta? —dijo.

No había previsto esa pregunta. Tuve que pensar con rapidez.

—Eh, no… Vuelvo en coche con una amiga el lunes.

Asintió y contó los billetes. A continuación pulsó varios botones y empezó a salir un billete, y el zumbido de la impresora electrónica me sonó a mayor libertad aún. Mis hombros empezaron a relajarse un poco.

—Ha llegado con muchísima antelación. —Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado—. Su vuelo no sale hasta esta tarde.

Los hombros volvieron a recuperar la tensión. Traté de actuar como si aquello me hiciera gracia.

—Ah, tengo trabajo pendiente, así que he pensado que podría hacerlo aquí. —Señalé hacia el equipaje de mano—. Llevo el portátil en el bolso. Y otra amiga va a comer conmigo antes de embarcar.

Me pasó la tarjeta de embarque.

—Genial. ¡Espero que pase un estupendo fin de semana de chicas!

—Gracias —respondí sonriendo.

Arrastré mi maleta de ruedas llena de calcetines desparejados y ropa sucia hacia el control de seguridad, imaginándome a Glenn profundamente dormido. Pero ¿qué pasaría cuando se despertara? Comenzó a invadirme una energía nerviosa y empecé a morderme las uñas. Podría denunciar o no mi desaparición. Yo estaba bastante

segura de que no lo haría porque no querría ser el centro de una investigación policial. Podrían averiguar que nunca pagaba impuestos y que sus jefes de la construcción le pagaban sobre todo en efectivo. Tampoco desearía que los policías vieran las macetas que tenía en la ventana junto al fregadero. La marihuana seguía siendo ilegal en Wisconsin. ¿Se preocuparía por mí lo suficiente como para denunciar mi desaparición? ¿O diría sin más «bueno, ya se ha ido la zorra» y se dispondría a buscarse a otra nueva? Supuse que sería lo segundo.

Imaginé que quizá contaba con una semana antes de que él hiciera algo gordo. Mientras tanto, me llamaría, me enviaría mensajes y trataría de buscarme por la ciudad, amenazándome y diciéndome que más me valdría volver a casa echando leches. Pero, tras una semana, podía imaginarlo tomando una decisión. ¿Informaría a la policía o pensaría que sería demasiado arriesgado para él? Seguí dándole vueltas a aquello mientras pasaba por el control de seguridad y llegué a la puerta de embarque, me senté en una de las sillas de vinilo negro y encontré otra uña para morderme.

Cerré los ojos con fuerza y pensé en mi abuela, la única persona a la que me había sentido unida de verdad en toda mi vida. Había muerto justo antes de que yo empezara el instituto. Mi madre me dijo más tarde que mi abuela se revolvería en su tumba si viera en qué me había convertido, pero yo no la creía. La abuela que yo recordaba me llevaba regalos y caramelos y dejaba que me sentara en su regazo siempre que quería cuando era niña, y el olor de su perfume de pachuli me reconfortaba. Me decía que yo era lista y guapa, en ese orden, y que no lo cambiara. Eso fue después incluso de mis problemas con los estudios, y aquellas palabras significaron

mucho para mí. Necesitaba que me mirara desde el cielo y me guiara. Yo no era de las que rezaba, pero cerré los ojos y dirigí una oración a mi abuela de todos modos.

2

Stephanie

La noche anterior al vuelo

Hacer maletas era una de mis actividades menos favoritas. Irónico, considerando lo mucho que viajaba. Por supuesto, siempre tenía preparada una pequeña maleta con mis cosas de aseo, botes de viaje de champú y acondicionador de mi marca preferida, una pastilla de jabón hidratante en una caja de plástico rosa y una muestra de mi perfume favorito (floral y ligero), pero era la organización de la ropa lo que siempre me suponía mucho esfuerzo. Ya eran las 22.30 de la noche y no podía seguir retrasándolo.

Había prometido a mi equipo que trabajaría media jornada la mañana siguiente, antes de salir para la conferencia. Lo de siempre: dejarlos bien encaminados antes de que la jefa se fuera. Iba a ser una jornada larga de viaje: de Madison a Denver. De Denver a San Diego. La Cumbre de Informativos de Televisión empezaba el jueves por la mañana.

Iban a asistir cien directores de informativos que no se conocían entre sí para escuchar a expertos y compartir opiniones. Las cadenas de televisión de todo el país estaban tratando de mejorar sus programas de noticias locales. Los espectadores querían algo distinto

—como demostraban los índices de audiencia a la baja— e íbamos a tratar de averiguar exactamente qué era.

Cuando examiné la ropa de mi armario, una blusa de seda verde oscura llamó mi atención y la descolgué de la percha para colocarla con unos pantalones marrones de trabajo; eso serviría como conjunto número uno para el primer día.

Ahora, el conjunto número dos. Recorrí con la vista las hileras de prendas profesionales. Había tratado de organizar el armario dividiéndolo en trabajo y ocio, una mitad a cada lado. La parte del ocio estaba desordenada: mallas y sudaderas desparramadas de cualquier manera y vaqueros tirados en el suelo. Pero el lado del trabajo lo mantenía bien organizado. Incluso lo tenía colocado por colores. El verde ya iba a estar representado con la blusa, así que ¿qué tal un toque distinto? Me fijé en una chaqueta rosa fuerte y encontré una camisa negra entallada que podría llevar debajo con unos pantalones negros. Añadiría unos zapatos de tacón negros. Para el conjunto número tres me moderé un poco y elegí un jersey azul marino con unos pantalones de pata de gallo y unos zapatos que parecían zapatillas de deporte con tacón.

Como ya me había ocupado de la ropa principal, podía añadir la complementaria. Un vestido largo de flores y uno negro más corto, pijama, pantalones cortos de gimnasia, zapatillas de deporte, mis bragas favoritas, varios sujetadores que iban desde los más prácticos a los de encaje, bodis de distintas formas y varios calcetines.

Además del somnífero que me habían recetado, y una plancha de ropa y otra de pelo, metí un joyero de viaje con pendientes largos y cortos y varios collares. Por fin, sobre las 23.15, había acabado con

la tarea. Solté un suspiro, la fatiga empezaba a acumularse en mis ojos. Estaba echando la cremallera de la maleta cuando entró Fred y se frotó contra mi rodilla con un suave ronroneo.

—Hola, pequeño Freddie. —Lo levanté del suelo y lo cogí boca arriba como si fuera un bebé recostado en mi brazo izquierdo. Él me parpadeó con gesto de aprobación y ronroneó más mientras yo seguía acariciándole el vientre con la otra mano—. Sí, mami se va a ir, pero volveré pronto. Y Robert te dará de comer.

Mami tenía que salir de viaje con demasiada frecuencia. Dave, mi jefe, siempre me pedía que representara a la cadena en conferencias, seminarios, talleres y en nuestras reuniones trimestrales en las oficinas centrales de Cleveland. Hacía ya mucho tiempo que tenía la sensación de que probablemente él creía que yo era un recurso fácil. A lo mejor lo era. Como mujer divorciada con un hijo mayor y solo un gato, podía dejarlo todo y marcharme, eso era verdad, pero tanto viaje me estaba agotando. No había nada de diversión en esos viajes. Eran por trabajo y yo tenía que estar en modo «profesional» todo el tiempo, codeándome con los otros y hablando de temas laborales. Este era el cuarto viaje en los últimos seis meses al que me pedían que fuera.

Tras besar a Fred en la cabeza, volví a dejarlo en el suelo. Él olisqueó la maleta, frotó dos veces la cara contra ella y saltó sobre mi cama, haciendo un lento círculo para encontrar su sitio, listo para dormirse.

Me puse un pijama de franela y unas babuchas para combatir el implacable frío de enero y bajé a la cocina, saqué varias latas de comida húmeda para gatos y una bolsa de comida seca, las coloqué en la encimera y escribí una nota para Robert.

Hola, vecino. Gracias de nuevo por dar de comer a F. Te traeré un regalo de California. ¡Suerte con tu cita! Además, he decidido comprar ese reloj de alarma que te despierta con la luz, el que me dijiste. Llega el viernes. ¿Puedes recogerlo?

Le estaba muy agradecida a Robert. Nos habíamos hecho buenos amigos desde que se mudó al adosado contiguo al mío hacía dos años y medio. Nuestra relación empezó un día de verano en el que él estaba instalándose. Los dos teníamos las ventanas abiertas y le oí poner la banda sonora de *El violinista en el tejado*. Como antigua alumna de teatro en el instituto que era, empecé a tararear al compás con una sonrisa. Esa misma tarde estaba regando las plantas de mi lado cuando él salió con un montón de cajas de cartón de mudanza dobladas en los brazos.

—Ah, hola. ¿Eres mi vecina? —me preguntó alegremente. Enseguida lo examiné. Pelo canoso, gafas de montura negra y una sonrisa ligeramente asimétrica. Llevaba una camiseta en la que ponía: «Gay y con canas. ¿Tienes ganas?».

—Sí, hola. Soy Stephanie —contesté tratando de poner mi mejor voz de vecina alegre—. Stephanie Monroe. Bienvenido.

Cuando alargué la mano, él soltó las cajas, la estrechó con un apretón fuerte y seguro y le brillaron los ojos.

—Gracias. Estoy encantado con la casa. Soy Robert Tayburn, el vecino nuevo y evidentemente ruidoso y molesto de la casa de al lado. Espero que no te importe. Lo primero que hago en una casa nueva es conectar el Bluetooth. No puedo deshacer las cajas sin un poco de música divertida para bailar.

—No, no me importa. De hecho, me encanta *El violinista* —respondí y, a continuación, añadí parte de la letra para dejarlo claro

con un tono cantarín—: *To life! To life! L'chaim!*

—Dios mío. ¡Te sabes la letra! —Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Participé en el musical en el instituto. —Sonreí—. Solo en los coros, pero me encantó.

—¡He debido de morirme y llegar al cielo de los vecinos! —exclamó Robert.

A partir de ahí seguimos hablando. Como nos considerábamos expertos en musicales, Robert propuso que celebráramos noches de «Broadway y champán», y nos turnábamos en la casa de cada uno para comer tablas de fiambres, beber champán y cantar al compás de la música. Él también tenía un gato, y enseguida Evita y Fred se convirtieron en tema de conversación.

Robert no se había casado nunca. Me hablaba de las citas a las que acudía con hombres nuevos a los que conocía, y me animaba a salir más. Yo le hablaba de lo absorbente que era mi trabajo y del loco mundo de los informativos de televisión en el que estaba inmersa. Él no veía nunca las noticias a menos que se acercara una tormenta y necesitara saber el pronóstico del tiempo. El resto lo consideraba demasiado negativo o demasiado banal. En más de una ocasión, me reprendió en tono de broma por mi profesión. Pero, al final, se convirtió en mi confidente. Como no le importaba que nuestros presentadores o reporteros fueran famosos en nuestro entorno local y como se le daba bien escuchar, terminé contándole cosas que pasaban en el trabajo.

—¿Me estás diciendo que esa presentadora se estaba comportando como la madrastra malvada de *Cenicienta*? —

preguntaba—. ¡Pues conviértela en calabaza y a otra cosa, hermana! ¡Tú eres la jefa!

Me ayudó cuando me quejé de que era un mundo que todavía estaba dominado por los hombres. A veces, en las galas de entregas de premios o en las fiestas, otros directores de informativos de la ciudad, que casualmente eran todos señores, se sentaban juntos en plan club masculino.

—Están celosos —me consolaba Robert—. Porque tú les estás pateando el culo y se sienten amenazados.

Al menos, yo tenía un buen jefe. Dave me trataba con absoluto respeto y a Robert le caía bien por eso.

—Pero no le digas a Dave que no ves las noticias locales —le advertí riéndome una noche de Broadway y champán—. Tú formas parte del problema que todas las cadenas de televisión están tratando de solucionar.

—No te preocupes. Se me da de maravilla mentir —contestó mirándome con toda su sonrisa asimétrica—. Pensará que soy el mayor fan del Canal 3.

Robert era como un hermano. Teletrabajaba para una empresa tecnológica local, así que estaba encantado de dar de comer a Fred cuando yo salía de la ciudad. Podía fiarme de darle una llave de mi casa y por ese motivo había siempre una en su parte del adosado.

De nuevo arriba tras escribir la nota para ese último viaje, me cepillé los dientes y luego me limpié la cara con exfoliante de albaricoque, me la froté con toallitas a las que había puesto tónico de hamamelis y me puse crema de noche para las ojeras y una nutritiva facial carísima que, según afirmaba Gwyneth Paltrow en un anuncio de Instagram, era un producto milagroso. Pulsé el clic de

compra en un momento de debilidad en el que mi rostro de cuarenta y cinco años me parecía más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Olía a rosas, pero hasta el momento no me había estirado nada la piel.

Tras rociar la almohada con un espray relajante de lavanda que también olía bien, pero que no parecía inducir muy a menudo a un sueño instantáneo, me metí en la cama al lado de Fred y cogí mi teléfono de la mesita de noche. Sí, sabía que la luz azul era mala. Sí, sabía que debía estar leyendo un libro en lugar de eso, pero la tentación del chute digital antes de dormir era demasiado grande.

Mi orden de consultas siempre era el mismo: mensajes de móvil, mensajes de Teams, correo electrónico del trabajo, correo electrónico personal, Facebook, Twitter (me negaba a llamarlo X), Instagram, Threads, TikTok y mi aplicación de noticias. Como directora de informativos, tenía que estar constantemente al corriente de lo que ocurría tanto aquí, en Madison, como también en el resto del país.

Por suerte, no había ningún mensaje. Nunca se sabía lo que se podía encontrar al dirigir una redacción llena de periodistas jóvenes. Siempre había gente haciendo preguntas, con necesidad de enviarme mensajes a mí o a mi asistente de dirección a cualquier hora del día o de la noche, sobre todo el equipo nocturno, que llegaba a las diez de la noche y trabajaba para preparar el programa de la mañana. Estaban recién salidos de la facultad y temían cometer errores, así que preguntaban mucho.

Me alegró ver que parecía estar siendo una noche tranquila en Madison. Esa era una de las razones por las que me gustaba ser directora de informativos de un mercado más reducido. Rara vez

había tiroteos. Nuestros sucesos más importantes estaban ligados a la universidad o a la política del estado. Seguíamos cubriendo cosas como la inauguración de la feria de caravanas o el campeonato de la Liga Infantil, que reunía a miles de personas.

Había vivido la experiencia de la gran ciudad, había ido a la universidad de DePaul y había trabajado en Chicago, ascendiendo en el escalafón desde becaria hasta productora ejecutiva. Pero el largo trayecto diario desde nuestro barrio de las afueras a la sede de la NBC en el centro de Chicago estuvo a punto de acabar conmigo, con noventa minutos de ida y otros tantos de vuelta los días buenos, así que, cuando apareció un puesto de asistente de dirección de informativos en Madison, mi entonces marido, Jason, nuestro hijo Evan y yo hicimos las maletas y decidimos probar a vivir en una ciudad más pequeña. Dos años después, el director de informativos se fue y Dave me ascendió. Llevaba en ese puesto desde entonces.

Evan acababa de terminar la universidad y había conseguido su primer trabajo profesional encargándose del marketing de un equipo de fútbol de Minneapolis. Jason y yo habíamos durado solo un año después de que Evan abandonara el nido para irse a la universidad. Descubrimos que no teníamos mucho que decirnos el uno al otro sin el ajetreo de un hijo compartido y nos fuimos distanciando, viendo nuestras series favoritas en habitaciones distintas, buscando excusas para quedarnos en el trabajo hasta tarde y haciendo ejercicio, compras y comidas en horarios distintos.

Yo miraba de reojo a Jason por la casa y trataba de ver al chico joven que había conocido en DePaul, pero parecía que todo había cambiado. Su cara era mayor, claro, igual que la mía; pero no conseguía identificar al chico atractivo del que me había enamorado.

Por el contrario, hacía cosas que me molestaban: su costumbre de no enjuagar nunca su taza del café y dejarla junto al fregadero de tal modo que la capa marrón oscura del fondo se solidificaba; su obsesión con el fútbol y el hecho de que pareciera creer que participaba en el partido mientras se balanceaba y mecía con cada juego; su forma no solo de roncar sino de resoplar cuando se quedaba dormido en el sofá; la costumbre de dejar siempre la compra y la colada para mí, pese a que mi horario de trabajo era más extenso. Cuando íbamos de paseo, caminábamos a ritmos distintos. Sus pasos eran mucho más largos que los míos y yo notaba que él no reducía la velocidad como antes para que yo lo alcanzara. Incluso un simple paseo demostraba lo mal sincronizados que estábamos. Éramos muy jóvenes cuando tuvimos a Evan y Jason había sido un buen padre, pero yo ya estaba aburrida y cada vez más molesta con él.

Al final, una noche me armé de valor para preguntarle si pensaba que seguíamos siendo compatibles. Él se incorporó de su posición recostada en el sofá, me miró sin decir nada durante treinta largos segundos y después dijo: «Supongo que los dos hemos estado sintiendo lo mismo, ¿no?». Se me encogió el estómago. Cuando añadió «A lo mejor deberíamos probar a vivir separados» sentí a partes iguales alivio, dolor por que hubiera sido él quien lo propusiera y pena porque una pareja que había criado a un chico tan bueno llegara a su fin. Ni siquiera tratamos de acudir a terapia. Fue un divorcio amistoso y rápido. Por suerte, me dijo que no le parecía mal que me quedara con Fred. Yo habría entablado una dura batalla por mi pequeño Freddie.

Jason volvió a casarse antes de lo que me habría imaginado, y me provocó varios momentos de celos ver las fotos de la boda, con su nueva esposa y las hijas de ella, además de Evan, tan elegante con su traje; pero una parte de mí se alegraba por él. Lo cierto era que yo deseaba lo mismo. Aunque me gustaba mi vida, anhelaba el tipo de complicidad que tenía con Robert, pero con alguien que me encontrara físicamente atractiva. A lo mejor conocía a algún hombre ese fin de semana: en mi imaginación apareció como moreno y guapo. Un nuevo amor sería muy emocionante. Anhelaba aventuras, un cambio, unas vacaciones y un compañero de vida. Hacía mucho tiempo que no tenía nada de eso. Cuando le propuse a Dave que enviara a Bruce, mi asistente de dirección de informativos, a esa conferencia, me dijo que para este sería una complicación porque tenía aún dos hijos pequeños en casa. Le di unos cuantos nombres más de la redacción, diciendo que podrían disfrutar en un congreso, pero los rechazó a todos. O también tenían familia o eran demasiado jóvenes e inexpertos como para representar a la cadena. Así que continué dando vueltas en una rueda de hámster que, al parecer, no podía controlar. Hacía mucho tiempo que había pasado el momento de bajar de ella, aunque fuera brevemente.

Si alguien hubiera contemplado mi vida desde fuera se habría quedado impresionado. Tenía dinero, una carrera profesional y un hijo adulto y sano. Nunca había sufrido una enfermedad grave y aunque a mi cuerpo no le habría ido mal tonificarse un poco —me fastidiaban especialmente las alas de murciélago de los brazos—, seguía teniendo una figura decente. Mi pelo castaño tenía unas ligeras ondas naturales. Empezaban a aparecerme canas, pero iba a la peluquería para teñírmelas cada dos meses y llevaba una cuidada

melena por debajo de las orejas y por encima de los hombros. Me hacía microblading de cejas un par de veces al año y la manicura y pedicura semipermanentes cada tres semanas. Ese mes, en un rosa suave. Tenía una bici estática último modelo que no usaba tanto como antes, una cinta de correr, alfombrillas, bloques y almohadillas de yoga, balones de pilates y un juego de mancuernas caseras, todo ello en una habitación que usaba como gimnasio. La ropa me llegaba en una caja de Stitch Fix; las comidas, en una caja de Hello Fresh, y todo lo demás que deseara en una caja de Amazon con entrega en veinticuatro horas. A veces, era como si mi vida consistiese en una serie de cajas. Robert bromeaba con que estaba «encajada». Él prefería comprar en tiendas de verdad.

Supongo que yo no era más que una ejecutiva estadounidense más. Pero sentía que mis días eran muy parecidos, sin ninguna camaradería aparte de Robert. Incluso mi relación con Evan parecía estar escapando a mi control. Era como si estuviera molesto conmigo por el divorcio, no con Jason, por razones que no me podía imaginar, y solía decirme que estaba demasiado ocupado para hablar. Nuestras conversaciones semanales estaban empezando a ser más bien quincenales o incluso más espaciadas. El año anterior había elegido ir a casa de Jason tanto para Acción de Gracias como para Navidad, argumentando que era más divertido con sus hermanastras en la casa. Prácticamente tuve que suplicarle que nos viéramos para comer el día después de Navidad.

Por la noche, cuando me tumbaba despierta mirando al techo, a veces me preguntaba si todas las ocasiones en las que me había perdido acontecimientos escolares cuando trabajaba de noche o hacía turno doble en los informativos habrían supuesto un perjuicio

para nuestra relación. El trabajo normal de Jason le permitía estar disponible para todo. ¿Podría albergar Evan algún resquemor contra mí por haber trabajado hasta tarde y no poder escabullirme para ir a todos los conciertos y partidos de fútbol de su juventud? ¿O por haber respondido a una llamada de teléfono de algún trabajador joven durante la cena diciéndole a mi hijo que volvía enseguida mientras respondía a cualquier petición urgente? Él nunca lo había dicho, pero esa idea me estaba carcomiendo. La cuestión era que necesitábamos el dinero y que ese era mi horario y mi responsabilidad en un trabajo que no tenía descanso en todo el día, así que desde esa perspectiva no lo lamentaba, pero su reciente frialdad había abierto en mi alma una pequeña grieta que parecía agrandarse.

A veces pensaba que quizá Evan necesitaba un recordatorio de lo importante que yo era para él. Nada trágico, por supuesto: por ejemplo, que me diagnosticaran una enfermedad que lo asustara lo suficiente, pero de la que me recuperara. A lo mejor sentía cierta lástima por mí y volvía a mi lado. O que me perdiera en un bosque unas cuantas noches y volviera como una heroína conquistadora… ¿Haría eso que volviera a respetarme? ¿Vendría corriendo a mis brazos como cuando era niño? Quizá era ese el empujón que necesitaba. Yo había sido una buena madre, joder, y lo había lanzado a la edad adulta con todas las herramientas que necesitaba; total, para que acabara ignorándome la mayor parte del tiempo. Una noche me desahogué con Robert contándole aquello y él se rio.

—Entonces…, ¿me estás diciendo que estarías dispuesta a que te raptaran?

—Bueno, puede que sí, siempre que no me hicieran daño mientras durara.

—Un secuestrador bondadoso, ya entiendo —contestó—. Publicaré un anuncio en tu nombre.

Le di un puñetazo en el brazo.

Pero Evan no era mi único problema. Echaba de menos a mi antigua yo cuando era una rebelde en la universidad. Había sido de las que estaban dispuestas a saltarse una clase o usar una identificación falsa para entrar en un bar. Era famosa por las bromas que les gastaba a las otras chicas de mi residencia o por disfrazarme de profesora e imitar su forma de hablar. Por desgracia, desde aquella época parecía haber pasado una eternidad. Era una mujer profesional y tenía que guardar las apariencias. Sin embargo, en la intimidad, anhelaba un poco de diversión e indisciplina.

Al menos en San Diego iba a ver a Diana, una nueva amiga. Teníamos mucho en común. Hacía muy poco que la había conocido y parecía mostrar el mismo interés que yo por vivir una aventura. No trabajaba en informativos, pero sería una buena ayuda a la hora de sentir algo de emoción ese fin de semana.

Llevaba tiempo soñando con salir huyendo, empezar una vida nueva y estimulante en México, abandonar el mundo de los informativos y retirarme a una vida de vino y buenos libros. A lo mejor así Evan querría ir a verme y quedarse en mi cabaña de la playa, donde contemplar a las chicas que hacían surf. Esa fantasía de establecerme en otro país se me aparecía cada vez con más frecuencia. Me descubría viendo episodios de la versión internacional de *Cazadores de casas* y haciendo una lista de sitios de México a los que mudarme por su buen clima y su cercanía a Estados Unidos.

¿Qué me mantenía en esa zona fría del norte aparte de Robert? Era un vecino estupendo, pero no podía dejar que toda mi vida girara en torno a eso, ¿no?

Suspiré mientras volvía a dejar el teléfono en la mesita de noche. Mi futuro a largo plazo era un asunto demasiado serio como para pensar en él a las 23.45 de la noche. Lo que necesitaba era dormir. Al apagar la luz y cerrar los ojos, probé a respirar hondo para reducir el ritmo cardiaco. Tomar aire contando hasta cuatro, mantener hasta siete y expulsar hasta ocho. El olor a lavanda de la almohada se me fue adentrando por las fosas nasales y me concentré en dejar que me invadiera.

Pero no estaba funcionando.

Mientras estaba allí tumbada, con el suave edredón de flores rodeándome el cuerpo y Fred junto a mis piernas, sentí que me iba alterando en lugar de relajarme. La sensación de fatiga que había tenido apenas cuarenta y cinco minutos antes estaba desapareciendo. Era como si me hubiese saltado mi hora de dormir. Me rondaba la inquietud por el viaje que me esperaba.

Abrí un ojo, miré el reloj y vi que eran casi las 00.30. Tenía que estar completamente operativa como jefa de una redacción de informativos de televisión en menos de ocho horas y levantarme al cabo de seis y media. Joder. Aquello no iba bien. «Duérmete», me dije. «Duér-me-te». Pero mi mente se revolvía diciéndome que no.

A las 00.45 me rendí. Me levanté de la cama, para fastidio de Fred, que elevó la cabeza y soltó un maullido, abrí la cremallera de la maleta, busqué a oscuras hasta que encontré el bote de zolpidem, le quité la tapa y me tragué una pastilla entera, haciéndola bajar con el agua de un vaso que tenía en la mesita. Mi médico me había

advertido que no debía conducir hasta ocho horas después de haber tomado zolpidem y tendría que estar en la carretera en poco más de siete, pero necesitaba dormir. Lo siento, doctorcito.

Detestaba las noches así, y eran demasiado frecuentes, con el runrún de toda una variedad de preocupaciones en la mente: problemas personales; espectadores que enviaban mensajes de odio; espectadores que escribían, declarándose a alguno de nuestros presentadores o reporteros, y que rozaban el acoso; índices de audiencia en declive; meteduras de pata de nuestro personal en redes sociales… La lista era interminable.

Después de meterme de nuevo bajo el edredón de flores y buscar a tientas el teléfono, tecleé «ASMR» en la barra de búsqueda. Una amiga del grupo con el que hacía una escapada de fin de semana al año me había hablado de ello hacía tiempo y, cuando necesitaba dormir de verdad, acudía a este recurso. Había miles de vídeos entre los que elegir, la mayoría de mujeres, pero también de hombres. Hacían cosas como juegos de rol en los que ibas al médico o a hacerte un tratamiento facial. El sonido relajante de su conversación en voz baja podía proporcionarte una respuesta sensorial meridiana (en inglés, ASMR) o, dicho de otro modo, un hormigueo en la cabeza. Era mi arma secreta para relajarme. Busqué uno antiguo pero muy bueno: una mujer que fingía estar atendiéndote en un estudio de tatuajes. Entre eso y el zolpidem me estaba quedando dormida, por fin, después de la 1.15 de la madrugada. Mientras iba amodorrándome, no dejaba de pensar que quizá un cambio de escenario ese fin de semana podía ser justo lo que necesitaba. A lo mejor sí me divertía. O tenía una aventura. A lo mejor mi vida nunca volvería a ser igual.

3

Jasmine
El día del vuelo

Fue una larga mañana de espera en el aeropuerto. Primero compré un bocadillo para desayunar con un café y traté de echar un sueñecito en un asiento durante un rato, pero la cafeína unida a la adrenalina lo hicieron imposible. Sin parar de mirar el teléfono una y otra vez, esperé a ver cuándo llegaría ese primer mensaje de Glenn. Como había previsto, llegó poco después de las once.

¿Dónde cojones estás?

El estómago se me tensó hasta adquirir el tamaño y la densidad de una pelota de golf, pero tenía un plan para aquello. Imaginando que podría ganar un poco de tiempo, respondí:

Nos habíamos quedado sin leche
y algunas cosas más.
He ido a la tienda.

Él no sabía que yo había tirado la leche por el desagüe el día anterior por si abría el frigorífico para comprobarlo.

Eso queda muy lejos, joder.
Hace frío. Sabes que no me gusta que salgas sola.
Voy a por ti.

No, necesito hacer ejercicio.
Me dijiste que perdiera unos kilos, ¿recuerdas?
Voy a comprar unas cosas para preparar la cena.
Te veo después del trabajo, sobre las 17.30.
Te haré un filete.

Poco hecho. Y con patatas también.

Esa mentira de ir a la tienda me daría un tiempo esencial: todo el día, en realidad, antes de que él volviera a casa a las 17.30 y viera que yo no estaba.

Me lo imaginaba apartándose la sábana, levantándose y soltando uno de sus enormes bostezos, acompañándolo quizá de un eructo o un pedo, y entrando después desnudo al baño para lo que a él le gustaba llamar «mi meada mañanera». Estremecida ante esa imagen, me distraje mirando a los demás pasajeros del aeropuerto. Menuda mezcla de humanidad, con tantos de ellos aparentando ser felices. No era justo que pudieran experimentar alegría y un viaje sin preocupaciones mientras yo tenía el estómago revuelto y en la cabeza un barullo de imágenes de un novio del que estaba tratando de alejarme con desesperación.

«Respira con normalidad, Jasmine», me dije. «Que no se te noten los nervios». Me llevé la mano a la gorra de béisbol. En ese momento me calmaba, pero decidí que me la quitaría cuando entrara en la pasarela de acceso al avión. Entonces embarcaría la nueva y confiada yo, no la antigua y sumisa. Quería presentarme

ante el mundo como una mujer que iba de viaje con seguridad y ánimo, la mirada radiante. Una mujer que sabía a la perfección quién era y qué lugar ocupaba en el mundo, no la verdad: alguien huyendo de un pasado hecho jirones que se remontaba hasta su infancia.

Aparté todo aquello de la cabeza dejando que la mente se me llenara de fantasías. Podía estar en un viaje de chicas o en uno de negocios, dependiendo de con quién estuviese hablando. Ya había engañado al conductor del Uber y a la mujer con doble sombra de ojos del mostrador de venta de billetes.

Pero pese a que yo trataba de insuflar confianza a mi cuerpo, un germen de duda asomaba por los rincones. Era la menos inteligente de los tres hijos de mi madre, la camarera tonta que necesitaba un hombre que la mantuviera, una mujer de cuarenta y tantos años que, en realidad, no había hecho nunca nada en su vida, que jamás había tenido la oportunidad de ser libre de verdad, de salir de Madison y vivir la vida, una vida real, vibrante, emocionante y llena de aventuras.

Sentía que oscilaba entre la alegría de huir por mi propia voluntad, el miedo a lo desconocido y la depresión por lo poco que había conseguido a lo largo de los años. Tenía las manos frías y me las metí en los bolsillos del vaquero a la vez que movía los dedos de los pies dentro de las zapatillas. También los tenía congelados.

Tras decidir que necesitaba dar una vuelta, compré un bocadillo preparado de la nevera de autoservicio de una tienda de regalos y me quedé mirando brevemente las tazas, gorras y sudaderas con un Madison impreso que vendían mientras me juraba que nunca más regresaría.

No había recibido más mensajes de Glenn. Me lo imaginé en el trabajo. Estaba ayudando a retirar moquetas y sacar muebles de una gran empresa que había cambiado de sede. Debía estar allí unas cinco horas y después volvería a casa, esperando encontrar el filete que yo le había dicho que iba a preparar.

Ese fin de semana me tocaba librar en el bar, y lo había planeado para poder contar al menos con dos días antes de que nadie del trabajo se preguntara dónde estaba. Cuando no apareciera el lunes, lo harían —y quizá se inquietasen—, pero Anna estaba lista para ayudarme y darme algo de tiempo. Era la única en la que confiaba. Joder, hasta me había prestado dinero para escaparme cuando vi que no tenía suficiente. Me prometió que mentiría para no revelar mi paradero, y yo, que le devolvería los quinientos dólares. Ella me había sonreído con gesto compasivo cuando le había pedido el favor de lo del Uber la noche anterior. Me acarició el brazo. «Sabes que tengo un sofá en el que te puedes quedar unos días si quieres. ¿Te vas a ir pronto?», susurró.

«Todavía no lo sé», mentí. Algunas cosas debían seguir siendo un secreto. El vuelo y Denver eran datos que yo guardaba con celo. Se lo contaría pronto, en cuanto estuviese establecida y tuviera un trabajo para poder devolverle el dinero. Por el momento, bastaba con que supiera que me iba a ir en un momento indeterminado para escapar de Glenn.

En el bar todos eran conscientes de su temperamento irascible. Se había metido en varias peleas y su anterior novia lo había dejado cuando él la empujó con tanta fuerza contra su camioneta que le rompió una costilla. Unos meses después, ella consiguió una orden de alejamiento. Por supuesto, nadie se molestó en contarme nada

de todo aquello cuando empecé a trabajar allí. Puede que fuera porque él también tenía un lado encantador, el que primero vi cuando empezó a acompañarme al coche al terminar mi turno. Glenn podía hacer reír a todo el bar y sabía cómo conseguir que la gente se soltara. También lo había visto poniendo fin a peleas. Ese era el enigma. La coexistencia de su lado protector con el destructivo. Fue lo impredecible de esto último lo que me terminó descomponiendo.

Mientras anunciaban el embarque, me encontraba a solo unos pasos de la libertad absoluta. Deslicé la mano dentro de mi bolso de flecos. Solo quería acariciar el fajo que tenía sujeto con gomas. Muchos billetes de veinte y algunos de cinco y de diez. Ninguno de mayor valor. Todo un año de dinero para huir. Tocarlo me consolaba. Había casi dos mil dólares, incluso después de pagar el vuelo. Sujeté con fuerza el mango de la maleta de ruedas y la tarjeta de embarque, y apreté el codo contra el costado para que el bolso no se moviera. La cola avanzaba despacio.

—Bienvenida —dijo la azafata cuando le pasé la tarjeta de embarque. Ella no podía saber que esa única palabra era como un bálsamo para mi alma.

Al entrar en la pasarela sentí una oleada de emoción. Casi a mitad de la rampa, me quité la gorra de béisbol, sacudí mi largo pelo rubio y metí la gorra en el bolso. Era la nueva yo.

4

Stephanie

El día del vuelo

Despertar de un sueño inducido por el zolpidem nunca resultaba fácil. Con un gemido, volví a cerrar los ojos. El fármaco tiraba firmemente de mí para devolverme al sopor. Luchando contra él con toda mi fuerza de voluntad, busqué a tientas el móvil.

El primer deber que tenía cada día era ver quién podría haberme enviado un mensaje para decir que estaba de baja por enfermedad. Era raro el día en que no me llegaba alguno. Entre secuelas del COVID y resfriados y gripes normales, la salud mental y gente que yo sospechaba que mentía solo con el fin de tomarse el día libre, recibíamos muchos partes de enfermedad. El trabajo que habíamos elegido no era fácil. Asegurarse de que no nos superaban otras cadenas de televisión de la ciudad provocaba un estrés agudo, y mayor presión aún era verificar por partida triple que todo lo que emitíamos era imparcial y objetivo.

Eché un vistazo a los mensajes de Teams y dirigí mi atención a los correos electrónicos. En una cadena de informativos puedes recibir cientos de e-mails al día, puede que incluso miles: artículos, comunicados de prensa y declaraciones de políticos, notas internas de reporteros y productores, reacciones de telespectadores. Era un

mar infinito de cosas que mirar. Desplazándome por los correos de la noche y primera hora de la mañana, descarté el noventa por ciento como carentes de importancia, pero señalé algunos para contestarlos más tarde.

La vejiga me estaba pidiendo con urgencia que me levantara de la cama, así que dejé el teléfono para encargarme de ella, lavarme y ponerme ropa de trabajo que también fuera adecuada para el vuelo: unos pantalones elásticos como de yoga que daban el pego de ser de trabajo, botines que resultaran cómodos para andar y un jersey ancho pero serio, de cuello vuelto y holgado.

Lo siguiente era el maquillaje para trabajar. Me daría una ducha al día siguiente. Hoy era mi «día dos» de pelo y me gustaba cómo se había alisado un poco después de dormir. Elegí un par de pendientes sencillos de perlas falsas que combinaban con todo. Amazon siempre tenía un amplio catálogo de productos de imitación.

Tras preparar el café y un desayuno rápido, puse nuestras noticias de la mañana y me quedé de pie junto a la encimera de la cocina mientras examinaba el programa. Los presentadores no se caían muy bien el uno al otro en la vida real. Se les daba bien ocultarlo casi siempre durante la emisión, pero a mí me parecía que había veces en las que veía cómo uno miraba al otro de soslayo o incluso casi ponía los ojos en blanco. Estaba en mi lista de tareas de la semana siguiente hablar con cada uno para ver cómo iba todo, y puede que incluso les echase un pequeño rapapolvo. Quizá necesitaban que les recordara seriamente que los espectadores quieren gente amable en televisión, sobre todo por las mañanas.

Tras apurar el café, enjuagué la taza y la metí en el lavavajillas. Lo siguiente fue el desayuno de Fred y ya estaba lista para irme a los

estudios de televisión a las ocho pasadas. La reunión con los directores empezaba a las 8.30. Por suerte, me sobraban diez minutos. Me detuve ante el termostato y lo bajé a dieciséis grados para ahorrar en calefacción. Justo cuando estaba cogiendo mi bolso azul claro Kate Spade de la percha, Fred bajó por las escaleras atropelladamente.

—Freddie, mi animal preferido. —Me arrodillé para levantarlo en brazos—. ¿Me vas a echar de menos? Yo sí. Te veré pronto.

Después de darle un beso en el punto más suave de su cabeza, lo dejé junto a su cuenco y salí por la puerta del garaje.

El día era frío pero soleado, bueno para volar. Casi no había tráfico en Madison, y mis vistas de camino al trabajo eran una mezcla de casas de barrio de las afueras, viejos robles y lujosos centros comerciales, casi todos con un Starbucks y un Panera.

Por la mañana siempre iba cambiando entre la radio nacional pública y nuestra emisora local para asegurarme de tener controladas las noticias de la jornada. Ese día tocaba la cobertura de un terremoto en Egipto y una huelga en una empresa de construcción de la ciudad. Me apunté mentalmente que había que enviar a un reportero a la noticia de la huelga y entré en el aparcamiento de los estudios de televisión.

Los efectos del zolpidem seguían presentes cuando apagué el motor. Los somníferos eran raros. A veces me despertaba sintiéndome despabilada y completamente descansada; otros días me movía a cámara lenta o como si nadara bajo el agua. Ese día estaba en un punto intermedio. Sacudí la cabeza para aclarármela antes de entrar mientras me prometía tomar una segunda taza de

café. Intentaría dormir un poco en el avión. Iba a necesitar bastante energía después.

Cuando salí del coche, miré a mi lugar de trabajo de tanto tiempo. Había algo en aquellas antenas parabólicas y en las siglas del lateral del edificio, con el globo ocular del logo de la CBS, que me seguía emocionando después de todos esos años. Uno de mis antiguos jefes solía decir que la televisión contaba con el mayor altavoz de todos y yo creía que era verdad. Teníamos poder y responsabilidad y no me tomaba ninguna de esas dos cosas a la ligera. Me había enamorado de la televisión cuando mi padre veía las noticias de la noche. Los nombres de aquella época —Diane Sawyer, Barbara Walters, Peter Jennings— seguían siendo importantes para mí.

—¡Buenos días, Steph! —saludó la recepcionista cuando entré en el vestíbulo principal. Bernie llevaba allí más de veinticinco años y estaba tan feliz como cualquier otro día.

—¡Buenos días, Bernie! ¿Qué tal estás? —Me dirigí hacia la segunda puerta que conducía a la redacción.

—Estupendamente. Me han dicho que hoy vas a viajar a un sitio muuuuy sofisticado. ¡Que tengas un buen vuelo!

—¡Gracias, B.!

Supongo que sí podía parecer sofisticado viajar a San Diego. Pero yo sabía la verdad: no solo estaba harta de ese tipo de viajes, sino que no tenían ni una pizca de glamour. Viajaba en clase turista. Me costaría trabajo adaptarme a la diferencia horaria y dormir bien, y tenía que darle a Dave, mi jefe, un informe completo cuando volviera. Había ideado un plan para eso.

La redacción apenas estaba animada a esas horas. Los dos presentadores que había visto en el programa de la mañana estaban

hablando y bromeando con diferentes personas en lados opuestos de la sala, como solían hacer. A veces parecía como si compitieran por ver quién provocaba la carcajada más fuerte entre sus compañeros.

Los productores del turno de noche o se habían ido o estaban recogiendo sus cosas, y saludé con la mano a dos de ellos. El encargado de distribuir los reportajes acababa de llegar y estaba con su taza de café del día. Mi asistente de dirección de informativos tenía esa mañana cita con el dentista y llegaría como una hora tarde, así que me tocaba a mí poner en marcha a los reporteros del turno de día.

Mi despacho estaba en el lateral de la redacción. No era grande ni tenía ventanas, pero había hecho todo lo posible por que pareciera acogedor con una alfombra, unas lámparas decorativas para compensar la luz fluorescente del techo, unos marcos con fotos en la pared y algún adorno en la estantería.

Me quité el abrigo y me senté delante del ordenador. Ya tenía más de una docena de correos nuevos desde que había salido de casa. No me llevó mucho tiempo revisarlos y fui a la sala de descanso a por un chute más de cafeína. Estaba empezando a despertarme.

Al entrar en la sala a la que mis otros directores de noticias iban llegando para nuestra reunión de las 8.30, dejé mi portátil sobre la mesa.

—¡Buenos días y feliz miércoles! Vamos a empezar. —Nuestro equipo lo componían el productor ejecutivo del turno de día, el encargado de asignar los reportajes, la directora digital, un productor de proyectos especiales y nuestro jefe de fotografía—. Os

recuerdo que tengo que coger un vuelo esta tarde, pero Bruce estará aquí tras su cita con el dentista.

Tres horas después, los reporteros estaban con sus noticias, Bruce había vuelto al trabajo y había llegado la hora de que yo saliera para el aeropuerto. Me esforcé por ver a todos mis directores, saber cómo iban algunos proyectos y concertar unas cuantas reuniones para cuando estuviese de vuelta. Cuando salí del despacho, los de la redacción empezaron a gritar:

—¡Pásalo bien!

—¡Qué suerte! ¡Menuda envidia!

—No decidirás quedarte en la soleada California, ¿verdad?

—¡Nunca se sabe! —respondí—. ¡Aunque estoy bastante segura de que tendréis que seguir aguantándome la semana que viene!

Volvía a sentir el fastidio de tener que ser siempre yo la que cargara con esos viajes, pero intenté disimular mi enfado con bromas. No se imaginaban el gran esfuerzo que suponían. Daba la sensación de que todos pensaban que eran solo diversión y juegos. Bueno, así iba a ser en este caso.

En el aparcamiento del aeropuerto, me sonó un mensaje en el móvil justo cuando estaba sacando la maleta de la parte de atrás del coche. Lo saqué del bolsillo y vi que era de mi hermana Renee. Vivía en Indianápolis, cerca de nuestra casa de la infancia, y trabajaba de maestra de escuela. Debía de estar en su descanso para el almuerzo.

Hola, Pequeña, que tengas un buen vuelo.

Siempre me llamaba Pequeña porque yo era cinco años menor, el «bebé inesperado» de nuestros padres. Me conmovió que Renee hubiese dedicado un momento a escribirme, así que le respondí.

Gracias, Grande. El vuelo sale a su hora.
Te escribo cuando aterrice.

Añadí el emoticono de un corazón. Renee había sido como una segunda madre para mí cuando nuestra madre murió de cáncer de mama mientras yo estaba aún en la universidad. Mi padre hizo lo que pudo en su ausencia, pero ya no estaba tampoco: se lo había llevado un ataque al corazón no mucho después de que Jason, Evan y yo nos mudáramos a Madison. La ausencia de mis padres me dejó un pozo de tristeza. Al menos, tenía a Renee.

La maleta fue dando botes por el silencioso aparcamiento. Miré mi Apple Watch: puntualidad perfecta siempre que las colas de seguridad no fueran inusualmente largas. Casi nunca lo eran en Madison, así que confiaba bastante en que no pasaría nada, y tenía razón. Entré y salí enseguida, y estuve en mi puerta de embarque con más de cuarenta y cinco minutos de antelación.

La comida del aeropuerto era tremendamente carísima, por supuesto, y costaba encontrar algo para una vegetariana en ciernes. Había tratado de serlo desde que Robert, vegano desde hacía tiempo, me obligó a ver un documental sobre un matadero. Para almorzar compré una ensalada básica de uno de los puestos e imaginé que podría comer algo más en Denver antes del segundo vuelo. De todos modos, no tenía mucho apetito.

El grupo de compañeros de vuelo de la zona de embarque se componía de la mezcla habitual de trabajadores embebidos en sus

portátiles, unas cuantas parejas mayores que supuse que irían de viaje para jubilados, un tipo en el mostrador que estaba tratando de facturar una tabla de snowboard, una mujer con una gorra de béisbol tan encajada que no se le veía la cara, un grupo de preadolescentes dándose empujones mientras sus acompañantes adultos se aplicaban a hacerlos callar y madres y padres con cara de estresados, cargados con bolsos cambiadores y carritos. «Por favor, que no haya ningún bebé llorón», pensé. Un vuelo tranquilo sería un vuelo perfecto.

SEGUNDA PARTE

5

Anna

El día después del vuelo

Me desperté y vi tres mensajes de voz nuevos, todos de Glenn. Todavía en la cama, pulsé para reproducir el primero y su voz retumbó como una sirena de tornado.

«Anna… ¿Dónde coño está Jasmine? Hace esta mierda con demasiada frecuencia. Necesito que vuelva a casa, así que dime dónde está para que pueda ir a por ella, joder».

Vaya, menuda forma de despertar. Me froté los ojos. La verdad era que no me había esperado que Jasmine se marchara sin previo aviso justo después de que le enseñara a usar el Uber. Pensé que me avisaría, que quizá me pidiera quedarse a dormir en mi sofá.

No me molesté siquiera en escuchar los siguientes dos mensajes. En lugar de ello, escribí a Jasmine.

¿Estás bien? Glenn me llama preguntando por ti.

Ninguna respuesta.

Me aparté las mantas, me puse unos calcetines gruesos y me levanté. Rocky, mi golden retriever, saltó de la cama, ansioso por ir a hacer sus necesidades. Mientras le abría la puerta de atrás para que

saliera al frío y me quedaba tiritando, esperándolo, pensé qué hacer con respecto a Glenn.

No podía contarle que yo había ayudado a Jasmine, eso estaba claro. Mentiría para proteger a mi amiga. Quizá sirviera para aliviar parte de la culpa por no haberla alertado de las conductas de él cuando empezaron a salir. Mi excusa era que había creído que Glenn se iba a convertir por fin en el tipo de hombre que cuidaba de una mujer. Pero no tardé mucho tiempo en notar cómo la miraba fijamente mientras servía a otros y oír el tono autoritario con que la hablaba. Reconocí la mirada triste que tenía Jasmine cuando me contaba que Glenn le ordenaba qué ropa debía o no ponerse. Sentí tanta pena por ella como felicidad por mi soltería. Pero la culpa continuaba incomodándome tanto que le había prestado quinientos dólares para ayudarla a huir.

Después de dejar entrar de nuevo a Rocky y cerrar bien la contrapuerta, volví a mirar el móvil. Todavía sin respuesta de Jasmine. ¿Estaba bien? A lo mejor aparecía en mi puerta a última hora de la noche.

Pobrecita. Ella no había tenido nunca una vida fácil. Tampoco es que la tuviera yo, pero la de ella parecía aún peor. Nos conocimos en séptimo curso, cuando mamá nos trajo a Madison. Mis padres estaban divorciados y yo viví con mi madre y mis dos hermanos menores en una casa diminuta con grifos que goteaban y mala calefacción, en el barrio de Jasmine. Cuando nos hicimos más amigas, vi el modo en que la trataba su madre. Una vez me invitó a su casa y, después de estar charlando y escuchando música en su habitación, fuimos a la cocina a picar algo. Su madre estaba en el fregadero lavando los platos. Se volvió y dijo: «Ah, ya veo que

tenemos hoy dos cerditas en el abrevadero. ¿Quién es tu amiga y quién va a pagar esta comida, Jasmine?».

La cara de mi amiga se volvió roja como la remolacha mientras cogíamos una bolsa arrugada de patatas fritas que, de todos modos, estaba casi vacía, y desaparecimos. Una hora después, cuando estábamos en su habitación, la madre abrió la puerta y dijo: «Jasmine llevaba el pelo en dos coletas enroscadas como el rabo de un cerdito durante toda la escuela primaria, ¿verdad, Jasmine?».

Después de aquello, ya no me gustaba ir a su casa.

En el primer año de instituto, Jasmine y yo nos hicimos amigas de Raven, otra chica sin mucho dinero, pero con maña para conseguir las cosas que necesitaba. Las tres teníamos una zona a la que llamábamos «el sitio secreto» detrás del instituto, en un rincón oscuro junto a las pistas de tenis, y nos pasábamos allí las horas despotricando de las clases, de nuestras familias y de otras chicas que tenían mucho más dinero que nosotras. Compartíamos chocolatinas y cigarros que Raven robaba de la tienda de la esquina y de su madre. Como nuestros nombres empezaban por J, A y R, durante un tiempo nos estuvimos llamando JAR, pero luego a Raven se le ocurrió la idea de darle la vuelta y añadirle una E y nos convertimos en RAJE. Nos pegaba. Estábamos enfadadas con el mundo.

En el penúltimo año de instituto, Jasmine y Raven tuvieron una discusión. Fue antes de la fiesta de Halloween de Drake. Yo estaba fuera de la ciudad ese fin de semana porque mi madre nos obligó a ir a Milwaukee por el cumpleaños de mi abuela, así que no me enteré de la pelea hasta que cada una me lo contó después. Pero en Madison todos se enteraron de lo de la fiesta de Halloween. Salió en

todas las noticias porque Drake violó y estranguló a su novia Allison en su patio de atrás. Jasmine había estado allí. Nunca quería hablar de eso. Ni ella ni nadie. El instituto entero estuvo impactado durante el resto del curso. Drake y Allison habían sido del grupo de los más populares, una pandilla que se hacía llamar «la Banda Divertida». Después de la tragedia, creo que abandonaron el apodo.

Para alivio mío, Jasmine y Raven hicieron las paces y seguimos estando muy unidas y juntándonos con los peores del instituto. Hacíamos muchas tonterías, desde pequeños robos en tiendas hasta «derrapes» (agarradas al parachoques de atrás de algún coche por las calles llenas de nieve en invierno). Nos detuvieron en múltiples ocasiones por consumir alcohol siendo menores de edad y, en una ocasión, hicimos destrozos en un colegio cercano y tuvimos que limpiarlo y prestar servicios comunitarios.

Las tres seguimos en contacto incluso después del instituto. Raven pasaba el tiempo entre Madison y Atlanta después de conocer a un chico del sur. Jasmine y yo seguimos por Madison. Yo sabía que ella probó a estudiar cosmética y que tuvo que dejarlo. Yo nunca había sido de las que querían ir a la universidad ni tampoco endeudarme, así que no seguí por ese camino. En lugar de eso, me incorporé al mundo laboral. Jasmine y yo nos veíamos de vez en cuando para tomar algo a lo largo de esos años. Ella tuvo trabajos por toda la ciudad, igual que yo, pero nunca coincidimos hasta que me llamó para decirme que iba a dejar a su novio y que necesitaba un empleo. ¿Por casualidad el bar donde yo trabajaba buscaba gente? Fue de lo más oportuno. Una camarera acababa de irse sin previo aviso. Jasmine encajó a la perfección y todos los chicos flirteaban con ella. Era guapa, con su pelo largo y su figura esbelta. Nunca

supe por qué, de entre todos, tuvo que terminar con Glenn. A mí no me parecía nada atractivo.

Volví a coger el móvil y envié a Glenn un mensaje para quitármelo de encima:

He escuchado tus mensajes de voz.
Ni idea. No me ha dicho nada.
¿Cuánto tiempo hace que ha desaparecido?

Ayer por la mañana dijo que prepararía la cena, pero cuando volví a casa no estaba, y también faltan movidas suyas, y una camisa mía de franela.

Solo ha pasado una noche, Glenn.
Dale tiempo. A lo mejor vuelve a casa.

No me devuelve las llamadas.
¿A ti no te ha dicho nada?

Trabajamos juntas, pero nada más.

Si te enteras de algo más vale que me lo digas.

Qué gilipollas. Estaba tratando de intimidarme. Pero para quitármelo de en medio decidí hacer como si estuviese de su parte.

Claro que sí.

Después envié otro mensaje a Jasmine.

Glenn se está cabreando.
Avísame si necesitas algo o, al menos,
dime si estás bien.

No hubo respuesta.

6

Glenn

El día después del vuelo

¿Dónde coño estaba Jasmine? Supe que pasaba algo en el momento en que llegué a nuestro camino de entrada la noche anterior. Ansioso por comerme ese filete después de pasar la tarde arrancando moqueta, estaba deseando cenar, tomar unas cervezas, tontear un poco si me apetecía y meterme en la cama.

Pero la caravana estaba a oscuras. Eché el freno del coche y entré rápidamente. La caravana estaba fría y en silencio, y era obvio que no se había cocinado nada. Miré en el dormitorio y de pronto me di cuenta de que no estaba la maleta de ruedas ni tampoco alguna ropa suya. También faltaba mi camisa de franela roja. Por la mañana no me había fijado en si había algo raro. Me había creído lo que me escribió. ¿Cómo podía ser tan tonto? No había nota ni mensaje ni llamada. Nada.

Esa zorra debía estar cerca. No tenía dinero. De no ser por mí, ni siquiera contaría con un techo sobre su cabeza. Yo pagaba la comida, la gasolina, la calefacción, el agua, la electricidad. Todo. Ella me daba dinero para gastos de la casa, pero no ganaba una mierda en el bar. Además, no tenía coche. Era imposible que hubiese ido muy lejos.

Empecé a llamarla. No contestó, así que le dejé un mensaje de voz. Si seguía cabreada porque le había apretado el brazo con fuerza la noche anterior, a lo mejor camelándomela volvía pronto y me hacía ese filete, así que mi primer mensaje fue agradable. Le dije que iba a cambiar y que la quería. A veces yo creía de verdad en ese cambio. Lo había intentado, pero nunca me duraba mucho porque Jasmine siempre me cabreaba con algo que hacía o decía y me salía ese pequeño demonio que tengo dentro. No era culpa mía. De hecho, era de ella por enfadarme y sacarlo.

Como no respondió al primer mensaje de voz, empecé a enviarle otros. Tuve que prepararme una pizza congelada y me la comí, nada satisfecho con aquella cena. El demonio iba haciéndose más grande en mi pecho a cada minuto que pasaba. Me tomé algo de vodka, fumé un poco de hierba, dejé más mensajes —cada vez más desagradables— y al final me quedé dormido en el sofá.

Por la mañana tenía un fuerte dolor de cabeza y me sentía el doble de cabreado. Una persona no desaparece sin más. Seguro que Anna la había ayudado. No cabía otra explicación. Yo sabía que eran amigas desde hacía mucho tiempo. Creo que incluso fueron juntas al instituto, aunque no tenía ni idea de a cuál. No prestaba atención a esas viejas historias.

Así que empecé a enviar mensajes de voz también a Anna. Me acababa de responder diciendo que no sabía dónde estaba Jasmine. A lo mejor era verdad o a lo mejor no. No podía saberlo, pero ¿y si Jasmine estaba allí, escuchándolos por encima del hombro de Anna y riéndose? La idea de que las dos se estuviesen cachondeando de mí me puso tan furioso que cogí un vaso de agua y lo lancé al otro lado de la habitación, encantado de ver cómo se rompía contra la

pared, justo al lado del rifle de caza que colgaba de dos ganchos. Los trozos de cristal se hicieron añicos por todo el suelo. Pero no pensaba recogerlos a menos que tuviese que hacerlo. Prefería pisar cristales antes que coger un cepillo y barrer.

Me fijé en el rifle de caza. Era una pieza clásica que mi padre me había regalado y que a él le había regalado su padre, y parecía estar llamándome para que me acercara. Fui hasta la pared e hice crujir los cristales con las botas. La cogí y soplé para quitarle el polvo. Antes yo iba mucho de caza, pero de eso habían pasado algunos años. El cañón tenía un tacto fuerte y sólido. Me lo acerqué al ojo, fijé el punto de mira y apunté a distintos sitios de la caravana, disfrutando del poder que sentía al tenerla en mis manos, del dominio, del control. La misma sensación que cuando cazaba un conejo o un faisán.

Me volvió a la mente la idea de que Anna y Jasmine me mentían. Pensar en recuperar el mando sobre esas dos zorras me llenó de euforia. Ninguna mujer iba a ser más lista que yo. También tenía una pistola debajo del asiento de la camioneta. Jasmine no sabía de su existencia. Nunca se lo había contado. Hay cosas que era mejor mantener como mi pequeño secreto. Pero a lo mejor había llegado la hora de que se enterara. Dependiendo de cómo fuera todo, quizá Jasmine y Anna terminaban teniendo una relación muy familiar con mis dos armas.

7

Robert

Dos días después del vuelo

El viernes por la mañana amaneció frío y gris, típico del invierno en Wisconsin. Steph se había ido hacía dos días y Fred me estaba esperando. Me puse una gorra de los Badgers sobre mi pelo sin lavar, cogí del cajón la llave de la casa de Steph y me acerqué a su parte del adosado. El paquete con el reloj de alarma que había pedido estaba apoyado en la puerta de entrada.

Llamé a Fred, bajó y cumplimos con nuestro ritual matutino. Lo dejé tan contento masticando su comida mientras me acercaba a ver cómo estaban las plantas que Steph tenía alineadas junto a la ventana. Mi vecina era muchas cosas, pero, desde luego, no una buena jardinera. Suspiré al ver lo mucho que necesitaban una poda y riego y, una de ellas, un cambio de maceta. La pobre planta estaba a punto de hacer reventar el tiesto de arcilla donde se encontraba, que le quedaba demasiado pequeño.

—Lo siento, amiga —le susurré a la planta—. Te buscaré ayuda cuando tu mami esté de vuelta mañana.

Llené la regadera que Steph guardaba debajo del fregadero de la cocina e hice lo que pude regándola y arrancándole hojas y, después, eché un vistazo por el resto de la planta baja.

El estilo de Steph era demasiado campestre para mi gusto. Yo prefería el eclecticismo y mi casa era una mezcla de carteles de musicales, jarrones de colores vivos de México, alfombras de un mercado jordano y máscaras de África, recuerdos de escapadas con mis ex. Traté de sacar de mi mente a los novios y centrarme en los recuerdos de los lugares que visitábamos. Aquellas piezas me recordaban a sitios exóticos que pude frecuentar gracias a mi sueldo de la industria tecnológica y a ser un soltero sin hijos. Hacía largos viajes una o dos veces al año y Steph recompensaba mi amabilidad con Fred cuidando a Evita.

Era, sin duda, la mejor de las vecinas. Estaba encantado de haberla conocido. No las tenía todas conmigo al mudarme a Madison por el nuevo trabajo, pese a tener cincuenta años. Nunca sabes cómo te tratará la gente siendo homosexual, pero tenía entendido que era una ciudad progresista, así que decidí probar con mi camiseta de «Gay y con canas. ¿Tienes ganas?» que un ex me había regalado en un cumpleaños.

Cuando comprobé no solo que Steph no salía espantada, sino que le veía realmente la gracia a la camiseta y a mí, supe que sería una amiga para toda la vida.

Aunque nunca me habían atraído las mujeres, me costaba entender cómo seguía soltera. Me parecía todo un partidazo. Guapa, con éxito, lista, divertida. Me molestaba ver que su cadena de televisión se aprovechaba de que no tuviese pareja para enviarla a tantos viajes y le pedía reemplazar a los que no deseaban montarse en un avión ni representar a la empresa en las reuniones. Me preguntaba si conocería a algún hombre en esos viajes. Yo sabía que al final iba a aparecer alguien. Me hacía feliz pensar que se sintiera

satisfecha con un hombre nuevo, pero también me daba pena que pudiera significar algún día el final de las noches de Broadway y champán.

Fred saltó sobre la silla que estaba junto a mí y se hizo una bola de pelo, lamiéndose las patas y poniéndose tan mono que tuve que sacar el móvil y hacerle una foto para enviársela a Steph.

Hola, mami. Te echo de menos.
¡Nos vemos mañana!
Con cariño, Freddie
(y tu cuidador de gatos favorito)

Eran las ocho de la mañana en Madison, lo que quería decir que solo eran las seis en San Diego, pero la envié de todos modos, imaginándome que Steph agradecería el mensaje al despertar. Ya había publicado en Facebook una foto de la conferencia. Era un cartel en la puerta de una sala que decía «Bienvenidos a la Cumbre de Informativos de Televisión». Le puse un like y añadí un comentario deseándole una buena estancia. La verdad es que esperaba que saliera a disfrutar un poco del sol y del buen tiempo. Al menos, uno de los dos podría hacerlo.

Abrí el cajón donde sabía que Steph guardaba las tijeras, volví a la caja de Amazon y saqué el gran reloj de alarma, que tenía una base de madera decorativa y un globo terráqueo en la parte superior. Había un sinfín de botones para poner la hora y el nivel de luz que quisieras, y podías sincronizarlo con el móvil. Le di unas cuantas vueltas en las manos para verlo desde todos los ángulos. Volví a coger mi teléfono y escribí:

He abierto tu paquete.
Es más grande de lo que creía.
Muchas opciones y ajustes.
Creo que te va a encantar. Te hará sentir genial.
¿Quieres que te lo deje al lado de la cama?

Me arrodillé para acariciar a Fred un rato más y disfrutar de su grave ronroneo, le dije que volvería antes de mi cita de esa noche y salí por la puerta, cerrándola con suavidad.

Mientras volvía a mi casa me pregunté qué me traería Steph de California. Sus regalos solían ser baratijas tontas. Sospechaba que compraba muchas de ellas en las tiendas de regalos de los aeropuertos, pero traté de no olvidarme del dicho de que era el detalle lo que contaba. En el armario de la cocina tenía cuatro tazas con nombres de ciudades impresas; en el mueble bar había unos vasos de chupito horteras de Bienvenido a Las Vegas, y la nevera estaba llena de imanes de ciudades de todo Estados Unidos.

No quería herir sus sentimientos, pero yo no habría gastado dinero en ninguna de esas cosas ni tampoco las creía necesarias. Podría haberse ahorrado las molestias. Yo alimentaba a Fred a cambio de nada. De hecho, probablemente habría hecho cualquier cosa que ella me hubiera pedido.

De vuelta en casa, me preparé un Nespresso y di de comer a Evita, que se acomodó en la caseta de gatos de su sitio preferido junto a la ventana mientras yo me sentaba para empezar mi jornada de trabajo. Justo cuando comencé a revisar mis correos electrónicos, el teléfono sonó con un mensaje. Miré, vi que era Steph y sonreí.

¡Gracias por la foto! Qué mono. Oye…, sé que esto es de lo más inesperado, pero he conocido a un tío estupendo en la conferencia y lo cierto es que voy a irme a su casa con él. ¿Puedes cuidar de Fred un poco más? Volveré a ponerme en contacto para avisarte de cuándo regreso. ¡Muchas gracias! Y respecto al paquete, adelante, ponlo en el dormitorio. ¡Puede que ya no lo necesite ahora que he conocido a este hombre, ja, ja! Gracias.

«¿Qué narices…?». Casi se me cayó el teléfono de la mano. ¿Había conocido a un hombre y se iba a meter en su casa después de haber estado allí solamente desde el miércoles? ¿Y qué quería decir con lo del reloj? ¿Estaba insinuando que iba a dormir hasta tarde a partir de ese momento? ¿O que se mudaría a la casa de ese tipo y usaría su alarma? Fuera lo que fuera, se trataba de una noticia sorprendente. Ni siquiera podía creérmelo. Le respondí lo más rápido que pude.

Amiga, llámame ahora mismo.
Quiero todos los detalles.

Pasaron cinco minutos. Luego diez. Volví a escribirle.

¡Ni se te ocurra ignorarme cuando tienes una noticia así!

Otros quince minutos. No podía concentrarme en el trabajo. Me levanté y empecé a dar vueltas y, después, traté de llamarla. Saltó directamente el buzón de voz. No pude evitar enviarle un mensaje más.

No puedes soltarme una bomba

y luego desaparecer, no, no.
No es justo. ¿¿Quién es ese tío?? ¿Es guapo?
¿Es un director de informativos? ¿Tiene buen culo?
Al menos, dime su nombre y de dónde es.

Hasta esa tarde no me respondió por fin.

¡Hola! Perdona que no te haya contestado. Un día de lo más ajetreado aquí en la conferencia. Él es impresionante. Se llama Trent McCarthy y es de Atlanta. Nos hemos caído de maravilla y solo quiero disfrutar de esto. ¿Me das una semana? Voy a volver a Atlanta con él. ¡Te enviaré fotos!

¿Una semana? ¿Retozando con Trent de Atlanta? Mi mente trataba de asimilar toda esa nueva información. Por supuesto que iba a cuidar de Fred, aunque ella nunca había estado tanto tiempo alejada de él. Pensé que quizá se sentiría solo e ideé un plan para organizar mis días de modo que me acercara a la casa también a la hora del almuerzo. Lo más importante era que mi querida amiga… ¡¡¡había conocido a un hombre nuevo en una conferencia e iba a irse con él a su casa!!! Le escribí de nuevo:

Vaya, ¿te has convertido en la Reina del Nilo? Por supuesto que cuidaré de Fred. Pásalo en grande y llámame cuando Trent no te oiga. ¡Quiero hablar contigo! Necesito. Cada. Puñetero. Detalle.

8

Anna

Dos días después del vuelo

Glenn estaba en el aparcamiento apoyado en su camioneta y fumando un cigarro cuando llegué para mi turno del viernes por la noche. Casi podía verse la rabia que emanaba de él. Si hubiese tenido a su lado un mapa térmico del cuerpo, sería de color rojo oscuro y naranja tostado. Me vio, tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con la punta de la bota. Con un fuerte suspiro, apagué el motor mientras él se acercaba rápido hacia mí. Bajé una rendija de la ventanilla.

—¿Qué quieres, Glenn? Ya te he dicho que no sé nada.

—No puede desaparecer sin más, Anna. No tiene dinero ni coche. Alguien sabe algo y la ayuda. ¿Dónde coño está?

—La última vez que la vi fue el martes por la noche. No nos vemos fuera del trabajo. Relájate, tío. Yo no la tengo escondida. ¿Por qué no hablas con otros?

—He preguntado a todo el mundo. Déjame tu teléfono y le escribiré como si fueras tú. A lo mejor responde.

—Yo no le doy mi móvil a nadie, Glenn y, para que lo sepas, sí que le he escrito y no me ha contestado. No sé una mierda. Ocúpate de tus cosas. Yo tengo que ir a trabajar.

Subí la ventanilla, abrí la puerta y salí.

—Anna, te juro por Dios que si estás mintiendo…

—¿Qué vas a hacer, Glenn? Te he dicho la verdad.

Pasé por su lado y entré en el bar tratando de mantener una apariencia segura, pero estaba nerviosa y temblaba un poco. Esa mirada suya me perturbaba. Era impredecible y estaba furioso, una mala combinación. Entré en el baño para prepararme y respiré hondo varias veces para recuperar la calma. «Tranquila, Anna, tranquila».

Tenía una fuerte sensación de que Jasmine no iba a volver próximamente a Madison. Eso me provocaba una mezcla de tristeza por perderla en el bar, curiosidad por saber dónde estaba y rabia porque me había puesto en una situación en la que tenía que tratar con su novio sin que me hubiese dicho el día exacto en que se marchaba. Pero después de veinte años trabajando en un bar, había vivido todo tipo de experiencias y recordé que podía gestionarlo. Negaría que la había ayudado de forma alguna hasta que por fin él cerrara la boca y pasara página, y si aparecía Jasmine en mi puerta de forma inesperada…, en fin, supongo que también me ocuparía de eso.

En el baño, me puse la ropa de trabajo y me até el delantal y, a continuación, metí el teléfono en el bolso. Hostia.

Había un mensaje de Jasmine.

> Hola, Anna. Estoy mejor que bien. He conocido a un tío estupendo que se llama Trent McCarthy. Hace que me sienta segura y guapa. ¡Te daré más detalles cuando pueda!

Leí el mensaje dos veces y sentí una mezcla extraña de emociones. El alivio se juntaba con algo de celos por que hubiese conocido a un tipo estupendo tan pronto, y seguía sintiendo rabia por la situación en la que me había dejado, pero traté de comportarme como una amiga comprensiva y le respondí.

Dios mío, Jasmine, eso es genial. ¡Me alegro mucho por ti!

En cuanto envié mi respuesta borré los mensajes. No quería dejar ninguna prueba para Glenn por si se las arreglaba para hacerse con mi móvil y accedía a ellos.

Cuando salí del baño, estaba sentado al fondo de la barra. Me observó fijamente. Yo lo fulminé con la mirada lo mejor que pude, pero el corazón me latía con fuerza.

Levantando su mano derecha, extendió el dedo índice y el pulgar imitando una pistola y apuntó directo hacia mí. Entrecerró los ojos y bajó la cabeza hacia la mano, como si estuviese usando la mira del arma.

—Pum, pum, Anna —exclamó.

Un par de tíos que estaban en la barra se rieron. Un escalofrío me recorrió la espalda. Fingiendo no haberme dado cuenta, me giré y cogí un trapo de la barra para limpiar una mesa.

Conseguí estar distraída durante casi todo mi turno, pero esa noche casi no pegué ojo. Me pasé la noche entera revolviéndome y dando vueltas en la cama, sin poder quitarme de la cabeza la imagen de Glenn apuntándome con los dedos. Estaba bastante segura de que era cazador y que tenía un arma de verdad, quizá más de una. Me levanté dos veces para comprobar los pestillos y me

planteé quedarme levantada toda la noche hasta que amaneciera. Pero estaba cansada. Cuando me metí en la cama, fue Rocky el que por fin me ayudó a calmarme. Su cálido pelaje dorado me dio el consuelo que necesitaba. Acurruqué mi cuerpo junto al suyo, le puse un brazo por encima y me obligué a no pensar en Glenn hasta que por fin conseguí descansar un poco.

Normalmente me levantaba tarde tras una noche en el bar, pero me desperté a las 7.45 y me froté los ojos. Al abrir la cortina de la ventana que estaba al lado de la cama para ver el tiempo que hacía, casi solté un grito, pero me puse una mano sobre la boca para no asustar a Rocky. Allí estaba la camioneta de Glenn, al ralentí. Despacio, empezó a alejarse. El corazón me latía como un metrónomo dopado con esteroides.

9

Robert

El fin de semana después del vuelo

No pude evitar enviar a Steph un mensaje el sábado. Estaba deseando que me diera detalles de ese hombre nuevo al que había conocido. Hicieron falta tres mensajes míos exigiéndole que soltara prenda para que por fin escribiera:

La conferencia ha terminado,
voy para el aeropuerto.
¡Vuelo a Atlanta con Trent!

Esa noche, después de insistirle que me contara más, me dijo:

Aterrizados, vamos a su casa.

La dejé en paz después de aquello, y me la imaginé tomando copas con Trent. En mi mente trataba de evocar un apartamento que pudiera ser propio de ese hombre. Director de informativos de una gran ciudad. Me imaginé mucho cromado y color negro en la estancia, algo soso, quizá diseñado por un decorador, con cuadros aburridos pero de buen gusto en las paredes y nada que resultara

personal o acogedor. Todo lo contrario a mi casa. Mis pensamientos pasaron a los dos en la cama juntos y sacudí la cabeza para borrar esa imagen. Era pronto… Quizá seguían en la fase del cortejo.

A la mañana siguiente esperé hasta las once (las doce en Atlanta, así que habían tenido mucho tiempo para disfrutar de un desayuno relajado) antes de volver a escribirle.

Las mentes curiosas quieren saber ¿¿cómo ha ido la primera noche con Trent?? Cuéntamelo todo, por favor.

Puse un emoticono de una cara interrogante. Su respuesta llegó rápidamente.

Hasta ahora muy bien. Quiere que hoy nos quedemos en casa todo el día para que nos conozcamos mejor.

Respondí con varios corazones.

¡Qué bien suena!

Volví a ver a Fred tres veces ese día e incluso lo cepillé, para deleite suyo. Estaba deseando que Steph me contara más detalles de Trent, pero me obligué a ser paciente.

El lunes tuve que volver a trabajar, pero era evidente que Steph se lo estaba pasando bomba. Empezó a enviarme mensajes a primera hora y siguió todo el día sin parar.

El primero tenía una dirección y una foto de lo que parecía un lujoso edificio de apartamentos de estuco blanco.

Aquí está la casa de Trent.
Búscala en la web de Zillow.
Es preciosa por dentro.

Tenía bastante buena pinta, con árboles y arbustos bien cuidados. Abrí el portátil y seguí su sugerencia, ansioso por echar un vistazo a cómo sería su casa, aunque lo cierto es que no era tan bonita. Se parecía bastante a lo que me había imaginado. Paredes sencillas de un color gris medio, armarios de madera oscura en la cocina y rieles de focos. Desprendía una sensación imponente y dominante, muy masculina.

Aun así, le contesté con una de mis réplicas burlonas:

Ah, el nidito de amor. Muy bonito.

Al cabo de unas horas me envió una foto de dos cafés con leche en una mesa de cafetería. Las tazas eran de colores llamativos, con grandes imágenes de melocotones en un lateral.

Visitando los locales del barrio de Trent,
Peachtree Village.
Es una zona muy animada.

Ese comentario hizo que me acordara de *El violinista en el tejado*, así que contesté:

L'chaim, l'chaim, to life!

Pensé que le haría gracia la referencia, pero no contestó.

Hasta esa tarde no me envió tres fotos más. En una estaba mirando el Parque Olímpico del Centenario, con las fuentes borboteando delante de ella. Era una foto de primer plano tomada desde atrás. Llevaba un sombrero color crema que yo sabía que era de sus favoritos y el pelo suelto por debajo.

Es un guía turístico estupendo, me está llevando por toda la ciudad.

Antes siquiera de que pudiera contestarle, recibí otro mensaje, esa vez del exterior de unos estudios de televisión, con antenas parabólicas y unidades móviles que se veían por detrás de una alambrada, un logotipo de la NBC y el famoso dibujo del pavo real en el lateral del edificio. Esa vez no había mensaje de texto, sino un audio. Pulsé para reproducirlo, emocionado por oír su voz. Decía: «Última parada: ¡La cadena de Trent! Es el jefazo de aquí, y muy mandón conmigo. Me dice exactamente dónde debemos ir y qué debemos hacer y yo me limito a obedecer. ¡Hablamos pronto!».

Agotados los chistes, me limité a escribir:

Me alegra oír tu voz. Pásalo genial. Fred está bien.

No sabía qué pensar de todo aquello. Si había encontrado el amor verdadero, ¿no era algo maravilloso para mi querida amiga? Pero en caso de que ocurriera, era posible que nuestros días de Broadway y champán se acabaran. Podría mudarse a Atlanta. Me estremecí ante la idea de perderla y que llegara otro vecino al adosado. ¿Y si no nos llevábamos bien? ¿Y si era homófobo?

El último mensaje sonó al cabo de veinte minutos. Era una foto de una taza blanca con un sol amarillo vivo y el contorno de edificios

por encima de él, y unas palabras que los atravesaban en cursiva: «Recuerdo de la caliente Atlanta».

Tu regalo de mi viaje.

Me conmovió que estuviese pensando en mi regalo durante los albores del amor, pero la taza era tan chabacana que no me gustó nada y me imaginé escondiéndola en mi armario detrás de las otras. Para que se sintiera mejor, contesté:

¡Qué divertida! Gracias.

Después me obligué a trabajar. O sea, no podía estar todo el día obsesionado con la vida amorosa de mi amiga, ¿no?

10

Glenn

El fin de semana después del vuelo

Jasmine llevaba desaparecida desde el miércoles. Yo sabía que la gente del bar lo estaba comentando. Podía ver cómo dejaban de hablar cuando yo me acercaba, lo que hacía que el pequeño demonio de mi interior creciera más. Estaba furioso hasta el tuétano. Mi demonio tenía un tridente en la mano y unas llamas que le salían por detrás, y me tentaba para que hiciera algo sin dejar de pincharme. No dormía bien. Solo comía de McDonald's porque detestaba cocinar. Solo me sentía mejor cuando practicaba el tiro al blanco.

Saqué unas cuantas latas de cerveza vacías a la parte de atrás y las coloqué sobre unos tocones. Después cogí el rifle de caza y la pistola y fui alternando entre los dos, cambiando la distancia de los objetivos y probando desde distintos ángulos. Me estaba convirtiendo en un buen tirador y cada vez que atravesaba una lata con un fuerte estallido y se caía, la alegría superaba a la rabia durante un momento de satisfacción.

Pasé casi todo el sábado practicando tiro, pero el domingo se me ocurrió una idea aún mejor. Fui al cajón de almacenaje de la caravana para buscar unas fotos de Jasmine de la caja de cartón

que recordé que guardaba allí. Me sorprendió ver el estado de los álbumes. Las había sacado de sus hojas y estaban amontonadas y sin orden en el interior. No tenía ni idea de dónde estarían las fundas de plástico. Pero también podía ser que siempre hubiesen estado así. Nunca me había entretenido en mirarlos. Examiné entonces unas cuantas de esas fotos sueltas y aparté algunas.

Había también un montón de viejas felicitaciones de cumpleaños y de Navidad, todavía en sus sobres. Cogí una al azar.

«Que pases una feliz Navidad», ponía en la tarjeta de dentro, firmada por «Tu madre». Nunca había conocido a la madre de Jasmine. Apenas hablaba de su familia. Lancé a un lado la tarjeta y cogí una que le había enviado alguien que se llamaba Raven. En el remite ponía una dirección de Atlanta.

> ¡Muy feliz cumpleaños! Cómo me alegra que nos conociéramos en el instituto. Tú, Anna y yo. RAJE contra el sistema, ¿verdad? Supongo que todavía tenemos muchas cosas que nos producen rabia. No me puedo creer lo que me has contado de Glenn, el tío ese con el que vives. Qué gilipollas. Si puedo ayudarte en algo, ¡dímelo! Sé cómo tratar a la gente, ya sabes a qué me refiero. ¡Te quiero un montón!

La mano se me congeló. Volví a mirar el sobre para ver el matasellos. Era de hacía cinco meses, su último cumpleaños.

—Putas zorras —dije en voz alta mientras volvía a leerla y sentía que el demonio prendía una hoguera en mi pecho. Le lanzaba leña al fuego lo más rápido que podía. ¿Jasmine les hablaba a otras mujeres de mí y me llamaban gilipollas? ¿Después de todo lo que había hecho por ella? ¿Y quién era esa Raven de Atlanta? Estaba claro que había ido al instituto con Jasmine y Anna. Tenían que

haber planeado la huida juntas. No podía ser de otro modo. Raven incluso le había dicho: «Si puedo ayudarte en algo…».

Cogí la tarjeta y un puñado de fotos, volví a entrar en la caravana, saqué unas tijeras y empecé a cortarlas a voleo para recortar a los demás, salvo a Jasmine. Después pegué las imágenes de ella en mis latas de cerveza. Perfecto. Iba a tener un objetivo, una motivación adicional. Había incluso una de Jasmine, Anna y una tercera chica que supuse que sería Raven, todas mucho más jóvenes, y puse cada retrato en una lata. No me importaba destrozar toda la colección de fotos de Jasmine. «Jódete, zorra. Esto es lo que consigues cuando me abandonas».

Empecé a disparar de nuevo y me sentí estupendamente durante un rato, hasta que me di cuenta de que no resultaba satisfactorio del todo. Quería compartir la sensación de poder con alguien que sufriera los efectos. Envié un mensaje a Anna:

> Dile a Jasmine que no voy a parar hasta que la encuentre. Más te vale que no me mientas y no la estés ayudando. Por cierto, me estoy divirtiendo este fin de semana practicando tiro al blanco.

Adjunté dos imágenes: una de una lata de cerveza con la cara de Jasmine pegada y otra con la de Anna. En la de Jasmine, llevaba aparatos dentales y el pelo recogido en dos coletas enroscadas. En la de Anna, tenía aspecto de estar en el instituto y salía con una pista de tenis detrás y un cigarro en la mano.

Me imaginé atravesando con una bala sus dos caras y viendo cómo salía limpiamente por el otro lado de la lata y sonreí. Luego añadí otro mensaje a Anna solo por meter más presión:

Pum, pum

11

Anna

El lunes después del vuelo

Había estado nerviosa en el trabajo, notando cómo Glenn me observaba. Pedí a uno de los cocineros que me acompañara al coche después de mi turno. De hecho, no era solo en el trabajo. Estaba nerviosa todo el tiempo.

Sin apenas dormir, me sobresaltaba con cada sonido; me levantaba para comprobar que había cerrado los pestillos al menos una vez cada noche. No tenía pistola, pero había colocado mi antiguo bate de sóftbol junto a la cama. El problema era que Glenn podría conmigo fácilmente; además, un bate no serviría de nada en medio de un tiroteo. Pero los mensajes que me había enviado con fotos de sus prácticas de tiro fueron la gota que colmó el vaso. No podía aguantar más esa mierda.

¿Quién me podría ayudar? Repasé con la mente toda mi lista de amigos y familiares. Desde luego, Jasmine no. Dios sabría dónde estaba con ese tipo que había conocido. Ni mi madre. Se pondría como loca de la preocupación. Mis dos hermanos menores eran más pacíficos y nunca se enfrentarían a un hombre como Glenn. Mis compañeros de trabajo y otros amigos de la ciudad estaban

ocupados con sus cosas y querrían alejarse de aquello. Solo se me ocurrió una persona: Raven.

Raven era capaz de manejar cualquier situación. No la había visto echarse atrás ante nada ni nadie y tenía contactos en todas partes. Hasta en la cárcel, Raven sería la única en conseguir una navaja, comida de contrabando, tabaco, drogas, condones o alcohol. Sobornaría como fuera a un guardia o haría lo que tuviese que hacer. Cogí el teléfono esa mañana y la llamé.

—¡Anna! —exclamó como saludo.

—Raven, me alegra oír tu voz. —Le conté los apuros que estaba pasando, que Jasmine se había ido, que Glenn me amenazaba y yo no sabía qué hacer. Le conté todo atropelladamente. Sin apenas tomar aliento mientras hablaba, con las palabras saliendo a trompicones. Guardó silencio hasta que terminé.

—Jasmine me habló hace unos meses de ese imbécil. Yo me encargo, amiga. Envíame su dirección y lo dejo resuelto.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté pensando de repente en las posibilidades más perversas, nerviosa como un flan.

—No te preocupes, Anna. No te va a molestar más. Conozco a mucha gente en Madison. Si pudiera, me metería en un avión ahora mismo, de verdad, pero ahora tengo mucho lío en la caliente Atlanta. Tú eres mi amiga y Jasmine también. Y yo protejo a mis amistades y, por supuesto, siempre tengo cuidado.

—¿Qué te debo por hacer esto? —pregunté pensando que no me sobraba mucho dinero después de haber prestado a Jasmine aquellos quinientos dólares y sin saber cuándo los recuperaría.

—Nada —contestó—. Tengo unos colegas que me deben un favor. Tú limítate a enviarme su dirección.

Tras darle mil gracias, colgué. No me sabía de memoria la dirección de Glenn, pero me acordé de una felicitación que Jasmine me había enviado por Navidad hacía menos de un mes. Yo guardaba todas mis tarjetas en una caja de puros. Saqué el sobre y allí estaba escrita la dirección, clara como el agua. Vacilé un momento. ¿Me iba a arrepentir de enviarle aquello a Raven? Qué va. La necesitaba y, como había dicho, ella siempre cuidaba de sus amigas. También de sí misma, claro, pero en ese caso nos estaba protegiendo a nosotras.

Le envié un mensaje a Jasmine.

Glenn se está poniendo raro,
pero Raven me va a ayudar.

Contestó:

¿En serio?
A mí también me está ayudando con una cosa.

Me pareció raro. Raven no me había dicho nada. Respondí:

¿Con qué te está ayudando?

Pero Jasmine no contestó.

12

Bruce

El lunes después del vuelo

Estaba deseando que Steph volviera a su puesto hoy. Siempre tenía carga de más como asistente de la directora de informativos cuando ella no estaba. Tenía que enfrentarme a montones de decisiones, desde asuntos legales sobre si podíamos emitir una imagen o una pieza musical, hasta otros más prácticos, como si estábamos siendo justos con las dos partes de una noticia o cuestiones de Recursos Humanos: uno que necesitaba un permiso por fallecimiento, otro que tenía una operación de espalda, dos empleados que estaban hablando mal el uno del otro y necesitaban una mediación… Cosas así.

Mis jornadas eran ya un no parar con dos adolescentes en casa, lo que implicaba continuos trayectos en coche para llevarlos a entrenamientos, ensayos y salidas, pero eso se sumaba a que Stephanie no estaba —cosa que ocurría muchas veces, en mi opinión— y a que yo también estaba hasta arriba de trabajo.

La vería en la reunión de directores de las 8.30 y le informaría de todas las cosas de las que me había ocupado: teníamos una reportera que se quejaba porque no le gustaba hacer directos pasando frío, y nuestro meteorólogo jefe, que era muy popular entre

el público, estaba otra vez causando complicaciones. Había retuiteado algo político que no debía. Teníamos que planificar unas elecciones y en solo siete días se nos venía encima el Mes de la Historia Negra, con reportajes que aún sin concluir. Pero no había habido ningún problema grave en su ausencia. Nadie había entrado en mi despacho diciendo que abandonaba; nadie se había quejado de que no podía trabajar por una cosa u otra. En general, había sido una buena semana.

Me despedí de mi esposa Ellen y de mi hijo Will, pero me llevé en coche a mi hija Claire, con su chelo gigante, y al perro. La dejé en el colegio y, al sacar el chelo de la parte trasera del monovolumen, casi se me cayó.

—Papaaaá —gimió, pero lo agarró entre sus escuálidos brazos y salió corriendo sin despedirse siquiera.

Después dejé a Barkley en su carísima guardería para perros a la que Ellen insistió que lo lleváramos para que así no se aburriera. Barkley se fue también sin dirigirme siquiera una típica despedida perruna.

La última parada antes de ir a trabajar fue la ventanilla de autoservicio del McDonald's para comprar un café. Era más barato que en Starbucks y, en mi opinión, mejor. Entré en los estudios con mi megavaso, saludé a Bernie en la recepción y me metí en la redacción, donde todo se empezaba a animar.

Miré el reloj y vi que eran las 8.23. La reunión de directores empezaba en siete minutos. La puerta de Steph estaba cerrada y no había luz. Normalmente ya habría llegado a estas horas, pero a lo mejor se había retrasado por un tren o algo así. Pasé a revisar mis

correos electrónicos y organicé cuáles serían las parejas de reportero y fotógrafo de ese día y la selección de noticias para la jornada.

A las 8.29 su puerta seguía sin abrirse. Los demás directores iban entrando en la sala de reuniones, que estaba al otro lado de la redacción. Una sensación de fastidio me recorrió el cuerpo. Si iba a llegar tarde, ¿no podía tener la decencia de avisar? Miré de nuevo el móvil por si me había saltado algo y, al ver que no había avisado, le envié un mensaje rápido:

¿Vas a llegar tarde? ¿Necesitas que empiece yo la reunión?

Ninguna respuesta. El reloj marcó las 8.30 y solté un suspiro mientras cogía mi portátil para ir a la sala de reuniones. El resto de los directores me miraron con gesto inquisitivo.

—¿Dónde está Stephanie? —preguntó Lucy, nuestra directora digital—. ¿No vuelve hoy?

—No estoy seguro. Vamos a empezar y la pondremos al día cuando llegue —contesté.

Dirigir una reunión ya era bastante malo. Hacerlo cuando no te lo esperabas era peor. Estaba de mal humor y no acerté con el orden de personas a las que tenía que ceder la palabra, pese a que lo había hecho muchas veces.

Cuando terminamos a las 8.50 volví a mirar el teléfono. Nada. Ya sentía cierta preocupación. Aquello no era nada propio de Steph. ¿Había pasado algo? ¿Un accidente de tráfico de camino a la oficina? No, no podía ser eso. Si había algo inevitable cuando se trabajaba en una cadena de televisión era que te enterabas de los accidentes, tiroteos, navajazos, infartos, incendios y descarrilamientos de trenes

en cinco condados a la redonda. Los escáneres de la policía estaban en marcha a todas horas y los encargados de la asignación de reportajes que los controlaban nos habrían avisado si hubiese ocurrido algo grave.

Nora, la productora ejecutiva del turno de día, debió de notar mi preocupación porque se quedó en la sala de reuniones después de que los demás se hubiesen marchado.

—¿Va todo bien con Steph? —susurró—. ¿No se suponía que volvía hoy?

—Sí, eso creía yo también, a menos que me haya perdido alguna comunicación o algo —contesté mientras volvía a mi mesa para asegurarme de que no era eso.

Pero no, la última comunicación de Steph había sido un «sí» como respuesta a una reunión sobre las elecciones que yo había convocado. Lo había recibido a última hora de la tarde del miércoles. Probablemente lo enviaría desde el aeropuerto de Denver durante la escala.

Cogí mi teléfono y la llamé. Saltó de inmediato el buzón de voz. Probé de nuevo con un mensaje.

¿Todo bien? Nos tienes un poco preocupados.
Están preguntando por ti. ¿No se suponía que volvías hoy?

Nada.

Mientras tanto, yo tenía que dirigir una redacción. Había que asignar reporteros y fotoperiodistas; los productores tenían que saber qué incluir en sus programas. En breve, a las nueve de la mañana, debía reunirme con los redactores.

Aparté de mi cabeza la idea de cualquier desgracia y me puse a trabajar, dirigiendo la reunión todo lo bien que pude con mi mente confusa y no preparada para aquello.

Le dije al equipo que Steph venía más tarde; al fin y al cabo, no hacía falta preocuparlos también. Mandamos a los reporteros a cubrir sus noticias y yo estaba planteándome si informar a nuestro director general de la situación cuando mi teléfono sonó con un mensaje.

¡Era ella!

Me lancé sobre él, ansioso por ver qué excusa tenía. La verdad era que no se me ocurría ninguna buena a menos que me dijera que estaba en el hospital con apendicitis.

> Hola, perdona por avisar tan tarde. Ha pasado algo inesperado en la conferencia y he tenido que ir a Atlanta. Voy a necesitar estar libre toda esta semana. Puede que más, pero te iré informando. Gracias por adelantado.

Tuve que leer el mensaje tres veces. ¿Estaba en Atlanta y se estaba pidiendo toda la semana libre? ¿A lo mejor más? ¿Y me lo soltaba en ese momento? Debía de tener una expresión de estupefacción en la cara porque Nora se acercó a mí.

—¿Has averiguado algo? ¿Está bien?

—Está en Atlanta —contesté en voz baja para que nadie me oyera —. Durante una semana… o más. —Le pasé el teléfono y leyó rápidamente el mensaje.

—Ostras —dijo—. ¿Qué crees que ha podido pasar en la conferencia?

—No lo sé.

Noté cómo me pasaba las manos por el pelo con un gesto nervioso que siempre molestaba a Ellen. Mi mente se disparó imaginándome la semana: teníamos la reunión para planificar las elecciones que ella había confirmado, una entrevista a un candidato para reportero, y se suponía que yo libraría el jueves y el viernes. ¿Iba a ser eso posible?

—Pues contéstale a ver si te cuenta algo más —susurró Nora.

Los dos estábamos tratando de no llamar la atención sobre lo que sucedía. Pero el resto del equipo estaba con su bullicio habitual y nadie parecía estar fijándose en nosotros. Volví a coger el móvil y escribí rápidamente.

Esto es de lo más repentino, Stephanie. ¿Puedes contarme algo más? Puedo dirigir yo la redacción, pero tenemos muchas cosas esta semana y yo me voy el jueves y el viernes, ¿recuerdas? ¿Quieres cambiar también la reunión de las elecciones?

Miré la pantalla mientras aparecían los puntos de escritura.

No te preocupes. Estoy bien. Sé que es repentino, pero a veces las cosas surgen de pronto. Por favor, aplaza la reunión.

Tomé aire antes de contestar.

Vale. ¿Tienes un momento para que podamos hablar por teléfono? Si vas a estar fuera toda la semana hay cosas que deberíamos tratar.

Pasaron veinte minutos antes de que respondiera. Esa vez no fue un mensaje, sino un audio. Pulsé para reproducirlo y oí su voz:

—No, la verdad es que no tengo un momento. Por favor, no te pongas en contacto conmigo hasta la semana que viene. Voy a estar muy ocupada.

Entonces apareció la rabia. ¿Me iba a tratar así? No estaba seguro de qué más decir.

Mis dedos se quedaron sobrevolando el teléfono mientras mi mente daba vueltas en busca de una reacción adecuada ante mi jefa directa. Al final me limité a pulsar el botón del pulgar hacia arriba porque pensé que cualquier otra cosa que intentara sería o demasiado agradable o demasiado mordaz. Tenía que poner en orden mis pensamientos.

Le pasé el teléfono a Nora, y ella leyó el resto de los mensajes y escuchó el audio.

—Pues menuda putada te hace —dijo—. Más vale que tenga una buena razón.

—Pues sí —contestó—. No imagino qué podrá ser.

Lo único que se me ocurría era que quizá estaba buscando otro trabajo. Quizá alguien de la conferencia había empezado a cortejarla para que se mudara a Atlanta y ella había ido para que la entrevistaran. Eso tenía mucho sentido, pero nunca había oído que un proceso de selección durara una semana.

Una cosa tenía por segura, el director general de nuestra cadena tenía que saber que su directora de informativos no estaba. Le envié un mensaje directo por nuestra plataforma de Teams para preguntar si podía verle y me dijo que fuese de inmediato.

Yo no estaba acostumbrado a ir al despacho del director general. Eso era en gran medida responsabilidad de Steph y ella me ponía al día de cualquier cosa importante. Me sentía un poco nervioso

mientras subía hasta allí, pero también pensaba que con toda seguridad él querría tener esa información, probablemente por más de un motivo. Si ella estaba buscando un trabajo nuevo, no era mi deber protegerla. Tampoco es que me lo hubiera pedido. Pero sí que era mi responsabilidad hacer saber al jefe que su directora de informativos se había ido de forma inesperada.

El despacho de Dave tenía un enorme ventanal con vistas a un camino en pendiente que llevaba al aparcamiento. Él estaba sentado en una silla de escritorio de cuero revisando unos documentos cuando llegué a su puerta. No volvió la cabeza, pero debió de verme por el rabillo del ojo, porque dijo:

—Bruce, pasa. ¿Qué necesitas de mí?

Me atusé de nuevo el pelo con la mano y avancé.

—Hola, Dave. Siento molestarte. —Me senté enfrente de él con gesto nervioso—. Es que… es que quería que supieras que he recibido un mensaje de Stephanie. Al parecer, está pensando en tomarse libre toda la semana. A lo mejor tú ya lo sabes, y discúlpame si es así, pero si no…

Dave tenía la costumbre de acariciarse el bigote cuando hablaba y empezó a hacerlo entonces.

—¿Está fuera esta semana? Acaba de ir a San Diego. Yo no sabía nada. ¿Te ha dicho el motivo? ¿O dónde está?

—Bueno, pues… —Vacilé—. ¿Quieres leer los mensajes?

Me pareció mejor eso que intentar explicarlo yo. Él podría tomar una decisión por sí solo. Le pasé el teléfono por encima del gran escritorio de roble oscuro. Mientras leía, levantó las pobladas cejas.

—Esto no es propio de Stephanie. Nunca he visto que dejara la redacción sin que lo avisara mucho antes. Deja que intente contactar

con ella. Siempre responde a mis llamadas.

Abrió un cajón del escritorio, sacó el móvil y, tras pulsar una sola tecla, se lo acercó a la oreja. Pude oír cómo saltaba el buzón de voz. Dave puso cara de fastidio.

—Stephanie, soy Dave Jenssen. Llámame en cuanto oigas esto. Necesito saber qué está pasando.

Colgó y dijo:

—Estoy seguro de que me llamará enseguida. Te lo haré saber cuando hable con ella, Bruce, y gracias por avisarme.

Asentí y volví a la redacción, confiando en que Dave averiguaría toda la historia. Steph no podía mentirle a su jefe.

La jornada transcurrió como cualquier otra en informativos. Había que encargarse del programa de las doce; luego, almorzar y la reunión de las dos de la tarde para poner en marcha a los equipos del turno de noche; después, el programa de las cuatro, y el resto de los de la noche estaban programados. Eran las 16.30 y yo repasaba los guiones definitivos de los reporteros cuando Dave me envió un mensaje por Teams pidiéndome que volviera a su despacho. Me invadió una sensación de alivio y curiosidad. Al menos, tendríamos respuestas reales.

—Bruce, Stephanie no me ha contestado en todo el día. Le he dejado tres mensajes. Estoy de lo más molesto con ella. Si vuelves a tener noticias suyas, aunque sea por escrito, avísame. Y Bruce, que no se entere nadie más por ahora. Que quede entre nosotros.

—Así lo haré —contesté, y sentí de repente otra vez el agujero de rabia en la tripa, reemplazando las emociones que lo habían ocupado apenas unos momentos antes.

¿Cómo podía no haber contestado a Dave?

Mientras regresaba a la redacción, me invadió un pensamiento: Dave me había pedido que no dijera nada a nadie, pero ya se lo había contado a Nora. Iba a tener que asegurarme de que ella no dijera nada. Tenía un nudo en el estómago.

Entonces apareció otra reflexión.

¿Y si despedían a Steph y me ascendían? Era algo que yo llevaba mucho tiempo deseando, sin pensar que fuera posible en esa cadena. Por muy bien que me cayera Steph y por mucho que me gustara trabajar para ella, si se cavaba su propia tumba como profesional, era su culpa. La idea de ganar más dinero con el puesto hizo que se me iluminaran los ojos. No sabía cuánto ganaba Steph, pero tenía que ser al menos veinte mil dólares más que yo. ¡Uf! Eso me vendría bien con dos hijos que iban creciendo y con los inminentes gastos de universidad. Iba a tener que caer en gracia a Dave, por si acaso.

De vuelta en la redacción, Nora estaba hablando con un productor. Intercambié una mirada con ella y le hice una señal para que fuera a la sala de reuniones de atrás.

—¿Tienes noticias de Steph? —me susurró.

—No —contesté—. Pero voy a tener que pedirte que no hables de esto con nadie. Que quede entre nosotros. Hasta que averigüemos qué está pasando será mejor no chismorrear.

Se quedó pálida y bajó la mirada al suelo.

—Lo siento mucho —balbuceó—. Algunos me han preguntado si sabía algo y les he contado lo de sus mensajes… No sabía que fuera un secreto.

Joder. Me maldije por haberle contado nada.

—Si sirve de algo… —continuó, levantando apenas los ojos para mirarme—. Sé que Lucy ha enviado un mensaje a Steph y que ella le ha respondido.

13

Dave

El lunes después del vuelo

—¿Qué narices está pasando? —pregunté en voz alta en la estancia vacía mientras llenaba mi maletín y cerraba las pestañas metálicas antes de irme a casa.

Solo en mi despacho, con la redacción al otro lado de un largo pasillo, nadie podía oírme, pero estaba tan cabreado que no podía evitar hablar en voz alta. Yo era el máximo responsable y mi directora de informativos se había declarado en rebeldía y no contestaba a mis llamadas. ¡Y se trataba de Stephanie! ¡La mujer con la que llevaba diez años trabajando! ¿Cómo podía tratarme así?

Después de pulsar el arranque remoto de mi BMW, pagué mi desconcierto y frustración con el botón de los faros (con un golpe fuerte de la mano) y con la puerta del garaje (dando un portazo por pura satisfacción), y luego atravesé hecho una furia la oscuridad del aparcamiento propia del mes de enero.

Si no me llamaba al día siguiente… yo… yo… La verdad era que no sabía qué iba a hacer. ¿La despediría? Suponía que al final sí, pero se trataba de una empleada de confianza que había hecho un buen trabajo durante mucho tiempo. Yo me sentía tranquilo cuando ella dirigía la redacción. No es que Bruce no fuese de fiar ni un buen

periodista, pero mis nervios siempre afloraban más cuando él estaba al mando. «Pasaba casualmente» por la redacción con mayor frecuencia.

Si Stephanie dejaba la cadena o yo la despedía, ¿ocuparía Bruce su puesto? Tendría que ofrecerlo a candidatos externos, como exigía la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo. Quizá apareciese alguien mejor. Ya veríamos.

Lancé el maletín por encima del asiento del conductor tras subir y cerrar con un portazo. Puse en la radio una emisora de música country local y me dirigí a casa golpeando la mano contra el volante al compás de la música. A mitad de camino, me había calmado lo suficiente como para quitar el volumen y dar una orden al coche:

—Llama a Lisa.

Respondió con una reconfortante voz femenina:

—Llamando a Lisa.

—¿Dave? —respondió la voz de mi mujer, aún más reconfortante para mis oídos. Después de varias décadas de matrimonio, todavía sentía una diminuta agitación cuando hablaba con ella. Seguía viéndola tremendamente hermosa.

—Lees —suspiré. Antes de poder pronunciar una palabra más, ella ya había adivinado mi estado de ánimo.

—¿Qué ha pasado?

Mi mujer me conocía bien, estaba claro.

—Pues no te lo vas a creer, pero Stephanie no ha aparecido hoy en el trabajo. Le ha enviado a Bruce un mensaje diciendo que va a estar fuera toda la semana, pero no ha contestado a ninguna de mis llamadas.

—¿Qué quieres decir con que no ha aparecido? ¿Está enferma? —Lisa había sido siempre una admiradora de Stephanie. Se llevaban estupendamente.

—No lo creo —contesté a la vez que ponía el intermitente y cambiaba de carril en la circunvalación—. Al parecer, se ha ido directa desde la conferencia de San Diego a Atlanta. Al menos, eso es lo que le ha contado a Bruce. Solo ha dicho que le surgió algo. Lisa… No se ha dignado a responder al teléfono o a llamarme de vuelta. Esto no es nada propio de Stephanie.

—¿No te ha enviado ningún correo electrónico?

—No, nada. He mirado en mi bandeja de entrada y en el spam una docena de veces por lo menos. Sencillamente, nos ha dejado tirados.

—Estoy desconcertada —balbuceó Lisa—. ¿Has llamado a Evan?

—¿A su hijo?

—Sí. A lo mejor él sabe algo.

Dios, qué lista era mi mujer. Ni siquiera se me había ocurrido esa idea. Claro que podía llamar a Evan. En nuestro sistema informático aparecían los contactos de emergencia. Stephanie debía de tenerlo ahí.

—Buena idea. Probaré con él cuando llegue a casa.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, me había puesto unos pantalones anchos y una vieja sudadera de la universidad, tenía un whisky con hielo en la mano y estaba sentado en nuestra sala de estar con el portátil buscando los contactos de emergencia de mi directora de informativos.

Evidentemente, aparecía Evan. Stephanie hablaba de él a menudo, por lo que yo sabía que vivía en Mineápolis y trabajaba

para algún tipo de equipo de fútbol. Parecía un buen chico. Yo lo había visto unas cuantas veces en que vino a la cadena de televisión cuando era más joven. Quizá sabía algo.

Pero ¿y si no? Tampoco quería asustarlo alarmándolo por su madre. Me quedé sentado, con la mano sobre el teléfono, preguntándome qué hacer. ¿Qué iba a decirle en la llamada?

«Hola, Evan. Soy Dave, el jefe de tu madre. ¿Tienes idea de por qué ha ido a Atlanta?». O a lo mejor simplemente: «¿Has tenido noticias de tu madre en los últimos días?». Me resultaba bastante incómodo decirle algo así y no me podía imaginar lo que sería estar al otro lado. No, no me parecía bien.

Volví a mirar la lista de contactos de emergencia y vi que Stephanie tenía a otras dos personas: una hermana, cuya dirección era de Indianápolis —yo no la había visto nunca—, y un tipo llamado Robert, cuya dirección se diferenciaba de la de Stephanie en solo dos números. Al principio, no supe identificar quién era o cómo sería, pero cuando levanté los ojos al techo para pensar recordé dónde lo había visto.

En una barbacoa de 4 de julio que Stephanie había celebrado el verano anterior en su patio. Robert, con una botella de cerveza artesanal en la mano, se acercó para presentarse como su vecino. Pelo canoso, gafas y una sonrisa extraña. Me contó que veía todos los días Canal 3 y que le encantaba. Ese tipo de cumplidos siempre me hacían feliz. Charlamos un minuto y dijo que cuidaba del gato de Steph cuando ella se iba de viaje. La conversación había terminado poco después, cuando Lisa me hizo una señal para que me acercara a saludar a otro grupo de gente que estaba junto a unos *cupcakes* rojos, blancos y azules.

Sí, ya me acordaba. Y siendo el responsable del gato, quizá sí que sabría algo. Miré el reloj y vi que no eran siquiera las siete. No muy tarde para hacer una llamada de teléfono, ¿verdad? Cogí el móvil y marqué el número de Robert.

14

Robert

El lunes después del vuelo

La casa estaba muy fría. Ya había subido la calefacción a veintiún grados, dos por encima de lo que la tenía siempre. La chimenea eléctrica era más de adorno que para calentar, pero la encendí para que diera ambiente e incluso cogí unos mitones del cajón del vestíbulo. Encendí el hervidor y me preparé una taza de manzanilla, mi favorita siempre para relajarme y entrar en calor, sobre todo con miel y limón.

Pensé en el lado de Steph de la casa, aún más frío. Había bajado el termostato por el viaje, como siempre.

Pobre Fred. Ya había ido unas tres veces ese día y me estaba planteando ir de nuevo. ¿Eran imaginaciones mías o tenía un aspecto triste cuando había ido a darle la cena? Me pareció que se movía más despacio de lo habitual y sus maullidos eran lastimeros.

Me acomodé en el sofá con mi manta mexicana favorita, que había comprado en las calles de Tijuana, y estaba a punto de encender la televisión y a zapear distraídamente entre miles de canales cuando me sonó el móvil.

¿Steph? No. No reconocía el número de teléfono, pero el prefijo era de Madison.

—¿Sí?

—¿Eres Robert? ¿El vecino de Stephanie Monroe?

—Sí. —Me incorporé y la manta me resbaló por la pierna—. ¿Quién es?

—Soy Dave Jenssen, el director general de Canal 3. Siento molestarte a estas horas. Te conocí en la barbacoa de Stephanie el 4 de julio del año pasado.

—Ah, sí. Me acuerdo. ¿Va todo bien, Dave?

—Bueno, Robert, la verdad es que esto es un poco embarazoso, pero Stephanie no ha aparecido hoy en el trabajo y nos ha enviado unos mensajes, aunque lo cierto es que no eran muy propios de ella. Se me ha ocurrido que, si estabas cuidando de su gato, a lo mejor a ti te había contado algo más.

—¿Qué te ha contado? —pregunté a la vez que cogía el mando a distancia y apagaba la televisión.

—No ha hablado conmigo directamente. Le ha dicho a Bruce, nuestro asistente de dirección de informativos, que había surgido algo y que tenía que irse a Atlanta al menos una semana. No nos ha dado explicaciones y ni siquiera nos ha avisado antes de que empezara la jornada. Por casualidad, ¿tú sabes algo más? Solo queremos asegurarnos de que todo va bien.

En mi mente apareció Trent y su apartamento blanco con sus árboles perfectamente podados en el exterior, ellos dos compartiendo un café con leche y un paseo por los sitios típicos de Atlanta, puede que cogidos de la mano. La cama imaginaria que había recreado en mi mente y unos cuerpos quizá alborotándose entre las sábanas. Lo emocionada que me había parecido en su

primer mensaje tan lleno de signos de exclamación al referirse a ese hombre nuevo.

¿Debía contarle todo eso a su jefe? Parecía claro que no quería que en su trabajo se enteraran de todo lo que yo sabía o ella misma lo habría contado. Pero también estaban preocupados, eso era evidente. Por un momento, lo único que pude hacer fue soltar un fuerte suspiro mientras me lo pensaba.

—Dave, eh… Sí que sé un poco más. No mucho. —Vacilé. Toda aquella conversación era como tratar de abrir la puerta de un coche con un dedo meñique. No imposible, pero difícil y, además, un poco doloroso.

—Adelante —dijo Dave y yo tomé aire.

—Creo… creo que ha conocido a alguien en San Diego. Eso es todo lo que me ha contado. No sé nada más, ni su nombre ni su ocupación ni su dirección… —No sé por qué dije todo aquello. ¿Por qué iba a esperar Dave que yo tuviera esos datos? Me iba a entrar la verborrea y tuve que obligarme a dejar de hablar.

Dave se quedó en silencio y soltó un leve silbido.

—¿Ha conocido a un hombre en San Diego?

—Sí… Lleva tres años divorciada —añadí, como para justificar todo aquello.

—Eso lo sé, pero me resulta de lo más inesperado —contestó Dave. Su tono parecía de fastidio—. No me puedo creer que eluda sus obligaciones laborales. No ha querido responder a mis llamadas. La he llamado tres veces, Robert.

—Lo siento, Dave. No sé qué decir. Solo soy el cuidador del gato. —Aquello pareció devolver a Dave a una actitud profesional. Le cambió la voz.

—Sí, claro. Has sido de mucha ayuda y te lo agradezco. ¿Su hijo sabe algo de esto?

Y fue entonces cuando me di cuenta de que ni lo había pensado. No me pareció algo que hiciera falta contarle. Su madre se había ido a vivir una aventura. ¿Querría un hijo saber eso?

15

Lucy

El lunes después del vuelo

Como directora digital de la cadena, yo me ocupaba de buscar contenido entretenido tanto en Madison como en todo el territorio nacional para compartirlo con los espectadores en nuestra página web y nuestras cuentas de TikTok, Twitter/X, Instagram, Facebook y YouTube. Me encantaba cuando escogía alguna tontería divertida, como un nuevo recinto de perezosos en el zoo, y la hacía tan atractiva para TikTok que la gente la viralizaba. El mismo zoo había reposteado incluso una de mis últimas publicaciones, lo que provocó que pasara toda la tarde en una nube de alegría.

Como estaba todo el día sumergida en las redes sociales y la web, también publicaba cosas interesantes que me encontraba en la redacción. Y era la experta en tecnología. Cualquiera que necesitara ayuda con su teléfono o su ordenador acudía a mí en lugar de a los informáticos de la empresa.

Steph siempre había sido para mí como una mentora. Me parecía muy serena y natural. Podía recurrir a ella cuando me surgía cualquier pregunta. También era una jefa simpática. Nos traía regalitos por Navidad y solía elogiar nuestro trabajo. Nunca la había oído gritarle a nadie.

A pesar de nuestra diferencia de edad de quince años, teníamos varias cosas en común. Las dos éramos zurdas y amantes del café, y teníamos debilidad por ciertas *celebrities*, como Mark Ruffalo, natural de Wisconsin.

La cosa había empezado en una de nuestras reuniones editoriales cuando alguien propuso un reportaje sobre famosos de Wisconsin y surgió el nombre de Ruffalo. El actor era de Kenosha, cuarenta y cinco minutos al sur de Milwaukee, y a todos nos encantó descubrirlo.

—Está bueno, aunque es un poco viejo —añadí yo.

Steph se rio.

—Estoy de acuerdo en que es atractivo. Y es más cercano a mi edad.

Se convirtió en una broma recurrente entre las dos. Si yo le contaba que tenía una cita, me decía: «¿Por casualidad sus iniciales son M. R.?». Y si salía de viaje, yo le soltaba a veces: «Saluda a Mark R. de nuestra parte».

Así que cuando Steph no apareció en el trabajo y Nora, nuestra productora del turno de día, me llevó aparte mientras yo iba a por mi taza de bebida energizante de la tarde y me contó lo de los mensajes que Steph le había enviado a Bruce, pensé de inmediato que podría hacer que Steph volviera a ser la de antes a través del humor. Cuando volví a mi mesa, cogí el teléfono y le escribí:

> Me han dicho que estás fuera esta semana. ¿Cambio entonces esa reunión con Mark R.? Va a quedarse muy decepcionado, pero estoy segura de que lo superará.

Pasó más de una hora mientras yo estuve distraída trabajando en alguna publicación para nuestra web, pero al final me sonó el móvil.

Sí, por favor, cambia la reunión con Mark R.

Fruncí el ceño. Qué formal. Probé de nuevo.

Mark R. dice que lo llames en cuanto puedas. Te echa de menos.

Silencio. Seguí con otro mensaje:

¿Estás pasando de Mark R.?
Sabes que se va a convertir en Hulk, ¿no?

Pensé que la referencia a uno de los personajes más famosos de Ruffalo la haría sonreír.

Hasta esa noche, cuando estaba en casa haciendo yoga con un vídeo de YouTube en la sala de estar, no me volvió a sonar el móvil. Puse en pausa el vídeo, descrucé las piernas y vi su nombre y un mensaje.

Estoy muy ocupada esta semana. Ya te he pedido que cambies la reunión. Estaré de vuelta la semana que viene.

Estoy segura de que el impacto que me produjo el mensaje habría sido evidente si hubiese tenido a alguien al lado para verme con la boca abierta.

No supe cómo reaccionar ni qué decir, así que no contesté nada. Pero cuando volví a pulsar para reproducir el vídeo de yoga y

colocarme en la postura del perro, empecé a sentir un pellizco en el estómago. Aquella situación me parecía rara. Decidí llevarme a Bruce aparte al día siguiente para preguntarle qué opinaba.

16

Bruce

El martes después del vuelo

No había tenido más noticias de Stephanie desde los mensajes del día anterior diciendo que estaría fuera toda la semana. Me había resignado a tener que dirigir yo la redacción.

Una parte de mí disfrutaba siendo el jefe absoluto cuando ella no estaba. Me aportaba experiencia en caso de que quisiera ser director de informativos a tiempo completo. Pero otra parte sentía el peso de la responsabilidad. Era el último guardián de todo lo que pasara en las emisiones. No había nadie por encima de mí en quien apoyarme. Los directores generales solían venir del sector de ventas y no tenían experiencia editorial, así que no participaban en las decisiones diarias.

En la reunión de directores hicimos la habitual ronda para que cada uno diera una actualización de lo que estaba pasando en su departamento: dotación de personal para la jornada, ideas para reportajes, cuáles eran las tendencias en digital, qué proyectos especiales estábamos preparando. Me sentía mucho más en sintonía. Estaba preparado para dirigir la reunión, no como el día anterior. «Tú puedes», me dije. Tenía a mi lado mi café del McDonald's. Esa taza diaria era como una vieja amiga; me reconfortaba.

Terminamos la reunión y disponía de unos diez minutos antes de la de las nueve con toda la redacción. Me quedé en la sala de juntas para mirar algunos de los incesantes correos electrónicos que no dejaban de llegar. Noté que Lucy, la directora digital, se tomaba demasiado tiempo en recoger sus cosas mientras los demás salían. Cuando se fueron todos, cerró con cuidado la puerta y me miró con una expresión de inquietud en el rostro.

—Bruce, ¿puedo hablar contigo de una cosa?

—Claro.

Entonces recordé que había estado intercambiando mensajes con Steph. ¿Tenía alguna novedad? ¿Y cómo iba a decirle que no hablara de ello con Dave ni con nadie más? La verdad era que no podía meterme en ningún lío con el jefe justo cuando era muy posible que estuviera pensando en mí para el puesto de director de informativos. Se me hizo un pequeño nudo en la garganta al pensar que había incumplido lo que él me había pedido.

—Es sobre Steph —empezó a decir Lucy.

Se sentó y empezó a mover la pierna arriba y abajo.

—¿Sí?

Sabía que Steph y Lucy estaban bastante unidas y las había visto reír con cosas que estaba seguro de que eran de ámbito absolutamente femenino, así que me había mantenido alejado.

—Sabes lo de esa broma recurrente que tengo con Steph sobre Mark Ruffalo, ¿verdad?

No lo sabía, pero asentí de todos modos.

—Bueno, pues como ayer Nora me contó que Steph se había vuelto un poco loca, le envié un mensaje de broma sobre Ruffalo. Ya

sabes, le dije que tenía una reunión con él y si debía retrasarla, ese tipo de cosas.

—Ajá.

—Y ella me contestó —continuó Lucy— como si «Mark R.» fuera una persona real de nuestro equipo. Me dijo que cambiara la reunión y después empezó como a hablarme mal. No sé, Bruce. Fue superraro. Como salido de *Dateline* o de alguno de esos programas de investigación de crímenes que te ponen los pelos de punta.

—¿De investigación? —pregunté. No la seguía del todo.

—Sí —contestó con un tono de urgencia en la voz—. Es como si le hubiesen cogido el teléfono.

Incliné la cabeza mientras pensaba en lo que había dicho.

—¿Puedo ver los mensajes a los que te estás refiriendo, Lucy?

Me pasó el teléfono, los miré dos veces y se lo devolví.

—Estoy seguro de que está bien. En serio, Lucy. Quizá te estuviera tomando el pelo, como respondiendo al sarcasmo. O puede que no se acordara de vuestra broma. ¿Cómo le iba a coger nadie el móvil? Y de ser cierto, ¿por qué nos iba a estar enviando mensajes sobre reuniones y cosas así? No tiene sentido. Publicó en Facebook sobre la conferencia la semana pasada. Ayer me envió un mensaje de audio.

Lucy se inclinó sobre la mesa para acercarse a mí, entrecerró los ojos un poco y susurró:

—Bruce, tengo una corazonada. Mi profesor de reiki me dijo que las corazonadas son las que nos guían. ¿Qué podemos hacer para averiguar qué está pasando?

—A ver —dije con mi tono más paternalista—. Si le ha pasado algo malo, ¿por qué iba a tener esa persona su teléfono móvil? Sabría

que la podrían localizar. Probablemente la policía la encontraría en cuestión de minutos.

Se oyó ruido al otro lado de la sala y los dos miramos y vimos que empezaba a llegar la gente para la reunión de la redacción.

—Quiero investigar un poco más, Bruce —dijo Lucy—. Voy a averiguar si de verdad es ella. Le enviaré información falsa para ver cómo responde.

—Bueno, eh…

No sabía qué decir, pero la puerta de la sala de reuniones se estaba abriendo y la gente estaba empezando a entrar.

—Supongo que está bien —susurré—. Mantenme informado.

—Lo haré —contestó con expresión de determinación en el rostro.

17

Anna

El martes después del vuelo

Glenn no había ido al bar la noche anterior. Se rumoreaba que se había producido un robo en su caravana, y que tras una paliza bastante fuerte tuvo que ir al hospital con un brazo roto. Una de las camareras me dijo que escuchó que también lo habían dejado sin dientes y que los ladrones lo amenazaron con algo.

Yo mantuve la boca cerrada y la cabeza agachada, pero tenía una sensación de alivio inmenso. Estaría alejado una temporada mientras permaneciese en el hospital. Podía dormir tranquilamente.

Faltaba una hora para ir al trabajo y andaba vaciando el lavavajillas cuando me sonó un mensaje en el móvil, que estaba sobre la encimera, y vi que era de Jasmine. Los platos seguían calientes y algo mojados porque el ciclo acababa de terminar, así que tuve que secarme las manos con un trapo antes de verlo.

Este Trent es supersexy, pero tiene mal genio. No te preocupes.
Sé cuidarme. No se lo cuentes a Glenn.

Respondí rápidamente:

Las cosas se han descontrolado por aquí.
Glenn está en el hospital.

¿Glenn está en el hospital?
Te prometo que te enviaré pronto tu dinero.
Gracias por todo.

Sí, robo en la caravana, ya sabes a qué me refiero.
Le han dado una paliza bastante fuerte.
Pero ¿tú estás bien? ¿No necesitas nada más?

Estoy bien.

18

Lucy
El martes después del vuelo

Fue un día de ajetreo de noticias, pero yo tenía la mente en otra parte. Después de que Bruce me diera luz verde, seguí imaginando mensajes. ¿Qué podía decir que resultara una trampa para alguien? Si era Steph y simplemente estaba actuando de forma rara, podríamos reírnos de ello después. Pero si no era…

Durante el almuerzo vi a Nora en la sala de descanso. Necesitaba una cómplice, así que la llevé aparte y enseguida la puse al corriente de todo.

—Ayúdame a pensar en algún mensaje trampa —susurré.

—¿Y si te inventas un nombre? —propuso Nora—. Como decirle que han llamado Susan y Frank y que tienen que hablar con ella y necesitas saber qué decirles, o algo así.

—Es buena idea —contesté—. Vamos a probarlo.

Escribí exactamente esas palabras en un mensaje a Steph y se lo envié. Después esperé una respuesta. No recibí nada durante más de una hora, pero iba andando por la redacción para hablar con el encargado de asignación de contenidos cuando recibí su respuesta.

Diles que no estoy en la ciudad.

Fue como si la sangre se me fuera del cuerpo en ese momento y formara un charco en el suelo. Tuve que agarrarme al respaldo de una silla que había al lado para mantener el equilibrio. Por un momento pensé que iba a desmayarme. Nora se acercó a mí.

—¿Has recibido algo? —susurró apremiante.

Temblando, le pasé el teléfono. Abrió los ojos de par en par y me agarró del brazo.

—Ven conmigo. Avisamos a Bruce y después vamos al despacho de Dave.

Hicimos una señal a Bruce y lo llevamos a la sala de juntas de atrás. Después de informarle y enseñarle los mensajes, se quedó pálido.

—Escuchad, chicas —dijo—. Hay otro problema. Dave me pidió que no contara nada, pero ya era tarde. Si cree que toda la redacción está hablando de esto, va a montar en cólera.

—No toda la redacción está hablando de esto —aclaró Lucy—. Somos solo nosotros tres. Yo no he dicho una palabra de estos mensajes a nadie más que a vosotros dos. Sé lo rápido que se extienden los rumores por aquí.

—Bruce, yo asumiré la culpa si es necesario —se ofreció Nora—. Dave no puede enfadarse con nosotros por esto. Es información que tiene que saber.

19

Dave

El martes después del vuelo

Había llamado de nuevo a Steph esa mañana por si al fin le apetecía contestar, pero solo saltó el buzón de voz. La imaginaba con un tipo de Atlanta haciendo absoluto caso omiso a su muy importante trabajo y estaba planteándome cuál sería mi siguiente paso —¿debía llamar a Recursos Humanos?— cuando entraron Bruce, Nora y Lucy. Lucy hablaba muy rápido.

—Dave, perdona por molestarte, pero creemos que a lo mejor le ha pasado algo malo a Stephanie. Es imposible que sea ella la que ha respondido a mi mensaje.

Empujó su teléfono hacia mí y traté de asimilar la información. Los tres me observaban.

Examiné sus caras y lancé una mirada severa a Bruce, que sin duda había desobedecido mis órdenes de no decir nada. Él sabía exactamente qué estaba pensando y bajó la vista. Nora se apresuró a intervenir.

—Dave, es culpa mía. Yo se lo he contado a Lucy. Pero solo estamos tratando de ayudar. Por favor, mira los mensajes.

—¿Y quién te lo ha contado a ti, Nora? —No pude evitar insistir para ver quién había incumplido mis órdenes.

Bruce tragó saliva, pero dio un paso adelante para hablar.

—Se lo mencioné a Nora al principio. No sabía entonces que querríamos mantener la discreción.

—Para este tipo de asuntos siempre es necesaria —les reprendí—. Hay cosas que son privadas, no es necesario que lo sepa toda la redacción. Bruce, ya hablaremos de esto después. Y ahora, ¿qué se supone que estoy mirando?

—Este mensaje sobre Susan y Frank —dijo Lucy señalándolo.

—¿Quiénes son Susan y Frank? —pregunté a la vez que empezaba a acariciarme el bigote con la mano.

—Son los nombres de mis padres —respondió Nora—. Pero Steph no lo sabe. Simplemente incluimos esos nombres en el mensaje para tratar de tenderle una trampa. Creemos que hay otra persona controlando su teléfono.

—Perdona, ¿cómo dices? —pregunté— ¿Controlando su teléfono? ¿Cómo si se hiciera pasar por ella?

—Sí —contestaron Lucy y Nora casi al unísono.

Bruce guardaba silencio.

—Tranquilas —dije empleando el tono que usaba con mi nieto de tres años—. Sentaos y hablemos de esto.

Los tres se sentaron nerviosos en el borde de su silla y me miraron con expectación.

—Vamos a pensar con sensatez —empecé a decir—. Puede que Stephanie conozca a una Susan y un Frank que nosotros no conocemos y que para ella tenga sentido. Es evidente que estuvo en la conferencia, así que ¿sugerís que le ha pasado algo después?

—Sí, eso es lo estoy diciendo —contestó Lucy.

—Eh… —Mi mente era un torbellino. ¿De verdad podría tener otra persona su teléfono? Pero no podía mostrar mi preocupación ante Nora, Bruce y Lucy, por lo que traté de idear otro plan—. Si de verdad creéis que alguien está usando su móvil, necesitamos alguna prueba más.

—Un momento. ¡Tengo una idea! —exclamó Lucy—. Ella solo tiene una hermana, ¿verdad? ¿Y si le enviamos algún mensaje sobre un hermano y vemos qué dice?

Todos nos miramos, clavando los ojos unos en otros. Bruce hizo un pequeño gesto de asentimiento. El de Nora fue más entusiasta. Se volvieron hacia mí. Me di cuenta de que me tocaba tomar una decisión importante. Tenía más información que ellos. Había hablado con Robert. Sabía que estaba con un hombre. Quizá solo necesitara espacio, o a lo mejor ese nuevo novio estaba escribiendo los mensajes por ella mientras estaba dormida o en la ducha. Pero ¿y si la estaba controlando o la tenía encerrada en algún sitio y estaba usando su teléfono? Tragué saliva al pensarlo. Se trataba de Steph, una empleada de confianza, una persona a la que apreciaba.

—Vale, supongo —contesté—. Inténtalo a ver qué pasa.

Lucy cogió ansiosa el móvil y empezó a escribir. Cuando acabó, lo leyó en voz alta.

> Tu hermano ha pasado para invitarte a comer.
> Como estás fuera, ha dicho que te llamará para quedar en algún momento.

Nos miró a todos con expresión de inquietud.

—¿Qué tal esto? Si de verdad es ella, va a decir: «¡Sabes que no tengo ningún hermano! ¿De qué me estás hablando?».

—Vale, envíalo —le dije.

Tomó aire mientras planeaba con el dedo por encima del teléfono y, a continuación, pulsó. Todos nos inclinamos hacia delante como en un acto reflejo para tratar de ver mejor. Lucy miraba fijamente la pantalla, esperando.

—Todavía nada —dijo—. Puede que tarde un rato.

Suspiré. Aquello parecía poco fructífero. ¿Cuánto tiempo iba a tener a esos tres en mi despacho y lejos de la redacción? Estaba a punto de decirles que se marcharan cuando Lucy dio un salto.

—¡Un momento! Se ven los puntitos de que está escribiendo —gritó.

Permanecimos sentados conteniendo la respiración. La sala quedó en absoluto silencio y lo único que se oyó fue el sonido de un coche que pasaba. A Lucy empezó a temblarle un poco la mano.

—Está tardando mucho en escribir —se quejó con un fuerte susurro.

Nora se inclinó hacia delante para mirar. Yo noté que la garganta se me secaba. Los rostros de Lucy y de Nora se retorcieron de forma simultánea adoptando formas que no supe interpretar. Nora soltó un gemido gutural.

—¿Qué dice, Lucy? —pregunté.

—Dice «Vale, gracias» —chilló.

Bruce se hundió en la silla y se pasó las manos por el pelo. A Nora se le llenaron los ojos de lágrimas. Un hormigueo me recorrió la espalda.

Lucy empezó a responderle algo, pero todos estábamos demasiado preocupados como para detenerla. Vi cómo pulsaba el botón de envío.

—¿Qué le has contestado? —pregunté.

Me pasó el teléfono y leí el mensaje en voz alta.

Sé que tienes un par de hermanos.
Este era el más joven.
He olvidado su nombre, ¿cómo era?

—Como no tiene ningún hermano, quiero ver qué responde —se explicó Lucy—. Sé que lo ha visto. El mensaje aparece como leído.

Esperamos hasta cinco minutos, pero no hubo respuesta.

—Dejadme que lo intente de nuevo —Escribió rápidamente y leyó después:

Empezaba por A, ¿no? Es que no lo recuerdo.

—La verdadera Steph pensaría que estoy loca ahora mismo y respondería con algo sarcástico. Ha leído esto también. ¿Por qué no dice nada? —preguntó Lucy.

Pasaron unos cuantos minutos más. Nos miramos con preocupación.

—Aquí está pasando algo malo de verdad —dijo Lucy—. Se lo voy a preguntar directamente.

Steph, ¿estás bien?

La voz de Lucy tembló un poco al leerlo en voz alta y, a continuación, lo envió.

Yo noté un tic en mi pulgar derecho, algo que siempre me pasaba cuando estaba nervioso. Nos quedamos mirándonos. No hubo

ninguna respuesta y, en cierto modo, supimos que aquello era muy grave.

20

Robert

El martes después del vuelo

Estaba nevando cuando desperté. Era como aguanieve, no muy bonito. Se derretía al instante por todos lados.

Uf. Como se suponía que esa noche iba a helar, sabía que tendría que poner un poco de sal en el camino de entrada o se convertiría en una pista de patinaje. Supuse que tendría que hacerlo también en el lado de Steph.

Solté un suspiro al acordarme de ella. Estaba actuando como una colegiala atolondrada. Yo estaba de lo más dividido entre alegrarme por ella y sentir que todo aquello era de muy mal gusto. Cogí las gafas y el teléfono de la mesita de noche y vi que tenía un mensaje nuevo de Steph. De inmediato lo abrí mientras pensaba que se trataría de algún soliloquio plagado de amor, pero vi lo siguiente:

> Te escribo esto mientras Trent duerme. Creo que voy a volver a casa antes de lo que esperaba. ¿Recuerdas que te dije que era un poco mandón? Pues la verdad es que me gritó anoche. Me asustó. Le salió la rabia de repente. No le gusta que me ponga en contacto con mi gente. Te llamaré en cuanto pueda.

Mi corazón pareció detenerse literalmente durante un momento y se me cerró la garganta. Empecé a escribir a toda prisa.

Dios mío, ¿estás bien? ¿Qué está pasando? ¿Necesitas ayuda?

Esperé a que apareciera la señal de leído en la cadena de mensajes, pero solo decía «Enviado». Probé de nuevo:

Steph, responde, por favor.

Y otra vez:

Si no me respondes pronto voy a llamar a la policía.

Pasados diez minutos estaba planteándome seriamente hacerlo cuando por fin contestó.

Estoy bien. No pasa nada por ahora. Esta mañana parece que se ha calmado. Pero voy a reservar un vuelo. Estaré en contacto.

Respondí, aún impactado y presa del pánico:

¡¡Vuelve a casa ya!!
¿Te puedo llamar? ¿Puedo hablar contigo?

No, ahora mismo no. Tengo que cortar. Ya viene.

Muy pocas veces en mi vida había sentido un miedo tan real, pero lo reconocí enseguida. Esas palabras de «Ya viene» parecían sacadas de una película de terror. Me levanté de la cama de un salto y

empecé a dar vueltas sin parar por el dormitorio. Pero estaba a más de mil doscientos kilómetros de distancia. ¿Qué podía hacer que resultara práctico?

Era incapaz de comer ni de concentrarme. Pasé toda la mañana sin pensar en otra cosa que Steph y ese tipo controlador. Di vueltas por toda la casa y, al final, me desesperé y fui a la de Steph a ponerle de comer a Fred y a dar vueltas allí también.

Cuando pasé junto a sus plantas por décima vez, se me ocurrió de repente buscar más entre sus cosas. No sabía por qué ni de qué podía servir. Si estaba en Atlanta con algún chiflado, ¿de qué serviría registrar su casa? Pero me pareció que sería productivo. No estaba seguro de con qué fin.

La primera planta estaba limpia y ordenada. No había mucho que ver. En la cocina abrí las puertas de algunos armarios, pero no encontré más que platos, tazas y cuencos. En el frigorífico tenía algunos imanes con el logo de la cadena, y por lo demás no había nada destacable. La comida de gato que había dejado fuera para que yo alimentara a Fred se estaba acabando y me apunté mentalmente que tenía que llevar algo de la de Evita cuando volviera más tarde.

Subí las escaleras a la segunda planta y empecé mirando un poco por la habitación de invitados. Una cama básica y una mesa de noche, sábanas y toallas en el armario. Entre la habitación de invitados y la de ella había un baño; abrí el botiquín y vi lo habitual: toallitas de maquillaje, bastoncillos y aspirinas. Un tubo de Vagisil hizo que cerrara a toda velocidad el armario.

Entré en su habitación. La cama la había hecho con prisa, pero lo único fuera de lugar eran unos cajones de la cómoda que estaban

entreabiertos. Me entretuve en cerrarlos.

En el vestidor había a un lado vaqueros y sudaderas, un sujetador deportivo detrás del pomo de la puerta y calcetines desparramados por el suelo. Al otro lado estaba su ropa de trabajo, bien ordenada por colores. Alargué la mano para tocar una camisa azul que siempre me había gustado cuando se la ponía. Entonces me vibró el móvil en el bolsillo.

Bajé la mirada y vi que era ella.

Robert… Me ha pegado, me ha pegado con fuerza.
Tengo miedo. Creo que me va a matar.

Nunca he echado a correr y me he tropezado con tanta rapidez.

Me torcí la rodilla tratando de bajar las escaleras y se me cayó el teléfono de lo mucho que me temblaban las manos. Fue a dar al suelo de madera y sentí un miedo atroz de que se me hubiese roto. Ni Steph ni yo teníamos teléfono fijo, y necesitaba llamar a Emergencias. Enseguida. ¿Qué iba a hacer si se rompía?

Con urgencia, lo recogí. Lo de las manos eran ya espasmos. Gracias a Dios solo se había hecho una grieta en la funda.

En mi frente se iban formando gotas de sudor. Noté la garganta áspera. Me pregunté si sería capaz de hablar con el operador de Emergencias. Obligando a mis dedos a moverse, pulsé esos temidos tres botones que nadie quería usar nunca y me pegué el teléfono a la oreja mientras el corazón me latía con tanta fuerza que podía escucharlo y la sangre me palpitaba en los oídos.

—Emergencias, ¿qué problema tiene?

—Mi amiga está en peligro. Me ha enviado un mensaje diciendo que un hombre está tratando de matarla. Alguien con quien ha

estado saliendo. Se llama Trent…

—Señor, tranquilícese, ¿cuál es su último paradero conocido?

—Está en Atlanta. —Me pareció que arrastraba las palabras, como si estuviese borracho—. Ha ido a un viaje de trabajo y ha conocido a ese hombre y…

—Señor, ¿tiene idea de en qué lugar de Atlanta se encuentra?

—No… yo… —Pero entonces de repente me di cuenta de que sí lo sabía. Lo que ella había dicho de Zillow—. Espere, sí. Me envió un mensaje con la dirección. Un momento.

Puse el altavoz y con las manos todavía temblándome con fuerza, busqué mis mensajes con Steph. Al ver el más reciente y las palabras «me va a matar» se me heló el cuerpo y me obligué a respirar mientras murmuraba en voz baja: «Vamos, Robert, ¿dónde está? ¿Dónde está?». Fui pasando la pantalla hacia atrás, y apareció el mensaje con la foto del exterior del edificio. Allí estaba. Sus palabras con la dirección.

—El 4240 de Horizon Lane —dije—. Me dijo también el barrio. Eh… Espere, aquí está… Peachtree Village.

—Señor, vamos a ponernos en contacto con la policía de Atlanta y a enviar una patrulla ahora mismo. ¿Cómo se llama usted?

—Gracias, ay, gracias. Deprisa, por favor. Por favor, dense prisa.

Cuando colgamos se me llenaron los ojos de lágrimas. Me dejé caer en el último escalón de Steph mientras tomaba bocanadas de aire para llenarme los pulmones y trataba de recuperar el aliento.

Me sequé los ojos y, de repente, me di cuenta de que no había respondido a Steph. Estaba tan ocupado llamando a Emergencias que ni siquiera le había dedicado un segundo. En lugar de escribirle

intenté llamarla. Saltó directamente al buzón de voz. Volví a probar una vez más, y otra.

—Ay, Steph, no —gemí y, a continuación, escribí un mensaje a toda velocidad:

He avisado a Emergencias. Van de camino.
LLÁMAME.

No hubo respuesta. Volví corriendo a mi casa y entonces el miedo y la confusión se adueñaron de mí.

—¿Qué cojones está pasando? —grité.

Me entraron ganas de tirar el teléfono, pero sabía que no era lo más sensato, así que cogí un par de cojines del sofá y empecé a lanzarlos por la habitación, gritando. Evita se asustó, saltó de su caseta y se fue corriendo arriba, probablemente para meterse en un armario. Tendría que compensarla más tarde.

El ataque me duró unos minutos. Cuando la rabia comenzó a disminuir, me acurruqué en el sofá en posición fetal y empecé a berrear. Me sentía como un niño, pero no me importó.

Sonó el teléfono. Me puse de pie y me lancé a por él con la esperanza de que fuera Steph, pero era su jefe. Reconocía su número.

—Dave —grité al teléfono saltándome los saludos.

—Robert, ¿estás bien?

—No lo sé. No sé qué está pasando. He recibido mensajes de Steph y he llamado a Emergencias, y ahora no me contesta.

—¿A Emergencias? ¿Qué decían los mensajes?

El tono de Dave pasó a ser de preocupación.

—Decía que creía que ese tal Trent al que ha conocido la iba a matar. Estaba asustada. Yo no sabía qué hacer. He llamado a Emergencias y han enviado a la policía de Atlanta.

—Robert, creo que necesitamos hacer un frente común. Yo también tengo información. ¿Puedes venir a verme a mi despacho en Canal 3?

—Eh… Sí, sí, claro. Sí que puedo, pero ¿a qué te refieres con que tienes información?

—Robert, mejor siéntate. ¿Estás sentado?

No lo estaba, pero mentí.

—Sí.

—Vale. Robert… Tenemos motivos para creer que quizá la persona que envía los mensajes no es Stephanie. ¿Has hablado directamente con ella desde que ha llegado a Atlanta?

Entonces sí que me senté sin darme cuenta. De hecho, más bien me derrumbé de nuevo en el sofá.

—¿Qué quieres decir? Claro que es ella. Me ha enviado montones de mensajes y me ha dejado un audio. Me ha mandado una foto. De ella en Atlanta. Haciendo turismo.

—¿Dónde estaba? —preguntó Dave.

—En el Parque Olímpico del Centenario. ¿Crees que alguien se está haciendo pasar por ella? Estoy hecho un lío. Me ha enviado una foto de un regalo que me va a traer. Es ella.

—No sé, Robert. Pero, por favor, ven a Canal 3 enseguida. Tenemos que hablar y creo que necesitamos poner en común nuestros datos.

—Voy para allá —contesté.

Cogí un abrigo y salí por la puerta en menos de diez segundos.

21

Lucy
El martes después del vuelo

Dave nos había enviado de vuelta al trabajo después de nuestra conversación en su despacho, pero ¿cómo podíamos trabajar?

Me senté en mi mesa a buscar en internet casos famosos de *Dateline* relacionados con robos de teléfonos y envié los enlaces a Bruce y Nora. Mi labor de publicar vídeos en la web para atraer clics quedó por completo de lado. Si algún espectador de Madison, Wisconsin, buscaba contenido mono y gracioso en nuestra página se iba a quedar de lo más decepcionado.

Dave nos avisó a los tres para que volviéramos a su despacho. Fuimos corriendo. Había un desconocido sentado en una silla ante la mesa de Dave y, por un momento, pensamos que podría ser un investigador privado, pero no daba el tipo. Estaba despeinado, tenía los ojos inyectados en sangre y llevaba una sudadera y unos vaqueros.

—Chicos, este es Robert, el vecino de Steph —nos explicó Dave antes de hacernos una señal para que nos sentáramos todos.

Empezó a invadirme una sensación de temor. ¿Había venido el vecino para darnos una mala noticia? Miré a Nora y ella parecía

pensar lo mismo. Despacio, tomamos asiento y miramos a Robert con cautela.

—Vale, ha llegado el momento de compartir nuestras informaciones —dijo Dave—. Robert ha venido a contarnos lo que sabe él y viceversa.

Aquel hombre sacó su teléfono y nos lo fue pasando mientras nos explicaba que Steph le había contado que había conocido a un hombre increíble y que le había enviado varias fotos y un audio desde Atlanta, aunque luego la situación había tomado un giro siniestro. Dijo que había llamado a Emergencias y que ellos le habían devuelto la llamada de camino a Canal 3 para informarle de que habían buscado la dirección que él les había dado y no habían visto señales de que pasara nada malo. Cuando llegó al aparcamiento, le envió una vez más un mensaje a Steph, pero no había recibido contestación hasta el momento.

Bruce sacó su teléfono y nos enseñó que ella le había dicho sencillamente que necesitaba un tiempo de descanso y que cambiara la fecha de unas cuantas reuniones. También reprodujo un mensaje de audio. Después, yo saqué el mío y les expliqué lo de los mensajes sobre Mark Ruffalo y las trampas de Susan y Frank y del hermano, y que alguien había caído en ellas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nora—. ¿Qué podemos hacer?

—Yo creo que voy a coger un avión a Atlanta mañana, el primer vuelo que haya disponible —propuso Robert—. Me estoy volviendo loco aquí, tan lejos. Al menos allí podré echar un vistazo a ese edificio y ver si averiguo qué está pasando.

—Y yo llamaré esta noche a su hermana y a su hijo —dijo Dave—. Necesitan estar informados de lo que sabemos. Quizá tengan algún

dato nuevo.

Todos asentimos con gesto serio, perdidos en nuestras propias elucubraciones.

Yo no podía dejar de pensar en Robert yendo a Atlanta y lo que podría averiguar estando allí, lo proactivo que eso me había parecido. Bruce bajó la vista al suelo, Dave se acariciaba el bigote mirando al techo, Nora se mordía las uñas, yo movía la pierna sin parar y Robert se retorcía las manos una y otra vez. Estuvimos así dos minutos enteros antes de que Dave hablara:

—Vale, podéis iros todos. Seguiremos en contacto.

Desfilamos como zombis en medio de un apocalipsis.

22

Robert

Una semana después del vuelo

Reservé el vuelo de las 6.30 de la mañana, metí todo en un bolso de lona de inspiración hippy que había comprado en un mercado de Ecuador y salí hacia el aeropuerto cuatro horas antes porque sencillamente no soportaba seguir esperando. Ni siquiera me había planteado dormir.

Lisa, la mujer de Dave, se había ofrecido a cuidar tanto de Evita como de Fred, así que saqué a Fred de su parte del adosado y me lo llevé junto a su cojín de dormir preferido a mi casa para que, al menos, pudieran estar juntos. Aquello me dio esperanzas de que quizá Stephanie y yo también volviéramos a estar juntos pronto, sentados en el sofá y bebiendo champán mientras cantábamos a pleno pulmón *My Fair Lady*.

En el aeropuerto estuve dando vueltas junto a la puerta de embarque y acercándome a la única cafetería, hasta que abrió a las cinco.

De repente, caí en la cuenta de que llevaba veinticuatro horas sin comer. Lo único que pensé que podría tolerar era una magdalena. Le añadí un café, pero terminé apartando las dos cosas tras dos sorbos y tres mordiscos.

Justo cuando íbamos a embarcar oí una voz de mujer que me llamaba y me giré.

Lucy, la compañera de Steph, venía corriendo hacia mí.

—Robert, he decidido ir contigo. He comprado el billete a las tres de la mañana.

—¡Lucy! Vaya, muchas gracias.

Me inundó una oleada de alivio y cariño por aquella casi desconocida. Era evidente que tenía tantas ganas como yo de encontrar a Stephanie y saber qué estaba pasando.

—Tengo una información nueva de la hermana de Stephanie, Renee. Mira, siéntate. —Me señaló las sillas de la zona de embarque —. Dave me ha enviado un mensaje para decirme que se ha puesto en contacto con ella, quien a su vez ha hablado con Evan, el hijo de Steph. Evan ha podido acceder a la aplicación de Buscar mi iPhone. Robert, no sé si esta es una noticia buena o mala, pero señalaba la dirección que tú nos dijiste: el número 4240 de Horizon Lane.

—Dios mío —contesté llevándome una mano al pecho.

—Esa será nuestra primera parada cuando aterricemos —dijo Lucy —. Vamos a intentar sentarnos juntos en el avión. Quiero repasar toda la cronología y meterla en una hoja de cálculo. Mi cerebro funciona así. ¿Tú no tienes ninguna novedad?

—Nada —contesté—. Ninguna respuesta a los aproximadamente diez mil mensajes que le he enviado. Eso es lo que me asusta. ¿Por qué no responde si está en la casa de él? Y la policía no ha encontrado nada. A menos… a menos que la tenga encerrada en otro sitio. —Todo mi cuerpo se estremeció al pensarlo.

—Si está en esa casa o cerca de ella, la encontraremos y podremos liberarla —me tranquilizó Lucy. Me sorprendía su

seguridad—. Vamos hasta allí y veamos.

En el avión, conseguimos convencer a un tipo con pinta de hípster urbano para que intercambiáramos los asientos, de modo que Lucy y yo pudimos sentarnos juntos y, en cuanto alcanzamos la altitud de crucero, ella abrió su portátil sobre la bandeja del asiento.

Ella quería hacer una lista de cada día desde la marcha de Steph y la información correspondiente que habíamos reunido. Empezó a escribir y leer en voz alta.

– Jueves: Stephanie publicó una foto en Facebook de la Cumbre de Informativos de Televisión.
– Viernes: Robert le envió por mensaje una foto de Fred sentado en la silla lamiéndose la pata. Fue entonces cuando ella dijo que había conocido a un hombre y que se iba a Atlanta con él.
– Sábado: Envió a Robert un mensaje diciendo que estaban en el aeropuerto.
– Domingo: Contó que él quería quedarse todo el día en casa para poder conocerse mejor.
– Lunes: Bruce le escribió sobre el trabajo y ella contestó pidiéndole que cancelara todas las reuniones y después se puso algo borde con él. Le envió también un mensaje de audio.
– Lunes: Envió a Robert fotos y el audio, empezando con el piso de Trent, luego los cafés, el Parque del Centenario, los estudios donde él trabaja y la taza de «la caliente Atlanta».
– Lunes: Me pidió que cambiara la reunión con «Mark R.» y luego se puso un poco desagradable al respecto.
– Lunes por la noche: Por primera vez expresa miedo por Trent en un mensaje a Robert.

– Martes: Envió mensajes sobre un hermano que no tiene y poco después le dijo a Robert que Trent iba a matarla. Luego, silencio, y la llamada que Robert hizo a Emergencias y que, según la policía, no dio ningún resultado en absoluto.
– Miércoles: Su teléfono es localizado en la casa de Trent.

Todo era tremendamente extraño y de un miedo escalofriante. Pero mientras nos quedamos allí sentados mirando el ordenador, apareció en mi mente un pensamiento.

Aquella noche en mi casa, cuando Steph me dijo que estaba dispuesta a sufrir una enfermedad, a pasar varias noches en el bosque o a sufrir un secuestro amable para recuperar a su hijo. Aquello no estaba siendo un juego desproporcionado del gato y el ratón, ¿no? ¿Era Trent el secuestrador amable? ¿Era posible que ella se hubiese inventado aquello para preocupar un poco a Evan y luego regresar triunfante?

Miré a Lucy y me pregunté si debía contárselo, pero me parecía un dato demasiado personal para compartirlo con una compañera de trabajo. Lucy era muy joven y formaba parte del equipo de Steph. Se quedaría impresionada al oírlo. Sin embargo, mientras volvía la cabeza para mirar por la ventanilla hacia las nubes, me pregunté si no estaría siendo todo una tomadura de pelo.

23

Robert

Una semana después del vuelo

Aterrizamos y nos dirigimos a la zona de transporte terrestre. Busqué un Uber e introduje la temida dirección: el 4240 de Horizon Lane. El apartamento estaba a solo veinte minutos del aeropuerto. Esperamos dentro de la terminal a que llegara el coche.

Lucy estaba mirando su teléfono y se apartó para atender una llamada. Cuando colgó, se acercó de nuevo a mí y abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Empezó a subirme el miedo por el cuello.

—¿Qué, Lucy? ¿Qué?

Todavía sin hablar, me hizo una señal para que me sentara. Mantuve la mirada clavada en ella todo el tiempo mientras lo hacía.

—Robert —balbuceó por fin—. Era Dave. Ha dicho que lo ha llamado un director amigo suyo. Al parecer, se está diciendo en el mundo de los informativos que un directivo de noticias que se llama Trent y es de Atlanta está en la cárcel. Por algo terrible. Y el amigo de Dave le ha dicho que tiene que ver con una directiva de informativos.

Los ojos de Lucy se inundaron de lágrimas. Yo sentí que de manera instintiva a los míos les pasaba lo mismo. ¿En la cárcel? Eso sonaba muchísimo más grave que simular un secuestro con alguien.

Tragué saliva y bajé la mirada al suelo del aeropuerto, con el ruido de la ajetreada terminal a mi alrededor. Oía un alboroto de voces, un niño llorando, una pareja que se reencontraba y se besaba, las cintas de equipajes que se movían con una agitación mecánica y una voz robótica de mujer que hablaba por el altavoz para indicar a la gente que se dirigiera a la recogida de equipaje correspondiente a su vuelo.

—Vamos, Robert —dijo ella por fin—. Todavía no está todo dicho. No me lo voy a creer hasta que alguien lo demuestre. Y el amigo de Dave no sabía aún el nombre de la víctima. Tenemos que acercarnos a Horizon Lane.

Me levanté en un estado casi de trance y la seguí. Nuestro Uber estaba ya a solo dos minutos, así que nos quedamos en silencio en la acera mientras esperábamos. Por suerte, el conductor era reservado y serio y no llevaba la música puesta. Era justo lo que necesitábamos. Un mutismo absoluto. Cuando estábamos llegando, el chófer habló por fin.

—Hay muchos coches de policía. Solo puedo acercarme a una manzana.

—Está bien —contestó Lucy.

Me alegré al ver que ella parecía tomar el control de todo. Yo no había pronunciado ni una palabra desde el aeropuerto.

Bajamos y vimos dos coches patrulla que bloqueaban la calle y varios vecinos que se acercaban y cuchicheaban entre ellos. Dejamos nuestras bolsas en el suelo y nos quedamos allí, tratando de hacer una valoración de la situación.

Resultaba difícil ver desde el otro lado de la manzana, pero estiré el cuello y creí distinguir la parte superior del edificio de estuco

blanco que se correspondía con el que Steph me había enviado por mensaje. Era evidente que se trataba de un barrio de gente rica, con muchas casas modernas tipo loft y varios coches caros aparcados a lo largo de la calle. Los arbustos estaban bien cuidados y había plantas con flores adornando algunos de los jardines cercanos. Oí lo que decían tres mujeres con aspecto de tener setenta y tantos años y que hablaban cerca de nosotros.

—He oído que es alguien importante de una cadena de televisión —susurró una.

—¿Un presentador? —preguntó otra—. ¡Qué escándalo!

—¿Sabéis lo que me han dicho a mí? —preguntó la tercera—. Que ha sido una especie de sobredosis de drogas o un juego sexual que se ha desmadrado. Eso es lo que se rumorea.

¿Lo que se rumoreaba? ¿Entre aquellas abuelas? Tuve que contenerme para no contestarles y retorcer sus cuellos flácidos. Era imposible que Steph estuviese drogándose o sometiéndose a juegos sexuales con un desconocido.

¿O sí? Es decir, uno conoce a sus vecinos, pero ¿hasta qué punto, en realidad? Pero no, mi Steph no. Imposible.

Se acercó un hombre con una caniche en brazos. Iba vestido todo de púrpura y parecía un Prince venido a menos.

—Oigan —dijo con acento sureño—. Hay una rueda de prensa en treinta minutos. La van a hacer delante del edificio, pero pueden verla en directo en su móvil si quieren. Es lo que Poo-Poo y yo pensamos hacer, ¿verdad, Poo-Poo?

Dio un beso a la caniche en la cabeza, le agarró una pata e hizo un saludo fingido con ella. La perra se quedó quieta con una

expresión tonta en la cara. El hombre se volvió hacia nosotros y bajó la mirada hacia nuestros bolsos.

—¿Son de fuera de la ciudad?

—Sí, acabamos de llegar —contestó Lucy.

—¿Y han venido directos aquí? Dios santo, muchacha, ¿es que no hay una atracción turística mejor? Pueden ir a ese gigantesco desperdicio de dinero de los contribuyentes que es el Parque Olímpico del Centenario, ¿no?

Por fin recuperé la voz.

—Solo queremos saber qué ha pasado —dije, y el hombre con la caniche me miró sorprendido.

—¿No nos pasa a todos lo mismo, querido? Me atrevería a decir que los asesinatos no son algo muy común por estos lares, ¿me entiendes? Yo vigilo el barrio y saco fotos a los desconocidos. Tengo un amigo en la po-po. Me refiero a la policía, no a Poo-Poo, que es ella. —Acarició la cabeza de la perra—. Y me han dicho que todavía no han encontrado ningún cadáver, pero que muchas pruebas apuntan a que hay algún muerto. Ya sabes, pelo, sangre, cosas de ADN… Y creo que también han encontrado un teléfono o alguna movida así en el patio de atrás. Ese hombre está de popó hasta arriba, ¿verdad, Poo-Poo?

Se despidió con la mano y se giró con su capa púrpura ondeando tras él.

—Nos vamos a mi apartamento a ver la rueda de prensa. ¡Que tengan todos un hermoso día!

¿Un hermoso día? No podía imaginarme teniendo otro parecido a ese en mi vida.

—Venga, vamos a buscar algún sitio donde sentarnos a ver la rueda de prensa —propuso Lucy—. Una cafetería o algo así.

Una de las mujeres de setenta y tantos años que estaban chismorreando nos oyó e intervino:

—Hay una un poco más allá de esa manzana. Peaches and Cream. Dan un café con leche muy bueno. Ya verán lo divertidas que son sus tazas.

Aquello me impactó de lleno. Podría ser la cafetería a la que habían ido Steph y Trent, la de la foto con dos tazas en una mesa.

—Sí, vamos —le dije a Lucy agarrándola del brazo con tanta fuerza que se sobresaltó.

Podíamos ver dónde había estado Steph, ponernos en su piel en Atlanta. Echamos a andar a paso rápido.

Tal y como me esperaba, en el momento en que entramos en el local y vi las mesas marrones oscuras y las tazas de colores vivos con melocotones en el lateral supe que estábamos en el mismo local. Recordé el ángulo de la mesa junto a la ventana y estaba libre. Sentí como si la misma Steph me estuviese llevando hacia ella.

—Ahí —señalé—. Vamos a sentarnos ahí.

Me senté en la silla en la que habría estado mi amiga cuando hizo la foto de las tazas y dejé que Lucy se sentara en la que habría ocupado Trent; pasé las manos por el borde de la mesa, de un lado a otro y varias veces, tratando de acercarme a cualquier cosa junto a la que ella hubiera estado.

Lucy volvió a tomar la iniciativa, fue al mostrador y volvió con dos cafés solos. Sacó su portátil del bolso de viaje y entró en una de las cadenas de televisión de la ciudad para ver la conexión en directo de la rueda de prensa.

Todavía no había empezado y dimos unos sorbos a nuestros cafés mientras esperábamos, los dos con la mirada fija en la pantalla. Yo estaba ansioso por que saliera el jefe de la policía de Atlanta a decir que aquello había sido un terrible error y que, en realidad, no había pasado nada malo, que se disculpaban y que podíamos irnos todos ya a casa. Y si no, mi segunda opción era que dijeran el nombre de algún desconocido al mencionar a la víctima. Creía que si oía el nombre de Steph sería capaz de explotar allí mismo, en la cafetería.

Me incliné hacia delante, con los ojos pegados a la pantalla del portátil. Un hombre negro y musculoso, con gafas y gorra de jefe de policía se acercó a un podio improvisado rodeado de micrófonos colocados a toda prisa. Se aclaró la garganta.

—Buenas tardes, soy el jefe Newman, del Departamento de Policía de Atlanta. Voy a contar toda la información que me sea posible, pero se trata de una investigación que está en curso y no voy a contestar a ninguna pregunta. La policía de Atlanta acudió durante la noche a la residencia que tengo a mi espalda para comprobar el estado de una persona después de que llamara al teléfono de Emergencias pidiendo ayuda. La policía entró en la residencia. Se encontraron suficientes pruebas como para arrestar a Trent J. McCarthy, de cincuenta y dos años y empleado de la cadena NBC6, como sospechoso de dos homicidios. No vamos a revelar los nombres de las víctimas todavía. Insisto en que esta sigue siendo una investigación en curso y les daremos más información cuando podamos.

Se dispuso a alejarse del micrófono, pero los reporteros empezaron a lanzarle preguntas.

—Señor, señor… ¿Qué más se sabe?

—Jefe Newman, ¿Trent McCarthy está casado?

—Señor, ¿han encontrado los cadáveres?

El jefe de policía se giró a medias y frunció el ceño.

—Como ya les he dicho, nada de preguntas. Doy por concluida la rueda de prensa.

Lucy cerró despacio el portátil y me miró. No dijimos nada. No teníamos por qué. Aunque no habían dado ningún nombre de la víctima, en cierto modo, lo sabíamos. Los dos lo sabíamos. Oculté la cabeza entre las manos. Aunque Steph se hubiese puesto a fingir un secuestro con ese tal Trent, parecía que todo había terminado de la peor manera.

24

Bruce

Una semana después del vuelo

Ninguno podíamos trabajar después de que el jefe de policía diera la rueda de prensa. Dios, apenas éramos capaces de hacer nada. Pero yo aún tenía que seguir al mando y les dije a todos que se dedicaran a lo básico. Ese día solo se iban a cubrir los sucesos más importantes de Madison. Podríamos llenar los programas con noticias nacionales. Siempre había bastantes disponibles a las que acudir. Sin embargo, la información más importante del momento en todo el país era que habían detenido a un director de informativos de Atlanta por un posible asesinato doble.

Lucy se había tomado el día libre. Bernie, la recepcionista, había contado a algunas personas que creía que Lucy estaba en Atlanta. Nos movíamos como robots, cuchicheando unos con otros. Toda la redacción sabía ya que algo malo le había pasado a Steph y estaban al tanto de esa importante noticia de ámbito nacional. No cabía duda de que sumarían dos más dos, si no lo habían hecho ya. Éramos periodistas, no dejábamos pasar nada por alto sin antes hacer montones de preguntas. Y la cadena era lo suficientemente pequeña como para que los chismorreos se extendieran con rapidez.

A las seis de la tarde, hora del este, la policía de Atlanta convocó otra rueda de prensa. Para nosotros eran las cinco, el comienzo de los informativos de esa hora, así que los presentadores tenían que estar en el plató y el director y el productor en su cabina, pero el resto nos reunimos en torno al ordenador de Nora para ver qué era lo último que decían en Atlanta. No me cabía duda de que director, productor y, probablemente, también los presentadores, estaban mirando de reojo el móvil para ver las novedades cada vez que podían.

—Buenas tardes, les habla de nuevo el jefe Newman del departamento de policía de Atlanta —dijo el hombre de gafas con gorra de jefe de policía y una placa que resplandecía bajo los focos de la televisión—. Comparezco para informar de las últimas noticias de la desafortunada tragedia ocurrida en la residencia que tengo a mi espalda. Trent McCarthy sigue detenido. Podemos confirmar ya la identidad de las dos posibles víctimas, aunque a esta hora solo en uno de los casos se ha verificado gracias al ADN.

Se aclaró la garganta y bajó la mirada al papel que tenía delante.

—Se trata de Jasmine V. Littleton. La segunda posible víctima es Stephanie H. Monroe. Se han encontrado objetos personales de ambas enterrados en el patio de atrás. Sabemos que el señor McCarthy y, al menos, una de ellas, asistieron juntos a una conferencia en La Jolla, California, la semana pasada. Esta sigue siendo una investigación abierta y pedimos a todo aquel que tenga información que acuda a la comisaría. No responderé a ninguna pregunta y lo digo en serio: nada de preguntas.

Se dio la vuelta y se alejó.

Sentí que una oscuridad me iba invadiendo los ojos. Nora soltó un grito y alguien más gimió. Aquello no podía ser real, ¿no?

25

Anna

Una semana después del vuelo

En mi buzón había un sobre acolchado dirigido a mí sin ningún remite. El sello era de Atlanta. Para mi sorpresa, en su interior había quinientos dólares en efectivo. Supe entonces que era de Jasmine. ¡Lo había conseguido! No tenía ni idea de cómo se había hecho con tanto dinero, pero había sido fiel a su palabra y me lo había devuelto. Lo guardé en un cajón hasta que pudiera ir al banco y le envié un mensaje para darle las gracias. No contestó.

Era mi día libre y acababa de tumbarme en el sofá a mirar TikTok cuando me sonó el móvil. Era Ed, el encargado del bar.

Vacilé con el dedo sin tocar el botón para responder y decidí no hacerlo. No quería que me llamaran para sustituir a nadie esa noche. Estaba agotada tras una larga semana, especialmente con el estrés por Glenn y por haber hecho turnos extra en el trabajo para cubrir a Jasmine.

Al cabo de unos minutos, Ed volvió a llamar. Lo ignoré por segunda vez, puse el teléfono en silencio y lo dejé boca abajo. Necesitaba espacio. Me lo merecía. Estaba agotada.

Con el móvil fuera de juego, puse Netflix y me preparé para darme un atracón. Cuando terminó el primer episodio de mi nueva serie,

me levanté a preparar palomitas para el resto del maratón y, mientras se hacían, volví al sofá y por fin di la vuelta al teléfono para ponerlo boca arriba.

Había doce mensajes y diez llamadas, todo de gente del bar. El cuerpo se me puso en tensión. ¿Qué estaba pasando?

Rápidamente, abrí el primer mensaje de Ed.

¿Has visto las noticias? Le ha pasado algo a Jasmine.
En Atlanta, nada menos. Llámame. ¿Dónde narices estás?

¿Las noticias? ¿A qué se refería? Revisé con urgencia los demás mensajes que tenía de mis compañeros de trabajo y que prácticamente decían lo mismo. Miré el reloj, vi que había sido entre los informativos de las seis y de las diez. ¿Las noticias? Llamé a Ed.

—Dios mío, Anna. ¿Dónde estabas? Esto es grave. Es muy grave, joder. ¿Estás sentada?

—No.

—Pues siéntate ya.

—¿De qué estás hablando, Ed? Dime qué le ha pasado a Jasmine.

—Anna… —Tomó aire—. La policía de Atlanta acaba de dar una rueda de prensa. Siento ser yo quien te lo diga, pero Jasmine… está muerta. La ha matado un tipo que ha conocido allí.

Fui consciente de que Rocky saltaba del sofá y se acercaba a mí de manera instintiva, pero no de mucho más. No podía asimilar nada.

—Ed, ¿qué es lo que has dicho?

Me explicó lo mejor que pudo lo poco que sabía, y añadió que iba a cerrar el bar temprano y que había invitado a todos los

compañeros de trabajo a reunirse allí para hablar y compartir el duelo.

Colgamos y me dejé caer en el suelo al lado de Rocky mientras enterraba la cara en su suave pelaje. Él empezó a lamerme la mano. Y yo comencé a llorar.

«Ay, Jasmine, ¿cómo ha podido pasarte esto?».

Recordé su primer mensaje, en el que decía que se sentía a salvo y guapa, y después el último, en el que contaba que aquel tipo, Trent, era superatractivo a pesar de que tenía algo de mal genio. Pero insistía en que estaba bien y que no necesitaba nada. Eso había sido apenas hacía unos días. ¿Y luego él la había matado? Se me revolvió el estómago y lloré con más fuerza.

«No, Jasmine, no. Esto no es justo. No te tocaron buenas cartas en la vida. Tu madre, Glenn, esto». Era muy injusto.

Llegué a la conclusión de que debía contar a la policía lo que sabía; a lo mejor les servía de algo. Pero había borrado los mensajes. No estaba segura de si la policía podía recuperar cosas que habían sido eliminadas. Suponía que sí. Probablemente estarían en el disco duro de mi teléfono.

Lo cogí para buscar el número de la policía de Madison con manos temblorosas. Pero algo me detuvo. No, no debía ir a la policía. ¿Qué nueva información les iba a dar de todos modos? Y si investigaban bien, ¿me vería implicada en la paliza que le habían dado a Glenn? Tenía que protegernos a mí y a Rocky. Haría lo que pudiera por honrar a mi amiga de otra manera, con un funeral, un homenaje, manteniendo viva su memoria. Si los medios de comunicación me pedían que hablara de la Jasmine a la que conocía del bar, lo haría. Pero no podía poner en peligro mi propia seguridad.

Abracé a Rocky con más fuerza y cerré los ojos apretando mucho, deseando que desapareciera todo aquel asunto tan desagradable. ¿Qué tipo de monstruo era ese Trent? ¿Conocía a Jasmine, se la llevaba a Atlanta y la mataba a ella y a otra mujer menos de una semana después de conocerlas? ¿Era un asesino en serie? ¿Mi amiga había sido víctima de un asesino en serie? ¿O quizá era que aquel hombre le había pagado el viaje y ya se conocían? ¿Era eso posible? Jasmine no tenía mucho dinero. ¿Cómo si no podría haber llegado a Atlanta? A lo mejor se lo había costeado él. A lo mejor había sido así como ella me había podido devolver el dinero.

A pesar de todo, no podía dejar de imaginar los últimos momentos de Jasmine con Trent. ¿Qué tipo de experiencia había sufrido antes de morir? ¿Había sido muy terrible? ¿Cuál había sido su último pensamiento en este mundo?

Esperaba que ese monstruo se pudriera en el infierno.

TERCERA PARTE

26

Trent

El primer día de la conferencia

La fila de cintas de correr daba a un ventanal, pero las vistas no eran muy estimulantes. Solo el aparcamiento de un hospital y una autopista. Al menos, había algunas palmeras.

Eran las 6.30 de la mañana y me había obligado a levantarme de la cama para darle una paliza a mi viejo corazón antes de que empezara la Cumbre de Informativos de Televisión. El médico me había advertido de que me estaba subiendo la tensión y me había comprometido a perder unos kilos ese año. Era mi propósito de Año Nuevo. Cierto, solo estábamos en la tercera semana de enero, pero me había ido bastante bien. No podía permitir que una conferencia se interpusiera en mi camino.

Tenía a Pearl Jam de banda sonora mientras hincaba las piernas en la cinta y sentía cómo empezaban a formarse gotas de sudor. El largo vuelo desde Atlanta del día anterior me había afectado, pero había llegado al hotel a última hora de la tarde e incluso tuve tiempo para cenarme un enorme filete de ternera con dos patatas rellenas al horno y un postre, seguido de unos cuantos cócteles en el bar. Conocí a otros directores de informativos que habían venido de todo el país a lo mismo que yo. Echamos unas risas. Me sentía lleno de

energía y con ganas de codearme con más personas. Los que estábamos a cargo de una redacción solíamos estar inmersos en nuestra pequeña órbita; no socializábamos mucho en nuestra ciudad, principalmente por miedo a compartir información que no debíamos. Se trataba de un colectivo competitivo y reservado. Esa conferencia suponía una oportunidad para mezclarse y conocer a gente. Como yo estaba soltero desde hacía poco, tenía ganas de disfrutar también de una aventura de una noche y estaba deseando ver a las chicas por si surgía algo. Había pasado demasiado tiempo sin disfrutar de un buen polvo.

Subí la pendiente de la cinta de correr mientras la música me zumbaba en los oídos y mis pensamientos regresaron de pronto a una de las últimas cosas que Katrina me había dicho antes de dejarme: que tenía que regalarle mi alianza de bodas a la cadena de televisión porque era con ella con quien estaba casado. Eso me seguía cabreando.

La verdad era que yo me había zambullido en jornadas maratonianas, pero también por ayudarnos como familia. ¿Habría podido ella permitirse un colegio privado para los niños y sus «días para mí sola» con pedicuras y compras si yo no hubiera estado trabajando tanto? No lo creo. Y, tras el divorcio, iba a recibir una pensión alimenticia para Brittany y Brett, y a comprarse su propia casa.

Apreté los puños mientras aumentaba la velocidad de la cinta de correr, pensando en que ella saldría con otro hombre, pero que seguiría viviendo de mi dinero. Habíamos tenido nuestras diferencias. Sí, yo la había engañado alguna vez, pero ¿quién podía ser fiel a una persona toda la vida cuando el mundo estaba lleno de

tantas posibilidades tentadoras? Y, sinceramente, ¿quién sabía si ella no me había engañado a mí?

Habíamos tenido también algunas peleas, pero ¿era culpa mía que se exaltara tanto? Sí, yo la había empujado alguna vez. No había sido para tanto. Katrina me amenazó con pedir una orden de alejamiento pero, por suerte, no lo había cumplido. Ese tipo de cosas habría podido acabar con mi carrera. Creo que ella sabía que aquello acabaría también con sus ingresos, y por eso dio marcha atrás. En su lugar, me abandonó.

Yo tenía a los niños los fines de semana, solo uno al mes, el que yo escogiera. Mis hijos eran un fastidio. «Papi, quiero zumo. Papi, estoy cansado. Papi, tengo hambre. Papi, me he hecho daño en la rodilla». Katrina era la mujer; sabía encargarse de ese tipo de mierdas. Hasta reduje el tiempo que pasaba con ellos para no tener que recogerlos hasta la última hora del sábado por la tarde y poder devolverlos el domingo justo después del desayuno. Incluso veinticuatro horas como padre soltero habrían sido demasiado.

Para ser sincero, estaba encantado de haber recuperado mi libertad casi por completo. Libertad para tener citas, para levantarme tarde cuando quisiera, para beber lo que me apeteciera sin que ella mirara el cubo del reciclaje para ver cuántas latas de cerveza había dentro. Que se fuera a la mierda. Yo tenía cosas más importantes en las que pensar aparte de Katrina y los niños.

Bajé la pendiente de la cinta y miré el reloj de la pared. Hora de prepararse para la conferencia. Reduje la velocidad al ajuste de paso rápido y cambié la música a Coldplay para ir enfriando a la vez que mis pensamientos viajaban a lo que podría haber de desayuno en el restaurante del hotel. Mi secretaria había dicho que tenía que probar

la tostada con aguacate ya que estaba en California, pero me parecía asqueroso. No, gracias. Para mí, huevos, croquetas de patata, pan tostado y beicon. Necesitaba sentirme lleno después de cada comida.

Cogí una toalla tiesa y con olor a lejía del montón que había junto a la puerta, me sequé el sudor de la frente y me miré en la pared de espejos que había enfrente de las ventanas. Traté de meter tripa. La barriga se me había ido inflando en los últimos cinco años. Tenía cincuenta y dos, todavía con cara de niño, según me decía la gente, pero sentía también todo tipo de dolores y achaques. Probablemente ese rato corriendo me pasaría factura. Había que estirar, pero ¿quién tenía tiempo para eso? Le dediqué un rápido movimiento de juntar las manos con la punta de los pies, seguido de un giro en cada dirección y decidí que era suficiente. Los estiramientos eran para bailarinas. Tras tirar la toalla al cesto de la ropa sucia, salí del gimnasio y volví al ascensor para subir a mi habitación.

La ducha tenía un cabezal con efecto lluvia y chorros laterales, y el hotel ofrecía gel y dos opciones para el champú y el acondicionador en dispensadores colocados dentro de la ducha. Salí oliendo a eucalipto. Me coloqué desnudo delante del enorme espejo del cuarto de baño y pensé en el buen aspecto que tenía, salvo por el exceso de barriga, del que ya me estaba encargando. Pero tenía los brazos tonificados y un rostro de lo más atractivo. El pelo, apenas canoso ni escaso todavía, era mi tarjeta de presentación y, si alguna vez empezaba a perderlo, tenía pensado pagar lo que hiciera falta por hacerme implantes.

Cogí la crema de afeitar y cumplí con todo el proceso de afeitado. Después me arranqué unos cuantos pelos de las fosas nasales y me

recorté las patillas con unas tijeras diminutas que siempre llevaba conmigo. Por un momento, me planteé enviar un mensaje a mi asistente de dirección para ver cómo iba todo por A-T-L, que era como me gustaba llamar a Atlanta, pero luego pensé: que le den. Podía considerar aquel viaje, más que nada, como unas vacaciones, ¿no? ¿Por qué enredarme con minucias de la redacción? ¿Casado con mi trabajo? Se iba a enterar Katrina. Incluso evité los programas de noticias de la mañana de San Diego y, en su lugar, puse los deportes.

Tenía la ropa en bolsas de viaje, planchada y lista para ponérmela, gracias a mi secretaria. El primer día llevaría una chaqueta que tenía bordadas mis iniciales, como el resto de mi ropa de trabajo. La conjunté con una camiseta de cuello pico de Ralph Lauren, pantalones de vestir y zapatos de Hugo Boss. Tras abrocharme el robusto reloj de plata, me eché fijador en el pelo y me lo alisé. Cogí el bolso de bandolera de piel que había comprado en una de las mejores curtidurías de Roma y bajé a desayunar.

Los huevos estaban un poco pasados, pero las croquetas de patata, el pan tostado y el beicon estaban buenos. Me lo comí todo con dos tazas de café solo, sin leche ni azúcar (el azúcar era para las niñas, según había dicho siempre mi padre) y me sentí estimulado y poderoso al entrar en el salón, listo para la conferencia. Habían dispuesto una mesa a la izquierda con las credenciales esparcidas encima.

—Buenos días, ¿le ayudo a buscar su nombre? —me preguntó una joven de pelo corto que supuse que sería una becaria.

Era supertetona, pero no tan atractiva. Cualquiera que llevara un aro en la nariz me producía rechazo, pero puse mi mejor voz de

director de informativos y bramé:

—Claro que sí. Trent McCarthy, listo para el ataque.

—McCarthy… M… —Buscó entre todas las credenciales—. Ah, aquí tiene. Verá en ella la mesa que se le ha asignado. ¿Puede firmar aquí, por favor?

Señaló hacia una hoja. Escribí mi nombre con una llamativa letra cursiva que tenía una T gigante y una M aún más grande. Ocupaba toda la casilla en la que se suponía que tenía que firmar y parte de las de arriba y la de abajo.

—A la orden. Firmado y rubricado. Has sido de mucha ayuda. Gracias… —Fijé la vista en su chapa identificativa como excusa para apartar los ojos de su piercing y mirarle de nuevo el pecho—. Willow. Que pases un buen día, y si veo a tu jefe… o jefa… le diré que mereces un aumento.

Le dediqué un guiño y una sonrisa para demostrarle que, como le había dicho «o jefa», no era sexista.

—Mi jefe no se identifica con ningún género y su pronombre es «elle», pero gracias —contestó Willow.

Me pareció ver que sonreía con satisfacción.

Me di la vuelta rápidamente murmurando: «Joder, me estás tomando el pelo». Esos estúpidos progres. Los chicos eran chicos y las chicas eran chicas. No se podía ir en contra de la naturaleza. Jamás me dirigiría a nadie como «elle» ni compartiría baño con una persona que no supiera decidir cuál era su sexo. A la mierda Willow y su generación entera.

La sala que tenía delante estaba ya llena de gente dispuesta a conocerse. Había muchos apretones de manos y un montón de «encantado de conocerte». La vestimenta para la ocasión era

profesional, con casi todas las mujeres ataviadas con elegantes trajes pantalón y los hombres con chaqueta o camisa. Nadie llevaba vaqueros. Tampoco había mucha variedad de colores: predominaba el marrón apagado, gris, verde oscuro o azul marino. Yo iba perfecto para la ocasión, como me gustaba. El lugar olía a loción de afeitar, perfume y café. Un buen número de personas tenían todavía en la mano vasos desechables del Starbucks del vestíbulo.

Miré mi credencial para ver cuál era mi mesa y me dirigí a la número cuatro. Tenía cuatro sillas alrededor, todas dispuestas en semicírculo y mirando hacia un escenario. Solo había ya una persona en ella, una mujer alta y negra que llevaba unos pendientes pequeños y dorados y un traje pantalón azul oscuro. Le tendí la mano.

—Trent McCarthy, de la NBC6 de Atlanta. ¿Tú eres?

Miré de reojo su etiqueta, pero solo por verle el nombre. Su pecho no me interesaba en absoluto. Debía de tener sesenta años por lo menos.

—Dorothy Robinson, de Boston —contestó con una voz tan grave que me sorprendió—. Antes era periodista de investigación. Llevo trabajando para la ABC más de treinta años, como directora de informativos durante los ocho últimos.

—Muy bien —respondí.

Charlamos un poco más. Había algo en la forma de hablar de Dorothy transmitía la sensación de que yo debía sentirme impresionado por ella. No lo estaba. Más bien estaba deseando que llegaran nuevos acompañantes y me alegré cuando apareció otra persona. Esa vez era un hombre. Bajito y nervudo, con pelo rizado y gafas.

—Hola, soy Alan Kozinski, de la WNJT de Kalamazoo.

De inmediato vi que era un friki de segunda que probablemente llevaba toda la vida viviendo en Kalamazoo. Era el tipo de hombre con el que jamás me juntaría. Yo era de la fraternidad Sigma Tau. Nos quitábamos de encima a los tíos como él todos los años. Pero en mi deseo por mostrarme amable, hice lo que siempre hacía cuando conocía a un hombre: darle una palmada en la espalda y hablar de deportes.

—De Michigan, ¿eh? ¿Crees que van a llegar al Gran Baile?

—¿A qué?

—Al torneo de la NCAA. —¿Qué idiota no sabía lo que era el Gran Baile?— Michigan va estupendamente este año, Al.

—Ah, el baloncesto, sí. La Universidad de Michigan está en Ann Arbor —dijo—. En el otro extremo del estado.

—Ah, ¿sí?

Yo había ido a la universidad en Illinois, un sitio que había elegido por sus fraternidades y su ambiente de fiesta, pero aparte de unos cuantos viajes a Chicago, hasta ahí llegaban mis conocimientos sobre el Medio Oeste.

—Pues fíate de lo que te digo, Al. Michigan tiene oportunidades este año. No los pierdas de vista. Ese pívot tiene la corpulencia de Kareem Abdul-Jabbar. —Hice como si driblara y lanzara un gancho para subrayar lo que decía—. Sabes quién es Kareem, ¿no?

Asintió, pero se volvió y empezó a hablar con Dorothy. No se me ocurrió qué otra cosa decir.

Miré a mi alrededor y vi a una mujer que venía hacia nosotros. Dejé la vista clavada en ella, con la esperanza de que fuera nuestra última compañera de mesa. Llamaba la atención porque vestía una

chaqueta rosa chillón en medio de un mar de monocromía, y un vestido negro y corto que le dejaba ver las rodillas y las pantorrillas. Calzaba unas zapatillas de deporte raras. La melena, de pelo castaño y un poco ondulado, le pasaba de las orejas y le llegaba justo a los hombros; tenía una cara bonita. No cabía duda de que venía directa a nuestra mesa. Era mi día de suerte.

—¿Eres la cuarta persona de la mesa cuatro? —pregunté con la que consideraba mi voz de «bienvenida a la fiesta».

Colgó un bolso azul claro en el respaldo de la silla. Olí un perfume de flores.

—Sí —respondió—. Me llamo Stephanie Monroe.

Decidí de inmediato que era a ella a la que iba a ligarme en esa conferencia. No había ninguna que estuviera más buena que ella en toda la sala.

—Trent McCarthy, de la NBC6 de Atlanta. Es un verdadero placer conocerte, Stephanie —dije examinando todo su cuerpo de la cabeza a los pies.

Ese era siempre un buen comienzo con las mujeres atractivas. Las hacía sentirse sexis.

Tras las presentaciones con el resto de la mesa, Stephanie, Alan, Dorothy y yo nos acomodamos en nuestros asientos, y la maestra de ceremonias subió al escenario y dio golpecitos con un tenedor en un vaso.

—Bienvenido todo el mundo —dijo—. Estamos encantados de recibiros en la Cumbre de Informativos de Televisión. Espero que hayáis tenido un buen viaje hasta la hermosa San Diego. Os hemos preparado una agenda abarrotada, así que ¡empecemos!

Pasamos las dos horas siguientes escuchando a ponentes que compartieron todo tipo de datos y presentaciones en PowerPoint. Dorothy y Alan fueron tomando nota de manera escrupulosa. Stephanie y yo no. Empecé a aburrirme y saqué el teléfono unas cuantas veces tratando de que no pareciera que estaba mirando redes sociales. Noté que Stephanie hacía lo mismo un par de veces, pero que rápidamente volvía a guardarse el móvil en el bolso.

Jugueteé con mi reloj; estuve fantaseando un poco. La mayor parte de lo que se decía allí no me interesaba de todos modos. Me gustaba cómo hacíamos las cosas en nuestra redacción. No iba a venir un ponente a cambiarme.

Para el último tramo antes del almuerzo nos pidieron que compartiéramos con nuestros compañeros de mesa algunas de las cosas que hacíamos en nuestra redacción. Me aclaré la garganta y decidí que lo natural era que fuera yo quien empezara. Estaba claro que era el líder de la mesa cuatro.

—Dorothy… Alan… Stephanie. —Dediqué un momento a señalar a cada uno y mirarlos a los ojos—. En Atlanta yo dirijo un barco bien organizado. A lo largo de los años he aprendido que, si das la mano, la mayoría te coge el brazo. También es importante que el jefe sea resolutivo, así que yo decido qué se cubre cada día y a ello nos ceñimos. La delincuencia está descontrolada y el punto fuerte de nuestra cadena son las noticias de última hora. La gente acude a nosotros por eso y tenemos que estar a la altura. La sangre vende. Ya sabes a qué me refiero, ¿verdad, Al? ¿Qué tal tú? ¿Cómo llevas las cosas por el Zoo?

Me sentí orgulloso de haberme inventado un mote para la ciudad de Alan y le sonreí. Alan se subió las gafas por la nariz y se me

quedó mirando un rato.

—Bueno, la verdad es que nuestro enfoque es el opuesto al tuyo —dijo con una voz que solo podía describir como débil—. Tratamos de escuchar todos los puntos de vista de la redacción sobre qué debemos cubrir. Creo que eso fomenta un mejor ambiente en la redacción, que entendemos que debería ser una democracia, no una dictadura.

Traté de disimular mi espanto. Esa táctica nunca iba a funcionarle ni a llevarle a un mercado más amplio. No era de extrañar que estuviera atrapado en ese pueblucho. A continuación, intervino Dorothy.

—En Boston estamos probando el periodismo comunitario. Tenemos reporteros asignados a barrios específicos y están integrados allí. Algunos incluso viven en esos barrios. Hacemos lo que llamamos «reportajes ciudadanos» y mostramos perfiles de restaurantes y personas, además de noticias de última hora, política y, sí, sucesos. Pero no nos centramos en la delincuencia. Yo creo que la gente quiere periodismo basado en soluciones, que no sea solo una amplificación de los problemas. Lo cierto es que tratamos de no salir corriendo a toda velocidad hacia la escena de cada noticia de última hora. Solo porque se cometan delitos y sea el recurso más fácil, no quiere decir que tenga que considerarse automáticamente como lo más destacado.

Otra cadena cobarde, pensé, y me volví para mirar de lleno a Stephanie. El vestido negro le dejaba el escote al descubierto y traté de no ser evidente, pero me pareció que asomaba un sujetador de encaje. Mierda. Había pasado demasiado tiempo, y lo de la chica de

compañía durante unas horas en mi habitación de Las Vegas había sido ya hacía seis meses.

—¿Y qué dices tú, Steph? ¿Cómo te las arreglas en Madison?

—Pues… Un poco todo lo que habéis dicho vosotros. En fin, hacemos lo posible por cubrir las noticias de cada día.

—Ajá —contesté—. Pero ¿cuál es tu estilo? —No iba a dejar que se escapara con una respuesta así. Yo era periodista, joder. Iba a llegar hasta el fondo.

—¿Mi estilo?

—Sí, como directora de informativos —añadí dando un sorbo a mi vaso de agua sin dejar de mirarla. Me daría una respuesta decente aunque tuviese que esperar todo el día—. ¿Eres de las que les gusta… castigar a los demás? ¿O prefieres, ya sabes, un toque más suave?

Le guiñé un ojo y me pregunté si estaría captando mis sutiles indirectas, si ella contestaría también con un flirteo. Al fin y al cabo, estaba claro que tenía que pensar que yo también era el más atractivo de la sala.

—Ah, pues… —Se removió en su silla—. Bueno, mi estilo es ser agradable con todos, pero dura cuando hace falta. Lo cubro todo.

Todos nos quedamos mirándola. No tenía el don de la palabra, eso estaba claro. Pero no cabía duda de que resultaba guapa en una sala llena de tíos, Dorothy, Willow y otro puñado de mujeres regordetas o de cierta edad.

—Disculpadme —dijo Stephanie—. Tengo que ir corriendo al baño.

Cogió su bolso azul claro de la silla, atravesó la sala y salió por la puerta que estaba al lado de la mesa con las credenciales. La observé mientras salía. Piernas largas, trasero prieto. Era realmente

atractiva. Ojalá pudiera conseguir que se soltara un poco. Quizá durante el almuerzo.

27

Trent

Después del almuerzo

Noventa minutos después estábamos de vuelta en la sala.

Miré alrededor mientras la gente buscaba su asiento. A esa conferencia asistían, al menos, un setenta por ciento de hombres, lo que me provocó un involuntario y silencioso gesto de aprobación. O sea, ¿se podía culpar a los gerentes de contratar hombres para la dirección de informativos? Todos sabíamos que los hombres eran mejores líderes. Nunca lo reconocería en voz alta, claro, o la mafia *woke* se me echaría encima, pero todo el mundo sabía que era la puñetera verdad. Los hombres conseguían que se hicieran las cosas y no se dejaban llevar por las emociones. Las mujeres eran demasiado blandas. Las había visto llorar delante de sus propios empleados. Yo habría podido ver arder entero el edificio de mi apartamento y, aun así, no llorar delante de mis compañeros de trabajo. No se me ocurría una sola situación en la que habría llorado. La última vez había sido en tercer curso, cuando me empujó Tommy Reece en el patio. Mi profesora había llamado a mi madre y, como no contestó, llamó a mi padre, que vino a por mí y en el coche me echó el sermón por haber lloriqueado y ser un cobarde y, sobre

todo, por no haber empujado yo también a Tommy. Aquello puso fin a mis lloros en público.

Me acomodé en mi asiento en la conferencia y eché un vistazo al programa de la tarde. Más tonterías. Un montón de ponentes soltando banalidades, incluido un comité que se suponía que nos iba a hablar de salud mental en la redacción. Odiaba ese tipo de expresiones de moda. «¿Salud mental?». ¿Qué se suponía que significaba eso? Hay días en que estás de buen humor; hay otros en que estás de mal humor. Punto final. Joder, ¿por qué cuesta tanto entenderlo?

Aquella conferencia era un muermo. Empecé a planear mi huida. A lo mejor podía salir antes, coger un Uber a algún lugar de moda de San Diego y dar por inaugurada la hora del cóctel. Convencer a Stephanie para que se viniera conmigo. A propósito de Stephanie, ¿dónde estaba? Busqué por la sala la chaqueta rosa, pero no se la veía por ningún sitio.

Dorothy y Alan venían hacia mí, caminando juntos y charlando, mientras las manos de ella señalaban alrededor y él asentía. Los había visto sentarse también juntos en el almuerzo. Por suerte, yo había evitado su mesa y me había adelantado a otra persona para colocarme al lado de Stephanie. Fue casi como el juego de la silla en el que tenías que lanzarte sobre el sitio que hubiese libre. Fue un buen movimiento y me pareció que hacía avances con Steph durante el almuerzo. Respondió cuando le pregunté a qué universidad fue (DePaul), de dónde era (Indiana) y si tenía hijos (uno que se llamaba Evan). No le pregunté si estaba casada o con pareja, pero no llevaba anillo en el dedo, lo que quería decir que estaba disponible por lo que a mí respectaba.

Ella también me hizo preguntas y le hablé de mi divorcio y de que mi ex me estaba sacando el dinero. Había conseguido acercarme cuando nos hicimos una foto de grupo y me apreté a ella por detrás, solo para darle una pista de lo bien que podríamos pasarlo juntos. Creo que le gustó. Fue un comienzo. La invitaría a unos cócteles y vería adónde llegábamos.

—Hola, Trent, ¿te ha gustado el almuerzo? ¿Qué has comido? —preguntó Dorothy cuando llegó a nuestra mesa y se sentó.

Alan no dijo nada y se limitó a ocupar su asiento.

—Tanto Stephanie como yo hemos comido pollo. Delicioso —respondí, y después por cortesía, pregunté lo mismo.

En realidad, no me importaba qué les había parecido su almuerzo, pero tenía que mantener las formas.

—Los dos hemos elegido el pescado. Estaba divino, como recién salido del mar —contestó Dorothy y, a continuación, añadió—: Estoy deseando escuchar a los ponentes de esta tarde, ¿tú no? Sobre todo a los terapeutas que van a hablar de salud mental. Un tema fundamental en cualquier redacción. De hecho, no se me ocurre otro que sea más importante.

Respondí con un gruñido y miré alrededor buscando a Stephanie. Se había entretenido en el patio mientras el resto entrábamos en el salón. A lo mejor tenía que hablar con su asistente o algo así. Pero seguía sin verla y la maestra de ceremonias estaba subiendo de nuevo los escalones del escenario para darnos la bienvenida a la segunda parte del primer día.

Tras setenta y cinco minutos de una sesión insoportablemente larga sobre cómo cubrir noticias de sucesos, seguía sin saber nada de aquella mujer. ¿De qué narices iba? Me había pasado la mayor

parte de la sesión sin hacer caso al ponente y tratando de imaginar qué le podría haber ocurrido a Steph. ¿Había pedido que la cambiaran a otra mesa? Vaya mosqueo. En más de una ocasión, volví la cabeza y miré por la sala para ver si era ese el caso, pero no había rastro de ella.

¿Se había puesto enferma? Los dos habíamos comido pollo y yo me encontraba bien, así que no creía que se hubiese intoxicado con la comida; además, no afectaba tan rápido, ¿no? ¿Había llamado a su asistente y se había enterado de que había alguna emergencia en Madison? O… (y esa era la idea que me causaba tanto fastidio como interés) ¿se había largado de aquella conferencia porque estaba igual de aburrida que yo?

Si era lo último, me irritaba no haberlo hecho yo antes y me fastidiaba verme obligado a estar allí sentado y soportar el blablablá de absurdos bustos parlantes mientras ella estaba fuera bronceándose junto a la piscina o lo que fuera que estuviese haciendo. Pero también me tenía de lo más impresionado. Hacía falta tener pelotas. Me encantaban las mujeres así y eso hizo que sintiera mayor atracción. Quizá fuéramos almas gemelas. A lo mejor podríamos saltarnos el resto de la conferencia y buscar un jacuzzi en algún sitio. Ummm…

—Bueno, colegas, un breve descanso para ir al baño y tomar algo. Volvemos en diez minutos —dijo la presentadora.

La gente empezó a levantarse y a moverse por la sala. Mientras resonaban las voces, se elevó un poco la iluminación y comenzó a sonar una suave música clásica por los altavoces.

Era mi oportunidad. Tenía muy claro que no iba a quedarme allí sentado otros noventa minutos al lado de Dorothy y Alan mientras

escuchaba a alguien dándome un sermón. Lo mejor para mi salud mental era huir de esa charla sobre salud mental. Si Steph se había largado, ¿por qué no yo? Podía reunirme de nuevo con el grupo en el cóctel de la noche. De todos modos, solo quedaba esa parte. Nadie me iba a echar de menos.

Dorothy y Alan se habían girado para hablar con unas personas de la mesa de al lado y no me hacían caso. Zorra. Friki. Que les den. Cogí mi bolso de bandolera del respaldo de la silla y salí por la puerta en dirección a los ascensores. La idea de irme un rato a la piscina y después ver la televisión —a lo mejor había golf— y echarme un rato en mi cama enorme con una cerveza de veinte dólares del minibar me resultaba bastante atractiva. Se lo cargaría a la empresa.

El ascensor sonó al llegar a la sexta planta, salí, y giré en dirección a mi habitación. Un hombre con una camisa de trabajo azul claro, unos pantalones azul oscuro y un llavero lleno de llaves en el costado estaba llamando a una puerta dos habitaciones más allá de la mía.

—Servicio de mantenimiento —llamó—. ¿Es aquí donde hay una nevera estropeada?

Miré al trabajador y vi que abrían un poco la puerta. Sin hacer caso, estaba a punto de pasar la tarjeta de mi habitación, cuando oí una voz familiar.

—No, no pasa nada. Falsa alarma.

Era Stephanie. Detuve la mano a un centímetro del lector de la tarjeta e incliné la cabeza para oír mejor.

—Parece que ya marcha —añadió.

—¿Quiere que entre a echar un vistazo, señora? —insistió el trabajador—. El personal de cocina me ha dicho que necesita hielo para mantener fría su medicación.

—No, gracias. Está todo bien. Creo… creo… que simplemente no estaba bien enchufada. Ahora funciona. He debido de darle un golpe cuando estaba deshaciendo la maleta. Siento haberle molestado.

—De acuerdo, señora. Si está segura… Deseamos que tenga todo lo que necesite durante su estancia.

—Está todo bien, gracias. Llamaré si hay algún problema.

—Muy bien, señora.

El trabajador se volvió, me vio mirando y me hizo un breve saludo con la cabeza. Yo respondí de la misma forma como dándole a entender que estaba haciendo un buen trabajo de atención a los huéspedes.

Así que por eso se había ido, pensé. Había pedido hielo para enfriar medicinas en su habitación. Ajá. Un poco raro, pero bueno. Aunque como los dos estábamos haciendo novillos, me pareció la ocasión perfecta para ver si le apetecía que hiciéramos algo juntos.

Esperé a que el tipo de mantenimiento se metiera en el ascensor. Volví a guardarme la tarjeta de la puerta en el bolsillo de atrás, me pasé la mano por el pelo engominado para alisármelo por arriba como a mí me gustaba, me eché el aliento en la mano para asegurarme de que no me quedaba rastro de la comida y recorrí los pocos metros que había hasta su puerta.

Durante un segundo me quedé en silencio y acerqué la oreja, esperando a ver si escuchaba algo en el interior.

Estaba en silencio. Ni ruido de televisión, ni voces hablando por teléfono, ni secador de pelo ni ninguna otra cosa. Las paredes de los

hoteles eran tan finas que a menudo se oía a los vecinos de puerta moviéndose o incluso tirando de la cadena. Pero en aquella habitación no podía saberse si había alguien dentro.

Levanté la mano y toqué suavemente con los nudillos en la puerta. Silencio. Esperé un momento. Llamé con más fuerza.

Entonces oí que alguien se movía y su voz.

—La nevera funciona bien, gracias.

—¿Stephanie? Soy Trent. De la conferencia. ¿Qué tal estás? ¿Todo bien? No has vuelto después del almuerzo.

Silencio de nuevo. Levanté la voz, esta vez casi gritando.

—¿Steph, de Madison? ¿Me has oído? Soy Trent, de Atlanta.

Se oyó más ruido, la puerta se abrió y asomó su cara. Parecía cansada, la raya del ojo había empezado a corrérsele. La habitación estaba a oscuras a su espalda y supuse que tenía las cortinas cerradas.

—Eh, hola —dije con tono alegre mientras apoyaba el brazo en el marco de la puerta con un gesto despreocupado pero ligón para tratar de animarla—. ¿Qué tal estás? Te hemos echado de menos en la mesa cuatro.

—Ah, hola, Trent. —Soltó un suspiro—. Siento no haber vuelto. Tengo migraña.

—¿Migraña? Yo creía que tenías problemas con la nevera.

—No, ya está arreglada… y… ¿cómo lo has sabido?

—Acabo de ver al de mantenimiento hablando contigo. Estoy dos puertas más allá. Oye, si necesitas ayuda con lo que sea en tu habitación, no hace falta que llames a mantenimiento. Yo soy un tío muy manitas. Lo arreglo todo. Solo tienes que darle un toque al viejo Trent y vendré en tu ayuda.

La verdad es que no era manitas para nada. Llamaba a técnicos de reparación para cualquier cosa, pero ella no tenía por qué saberlo. Las mujeres siempre parecían sentirse atraídas por los hombres habilidosos. Puede que esa idea sirviera de ayuda. Le lancé mi sonrisa del millón de dólares, por la que había pagado al dentista prácticamente esa cantidad. Desde aparatos correctores de niño —dos veces— hasta las carillas que llevaba ahora en los dientes delanteros pasando por el blanqueamiento profesional cada seis meses.

—Gracias, estoy bien —respondió, y se dispuso a cerrar la puerta, pero yo alargué la mano para evitarlo.

—Eh, eh, más despacio. Lamento que estés indispuesta, pero a lo mejor una copa te vendría bien. Yo también he decidido escaparme antes de la conferencia. Tal vez tú y yo deberíamos hacer novillos juntos.

—En serio, Trent. Tengo un dolor de cabeza terrible. Sufro de migrañas y esta es mala. Pero si descanso esta noche, mañana estaré otra vez como nueva, estoy segura.

Los dos nos quedamos callados, mirándonos. Yo tenía la mano aún en la puerta, evitando que la cerrara. Podía oler su perfume de flores. Deseaba pasar más rato con ella. La idea de aquel culo alejándose de mí en la conferencia con ese vestidito negro… Probé a cambiar de conversación.

—Oye —dije a la vez que me metía la mano libre en el bolsillo de atrás—. Aquí tienes mi llave. Tengo otra. Voy a bajar a la piscina un rato. Si quieres que luego hagamos algo juntos, solo tienes que entrar. —Le guiñé un ojo.

Ella no dijo nada durante al menos diez segundos. Yo no estaba seguro de cómo iba a terminar aquello, pero entonces, para deleite mío, cogió la tarjeta.

—Gracias, Trent. Si me siento mejor, iré, pero si no, te veo mañana. Te buscaré, lo prometo.

—Estupendo —contesté con otra sonrisa del millón de dólares—. Mi casa es tu casa. Pásate. Ni siquiera tienes que llamar, entra sin más. El minibar está lleno.

Sonrió.

—Adiós, por ahora —dijo con un tono de flirteo en la voz que no le había oído hasta entonces.

Cerró la puerta y oí cómo giraba el pestillo. Después, silencio.

«Bien, bien», pensé. «El gran Trent vuelve al ataque». Sí que estábamos avanzando. Había abierto un poco la puerta, tanto en sentido literal como figurado.

Silbé con fuerza mientras volvía a mi habitación, con la esperanza de que pudiera oírme. Estaba seguro de que se dejaría caer. Aunque no fuera esa tarde, sentía que estábamos en el camino adecuado y que podría pasar algo antes de volar a casa.

28

Trent

En la conferencia

Cuando volví de la piscina, esperé un rato largo a Stephanie y, al final, me quedé frito tumbado en mi cama extragrande con los susurros apagados de los locutores del golf de fondo. Me desperté y era la hora del cóctel. Todavía sin noticias suyas. Llevaba tiempo deseando tener un poco de flirteo y esperaba algo de sexo en esa conferencia; lo necesitaba. Ahora me sentía frustrado. Entré en el baño y decidí aliviarme. Solo tenía tiempo para una paja rápida antes del cóctel. Cerré los ojos y me imaginé un cuerpo falso: el pelo reluciente de una mujer con la que me había cruzado en el aeropuerto, el rostro de una modelo que había visto en un cartel publicitario, las tetas de mi profesora favorita del instituto, el culo de Stephanie.

Tras aliviarme rápidamente, me limpié todo con una toalla del hotel y la tiré al suelo junto a las otras que había usado. Que los del hotel se encargasen. Era su trabajo.

Me puse una camisa con mis iniciales bordadas en el puño, metí un pañuelo personalizado en el bolsillo, me planté mis mejores vaqueros de trescientos dólares y unos zapatos de Allen Edmonds y bajé, todavía con la esperanza de verla.

Había decenas de personas alrededor de la chimenea exterior comiendo aperitivos y bebiendo de botellas de cerveza o copas de vino, pero no estaba Stephanie. Me sentí decepcionado, pero traté de disimularlo y me acerqué a un nuevo grupo de personas a las que brindé los encantos del viejo Trent. Funcionó, como siempre, y enseguida todo el grupo salimos a cenar a la zona de la Pequeña Italia de San Diego y después a una discoteca. Los cinco más enrollados (entre los que no se incluían Dorothy ni Alan, por supuesto) estuvimos hasta muy tarde y bebimos muchísimo. Puse al grupo el apodo de «Los pesos pesados» y les dije a todos que éramos mucho mejores que ningún otro de la conferencia.

Llegó el viernes, la segunda jornada, y sentí que me dolía todo el cuerpo mientras abría las cortinas y entrecerraba los ojos ante el luminoso sol de California, de modo que tuve que apartar la cabeza y frotarme las sienes. Nada de cinta de correr. Iba a necesitar todas mis fuerzas solo para bajar.

Una parte de mí quería saltárselo, pero ya lo había hecho el día anterior. Además, esperaba que Stephanie estuviese de vuelta tras su migraña. Se había perdido muchas cosas la noche previa. Los mejores vínculos durante una conferencia surgen en la cena y las copas y, madre mía, qué bien lo habíamos pasado. Hubo incluso una mujer de nuestro grupo, de Jacksonville, con la que estuve tonteando y ella respondió de igual forma. Le habría dado dos puntos menos que a Stephanie en físico, pero me valdría si solo quería una aventura durante la conferencia. Ya veríamos. Primero quería acercarme de nuevo a Stephanie y ver si ese día salía algo de ahí.

Entré a darme una ducha caliente y le dediqué más tiempo de lo habitual mientras trataba de quitarme de encima el dolor de cabeza y de garganta; después pasé a afeitarme, ponerme el atuendo número dos, engominarme el pelo y bajar. No tenía tiempo para un desayuno completo y, en su lugar, opté por coger un pastel y un café del desayuno continental. «Se acabó la dieta», pensé, pero mi cuerpo me suplicaba azúcar y cafeína. Sabía que quedaba mucho para el almuerzo y me preparé para ello.

La distribución de las mesas había cambiado y unas tarjetas con nuestro nombre nos mostraban dónde sentarnos. Mi cuarteto del principio se había repartido y me vi con tres personas a las que no había conocido todavía. Dorothy, Alan y Stephanie ocupaban sitios distintos repartidos por la sala.

En realidad, solo Dorothy y Alan.

El nombre de Stephanie estuvo delante de una silla vacía todo el día. No paré de mirar para ver si llegaba tarde, tratando de pasar desapercibida, pero no apareció.

Sentí que en mi interior afloraba cierta rabia. El día anterior me había dado plantón tras generarme algunas esperanzas y allí estaba yo, con resaca pero presente en la segunda jornada, y ella ni siquiera podía aparecer después de decirme que con un día de descanso se le curaría la migraña.

Para el receso de la tarde ya me había hartado de ella. Zorra. Se había escaqueado. Qué asquerosa. Dirigí mi atención a la mujer que había estado flirteando conmigo la noche anterior. Y no volví a pensar más en Stephanie. Hasta la semana siguiente.

29

Trent

Después de la conferencia

Llegué a casa el sábado, más tarde de lo que habría deseado tras otro largo vuelo. De hecho, casi me quedé frito, pero sentí la llamada del bar del barrio y me acerqué a tomar unas copas. El bar estaba considerado como uno de los más antiguos de Atlanta y, al parecer, llevaba allí desde principios del siglo xx, sobreviviendo mientras se alzaban edificios y apartamentos a su alrededor. Me gustaba por su ambiente oscuro.

Estaba agotado, así que me senté solo en el extremo de la barra junto a la puerta, con un gin-tonic entre las manos. Una mujer a la que no reconocí entró y echó un vistazo al local. Llevaba una camiseta con la que se le marcaban bastante las tetas.

Me espabilé y la examiné con una lenta mirada de arriba abajo, marca de la casa para comenzar el flirteo, y ella respondió de inmediato acercándose a mí y diciendo: «Hola, ¿está libre este asiento?». Empezamos a hablar. Era simpática y bastante atractiva. Me dijo que se llamaba Jasmine. Era nueva en la ciudad y de lo más insinuante. Me acariciaba el brazo y la pierna mientras hablaba. Empecé a pensar que aquel podría ser un buen broche para mi viaje

y fui al baño a tomarme una pastilla de Viagra, por si acaso. Con lo cansado que estaba, supuse que me vendría bien el estímulo.

Cuando volví a mi asiento, charlamos un poco más y estaba a punto de invitarla a subir a mi casa cuando dijo que tenía que irse ya a la suya.

—Bah, no te vayas todavía —le imploré.

—Lo siento, de verdad —contestó—. Pero dame tu teléfono y te llamaré. Ha sido divertido. Eres un tío estupendo.

—Mejor me das el tuyo —respondí a la vez que notaba que me iba costando pronunciar las palabras.

—No, yo te llamo. Te lo prometo, Trent —dijo—. De hecho, te enviaré un mensaje con una foto sexy cuando llegue a casa. Seguro que nunca has visto nada parecido. —Me guiñó un ojo.

Vaya, eso sonaba tentador. ¿Qué otra cosa podía hacer yo aparte de darle mi número y esperar ansioso a que cumpliera su palabra? Yo podría responderle con un mensaje igual de divertido. A lo mejor nos veíamos allí la noche siguiente.

Tras recorrer a trompicones las dos manzanas hasta mi casa, caí de boca en la cama y dormí con la ropa puesta durante la mayor parte de la noche. Me desperté a las seis de la mañana para ir al baño, miré el teléfono y me fastidió ver que no había ningún mensaje con ninguna foto sexy. Todavía cansado, me quité los calzoncillos y volví directo a la cama.

El domingo eran las eliminatorias de la Liga Nacional de fútbol americano y no pensaba perdérmelo por nada. Mi plan era ir al gimnasio a hacer ejercicio para mantener baja la tensión, como me había dicho el médico, y encontrarme después con unos amigos en

nuestro bar de deportes favorito, el que tenía diez televisiones, alitas sin fin, una mesa de billar, dardos y buenos bloody marys.

Pero cuando me desperté de nuevo a las diez de la mañana, tenía el peor dolor de estómago de mi vida.

—Uf —gemí mientras me daba la vuelta en la cama y me agarraba el vientre.

Fui corriendo al baño a vomitar. ¿Qué narices era aquello? Yo nunca me ponía malo.

No pude hacer otra cosa que arrastrarme de nuevo hasta la cama.

«Dormiré para que se me pase y luego iré a encontrarme con los chicos», me dije enterrando la cara en la almohada y volviendo a gemir. A los pocos segundos me quedé frito.

Cuando volví a despertarme eran las tres de la tarde y me había perdido el primer partido entero. También tenía cinco mensajes de mis amigos del bar preguntando qué me pasaba… y ninguna foto sexy de Jasmine.

—Menuda mierda —dije en voz alta, y escribí a mis amigos para explicarles que había pillado el COVID o algún otro virus en la conferencia.

Tenía todavía la tripa hinchada y me dolía, pero al menos se me habían pasado un poco las náuseas. Me fui de la cama al sofá y puse enfadado el segundo partido. ¿Quién cae enfermo y se queda en casa como un fracasado un domingo de liga? Pensé en mis amigos en el bar, riéndose y de juerga, puede que jugando a los videojuegos antiguos que había también allí. Era además buen sitio para conocer chicas. Joder, joder, joder. Apenas comí el resto del día y fui al baño un montón de veces. Terminé quedándome dormido en el sofá.

A las ocho y media de la tarde incluso me planteé enviar un mensaje a mi secretaria para decirle que tenía que tomarme el lunes de baja por enfermedad, pero yo nunca hacía eso y me enorgullecía de lo duro que era. Había mucho flojo que se tomaba todas las bajas que podía y luego se quejaba de no tener más. No, yo no era así. Iría aunque me estuviese muriendo.

Pero el lunes por la mañana tenía un fuerte dolor de cabeza además de los síntomas de que el estómago no estaba bien del todo. Seguía con diarrea, me dolía la garganta y tenía los ojos inyectados en sangre.

—Qué putada —dije ante mi reflejo en el espejo.

Tenía un aspecto de mierda. ¿Iba a ser de verdad mi primer día de baja por enfermedad en muchos años? La gente de la cadena me había oído burlarme de otros que constantemente faltaban por estar fastidiados. ¿Me había tocado ser el blanco de las bromas? Esa idea me puso malo, pero de otra forma.

Si había dos cosas que no soportaba era que se rieran de mí y aparentar debilidad. La debilidad no era un rasgo propio de un líder; mi equipo tenía que verme fuerte como un toro en todo momento. Si su líder estaba en baja forma, ¿cómo iban a salir adelante?

Pero me sentía como una mierda. Cogí el teléfono e hice a mi secretaria esa llamada que jamás habría querido hacer, aclarándome la garganta mientras sonaba el tono.

—Buenos días, Trent —dijo—. ¿Qué tal ha ido tu viaje?

—Sí, hola, Mary. Ha ido bien, pero parece que he cogido… una especie de virus. —Me resultaba bochornoso incluso pronunciar esas palabras.

—¡Ay, no! —contestó—. Tu voz no suena muy bien. ¿Necesitas tomarte el día libre?

—No lo sé —respondí balanceándome incómodo de un pie a otro ante la idea—. A lo mejor me cojo solo la mañana y voy más tarde.

Si podía ahorrarme medio día quizá me sentiría mejor.

—Trent, tienes la voz bastante tomada. ¿Por qué no descansas todo el día y vuelves mañana? Te toca la reunión de ventas con los clientes, ¿recuerdas? Quieren hablar con alguien de noticias. Más vale que vengas descansado para eso. Sé que es importante para Bill y para el departamento de ventas.

Vaya, me había olvidado por completo de eso. Pero tenía razón. Aquello podía suponer un montón de dinero para publicidad, que era con lo que se pagaban nuestras facturas y mi sueldo. El dinero que me exigía Katrina era cada vez más: los niños necesitaban ropa nueva, zapatos nuevos, más clases y blablablá, y yo cada vez sentía más presión. Incluso había renunciado a algunas camisas bordadas que tenía ganas de comprarme. Si ese cliente aportaba todo su dinero, a lo mejor me daban una bonificación en mi siguiente cheque.

—Oye, Mary, si me tomo el día libre, di en la redacción que he alargado el viaje.

—¿No quieres que se enteren de que estás enfermo? —Parecía confundida.

—No. La gente se pone incómoda con los gérmenes. Mejor que digas que me he quedado más tiempo.

—Vale, tú eres el jefe. Pero, en serio, a la gente no le importa que alguien se tome un día de baja por enfermedad.

«Nada de debilidad, Mary, nada de debilidad. Les das la mano y te cogen el brazo. Cuando huelen la sangre en el agua empiezan a dar vueltas como tiburones. A veces, solo basta con ver una grieta en la fachada».

—Llevo cinco años sin faltar un día al trabajo y este no va a ser el primero —contesté—. Di en la redacción que tomo hoy el vuelo y que volveré mañana.

La fatiga me estaba diciendo que volviera a la cama y pasé otra vez la mayor parte del día durmiendo. Cuando me desperté por la tarde miré los correos electrónicos. Tenía casi dos mil nuevos desde que había salido para San Diego. La vida de un director de informativos. Solté un suspiro y decidí que todo eso podía esperar al día siguiente, cuando estuviera oficialmente en el trabajo.

Al cabo de una hora sentí que podía por fin darme una ducha, afeitarme y ponerme ropa limpia. Empezaba a encontrarme más normal y me rugía el estómago. Pero había solo tres cosas en el frigorífico, así que abrí la aplicación de comida a domicilio y pedí un plato básico de pasta con pollo de un sitio de mi misma calle y comí en el sofá mientras zapeaba para ver dos partidos de la NBA a la vez. Me quedé dormido pronto y, por suerte, el martes amanecí despejado y listo para trabajar.

Tras conducir hasta la cadena y aparcar mi Range Rover en mi plaza preferida, alejado del resto de coches —no podía arriesgarme a que el proletariado me lo rayara—, entré en la redacción sintiéndome fuerte y sano.

—Buenos días, Leslie, Zac, Warren, Terrell, Alice —bramé mientras iba avanzando.

Cuando el director de informativos entra en una sala todos deben enterarse. La gente se irguió al oírme; se dejaron de charlas y volvieron a sus mesas. Me encantaba ver el efecto que podía tener con apenas unas palabras.

Mi despacho era una habitación con paredes de cristal en un lateral de la redacción que, en realidad, me ponía un poco de los nervios. Había veces en que una persona necesitaba intimidad y yo era un pez en una pecera allí dentro, sin poder siquiera rascarme las pelotas sin que me viera toda la redacción.

Me dejé caer en mi sillón ergonómico extragrande. Era un regalo de Bill, nuestro director general, de la Navidad anterior; la cosa más cómoda del mundo. Acababa de encender mi ordenador cuando entró Jorge, mi asistente de dirección de informativos.

—Hola, ¿qué tal ha ido por San Diego? —preguntó.

Jorge era un tipo simpático. En mi opinión, no el más indicado para dirigir informativos, pero sí un ayudante digno. Para ser sincero, había sido una contratación siguiendo el cupo de diversidad que me había endilgado mi director general. Cuando salió la plaza, yo había preferido a un hombre blanco de un perfil más bajo, pero fue descartado con el fin de contratar a más personas de color en puestos de responsabilidad.

—Estupendamente, me he quedado un día más. ¿Qué tal todo por aquí?

—Bien, bastante bien. Hay algunas cosas de las que te tengo que informar después.

Asentí. A las 8.45 de la mañana ya había elegido las noticias que quería. Sabía que en algunas cadenas se celebraban reuniones de dirección antes de la habitual reunión de la redacción, pero a mí

siempre me había parecido una pérdida de tiempo. Al fin y al cabo, la última palabra la tenía una persona… que sería yo, el jefazo, el mandamás, así que ¿para qué prologarlo fingiendo que escuchaba las ideas y opiniones de los demás? Los reporteros solo querían saber qué labor se les asignaba y salir por la puerta. Esos largos encuentros que había tenido que soportar cuando yo no estaba al mando eran una plasta solo de pensarlo. Yo lo dirigía todo a mi manera y era lo mejor. La gente me decía siempre que era muy eficiente y yo lo consideraba un buen cumplido. ¿A quién no le gustaba la eficiencia, sobre todo en una redacción?

A las nueve nos reunimos en nuestra sala de juntas, conmigo a la cabecera de la mesa, junto a la pizarra. Un rápido vistazo al tiempo con nuestro meteorólogo, un repaso a los sucesos de la noche y los procesos judiciales con el encargado de asignar las noticias y pude empezar a distribuirlas entre los reporteros. En menos que canta un gallo, punto final.

Cualquier otra cosa que pasara ese día en la ciudad sería lo que llamábamos «ritmo»: reportajes cortos, como de treinta segundos, grabados por fotoperiodistas, pero sin reportero. Cada productor los redactaría y los metería en su informativo para que el ritmo de su programa fuera más rápido.

Mi filosofía era tan sencilla que no me podía creer que no estuviese patentada: los reporteros van a los sucesos, las noticias de última hora y los procesos judiciales. Preparamos el informativo con todo eso y metemos el relleno al final.

Otra cadena de la ciudad estaba dedicándose a temas basura como política, y mierdas como «conoce a los candidatos» y «este referéndum implica que blablablá». ¿A quién le importaba eso? La

gente quería tres cosas: sucesos, última hora y el tiempo. A lo mejor se incluía una noticia del rescate de un perro cada pocos meses, pero eso era todo. Antes de las nueve y cuarto ya habían salido todos con sus noticias asignadas y yo veía lo mucho que mis empleados apreciaban mi poder de decisión.

Las reuniones hacían que la mañana se me pasara rápido. Estaba la que hacía con el equipo de internet y la de deportes, la planificación de las próximas elecciones y una reunión sobre cuántos reportajes podíamos hacer para el Mes de la Historia Negra sin recortar los demás meses con temas específicos. Había muchos meses dedicados a las malditas etnias y cosas así. Pero yo guardaba silencio y aprobaba un plan sólido.

También tenía mi reunión semanal con Bill. Él era la única persona de todo el edificio que podía decirme lo que tenía que hacer. Cuando me senté, fue directo al grano:

—Bienvenido, Trent. ¿Cómo ha ido la conferencia? ¿Has aprendido alguna cosa que merezca la pena contar?

—La verdad es que no —contesté, esforzándome por recordar algo de lo que se había tratado—. Fui a todas las ponencias, pero por aquí lo hacemos todo bastante bien. La gente debería fijarse en nosotros en busca de ideas.

—Es bueno saberlo. ¿Cuál me dirías que ha sido la charla más reveladora a la que has asistido? —insistió Bill.

Traté de visualizar el programa de conferencias para recordar los títulos de las charlas. Solo se me vino a la mente la de salud mental, la única a la que no había asistido. ¿Podría inventarme algo para salir del paso? Claro que sí. Era Trent McCarthy.

—La de salud mental, Bill. Un asunto muy importante para cualquier redacción.

—Estoy de acuerdo, un tema fundamental, especialmente para nuestros empleados más jóvenes, que parecen estar más conectados con sus sentimientos. ¿Y qué aprendiste? —preguntó Bill inclinándose hacia delante en su sillón ergonómico.

—Pues, eh… hablaron de por qué es tan importante, ya sabes, del estrés y otros desencadenantes, y de formas de mantener la calma, como la respiración o el ejercicio. —Eso sonaba plausible. Miré a Bill para ver si se lo creía. Sorprendentemente, parecía que sí.

—Genial. Por favor, redacta algún otro consejo que hayas aprendido sobre salud mental y envíamelo mañana a última hora. Nuestra redacción será mejor gracias a lo que has aprendido en esa conferencia. Me alegra haberte enviado allí.

Mierda. Iba a tener que inventarme un rollo sobre esa tontería. Gracias a Dios que existía Google.

—Háblame de los directores de informativos que has conocido allí —dijo Bill—. ¿Había gente de todo el país?

—Ah, sí, desde Boston a Kalamazoo pasando por todo lo demás —contesté pensando en Dorothy, aquella zorra estoica, y en Alan, el pequeño friqui.

—¿Alguno te contó algo interesante sobre cómo producían los informativos en otros mercados? Siempre me ha fascinado aprender de los demás.

—Pues… la verdad es que no, Bill. Es decir, cada uno tenía su estilo, pero, como te he dicho, no creo que nadie nos llegue a la suela de los zapatos.

—De acuerdo —dijo Bill—. Bueno, vamos a dejarlo por ahora. Nos vemos en la reunión de ventas después de comer.

—Cuenta con ello —contesté levantándome rápidamente de la silla, feliz por quedar en libertad. Además, tenía que empezar a buscar «salud mental» en Google para ver qué podía improvisar como fingida charla de la conferencia.

Terminé otras cosas de aburrida planificación y luego llegó el almuerzo y la hora de prepararme para la reunión de ventas.

Hice una visita al baño de hombres para asegurarme de que mi aspecto era elegante, me alisé el pelo y me enderecé el cuello de la camisa. La recepcionista siempre tenía caramelos de menta en un pequeño cuenco de cristal, así que me pasé por allí para coger uno. Nada peor que reunirte con alguien a quien te quieres ganar y que te huela mal el aliento después de comer.

Los clientes eran de una empresa de colchones que acababa de abrir más de cuatro docenas de franquicias en nuestra zona. Querían publicitarse, pero tenían que decidir qué cadena sería la que mejor les encajaba para realizar la mayor inversión. Estaban dispuestos a abrir la cartera e inundar las ondas hercianas. Se encontraban en nuestra sala de juntas con Bill, admirando las vistas del centro de la ciudad, cuando yo entré.

—Y aquí llega nuestro director de informativos —dijo Bill.

Activé toda la potencia de la sonrisa de Trent que me fue posible y me acerqué con la mano tendida mientras decía en voz alta:

—¡Trent McCarthy, el placer es mío!

Nos sentamos alrededor de una mesa de juntas con superficie de cristal. Bill pulsó un botón para que bajara una pantalla en la pared de enfrente y empezó a emitirse un vídeo. En él aparecía un grupo

de música local interpretando una canción publicitaria y, entre medias, imágenes de Atlanta y de nuestros mejores comunicadores en distintos lugares, con micrófonos que llevaban el logotipo de la cadena. La música fue *in crescendo* y en la pantalla aparecieron las palabras: «El hogar se encuentra donde esté el corazón: NBC6, Atlanta». Vi que una de nuestras encargadas de ventas se daba toquecitos en el rabillo del ojo.

—Siempre me emociona —dijo sorbiendo por la nariz.

Otro de ventas le pasó un pañuelo de papel.

—Bienvenidos a nuestra maravillosa ciudad y a la NBC6 —dijo Bill extendiendo los brazos—. Estamos encantados de que vayan a inaugurar tiendas de Mega Colchones por toda la ciudad. ¿Cómo podemos ayudarles a que se corra la voz?

Empezaron a hablar de los muchos colchones que ofrecían. La empresa pretendía anunciarse en todas las cadenas, pero destinaría la mayor parte de su dinero a la que consideraran más alineada con sus valores. Bill me miró.

—Trent dirige toda nuestra operación de informativos, así que él podrá hablarles de nuestros valores. De hecho, acaba de asistir a una conferencia en San Diego y va a redactarme un informe sobre la mejor forma en que podemos cubrir las necesidades de salud mental de nuestro personal.

Tuve que entrar de lleno en el modo charlatán. Me recordó a la universidad, cuando un profesor me pidió un trabajo de dos mil palabras y yo lo alargué diciendo las mismas cosas de distintas maneras. Todos habíamos probado también el truco del tamaño de la letra, haciéndola más grande para ocupar más páginas, pero los

profesores siempre se daban cuenta. No, era mejor si tenías el don de la oratoria.

—Mega Colchones se ajusta a la perfección a nuestra marca —empecé diciendo, y vi cómo Bill asentía—. Nosotros estamos muy centrados en el confort y la seguridad. Las noticias que hacemos interesan porque nuestra comunidad necesita sentirse segura. Informamos sobre los tipos malos que terminan en la cárcel para que los padres puedan estar tranquilos cuando acuestan por la noche al pequeño Johnny en un Mega Colchón. Hacemos seguimiento de los casos durante cada paso del proceso judicial, de modo que quien está en su casa no se pierda nada. Nuestros investigadores están en la calle trabajando para el ciudadano. Si hay algún delito, nosotros lo destaparemos. Si hay algo oculto en su botiquín que le pueda matar, nosotros lo sacaremos a la luz. No existe otra cadena en esta ciudad que se esfuerce tanto por mantenerles a usted y a su familia a salvo para que puedan dormir bien. ¿Canal 2? Apenas se dedican a cubrir delitos. ¿Canal 8? Pruebe a verlos. Es todo política. Y creo que son bastante partidistas, por cierto. Eche un vistazo a todas las demás y le garantizo que volverá a Canal 6. Somos mega adecuados para Mega Colchones.

Lancé mi sonrisa, orgulloso de haber clavado el aterrizaje como un gimnasta olímpico.

—Maravilloso, Trent. Qué buena descripción. ¿Y cómo ayudas a tus empleados en lo que respecta a la salud mental? —preguntó una de las mujeres.

Tuve que esforzarme para responder a esa. Lo único que me vino a la mente fueron los días en los que no había ayudado en absoluto. Me había burlado de una productora justo la semana anterior por

decirme que su hijo estaba teniendo una crisis de salud mental y que tenía que tomarse el día libre. «¿No está en la universidad?», le había preguntado yo. «¿De verdad necesita que vaya su mami?». También había rechazado el ofrecimiento de una organización terapéutica de la ciudad para celebrar una jornada de concienciación sobre la salud mental con nuestros trabajadores porque me pareció una gilipollez. Pero en aquel momento tenía que contestar. Lo único que me vino a la mente con respecto a la salud mental fueron algunos de los temas de los que Alan y Dorothy me habían hablado durante nuestra conversación en la mesa.

—Valoramos las opiniones de todos los que componen la redacción. Es una democracia, no una dictadura, y creo que con eso se marca una pauta importante. Todos saben que pueden acudir a mí. Mi puerta está abierta de par en par, tanto en sentido literal como figurado. La salud mental es casi tan importante como la física. Todo empieza aquí…

Me di unos golpecitos en la cabeza. Estaba desatado.

—Si esto lo tienes bien, todo lo demás seguirá su camino hasta aquí. —Me toqué el corazón.

—Encantador, sencillamente encantador —suspiró la mujer de Mega Colchones, y pude sentir cómo se levantaban mis plumas de pavo real.

—La diversidad es también importante para nosotros —dijo un hombre que estaba sentado al lado de ella—. ¿Puede alguien hablarnos de la diversidad aquí?

Los de ventas explicaron que más del cincuenta por ciento de su personal lo componían mujeres y personas de color. Bill habló a continuación sobre nuestro curso de Equidad, Diversidad e Inclusión,

que era obligatorio todos los años. Yo odiaba cada uno de los minutos de los vídeos que nos obligaban a ver; de hecho, me había escaqueado del último cuestionario que habíamos tenido al final de uno de aquellos vídeos y le había pedido a Jorge que me ayudara diciendo que estaba «muy ocupado».

Bill me estaba mirando.

—Háblales de la diversidad en nuestra redacción, Trent.

—Diversidad, sí. Muy importante —empecé a decir, y saqué otro as de la manga típico de Trent hablando de Jorge y otras personas de color de la redacción—. Y solo hay que ver nuestros directos —continué—. ¡Somos como las Naciones Unidas!

Solté una fuerte carcajada, pero hubo otros que se limitaron a responder con una risilla nerviosa. ¿Quizá no había sido políticamente correcto? ¿Qué demonios se podía decir ya si no podías ni compararte con las Naciones Unidas?

—Trent les hará ahora un recorrido por la redacción —anunció Bill —. Es divertido ver qué es lo que ocurre detrás de la magia, ¿no? Yo vuelvo a mi despacho y me reuniré de nuevo con ustedes al terminar.

Se dispusieron a seguirme por el pasillo. Tras haber hecho cientos de visitas a lo largo de los años, sabía qué era lo que le gustaba ver a la gente. Reservaría nuestro reluciente estudio para el final. Primero daríamos una vuelta y saludaríamos a algunos de los presentadores a los que admiraban a diario en la televisión. Los telespectadores siempre se emocionaban mucho con eso.

Nos acercamos a la mesa de Leigh, nuestra locutora de las cinco, las seis y las once de la noche, y empecé con las presentaciones. Ella era toda una profesional y se dispuso a cautivarlos con una

historia de cómo su hermana había encontrado el mejor colchón que había tenido en su vida en Mega Colchones. Yo no estaba seguro de si era cierto o no, pero pareció funcionar.

Sonó un ruido procedente de mi móvil, que llevaba en el bolsillo. No era un tono de llamada; más bien, una alerta que se recibe de esas apps que uno no usa con mucha frecuencia. Lo saqué con disimulo y eché un vistazo; era una aplicación de la cámara instalada en la puerta de mi casa. Al vivir en un apartamento de un buen barrio, rara vez había visto que aquello se activara. Nadie me molestaba y no era de esas personas que hacían compras en Amazon continuamente.

La aplicación me estaba enviando un aviso urgente de que había alguien en mi casa. Me aparté unos pasos de la mesa de Leigh sin poder creerme lo que estaba viendo.

Había dos agentes de policía golpeando mi puerta.

Leigh me miró. Yo señalé mi teléfono para que viera que necesitaba que ella siguiera mientras yo me encargaba de un asunto importante. Al ser presentadora, estaba acostumbrada a señales sutiles como esa y se apresuró a contar otra anécdota y mantener al grupo entretenido mientras yo iba a mi despacho.

Los policías estaban golpeando la puerta con fuerza. Y gritaban mi nombre.

—¡Policía, abra!

¿Qué narices estaba pasando? Me encontraba tan confundido por lo que estaba viendo que no sabía cómo reaccionar. Tenía que mantener la calma, pero también debía volver a casa. Enseguida. Antes de que me echaran literalmente la puerta abajo.

Leigh estaba presentando a los tipos de Mega Colchones a otras personas. Sentí una oleada de agradecimiento hacia ella. La recompensaría con una cerveza. Éramos buenos amigos. Sí, habíamos tenido un desliz provocado por el alcohol y nos habíamos liado después de una fiesta de Navidad hacía años, pero ya había llovido mucho desde entonces. Ella confiaba en mí y yo en ella. Nos ayudábamos mutuamente.

Leigh tenía el teléfono en la mano mientras hacía el recorrido, así que a toda prisa le envié un mensaje.

> Emergencia. Hazme el favor y termina tú la visita. Diles que me ha surgido un problema de informativos y discúlpame. Necesitamos a estos clientes.

Leigh se volvió hacia mi despacho e hizo un ligerísimo gesto de asentimiento. Yo respondí de la misma forma, cogí el abrigo de la percha y salí rápidamente hacia el aparcamiento.

Mi casa estaba a solo cinco minutos. La había elegido por esa misma razón. Sin apartar los ojos de la aplicación mientras iba para allá, vi cómo los policías llamaban unas cuantas veces más y después empezaban a echar un vistazo por las ventanas. Tenía que tratarse de un grandísimo malentendido. Lo aclararía y quizá incluso podría estar de vuelta antes de que Bill se diera cuenta de que me había ido.

Los agentes estaban volviendo hacia su coche patrulla cuando llegué y detuve el Range Rover. Bajé de un salto y grité.

—Oigan, ¿qué ocurre? Yo vivo aquí.

—¿Es usted Trent McCarthy? —preguntó un agente. Estaba calvo como una bola de billar, pero tenía una densa perilla, de manera que

su cara tenía una extraña forma desproporcionada.

—Sí, ¿y por qué están aquí? —pregunté—. ¿Qué narices está pasando?

—Señor, necesito que se acerque —dijo el segundo agente. Era un tipo asiático más bajito y que hablaba en voz muy alta—. Sáquese las manos de los bolsillos y levántelas.

—¿Qué coj…?

—Señor, ponga las manos en alto.

Miré alrededor inquieto para comprobar si algún vecino me estaba viendo. ¿Cómo tratarían aquello en la siguiente junta de la comunidad de propietarios?

El agente Perilla se acercó y empezó a cachearme. Tras no encontrar nada aparte de mis llaves y mi cartera, se quedó satisfecho e hizo una señal al agente Garganta Profunda, que se me acercó a continuación.

—Señor, hemos recibido una llamada al número de Emergencias de un ciudadano preocupado porque podría haber aquí una mujer en peligro.

—¿Quéééé? ¿Quién ha llamado a Emergencias? ¿Quién ha dicho que estaba en peligro? —Mi mente no sabía qué pensar. ¿Era cosa de Katrina?—. No tengo idea alguna de qué me habla. Estaba en el trabajo cuando he recibido una notificación de mi cámara de seguridad.

—Señor, estamos atendiendo a una llamada de Emergencias. ¿Hay alguien en su vivienda en este momento?

—No, vivo solo. No hay nadie aquí.

El agente Perilla apuntó hacia la puerta.

—¿Le importa que echemos un vistazo?

—Claro, pueden mirar —contesté—. Aquí no hay nadie. No tengo ni idea de cómo ha podido pasar esto. ¿Están seguros de que es esta dirección?

—Es la que han dicho por teléfono.

Recorrí confiado el camino de entrada y abrí.

—Pasen y miren en cada maldito rincón —respondí—. Aquí no hay ni un alma. Si mi exmujer ha hecho esto… —Dejé la frase a medias.

—¿Está divorciado?

Lo fulminé con la mirada. ¿A qué creía que me refería cuando había hecho referencia a una exmujer? Pero probablemente no era muy sensato ponerse a protestar, así que contesté:

—Sí.

Los agentes empezaron a mirar por el apartamento, abriendo armarios y asomándose detrás del sofá. Los llevé a los dormitorios, al estudio, a los baños y al comedor. Terminamos donde habíamos empezado.

—¿Ven? —pregunté con satisfacción—. Ni un alma. ¿Puedo volver ya al trabajo? Tienen que haberles dado una dirección equivocada, amigos.

—Espere aquí —dijo el agente Garganta Profunda, y salió al coche patrulla.

El agente Perilla se quedó conmigo en la sala de estar. Pude ver cómo Garganta Profunda hablaba con alguien por radio. Perilla trató de entablar conversación.

—¿A qué se dedica, señor?

—Soy el director de informativos de Canal 6. Dirijo una redacción de más de ciento cincuenta personas —contesté—. Conozco muy

bien a su jefe. Lo entrevistamos justo la semana pasada para un reportaje.

—Ah, ¿fueron ustedes? ¿Lo del partido de baloncesto de la policía? Estuvo bien.

—Sí —respondí—. Bueno, ¿me puedo ir ya? Estaba en mitad de una reunión importante cuando ha pasado esto.

—Lo dejaremos libre en un minuto, señor —contestó Perilla mientras Garganta Profunda salía del coche y hacía una señal con el pulgar hacia arriba, que vimos por la ventana delantera.

—Puede marcharse. Disculpe las molestias, pero si alguien llama a Emergencias, nuestra obligación es venir a comprobar.

—Asegúrense de que no vuelva a pasar. Tomen bien la información o haré que mi equipo de investigación profundice en el tema de las llamadas falsas a la policía.

—Estoy seguro de que ha sido un malentendido —dijo Perilla secamente antes de abandonar mi sala de estar. Yo salí tras él y cerré la puerta del apartamento.

Se metieron en su coche patrulla y se marcharon, y yo solté un fuerte suspiro.

¿Qué narices había sido eso? Miré de nuevo a mi alrededor por si veía a algún vecino fisgoneando, pero parecía que todo estaba tranquilo y me invadió una sensación de alivio. Aunque tenía que volver corriendo. Ni siquiera le había dicho a Bill que me había ausentado.

Me metí en el Range Rover y salí volando hacia la cadena. Pensé en una excusa por si la necesitaba. Algo que me convirtiera en un héroe.

De vuelta en el aparcamiento, entré corriendo por la puerta trasera hasta la redacción. Leigh se encontraba en su mesa, pero los de Mega Colchones no estaban a la vista. Me acerqué rápidamente, me incliné sobre ella y le pregunté:

—¿Dónde han ido?

Estábamos tan cerca que casi podía olerle la laca del pelo y algún tipo de lápiz de labios con sabor a frutas del bosque.

—Terminando con Bill —me susurró.

—Gracias, eres la mejor. —Le di una palmadita en el hombro.

—Es lo que dicen todos —me respondió con una sonrisa.

Tenía que despedirme en condiciones y tratar de cerrar ese acuerdo de ventas, así que volví al despacho de Bill. Por suerte, seguían allí y mi jefe les estaba enseñando un jersey de hockey de Wayne Gretzky que tenía enmarcado en la pared.

—Lo siento muchísimo —dije al grupo—. Una reportera que estaba de servicio me ha enviado un mensaje. Estaba teniendo una crisis de salud mental justo en ese momento, así que he salido corriendo a ayudarla. Así es la redacción que dirigimos y el cuidado que prestamos.

—Es de lo más motivador —dijo una de las mujeres, y sus compañeros asintieron mientras ella añadía—: Todo el mundo necesita un jefe así.

Nos estrechamos todos las manos y nos despedimos de la gente de Mega Colchones. El ayudante de Bill los acompañó después a la puerta de la calle.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Los tenemos?

—Creo que hay bastantes posibilidades —contestó Bill—. Por cierto, ¿qué reportera ha tenido la crisis?

Me tocaba mentirle al jefe. No era una buena sensación, pero no me quedaba otra opción. Elegí a la más joven y frágil, la que siempre parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Hannah. Pero ya está bien. Se encuentra mucho mejor.

—Estupendo, Trent. Un liderazgo excelente —respondió Bill, y yo volví a la redacción, consciente de que había salido de lo más airoso, como siempre. Era un ganador.

30

Trent

Martes por la noche

Estaba durmiendo esa noche cuando oí los golpes. Tardé casi un minuto entero en despertar del todo, miré el reloj y comprendí que había alguien aporreando mi puerta.

Otra vez.

—¿Qué coño está pasando? —pregunté en voz alta mientras me sentaba, me frotaba los ojos y empezaba a notar que había luces de policía al otro lado de la ventana. Un perro ladraba a la casa del vecino.

Rápidamente, me puse una bata sobre los calzoncillos y fui a la puerta. Cuando la abrí, había dos agentes nuevos, una mujer blanca con el pelo recogido en un moño apretado y un hombre negro. Antes de que yo pudiera decir nada, el tipo negro me gritó:

—Levante las manos y salga.

Demasiado sorprendido como para decir nada, obedecí. Mi mente seguía aún tratando de despertarse. El policía me cacheó, me puso las manos detrás de la espalda y me las esposó. Por fin recuperé la voz.

—Agente, yo no he hecho nada. —La voz ni siquiera sonaba como la mía. Era chillona y me recordó a la de Alan. Me estremecí.

—Deje de hablar —me ordenó y, a continuación, se volvió hacia su compañera—. Llévalo al coche patrulla. Vamos a echar un vistazo.

Dos coches más de la policía se detuvieron con un derrape y salieron cuatro agentes que se dirigieron hacia mi puerta.

—Aquí no hay nada. Yo no he hecho nada —protesté, pero nadie parecía oírme.

Se oía el ruido de pasos fuertes sobre el hormigón y el suelo de madera cuando iban entrando. Mi precioso suelo radiante de madera…

La agente me agarró del brazo y me llevó hacia el coche. No dijo nada, abrió la puerta de atrás y me empujó la cabeza hacia abajo para que no me golpeara. Supongo que era un gesto de cortesía.

Me quedé allí sentado, tiritando con mi bata y mi ropa interior, volviendo la cabeza hacia mi casa y tratando de entender algo que no tenía ningún sentido en absoluto. Estaba impactado, desde luego, pero no preocupado, porque era consciente de que se trataba de otro malentendido. Un malentendido enorme de cojones del que se iba a enterar el jefe de policía. Esos tipos se iban a quedar sin trabajo. Aquel pensamiento me hizo sonreír. Podía endilgarles esa historia a los de mi equipo de investigación para que averiguaran por qué se detenía por la fuerza a gente inocente por culpa de llamadas falsas. Aquello era ridículo, absurdo, en realidad. El mayor error de la justicia que había visto nunca.

Los vecinos iban encendiendo las luces y empezaban a asomarse a las ventanas y por detrás de las cortinas. Qué incómodo. Tendría que explicarles aquel terrible error y tranquilizarlos con que era cien por cien inocente y que nuestro departamento de policía era un

verdadero desastre. Bostecé y deseé poder frotarme los ojos, pero tenía las manos sujetas a la espalda.

Pasaron varios minutos y aparecieron más coches patrulla; un tipo tenía una libreta y otro llevaba una cámara. ¿Qué cojones andaban buscando? Estaba clarísimo que no iban a encontrarlo.

En serio, yo, un director de informativos, sentado en un coche de la pasma con las esposas puestas. Tendría que denunciarlos y dejarlos en bragas. Sí, eso era lo que iba a hacer. Ponerles tal denuncia que me iba a poder jubilar antes de tiempo. Quizá todo aquello fuera en realidad una suerte. Podría saldar cuentas con Katrina para que me dejara en paz y mudarme a las Bahamas, todo pagado por el departamento de policía de Atlanta.

El agente volvió por fin con un gesto decidido en el rostro. Imaginé que venía a disculparse y que yo podría empezar a despotricar contra él y contra todo el departamento. Abrió la puerta y tiró de mí con fuerza para sacarme y colocarme junto al coche patrulla. No tuvo la delicadeza de la agente cuando me había protegido la cabeza.

—¿Qué hace? —protesté—. Tenga cuidado y quíteme estas esposas ahora mismo.

—Eso no va a pasar —contestó con tono severo y mirándome directamente a los ojos—. ¿Quiere explicar por qué están enterrados en su patio de atrás el teléfono, la cartera y las joyas de una mujer?

—¿Una mujer? ¿Qué mujer? —Mi mente era pura confusión. ¿Alguien que había vivido allí antes que yo había cometido alguna perversión?

El agente sacó una pequeña libreta del bolsillo delantero y la abrió.

—Su nombre es Stephanie Monroe. ¿Le suena de algo?

—¿Quéééé? —balbuceé, y estoy seguro de que mi expresión mostraba la misma conmoción y confusión que sentía por dentro.

31

Bill

Después de la conferencia

No volví a dormirme después de que el jefe Newman me llamara en mitad de la noche para contarme lo de Trent. Conocía al jefe de policía desde hacía años, y había estado con él en reuniones del Rotary Club y en alguna ocasión en la Fiesta Nacional contra el Crimen. Teníamos buena relación. De hecho, fui yo quien insistió a Trent para que encargara a un reportero cubrir el partido de baloncesto entre un equipo de la policía y uno de ciudadanos la semana anterior. No era el tipo de noticias que mi director de informativos hubiese asumido por decisión propia. A Trent no le gustaba enviar a su gente a hacer reportajes de poca importancia, pero yo sabía que necesitábamos un pequeño equilibrio en medio de todo el mar de delincuencia que emitíamos. En algunas ocasiones me preguntaba si Trent era de verdad la persona que debía liderarnos en el futuro, pero luego me sorprendía, como cuando había ido a ocuparse de Hannah durante un reportaje, o por la forma en que había cautivado a los de Mega Colchones, y volvía a ponerme de su parte.

Yo dormía siempre como un tronco y ni siquiera me di cuenta de que mi móvil estaba sonando hasta, al menos, el quinto tono de

llamada. Lo busqué a tientas adormilado, tratando de no molestar a Maxine y antes siquiera de responder supe que cualquier cosa a esas horas sería algo malo. Sentí la garganta áspera cuando contesté con un graznido:

—¿Diga?

—Bill, soy el jefe de policía Reggie Newman. Siento molestarte en mitad de la noche, pero tengo que darte una noticia…

Mi primer pensamiento fue que cómo había conseguido mi número de móvil. Supuse que la policía tendría sus fuentes. Mi segundo pensamiento fue que la noticia debía de ser aún más importante que un gran tiroteo o la caída de un edificio para que Newman me estuviese llamando a mí, al director general, en plena noche. Ese tipo de cosas debían ir al responsable de informativos. ¿Por qué no molestar a Trent?

—Jefe Newman, no se preocupe. ¿Qué hora es? —pregunté mientras buscaba mis gafas.

—Las 3.53. No le molestaría si no fuese urgente…

Y fue entonces cuando me lo contó. Imposible describir las emociones que sentí al saber que el hombre que dirigía mi redacción estaba en la comisaría de policía acusado de asesinato.

Y que tenían pruebas.

Vi el golpe de kárate limpio que dividía mi mundo en dos: el antes de que aquello ocurriera y el después. Jamás sería igual. Estaba claro que aquel iba a ser uno de los momentos decisivos de mi carrera, si no de mi vida.

Las horas siguientes fueron una espiral de llamadas a mi jefe, al jefe de mi jefe y al de aquel hasta contactar con el director ejecutivo de toda la compañía para tratar de suplicarle a él y a todos los

demás que recordaran que la gente seguía siendo inocente hasta que se demostrara lo contrario; tratar de tranquilizar a nuestra redacción cuando saltó la noticia; atender a los directores generales de todo el país cuando telefonearon impactados y mostrando su empatía; no recibir las llamadas de determinadas personas que pensé que se pondrían en contacto (supongo que así se sabía quiénes eran tus amigos); recibir a presentadoras como Leigh que entraron llorando en mi despacho y consolarlas; seguir ocupándome de una redacción que había que dirigir y llamar aparte a Jorge para decirle que él debía tomar el mando; tener pegados a mi culo a los de Recursos Humanos casi cada hora para tratar de sacarme más información; tener a los del departamento de Relaciones Públicas pegados a mi culo preguntándome si había que elaborar algún comunicado para los medios; emitir por fin esa declaración diciendo que éramos conscientes de la situación y que íbamos a colaborar plenamente en cualquier tipo de investigación; y dedicar cada segundo en que no estaba apagando fuegos a tratar de asimilar cómo era ser posible todo aquello.

Y entonces, uno de Mega Colchones me dejó un mensaje de voz:

«Bill, tenemos que decirte que estamos todos impactados y horrorizados con este giro de los acontecimientos. Como sabes, somos una empresa que se enorgullece de sus valores. Antes de hoy, erais nuestra opción número uno. Aunque en este país todo el mundo tiene derecho a un juicio justo, no creemos que la NBC6 sea el lugar donde debamos invertir nuestro presupuesto de marketing. Contrataremos espacios publicitarios en las otras tres cadenas de la ciudad, especialmente en Canal 2. Sus principios se corresponden mucho más con los nuestros. Gracias».

Traté de ponerme en contacto con ellos tres veces para que cambiaran de opinión, pero no respondieron a mis llamadas.

El miércoles por la noche, la policía dio otra rueda de prensa en la que identificaron a dos posibles víctimas: dos mujeres llamadas Stephanie Monroe y Jasmine Littleton de las que yo jamás había oído hablar. Se decía que Stephanie había asistido con Trent a la conferencia. Esa noche no dormí nada, dando vueltas por el despacho de mi casa. Maxine probó con todo tipo de trucos para ayudarme —cócteles, un somnífero, un masaje de hombros—, pero no sirvieron de nada. Por fin, se acostó y yo me quedé levantado, dejando de dar vueltas solamente el tiempo suficiente para buscar cualquier dato que se estuviera difundiendo.

En la web de TMZ publicaron un vídeo promocional anunciando que habían entrevistado a trabajadores del hotel de la conferencia; un medio rival de Atlanta investigó el pasado de Trent y encontró multas por exceso de velocidad, los documentos de su divorcio y una condena por conducir bajo los efectos del alcohol; la CNN contaba con fuentes policiales que les habían dicho que las pruebas eran condenatorias, aun sin cadáveres. Una web de cotilleos de la industria llamada GTV citaba a una «fuente de la cadena» que decía que muchos pensaban que Trent tenía un lado retorcido y malvado y un pasado de maltrato a subordinados y acoso sexual a empleadas. Una amiga de la exmujer de Trent salió en directo para decir que Katrina estuvo a punto de pedir una orden de alejamiento en una ocasión después de que él la maltratara físicamente. Todo aquello era para mí información nueva.

A pesar de mi cansancio, tuve que ir a trabajar el jueves y poner buena cara. A media mañana, me dirigía a la máquina expendedora

a por una Coca-Cola —la segunda del día— cuando vi a Hannah, una de nuestras reporteras. Parecía agotada. Sin duda, yo también. La detuve un momento en el pasillo.

—Hannah, ¿cómo estás? He visto tus conexiones desde la puerta del edificio de Trent. Estás haciendo un buen trabajo en una situación muy complicada. —Siempre me había parecido bien que el director general pudiera decir unas palabras de aliento a los reporteros jóvenes. Les hacía sentir que se los tomaba en cuenta.

—Gracias —contestó con tono suave y bajando la mirada—. Ha sido el reportaje más difícil de mi carrera.

—Estoy seguro de que lo ha sido —respondí con mi voz más tranquilizadora—. Recuerda que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario ante un tribunal. Pero sí, esto tiene que ser especialmente difícil para ti después de lo que Trent hizo por ti el martes.

Volvió a levantar la mirada e inclinó la cabeza.

—Perdone, ¿qué?

—Cuando Trent salió a donde estabas grabando. Ya sabes, la salud mental es tremendamente importante para todos en esta empresa. Haremos lo posible por ayudar a nuestro equipo. Estamos todos juntos en esto y mi puerta estará abierta siempre que lo necesites.

—¿El martes? —Pude ver cómo trataba de encajar las piezas en su cabeza—. Eh… ¿Me puede haber confundido con alguna otra reportera? Yo no vi a Trent durante la conexión.

—¿Estás segura? —pregunté—. Me dijo que salió corriendo en tu ayuda…

—Nunca he visto a Trent con nosotros durante ninguna conexión. Jamás —contestó con una expresión de confusión en el rostro—. Y no creo que le importe mucho la salud mental. Una vez le oí decir que deberían cambiarle el nombre por «salud femental» porque los hombres no sufren de eso.

—Ah… eh… Entonces, debo de haber malinterpretado lo que me contó. Lo siento.

Me volví rápidamente sintiendo un zumbido en la cabeza por la posibilidad de que Trent me hubiese mentido. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a inventarse esa historia de haber ayudado a Hannah? ¿Adónde había ido? ¿Formaba parte aquello de la cronología de los asesinatos? Dios santo, ¿qué estaba pasando?

Al regresar a mi despacho vi un nuevo mensaje de voz. Con la esperanza de que fuera de Mega Colchones y de que pudiera hacer un último esfuerzo por mantenerlos con nosotros, cogí el teléfono de la mesa y pulsé para reproducirlo. Una voz de mujer grave y desconocida empezó a hablar:

«Hola, me llamo Dorothy Robinson y soy la directora de informativos de la ABC7 de Boston. Estoy segura de que está ahora mismo con mucho lío. Solo quería ponerme en contacto en nombre de mi colega Alan Kozinski y en el mío propio. Estuvimos en la Cumbre de Informativos de Televisión en San Diego la semana pasada con Trent. Nos sentamos con él en la misma mesa. Ya hemos comentado con la policía nuestras impresiones, pero he pensado que querría saber que Trent se saltó una parte de la conferencia. Se levantó durante un descanso y no volvió en todo el día. Se perdió toda la ponencia sobre salud mental, que supuestamente era la más importante de toda la conferencia. Si me permite el atrevimiento en

caso de que quiera que le explique también otras de las cosas que observamos, llámeme, por favor. Se me ha ocurrido que como jefe suyo necesita tener el mayor número posible de piezas del rompecabezas.

Me faltó tiempo para marcar su número.

Enterarme de cómo se pegó a Stephanie desde el principio me revolvió el estómago. Dorothy me dijo que Trent no había tomado ninguna nota en la conferencia, que se marchó antes de que comenzara la ponencia sobre salud mental sin decir una palabra, que regresó para el cóctel y que empezó a mostrarse cada vez más borracho y a hablar en alto contando chistes obscenos que incomodaron a todo el mundo, y que, al día siguiente, parecía resacoso. Al final de la conversación yo estaba lleno de rabia.

Trent me había mentido respecto a su participación en la ponencia de salud mental. ¿Cómo iba a prepararme el informe que le había pedido? ¿Se limitaría a buscar en Google «salud mental»? Y también me engañaba en lo de que había ido a ver a Hannah durante su conexión. Ya eran dos las veces que había dicho que estaba en un sitio y resultaba que no era cierto. Además, la asistente de Trent, Mary, se había puesto en contacto conmigo para decirme que él le había pedido que mintiera el lunes diciendo que iba en un avión pese a estar enfermo.

Para mí, la mentira era absolutamente intolerable. Si alguien cometía un error, debía ser sincero al respecto. La mentira rebasaba para mí el límite. ¿Y dónde había estado esas veces en las que no había dicho la verdad? ¿Fue entonces cuando cometió esos crímenes? Y, aunque no fuese culpable de asesinato, había influido en la pérdida de la cuenta de Mega Colchones.

Cogí de nuevo el teléfono de mi mesa y llamé a Recursos Humanos.

—Despedid a Trent McCarthy. No voy a esperar al juicio. Despedidle ya.

Nunca me había sentido tan bien deshaciéndome de alguien.

32

Trent

El miércoles después de la conferencia

Seguía todavía en bata y calzoncillos cuando llegamos a la comisaría, pero, al menos, la policía tuvo la dignidad de ofrecerme ropa de la prisión y moverme los brazos para que ya no estuviese esposado por la espalda, sino por delante, algo más cómodo. Después me sentaron en una sala de interrogatorios.

No conseguía asimilar lo que estaba pasando. Me sentía paralizado. Cumplía sus órdenes como un robot mientras imaginaba que Bill aparecería pronto para rescatarme y que todo ese enorme lío quedaría aclarado. Estaba deseando salir de allí, buscar un abogado y, victorioso, dar una conferencia de prensa en la que les haría parecer una auténtica mierda. Yo sería el héroe. Solo tenía que sobrevivir antes a aquella locura.

Encorvado y hundido en una silla con respaldo de madera, tenía a dos detectives sentados al otro lado de una mesa pequeña. Decidí hablar yo antes sin esperarlos.

—Ha habido un terrible malentendido. Yo no he hecho nada. Nada en absoluto. Es increíble. Soy un hombre inocente y ustedes me están haciendo pasar por un criminal.

—Guarde silencio y responda a nuestras preguntas —dijo el primer detective.

Era barrigón y su escaso cabello castaño estaba salpicado de canas. Su compañero, que tenía un denso pelo moreno y un acento que parecía de algún país latinoamericano, intervino:

—¿Su nombre es Trent Jonathan McCarthy?

—Sí.

—¿Vive en el número 4240 de Horizon Lane en el barrio de Peachtree Village de Atlanta?

—Sí.

—¿Conoce a una mujer llamada Stephanie Monroe?

—No. Es decir, conocí a una persona llamada así la semana pasada en una conferencia, pero ¡no he vuelto a verla! Apenas tuvimos relación.

—Entonces, ¿no tiene ni idea de cómo han aparecido su cartera y su móvil enterrados en su patio trasero? —El agente hispano había empezado a emplear un tono combativo.

—¡No! ¡Dios santo, no! Ya se lo he dicho. Esto es un montaje, una broma o algo así. ¿Está intentando ella tenderme una trampa? ¿Es mi exmujer, Katrina? ¿Le han preguntado a ella, joder? Va en busca de mi dinero.

—Trent, ¿por qué no empieza contándonos lo que ocurrió cuando se fue de la conferencia? —preguntó el agente Barrigón con un tono más amable.

Aquello me calmó un poco y tomé una bocanada de aire larga y entrecortada.

—Bueno, no pasó nada. Me subí a un avión, llegué a casa, fui a un bar esa noche a tomar un par de copas, volví a casa y me acosté.

Por cierto, que el domingo me sentí mal y me quedé en casa. Incluso tuve que llamar al trabajo el lunes para decir que no iba de lo mal que me sentía, y yo nunca hago eso. Luego fui a trabajar el martes y empezó toda esta mierda. La policía se presentó en mi puerta y me sacó a rastras de la cama acusándome de algo que no he hecho. ¡Es una puta mentira y a todos ustedes les va a salir por un ojo de la cara! ¡Voy a meterles una demanda que se van a cagar!

La tensión arterial me estaba subiendo otra vez y me acordé de mi médico y sus advertencias.

No hicieron caso a mi comentario sobre denunciarlos y siguieron.

—Entonces, ¿no volvió a ver a la tal Stephanie?

—¡¡No!!

—¿No vino a Atlanta con usted?

—¡No, joder! Subí a un avión y volví a casa solo. Ya se lo he dicho. Estuve con esa chica solamente unas horas. Incluso se fue antes de la conferencia. Pueden preguntar a cualquiera que estuviera allí. De hecho, háganlo. Pregunten a Dorothy, de Boston, y a Alan, de Kalamazoo. También la conocieron ellos dos y vieron que no regresaba. No estoy loco. Desapareció y nunca más volví a verla, joder.

—Trent, ¿vio usted a alguien más el domingo o el lunes cuando estuvo en casa? ¿Fue a algún sitio? ¿Se encontró con algún amigo, familiar, compañero de trabajo?

—No, les he dicho que estuve indispuesto.

—Entonces, ¿no tiene ninguna coartada aparte del hecho de estar enfermo en casa?

—No es una coartada. Estuve enfermo en casa.

A partir de ahí, siguieron haciéndome preguntas hasta que por poco se me fue la cabeza. Tuve que describir cómo eran mi trabajo, mis relaciones, mi infancia, y reconstruir cada segundo de la conferencia y de mi vuelta a mi apartamento.

Pero decidí no contarles que me había saltado la ponencia de salud mental. Primero, porque eso nos colocaría a Stephanie y a mí fuera de la conferencia al mismo tiempo y, segundo, porque mi jefe, Bill, se enteraría de que le había mentido. Su línea roja era la mentira y había despedido a gente por ese motivo. Pensé que si Dorothy o Alan abrían la bocaza y decían que no estuve en la ponencia, yo explicaría que había sentido la necesidad de tomar el aire y había salido un momento y que, después, estuve escuchando desde el fondo de la sala. Ni Dorothy ni Alan podrían saber si era verdad o no. Habrían estado de espaldas a mí todo el tiempo.

Mientras el interrogatorio se alargaba, yo continuaba sin encontrarle el sentido a nada, literalmente a nada, de lo que estaba ocurriendo. ¿Stephanie Monroe? Esa zorra tenía que estar tendiéndome una trampa. No había otra explicación posible.

Pero como a las dos horas de interrogatorio, Barrigón decidió lanzar la bomba más grande.

—Trent, ¿puede explicar por qué hemos encontrado sangre y pelos en su apartamento?

—¿Quéééé? ¿A qué se refiere? —Entré en pánico. ¿Qué cojones estaba pasando?

—Hemos encontrado sangre, pelos y esto… —Barrigón abrió un sobre marrón, sacó algo y empujó dos fotos por encima de la mesa hacia mí—. ¿Puede explicar por qué estaba esto en el bolsillo delantero de su americana?

Eran dos fotos de prendas de ropa interior femenina. Nunca las había visto.

Empecé a tartamudear.

—Se… se… se lo juro por la vida de mis hijos. No… no…. no tengo ni idea.

—Trent —dijo el agente latino—. Hemos encontrado semen en las bragas. Y hay una cosa más: los investigadores han encontrado el documento de identidad de una segunda mujer enterrado en su patio trasero, y ADN de esa mujer, Jasmine Littleton, en su maleta. ¿Puede explicarlo?

¿Jasmine? ¿No era ese el nombre de la chica que conocí en el bar de la esquina la noche que volví de la conferencia? ¿La que me engañó con lo de la foto sexy?

Abrí la boca, pero no me salían las palabras.

—Esto no pinta bien para usted, Trent. ¿Por qué no nos dice ya lo que ha pasado de verdad?

33

Trent

El jueves después de la conferencia

Fijaron una fianza de un millón de dólares. Yo esperaba que nuestra empresa la pagaría. La compañía matriz de la NBC6 era propietaria de decenas de cadenas por todo Estados Unidos y amasaba enormes cantidades de dinero cada año, especialmente cuando había elecciones y los candidatos lanzaban campañas publicitarias para atacarse unos a otros. Seguro que el canal podía permitírselo y lo recuperaríamos todo, y más aún cuando le pusiéramos al Departamento de Policía de Atlanta una denuncia con la que se iban a quedar en bragas.

Bajo ningún concepto pensaba ir a la cárcel por aquella historia tan absurda que se había inventado la policía. ¿Habían encontrado ADN en mi apartamento? Ridículo. ¿Objetos personales enterrados en mi patio trasero? Una locura.

Mientras permanecía despierto por la noche en mi celda mirando fijamente al techo, no paraban de pasarme ideas por la mente. O alguna mujer estaba tratando de ponerme una trampa —¿Stephanie?, ¿Katrina?— o era la propia policía. Lo que no imaginaba era por qué razón iban a hacerlo, pero podían haber colocado pruebas cuando entraron en mi casa en plena noche.

Lo único de lo que estaba seguro, más que de ninguna otra cosa en mi vida, era de que no había visto a Stephanie Monroe desde que había asomado la cabeza por la puerta de su habitación en el hotel. ¿De verdad estaba muerta? Es decir, si era así, lo sentía por ella, pero yo no tenía nada que ver. Mi conciencia estaba completamente tranquila.

Me permitieron hacer tres llamadas. Como seguía en la cárcel esperando a oír las palabras mágicas de «Han pagado la fianza», empecé por Bill. Cuando contestó, los dos tuvimos que escuchar un mensaje de «Esta llamada procede de la cárcel del condado de Fulton y puede ser grabada» y, después, un pitido. Le oí soltar un fuerte suspiro. Fui directo al grano.

—Bill, esto es lo más estúpido, ridículo, loco, perverso, retorcido, jodido… perdón por la expresión… que he visto nunca. Sabes que soy inocente al cien por cien. Yo no he hecho nada. No volví a ver a Stephanie después del primer día. No sé quién es esa tal Jasmine. Voy a demandarlos por difamación también. Supongo que la NBC6 pagará la fianza.

Hubo un silencio. Fue tan largo que creí que la llamada se había cortado.

—¿Bill? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí, Trent.

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí, lo he oído.

—¿Y cuando voy a salir de aquí?

—Trent, ni la NBC6 ni nuestra empresa van a pagar la fianza. Tendrás que seguir ahí hasta el juicio.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Vas a dejar que me pudra aquí? ¿Quién va a dirigir la redacción?

—Jorge ha asumido el control. Trent, tu contrato con la NBC6 está rescindido.

—Un momento. Joder, espera un momento. —Empezaron a salirme gotas de saliva de la boca mientras hablaba—. No puedes despedirme. No he hecho nada malo. Dime qué he hecho. ¡Soy inocente!

—Me has mentido, y eso solo ya es motivo de despido. Informé ayer a los de Recursos Humanos. Recogerán tus pertenencias y lo meterán todo en cajas para que te las lleves.

—Yo no te he mentido —imploré—. Te estoy diciendo la pura verdad. No he hecho nada. Todo esto es una enorme broma o una trampa. ¡Se demostrará en los tribunales!

—Trent… —dijo Bill y, de repente, me di cuenta de lo cansada que sonaba su voz— ¿Adónde fuiste cuando me dijiste que habías ido a apoyar a Hannah por una crisis de salud mental?

Vaya. ¿Había hablado con ella? ¿Había descubierto el pastel? Tenía que salir de aquella.

—Bill, iba de camino hacia allá cuando me entretuvieron. Sí que tenía una crisis mental y yo iba de camino para hablar con ella. Hago eso con mis empleados. Si no te ha contado los detalles a lo mejor es porque le da vergüenza. Aprendimos eso en la conferencia. A veces la gente se asusta.

Contuve la respiración mientras esperaba su reacción.

—Entonces, ¿estuviste en la ponencia sobre salud mental de la conferencia?

—Por supuesto que sí.

—Trent, se acabaron las mentiras . Dime la verdad.

—¿A qué te refieres? Estuve allí.

—Ciertas personas que estuvieron allí me han dicho que te fuiste y no volviste.

¿Personas que estuvieron allí? Debía de referirse a Dorothy y Alan. De nuevo, tenía que salir del paso como fuera.

—Me escapé un minuto para mirar mis mensajes, volví a entrar y me quedé al fondo de la sala. La vi entera.

—Si eso es así, dime quiénes fueron los ponentes. He visto una grabación de la National Press Foundation para poder comparar. ¿Cuántos ponentes? ¿De qué hablaron?

—Yo… yo… no recuerdo los nombres. Eran todos expertos en salud mental y estuvieron dando consejos y cosas así.

Noté que estaba patinando en la conversación. Trataba de mantenerme a flote y él estaba a punto de hundir mi acorazado, igual que en el juego con el que tanto disfrutaba mi hermano cuando me ganaba de niños. Yo pugnaba por proteger el último rincón antes de que el golpe definitivo alcanzara mi barco.

—Trent, no te creo. Descríbeme aunque solo sea a uno de los ponentes. ¿Cómo eran?

Mi acorazado quedó tocado y hundido y toda mi carrera naufragó con él en las turbias aguas.

—Lo siento, Bill —susurré—. Es verdad, no fui a esa sesión. Pero es lo único en lo que no he sido sincero. No quería que te enfadaras conmigo. Tenía migraña y me fui a mi habitación unas horas. Fue la única ponencia que me perdí.

—No hay absolutamente nada más que pueda hacer por ti. Me repugnan estas acusaciones. Me repugnan. Y me indignan tus

continuas mentiras. Estoy haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad para hablar contigo por teléfono. Si has hecho esas cosas… que Dios te ayude. —Dejó que su voz se fuera apagando—. Sea verdad o no, ya no eres mi empleado.

Y colgó. Aparté el auricular del oído y me quedé mirándolo. Me dieron ganas de cogerlo y golpearlo contra el mostrador que tenía delante, hacerlo añicos, pero un vigilante me estaba mirando, así que me limité a gritar:

—Joder.

—Cuidado con ese lenguaje —dijo con desdén—. Dos llamadas más.

¿A quién narices iba a llamar? ¿Quién me iba a ayudar en una situación así? Mi hermano no. Llevábamos mucho tiempo distanciados. Mi madre había muerto y mi padre tenía alzhéimer. No había ido a verlo desde hacía al menos seis meses. Me vinieron a la mente algunas tías y tíos, pero no tenían dinero.

Luego pensé en los amigos con los que me emborrachaba viendo el fútbol los domingos. Todos estaban forrados y ocupaban altos cargos en sus respectivos campos. Ayudarían a un colega, ¿no? Yo lo habría hecho por ellos si hubieran estado en un aprieto. Bueno, a lo mejor. Pero ellos seguro que lo hacían por mí. Llamé a mi amigo Scott. Era director ejecutivo de una empresa concesionaria de barcos y tenía dos casas, además de un yate.

—¿Trent?

—Sí, hola, Scott. Estoy metido en un lío. No sé qué está pasando. Tienes que saber que soy completamente inocente y que no he hecho nada malo. Pero para demostrarlo tengo que salir de aquí. ¿Has visto la fianza? ¿Puedes pasarme algo y te lo devuelvo

después? Estoy pensando en denunciar a todo el departamento de policía.

El vigilante me fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—Vaya, Trent, lo siento por ti, tío, pero no tengo tanto dinero.

—Vamos, Scott. Sé que sí lo tienes. Tienes que sacarme de aquí. No puedo estar en la cárcel siendo inocente.

Scott se quedó en silencio mientras yo oía su respiración. Pensé que estaba a punto de aceptar y sentí una oleada de esperanza en el pecho.

—Trent, tío, perdona. Tengo que mantenerme al margen. Mi nombre no puede verse mezclado en esto. Estamos tratando de comprar Southern Sails. No puedo verme envuelto en un escándalo.

—¿Escándalo? ¿Qué escándalo? —pregunté—. Todo esto es mentira, cien por cien mentira. Algún día harán una película sobre lo injustos que están siendo conmigo. Creo que es posible que la policía haya puesto pruebas falsas.

—Trent, estás en la cárcel por asesinato. De dos mujeres. Tu nombre aparece en todas las noticias, no solo de aquí, sino en las de ámbito nacional. Eres tendencia en todas las plataformas. Has aparecido en primer lugar cuando he consultado las noticias. No sé si lo has hecho o no, eso lo decidirán los tribunales, pero yo no puedo pagarte la fianza. Y no hay más que hablar.

Esa vez fui yo el que colgó. Enterré la cabeza entre las manos y empecé a balancearme adelante y atrás. Me habían despedido. Mis amigos no iban a pagar la fianza y ni siquiera querían formar parte de aquello.

Solo me quedaba una persona a la que llamar.

—Katrina…, tienes que escucharme. Sabes que nunca haría daño a nadie. De verdad, necesito tu ayuda.

—No quiero hablar contigo. Los niños no quieren hablar contigo. ¡Eres un puto monstruo!

—Los niños quieren verme. Yo quiero verlos. Tengo que salir de aquí. Necesito dinero para la fianza.

—Con que quieres verlos, ¿eh? ¿Por eso es por lo que te saltaste la última visita que tenías hace unas semanas? —espetó—. Y sí, hay personas a las que has hecho daño. A mí me hiciste daño, físico, y lo sabes. También psicológico. No, Trent, tú te has buscado esto y ahora vas a tener que cargar con las consecuencias. Vete a la mierda.

Y me colgó. Al parecer, nadie iba a despedirse en condiciones nunca más.

—Se acabó el tiempo —dijo el vigilante, y solté el auricular con un golpe especialmente fuerte—. Con cuidado —añadió mientras me levantaba de la silla de un tirón y me agarraba con fuerza el brazo, cubierto por la tela de mi mono de prisión, para devolverme a mi celda. Mientras pasábamos por las de otros presos, uno gritó:

—¿Te has cargado a dos mujeres, no, guapo? ¿Lo has hecho por pura diversión? Ya te enseñaré yo lo que es divertirse aquí dentro.

Me estremecí. Era como las cárceles de las películas o las series de televisión que había visto toda mi vida, desde *Cadena perpetua* hasta *Orange Is the New Black*.

Cuando llegamos a mi celda, me tumbé en el duro colchón, me volví hacia la pared, me hice un ovillo y, por primera vez desde tercer curso, empecé a llorar. Pero en silencio, para que nadie me oyera. ¿Qué había podido pasar? ¿Cómo me había visto metido en

aquel lío? Mi mente se esforzaba por encajar unas piezas que no tenían sentido alguno.

34

Lucy

El miércoles después de la conferencia

Robert estaba completamente aturdido mientras volvíamos a Madison desde Atlanta. Cayó en un estado en el que le costaba dar respuestas a preguntas sencillas y yo tomé las riendas de todo lo relativo al regreso, y lo acompañé a su parte del adosado antes de volver a mi apartamento. Por supuesto, yo también estaba destrozada pero, de algún modo, había encendido el piloto automático de una actitud decidida. Estaba segura de que el duelo vendría después.

La policía no había encontrado todavía ningún cuerpo, pero había identificado el ADN de Jasmine Littleton en restos de pelo y de sangre, y los objetos personales de las dos mujeres estaban enterrados en el patio trasero de Trent.

Empezaban a filtrarse noticias: Steph había sacado grandes sumas de dinero tanto en San Diego como en Atlanta. La policía llegó a la conclusión de que Trent y ella habían iniciado un romance apasionado en la conferencia y él la había convencido de que necesitaba dinero para pagar la pensión alimenticia de sus hijos. La pareja viajó a Atlanta, pero entonces algo se torció. Puede que Steph se negara a sacar más dinero o que solo fuera que él tenía

mal genio. En cualquier caso, ella quiso apartarse del tipo —eso lo sabíamos por los mensajes que le había enviado a Robert—, y luego él la mató.

¿Y cómo encajaba en todo aquello la tal Jasmine? Todavía no lo sabíamos. Se decía que se había ido hacía poco de Madison. ¿Cómo había terminado también muerta en Atlanta? ¿Cuándo la había conocido Trent?

La foto de él aparecía en todas las noticias. Incluso su propia cadena había tenido que informar de ello. Eché un vistazo a un reportaje de la NBC6 para ver cómo lo trataban. Una joven reportera de gesto serio llamada Hannah estaba retransmitiendo desde el exterior del apartamento de Trent, con el precinto de la policía a su espalda. Cuando retomaron la palabra en el estudio, los presentadores parecían estupefactos y hablaban en voz baja. La mujer, que se llamaba Leigh, dijo que harían seguimiento de la noticia y que informarían de más detalles a medida que fuesen llegando. A mí me entraban ganas de hacer uso de las técnicas que había aprendido en las clases de autodefensa y darle una patada a Trent en aquella cara de niño que tenía, pero no podía deshacerme de la fuerte sensación de que había algo que no encajaba. De nuevo, la corazonada del reiki. Si de verdad Steph había conocido al hombre de sus sueños y quería más días libres, ¿por qué no nos lo había dicho? ¿Por qué iba a mentir en lo de tener un hermano?

Abrí otra pestaña en mi ordenador, entré en LinkedIn y busqué el perfil de Trent. Allí estaba, con su pinta de pijo y unos dientes extremadamente blancos, sonriendo con el logo de la NBC6 a su espalda. No me parecía el tipo de hombre por el que yo creía que ella perdería la cabeza. Su cuenta dejaba claro que había pasado por

montones de trabajos: una persona que nunca echaba raíces, que siempre pensaba que había algo mejor, más dinero, más prestigio. Yo había visto a muchos así en televisión.

Busqué qué tipo de cosas había publicado Trent recientemente en LinkedIn. Era todo egocéntrico, con imágenes suyas recogiendo premios y textos presuntuosos que decían cosas como «¡Es todo un honor ser premiado de nuevo! ¡Una gran velada para la NBC6 en los Premios de la Asociación de Emisoras de Radio y Televisión de Atlanta!».

Miré en Twitter/X y Threads. El penúltimo tuit de Trent era del día que había volado a San Diego para la conferencia. Se había hecho un selfi sonriendo en el aeropuerto de Atlanta con el pie «Despegamos: ¡Atlanta-San Diego!». Tenía tres me gusta.

Pero fue su último tuit el que de verdad me intrigó. Había una foto grupal de unos diez hombres y mujeres en lo que parecía el patio de un hotel de conferencias.

«¡El grupo del almuerzo, los mejores directores de informativos del país!», decía.

La mujer que estaba a su lado era claramente Stephanie, pero tenía la cabeza vuelta hacia un lado, de modo que lo que único que se le veía era el pelo. Sí que reconocí su chaqueta rosa. No estaba etiquetada en la publicación, como los demás directores de informativos. La publicación tenía veinte likes. Pulsé para ver quiénes eran y vi que las otras ocho personas etiquetadas que parecían estar en la mesa con Trent y Stephanie habían dado me gusta y la habían reposteado, pero ella no lo había hecho.

Era como si la misma Stephanie estuviese tratando de decirme algo.

Tumbada en mi alfombrilla de yoga en postura de savasana, me sentía agotada, pero no lista para dormirme. Me zumbaba la cabeza, pero me obligué a que redujera la velocidad mientras empezaba a meditar. Al cabo de veinte minutos me sentí mucho mejor y poco a poco hice que mi mente pasara a un lugar de contemplación.

«Piensa, Lucy, piensa». Los mensajes de Steph sobre Mark Ruffalo eran muy extraños, pero era obvio que había estado en Atlanta. Envió a Bruce y Robert mensajes de voz y de texto y fotos. Habían encontrado allí su móvil y ahora habían localizado también el de Jasmine en el edificio de al lado de la casa de Trent.

Se me ocurrió una idea.

En TMZ habían identificado a los compañeros de mesa de Steph del primer día de la conferencia como Dorothy Robinson, de Boston, y Alan Kozinski, de Kalamazoo. Estaban entre las últimas personas —aparte de Trent, un tipo de mantenimiento y los desconocidos del vuelo a Atlanta— que la habían visto o que habían hablado con ella.

Fui corriendo a mi portátil, volví a LinkedIn y envié mensajes directos a Dorothy y Alan explicándoles quién era yo, que tenía unos mensajes extraños que Steph me había enviado durante la conferencia y que me parecía que había algo que no cuadraba. Incluí mi número de teléfono y les pregunté si podían hablar conmigo.

No me esperaba una respuesta inmediata. Pensaba que quizá nunca la tendría. Supuse que recibiría una educada respuesta de «gracias, pero no», como mucho, pero no habían pasado ni treinta minutos cuando, mientras estaba sacando las cosas de la maleta en mi dormitorio, me sonó el móvil. El prefijo me resultaba desconocido.

—¿Sí?

—¿Eres Lucy, de Madison, Wisconsin? —preguntó una voz grave de mujer.

—Sí.

—Soy Dorothy Robinson. Me has escrito por LinkedIn. Estoy completamente espantada por lo de tu compañera de trabajo y lo siento muchísimo. Dime qué puedo hacer por ti. ¿Qué querías preguntarme y qué son esos mensajes raros que te envió?

Así fue como empezamos a comparar información. Dorothy respondía con pequeños chasquidos de lengua o decía «ajá» mientras yo le detallaba lo que habíamos visto en la redacción y cómo habíamos empezado a preguntarnos si alguien tenía su teléfono. Después, ella me contó que Trent había sido desagradable desde el principio, flirteando con Stephanie.

—Pero Stephanie apenas parecía interesada —concluyó Dorothy—. Y eso es en parte el motivo por el que todo esto me tiene confundida.

—A mí también —coincidí—. ¿Y luego fue el almuerzo?

—Sí, y nos sentamos en extremos opuestos del porche exterior. Luego ella se fue. No volví a verla.

—¿Algo más? —pregunté, empezando a sentirme desesperada—. Es que tengo la sensación de que no era ella la que nos enviaba esos mensajes.

—No, eso fue todo —contestó Dorothy—. Siento no poder decirte nada más.

—¿Viste qué llevaba puesto o qué comió? —Intentaba tirar de donde fuera para tratar de visualizarla en ese porche almorzando.

—Una chaqueta rosa y un vestido negro. Y en cuanto a la comida, no, no lo sé. Un momento… Ahora que lo dices… Acabo de

recordarlo. Trent nos contó a Alan y a mí después que Stephanie y él habían comido pollo.

Un chute de adrenalina me recorrió el cuerpo.

—¿Pollo? ¡Pero si es vegetariana! Steph nunca comería pollo. ¿Había opción vegetariana en el menú?

—Pues sí que la había —contestó Dorothy—. ¿Crees que eso significa algo?

—Dorothy, ¿me dejas pedirte un favor? ¿Puedo enviarte una foto reciente de Stephanie y me confirmas si era ella la que viste en la conferencia?

—Claro, haré lo que pueda. Estuve solo un momento breve sentada con ella y teníamos la atención puesta en las charlas, pero lo intentaré.

Busqué entre mis fotos y saqué una de apenas hacía unas semanas. Era de la fiesta de despedida de una compañera. Steph tenía el brazo por encima del hombro de la mujer y las dos sonreían a la cámara. Se la envié a Dorothy y contuve la respiración.

—Vale, un momento, voy a ponerme las gafas —dijo—. Eh… Si la memoria no me engaña, es ella. El mismo pelo, eso seguro. Lo siento, no tengo una imagen mental clara de su cara que difiera de esta foto. Pero podemos probar con otra cosa. Todos tuvimos que firmar al llegar. ¿Sabes cómo es la firma de Stephanie? Puedo llamar a la National Press Foundation y pedir una copia de la hoja de registro. Podríamos compararlas.

—¡Sí! —exclamé—. Es buena idea. Stephanie es zurda. ¿Hay alguien que pueda ayudarnos a saber si alguien firmó con la mano izquierda?

—Lucy, tengo a la persona indicada. Yo antes era periodista de investigación y estás haciendo que me pique el gusanillo. Pediré las firmas a la NPF y llamaré a mi contacto.

A la mañana siguiente, cuando estaba haciendo mi pilates matutino y tratando de mantener la calma en lo concerniente a Steph, me volvió a sonar el móvil. Corrí a cogerlo y vi que era Dorothy. Respondí jadeante.

—Lucy, recibí la hoja de registro de la NPF y se la he enviado a mi experto en caligrafía. No tiene duda de que la firmó una persona diestra. Aquí hay algo. Y eso no es todo. Me he ido a vuestra página web y he encontrado un vídeo de Stephanie haciendo una declaración de objetivos de vuestra cadena. Quería comparar su voz con la que recuerdo de San Diego, ya que no recordaba bien su cara. Lucy, no creo que sea la misma voz que oí en la conferencia. Tenemos que llamar a la policía.

CUARTA PARTE

35

Jasmine

El día del vuelo

Mi asiento era el 17A y avancé por el pasillo pensando en mi nueva yo, la yo feliz, la yo llena de vitalidad, tan distinta de la yo humillada en la que me había convertido con Glenn.

Había ya una mujer en mi fila, sentada junto al pasillo. Tenía el pelo castaño y cara de simpática. Decidí poner a prueba a mi renovado yo.

—Hola, estoy en el asiento de la ventanilla —dije a la vez que subía la maleta al compartimento superior. Ella asintió y se levantó para dejarme pasar. Coloqué el bolso de flecos en el sitio que había entre las dos—. Espero que tengamos el sillón de en medio vacío, ¿tú no? —añadí.

—Estaría bien —contestó.

Miré por el pasillo para ver quién más podría estar embarcando y vi a una señora mayor y bajita con el pelo canoso y rizado, gafas, el abrigo sobre el brazo y una leve cojera. Avanzaba con cautela, mirando su tarjeta de embarque en cada fila. Se detuvo en la nuestra.

—Creo que voy aquí con vosotras dos —dijo—. Siento que te tengas que levantar.

—No se preocupe —respondió la mujer del pelo castaño.

Se levantó de nuevo y se ofreció a colocar arriba el abrigo y el bolso de la señora. Yo bajé el mío al suelo a regañadientes, junto a mis pies, y la mujer se colocó en el asiento del medio, se abrochó el cinturón y nos miró a la una y a la otra.

—Pues qué bien —dijo—. Me ha tocado estar con dos jóvenes encantadoras. ¿Sois hermanas? Tenéis el pelo distinto, pero os parecéis. ¡Apuesto a que queréis pasar el viaje de charla!

La desconocida del asiento del pasillo y yo nos miramos desconcertadas y empezamos a reír.

—No, no somos hermanas —contesté yo.

—Qué tonta soy —dijo la señora mayor—. ¿Queréis alguna un chicle?

Sacó un paquete del bolso. La mujer de pelo castaño lo rechazó amablemente, pero yo decidí que quizá me ayudaría a calmar la adrenalina y cogí uno.

—Es curioso que haya dicho eso de que somos hermanas —comentó la mujer de pelo castaño—. Una compañera de trabajo me habló de una página web, *Encuentra a mi doble*, en la que puedes localizar fácilmente a alguien que se parezca tanto a ti como una hermana, incluso gemela.

—Yo no sé mucho de dobles… ni de páginas web —afirmó la mujer mayor, y las tres nos reímos.

Llevaba un jersey blanco y pantalones y zapatos cómodos para viajar. Era un poco rechoncha, en plan abuela en cuyo regazo te entran ganas de echarte. Me recordó a la mía y sentí que era otra señal desde el cielo. Solo me faltó que esa desconocida oliera a

pachuli en lugar de a algo que parecía una extraña mezcla de bolas de alcanfor y polvos de talco.

—¿Adónde viajáis? —preguntó la mujer mayor mirando primero a la del pasillo para que respondiera.

—Yo voy a San Diego, con escala en Denver. A una conferencia de trabajo —explicó.

«Fíjate, una conferencia», pensé. Desde luego, no podía compararme con ella en el aspecto profesional, así que decidí no optar por la idea de un evento similar en Nueva York por si empezaba a hablar de puntos de hotel y otras cosas de las que yo no sabía nada. Iría a lo fácil.

—Yo a Denver. A ver a una amiga —respondí. Era una respuesta bastante vaga.

—Ah, qué bien —dijo la señora mayor—. Yo voy a ver a mi hijo y a mi nieto en Fort Collins. Me recogen en el aeropuerto. Ojalá vivieran más cerca. A mi nieto le van a dar un premio este fin de semana.

—¿Qué clase de premio? —preguntó la mujer del pasillo.

La anciana empezó a hablarnos del servicio comunitario que realizaba aquel chico, y de que el Rotary Club de su ciudad le iba a hacer un homenaje.

—Vaya, pues espero que lo pase de maravilla —dijo la mujer del pasillo, y yo asentí.

Nos acomodamos las tres, el avión despegó y yo miré por la ventanilla cómo iba desvaneciéndose Madison por detrás de mí mientras el corazón me latía con la adrenalina de la huida, y el alivio empezaba a introducirse en mis células.

Cuando llegamos a la altura de crucero, la mujer mayor se levantó para ir al baño y, al volver, nos dijo:

—Señoras, he visto que hay un asiento de ventana vacío dos filas más atrás. Creo que me voy a cambiar ahí para echar una siestecita. Ha sido un día ajetreado. Que tengáis las dos un buen vuelo.

Levanté mi bolso del suelo y volví a dejarlo en el asiento de en medio. La desconocida hizo lo mismo. La veía con más claridad sin nadie entre las dos. Dicen que se puede evaluar a una persona en siete segundos y mi interpretación fue: rica. Llevaba un bonito jersey y botines de piel y, como había desaparecido el olor a alcanfor y polvos de talco entre nosotras, me llegó un toque de perfume de flores. Supuse que esa persona que iba a San Diego era una de esas ejecutivas que yo siempre había querido ser, alguien como mi hermana. Su reloj era de esos con los que se podía responder a correos electrónicos y comprobar el ritmo cardiaco. Las perlas de sus orejas parecían auténticas. Me imaginé que alguien se las habría regalado dentro de una caja de terciopelo después de una cena con champán, quizá por su cumpleaños o por Navidad.

Pensé en lo injusta que era la vida. ¿Por qué ella podía viajar en avión por todo el país con ropa bonita mientras yo había tardado más de un año en ahorrar lo suficiente solo para aquel vuelo? Deseé sentir su vida durante unos momentos, así que decidí iniciar una conversación.

—Me llamo Jasmine. ¿Eres de Madison?

—Yo soy Stephanie —contestó—. Y no, o sea, no nací en Madison. Soy de Indiana. Pero llevo aquí unos diez años. ¿Y tú?

A partir de ahí nos lanzamos a una larga conversación. Me contó que era directora de informativos de la cadena de televisión CBS de Madison. Yo no sabía qué era lo que hacía en realidad una directora de informativos hasta que ella me lo explicó. Me pareció una locura

pensar que estaba a cargo de todos esos presentadores, reporteros y tantos otros. Y era más fascinante aún porque yo acababa de estar viendo ese canal para consultar el tiempo y planear aquel viaje. Le dije que el hombre del tiempo me parecía guapo. Se rio y dijo que acababan de elegirlo el favorito de Madison en una revista local.

Cambié la conversación a lo que hacía fuera del trabajo: ¿Tenía hijos? ¿Qué iba a hacer en San Diego? Yo solo quería charlar con alguien para distraerme y me quedé fascinada con su mundo. La charla continuó y ella se abrió del todo. Me contó que tenía un hijo adulto. Estaba divorciada. Habló de que tenía un gato y que su vecino lo estaba cuidando. Me contó que al vecino siempre le llevaba un pequeño recuerdo de la ciudad a la que iba: una taza, un imán de nevera, cosas así.

Mientras la escuchaba sentí cada vez más celos. Menuda vida. Un trabajo bien remunerado, pero ningún hombre cerca que le dijera qué hacer ni que la desmoralizara. Una mujer a cargo de una cadena de televisión y, al parecer, también a los mandos de su propio destino.

Cuando me preguntó a qué me dedicaba, le solté lo primero que se me ocurrió. Me sorprendió recurrir a mi madre:

—Soy auxiliar de enfermería en una residencia de ancianos.

Esperaba que Stephanie no supiera nada del sector de la enfermería con lo que poder seguir indagando, y, aparentemente, así era.

Se interesó por si tenía marido o novio. Me sorprendió, aunque yo acababa de preguntarle lo mismo, así que era lo justo. Aun así, tardé un segundo en responder. No creía que pudiera hacerlo sin

emocionarme, por lo que me limité a negar con la cabeza y desviar la mirada.

Mientras tanto, mi historia sobre el viaje de fin de semana fue creciendo. Era una vieja amiga del instituto que se llamaba Allison, mentí.

—¿Y qué vas a hacer en Denver? —preguntó Stephanie, y respondí con lo único de lo que estaba segura de que haría cualquiera de Colorado: salir de excursión.

—Yo nunca he estado en San Diego —suspiré antes de dar un bocado a un pretzel de una bolsita que había repartido la auxiliar de vuelo—. ¿Vas a alojarte cerca del mar?

—No —contestó—. Eso habría estado bien. Es un Hilton a ocho kilómetros de la costa y probablemente ni siquiera tenga tiempo para ver la playa.

Mientras hablábamos se me empezó a ocurrir algo. Al principio fue como el germen diminuto de una idea, pero cuanto más me hablaba aquella mujer de sí misma, más crecía. Estudié su rostro. Sí que teníamos rasgos parecidos. No exactamente iguales, claro, pero con su pelo y su ropa cara, y sin mis gafas de John Lennon, podría pasar por ella fácilmente. La señora mayor tenía razón.

Clavé la mirada en nuestros dos bolsos del asiento de en medio y pensé en su cartera, que estaría ahí dentro con su documento de identidad y sus tarjetas de crédito. ¿Podría robárselas cuando no mirara? ¿Podría adoptar la identidad de esa desconocida que iba sentada a mi lado en un avión? Resultaba absurdo, ridículo, ¿verdad?

Pero ¿lo era? Quizá el universo estaba tratando de darme el descanso que tanto había anhelado, que desde hacía tanto tiempo

me merecía, por el que literalmente le había rezado a mi abuela antes de subir a aquel avión. Es decir, tenían que haberme sentado junto a esa persona en particular por un motivo, ¿no?

Llevaba mucho tiempo pensando en mi escapada, mordiéndome las uñas enteras y tratando de imaginar qué haría cuando consiguiera librarme de Glenn y cómo iba a vivir. Esa mujer debía tener montones de dinero en su cuenta bancaria. Si yo conseguía su identificación y sus tarjetas quizá podría vaciarle la cuenta e irme a México o cualquier otro sitio al sur de la frontera donde sentirme aún más segura que en Denver. Empecé a imaginar que, si me cortaba el pelo y me lo teñía, podría pasar por ella en un banco o una tienda. Seguí haciéndole preguntas y traté de memorizar su forma de gesticular, de dejar pausas a veces y de inclinar ligeramente la cabeza, su forma de sonreír, por si hubiera cámaras de seguridad a donde yo fuera.

Si conseguía hacerme con su dinero, podría salir corriendo de inmediato y contar con tiempo suficiente para llegar a mi destino sana y salva. Si ella notaba que le faltaba algo, se devanaría los sesos pensando cómo habría pasado, pero jamás sospecharía de la persona que había estado con ella en el avión, ¿no? ¿O sí? Si empezaba a contárselo a la policía, toda mi historia podría salir volando por los aires.

Necesitaba ir al baño para estar en un sitio donde pudiera pensar un momento.

—¿Te importa que pase para ir al aseo? —pregunté—. Dejo aquí mi bolso.

—Claro —contestó, y se levantó para dejarme salir.

En el baño, cerré el pestillo y empecé a jadear llena de nervios y energía. Si se levantaba para ir al baño y dejaba también el bolso, yo tendría acceso completo a él. Ya sabía muchas cosas de ella por nuestra conversación en el avión. Su trabajo, su pasado, su familia y amigos. Incluso sabía dónde se alojaba. Si quería seguirla, podría hacerlo con facilidad. ¿Y si me presentaba en su hotel de repente? La idea me provocó escalofríos. ¿Qué iba a hacer si la encontraba allí? ¿Qué haría ella si me veía?

Se me ocurrió otra idea, como una tormenta que se cierne, oscura y llena de truenos. ¿Y si daba un paso más allá y me convertía de verdad en ella? ¿Cómo sería? ¿Qué implicaría? Si ella se esfumaba y yo me convertía en Stephanie, la rica e importante ejecutiva de televisión, aunque solo fuera por unos días, podría desaparecer de verdad. Porque de ese modo podría tener su cartera, su portátil, su ropa, todo lo que quisiera, y ocultarme a vista de todos hasta ser invisible. Una playa en México, una diminuta ciudad perdida donde nadie se molestaría en mirar.

Me imaginé que podría comprar una casita en la playa: suficiente espacio para una persona, decorada con estilo vintage pero elegante, igual que había hecho en mi apartamento de Madison antes de mudarme a la casa de Glenn y verme obligada a adoptar su estilo, que era lo que yo llamaría una auténtica caravana de soltero. Tenía nulo interés por la decoración y no le gustaban los adornitos, las alfombras de nudos, las plantas ni los muebles de colores llamativos que yo quería llevarme a su casa.

«Vamos a venderlo todo, cariño, y con el dinero nos vamos juntos de viaje», había dicho cuando empezamos a vivir juntos. «Yo ya tengo cosas, no necesitamos más». Y, obnubilada en aquellos

primeros momentos del amor, yo había aceptado, pensando en una escapada romántica a algún sitio, pero él se guardó el dinero y fue retrasando el viaje hasta que me dijo que los «gastos domésticos» estaban aumentando mucho, culpando al presidente por el aumento de la inflación.

Allí estaba yo, dentro del diminuto baño del avión, fantaseando con cómo podría decorar esa ficticia casa de la playa en un ficticio pueblo mexicano con el dinero ficticio que iba a robarle a la mujer real que estaba sentada en la fila 17. Cerré los ojos con fuerza y empecé a contar despacio hacia atrás desde diez hasta que la respiración se me calmó. «Actúa con naturalidad, Jasmine», me dije. «A lo mejor Stephanie ni siquiera necesita ir al baño y toda esta pequeña fantasía termina desapareciendo».

Al volver a nuestra fila, me sentía mareada, casi con náuseas, mientras esperaba a ver qué pasaba. Supe que sería «ahora o nunca» con el primer pequeño movimiento del avión al empezar a descender. Estaba segura de que la señal de los cinturones se encendería pronto.

Cuando llegué a nuestra fila, Stephanie se levantó para dejarme pasar, pero entonces dijo:

—Yo también voy al baño.

La adrenalina se me disparó. «Tranquila, Jasmine, tranquila. Que no se te vea contenta, sorprendida ni nada».

—Claro —contesté con toda la naturalidad que pude.

Se giró y se fue por el pasillo. Me empezaron a sudar las manos. Su bolso estaba a apenas unos centímetros de mí, un Kate Spade azul turquesa. Era absolutamente diferente a mi bolso, con las borlas y los flecos, desgastado tras tantos años de uso.

«Espera», me dije. «Sé paciente, todavía no». Miré de reojo hacia atrás, en dirección a los baños. Estaba entrando.

Sentí como si mi cuerpo fuera el de otra persona. Miré al otro lado del pasillo y vi a una pareja de mediana edad con los ojos cerrados, los hombros apoyados el uno en el otro, la mano de él cubriendo la de ella. No había nadie más que pudiera ver nada; los auxiliares de vuelo estaban ocupados en la zona de servicio.

Rápidamente, casi en un trance robótico, deslicé la mano hacia el bolso de Stephanie y me lo acerqué. Miré una vez más hacia atrás. La puerta del baño seguía cerrada. Suavemente, abrí la cremallera y busqué a tientas la cartera. Estaba allí mismo, fresca y firme al tacto, de piel buena, por lo que parecía.

Sin apartar la mirada de la pareja del otro lado del pasillo, saqué la cartera, la abrí y miré. Su permiso de conducir estaba allí mismo: Stephanie Monroe. También vi tres tarjetas de crédito de las generales, otras de tiendas específicas, una de débito, una especie de identificación del trabajo, varias acreditaciones de seguros y una foto de un joven guapo con birrete y toga de graduado.

El permiso de conducir salió con facilidad del tarjetero y lo metí con cuidado en un bolsillo de dentro de mi bolso. Estaba a punto de coger también una tarjeta de crédito cuando la mujer del otro lado del pasillo se removió, abrió los ojos y le dijo a su marido: «Creo que vamos a aterrizar pronto, cariño». El corazón se me iba a salir por la boca. Tenía el bolso de Stephanie abierto a mi lado. Aunque dudaba que ellos lo hubieran visto desde el otro lado del pasillo, no podía estar al cien por cien segura. El hombre farfulló algo que no entendí y creí oír el clic de la puerta del baño al fondo del avión. No podía saber si era Stephanie saliendo o cualquier otra persona que ocupara

el segundo baño diminuto, pero no podía arriesgarme. Solo tenía unos segundos.

La mujer volvió la cabeza para mirar por la ventanilla y yo cerré la cartera de Stephanie, la metí de nuevo en el bolso, le subí también la cremallera y lo coloqué en el sitio exacto donde había estado.

Para que pareciera que yo estaba ocupada, saqué mi teléfono y los auriculares justo cuando Stephanie se acercaba. Creía que me iba a dar un ataque; el alijo que había conseguido latía como un corazón diminuto en mi bolso.

Convencida de que mi expresión facial me delataría o de que estaba sudando de manera evidente, necesitaba un descanso mental. No estaba segura tampoco de que pudiera seguir conversando con ella, así que, en cuanto se sentó, le dije:

—Ha sido estupendo charlar contigo, Stephanie. Voy a intentar dormir un poco antes de que lleguemos. —A continuación, solté una mentira más para acabar de rematarlo—: Mi amiga quiere que salgamos esta noche.

—Suena genial —respondió—. Yo voy a hacer lo mismo. Me vendrá bien descansar también.

Me pasé el resto del vuelo como cuando de niña jugaba al escondite en el lago o en la piscina de alguien y se suponía que había que tener los ojos cerrados, pero en realidad no lo hacía y los mantenía abiertos, apenas una rendija, lo suficiente para que nadie lo notara.

Fingiendo que dormía, apoyé la cabeza en la ventanilla, pero inclinando el cuerpo de tal modo que pudiera seguir viendo a Stephanie. Tenía que saber si se ponía a mirar el bolso. ¿Y si lo hacía? Pues la verdad era que no sabía qué iba a hacer yo. Todo mi

plan de huida se iría abajo si ella pedía a los auxiliares de vuelo que vaciaran mi bolso y venía la policía.

Dios, qué tonta era. A lo mejor era tan tonta como Glenn decía, pero en cuanto esa idea penetró en mi mente, la pisoteé una y otra vez como alguien que dentro de un barril convierte las uvas en vino. Yo era lista. Que le dieran a Glenn.

«Piensa, Jasmine. Piensa».

Stephanie había inclinado el asiento hacia atrás todo lo que pudo y tenía los ojos cerrados. ¿Debía devolver a su sitio su documento de identidad para que nadie se enterara? Era demasiado peligroso. No solo porque ella estaba allí mismo, sino porque jamás tendría oportunidad de volver a cogerlo. Pero si se daba cuenta de que no tenía el carné y me acusaba, ¿qué iba a hacer yo?

Observándola a través de las rendijas de mis ojos y mirando también a la pareja de mediana edad, ya completamente despiertos y preocupados porque no encontraban una de las tarjetas de embarque de su vuelo de conexión, metí con cuidado la mano en mi bolso y palpé el bolsillo lateral. El carné de Stephanie palpitaba en mi mano. Lo rodeé con los dedos y, tras asegurarme de que ella seguía distraída con los auriculares puestos, lo saqué del bolso y lo subí hasta mi pecho tapándolo con la mano.

Fingí que tenía un picor por si la pareja del otro lado me miraba y me metí el carné en el sujetador. El borde de plástico se me clavaba y me generaba incomodidad, recordándome lo que había hecho. Pero allí estaba más a salvo. Si los auxiliares de vuelo me obligaban a vaciar el bolso, no encontrarían nada y yo podría hacer como que me preocupaba igual que Stephanie.

«¿Te dejaste la identificación en el mostrador de los billetes en Madison?», me imaginé diciéndole con una fingida mirada de empatía.

Pero Stephanie no prestó ninguna atención a su bolso. Descansaba, y yo aparentaba hacer lo mismo, con la adrenalina tan disparada que iba a necesitar dos somníferos de Glenn para poder sentirme siquiera un poco adormilada.

Mientras descendíamos entre las nubes y nos adentrábamos en la cordillera de Denver, bajé la mirada y vi montañas con las cumbres nevadas y extensas zonas residenciales, y empecé a sentir miedo. ¿Adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer? No conocía a nadie y no tenía dónde dormir esa noche.

El difuso plan con el que había soñado durante un año aparecía ante mí: llegaré a Colorado y ya veré. Pero el plan que había empezado a titilar en el borde de mi mente durante mi conversación con Stephanie comenzó de nuevo a agitarse. Era como una de esas gigantescas criaturas hinchables de vinilo que se veían en los concesionarios de coches, cuyos brazos y piernas se movían sin parar mientras el cuerpo se hundía y se elevaba con toda clase de extraños movimientos, provocados por algún tipo de ventilador. Así me sentía. Un poco fuera de control, pero como alimentada de aire.

Era la misma sensación que había tenido en la fiesta de Halloween del instituto.

Intenté no pensar en ello, traté de enterrarlo en lo más profundo de mi memoria. Había sido hacía mucho tiempo. ¿Por qué pensar en eso ahora? Había sido un accidente, ¿no? Mi intención no era causarle tanto daño a Allison.

¿O sí? En el fondo sabía lo enfadada que estaba con ella, lo celosa que estaba de su vida.

Allison siempre tenía la mejor ropa y el pelo más bonito del instituto. Me trataba fatal cuando lo único que yo quería era una pequeña muestra de amabilidad, lo mínimo que merecía.

Aun así, fue todo fortuito. Al menos, eso era lo que llevaba décadas diciéndome para poder dormir por las noches.

Me venían a la mente ráfagas de la fiesta en la enorme casa de Drake en Maple Hills mientras el avión se acercaba a Denver y yo miraba por la ventanilla. Los adinerados padres de Drake fuera de la ciudad. Música sonando con fuerza: alguien había puesto en bucle «Monster Mash». Gente bebiendo de vasos de plástico naranja. Polvos de Kool-Aid mezclados con quién sabe qué y que se servían de una ponchera. Telarañas de mentira y esqueletos colgados de las paredes. Un grupo donde se iban pasando porros unos a otros.

Allison echando la cabeza hacia atrás y riéndose, con el brillo de sus dientes perfectamente alineados, sus labios con el lápiz de labios rojo más llamativo que había visto nunca. Todos los chicos arremolinándose en torno a ella.

Mi disfraz era de fabricación casera. Mi familia vivía en lo que se consideraba la zona barata de nuestro distrito escolar, mientras que tanto Allison como Drake vivían en Maple Hills, una de las zonas más ricas. Era incluso donde se encontraba la mansión del gobernador. Pero todos pasábamos por los mismos centros escolares públicos, lo que a veces daba lugar a conflictos y dinámicas complicadas.

Los chicos de Maple Hills tenían claro que eran mejores que el resto y algunos habían creado un grupo que se llamaba «la Banda

Divertida», que se dedicaba a juntarse y reírse de cosas de las que se suponía que los demás no teníamos conocimiento.

Las fiestas de Drake cuando sus padres no estaban eran famosas en el instituto, y había invitado a toda nuestra clase de undécimo curso. Yo estaba deseando ir, pensando que quizá podría abrirme paso hacia alguno de los chicos de la Banda Divertida. Era un grupo al que siempre había admirado en secreto.

Le pedí a Raven que viniera conmigo. Anna y ella eran mis únicas dos amigas, pero Anna tenía que ir ese fin de semana a Milwaukee al cumpleaños de su abuela y se iba a perder la fiesta de Halloween.

Raven vivía en las urbanizaciones de viviendas protegidas y tenía aún menos dinero que yo. Era una chica peleona, acostumbrada a valerse por sí misma. Su madre llevaba años siendo adicta a varios tipos de droga y siempre andaba saliendo y entrando de su diminuto apartamento. Mi amiga era conocida en el instituto como la persona a la que acudir para cualquier tipo de droga, como marihuana, éxtasis o la que fuera. Se las apañaba de alguna manera para tener acceso a todo tipo de cosas.

Raven y Anna odiaban a la Banda Divertida, pero yo pensaba que si las tres conseguíamos acceder a ese grupo, podríamos cambiar por completo nuestra experiencia en el instituto. Estar en el grupo de los populares parecía lo único que importaba en aquella época.

Raven estuvo semanas negándose a ir a la fiesta. Cuando volvíamos a casa después de clase aquel viernes anterior a Halloween, lo intenté una vez más. Me detuve en la esquina en la que nuestros caminos se separaban y prácticamente le supliqué. Me dijo que no y me acusó de ser una vendida por hacerles la pelota a los de aquel grupo. Yo le dije que era una gilipollas por no intentarlo

siquiera. Ella me contestó mandándome a la mierda y se fue cabreada. Traté de pensar en una réplica fuerte, pero lo único que me salió fue: «¡Pues vete a la mierda tú también!». Ella me hizo una peineta por encima del hombro. Yo estaba dolida y enfadada, pero me recompuse. Iría sola.

Me esforcé mucho la siguiente noche para tener aspecto de chica mona, con la esperanza de llamar la atención de alguno de los chicos de la Banda Divertida. Mi madre y mis hermanos no estaban para poder ayudarme y, al contrario que muchos de los de mi edad, yo todavía no tenía permiso de conducir. Mi madre lo había estado aplazando con la excusa del precio. Fui en bicicleta a la tienda a comprar lo que necesitaba. Usé un lápiz de ojos negro y barato de Walgreens para hacerme unas líneas largas y finas en las mejillas a modo de bigotitos de gata, y me hice unas graciosas orejas con unos cepillos de los de desatascar cañerías cubiertos de tela, y luego sujeté a una diadema. Llevaba también una sudadera blanca y un par de guantes blancos que eran de mi abuela. Fue lo único que me dieron cuando ella murió.

Tuve que coger el autobús y recorrer a pie el resto del camino hasta la fiesta. La primera persona que vi al llegar fue Allison, también con disfraz de gata pero completamente distinto al mío. El suyo era negro azabache, de cuerpo entero, ajustado y salpicado de relucientes diamantes falsos. Iba con una larga y gruesa cola que ella agarraba con una mano y que movía constantemente. Llevaba el pelo superbrillante y, de algún modo, se había puesto unos bigotes que parecían de verdad pegados a la cara. En la perfecta diadema negra, también tachonada de diamantes falsos, que lucía en la cabeza, se alzaban unas orejas de gato rosadas en forma de

triángulos impecables. Oí que alguien susurraba que los padres de Allison se habían gastado una fortuna comprando el disfraz en la tienda de Halloween más cara de la ciudad.

Después de beber el Kool-Aid y fumar porros, alguien propuso que jugáramos todos a cazar fantasmas, un juego que conocíamos desde la escuela primaria. Por los viejos tiempos, dijeron, y todo el grupo de adolescentes colocados y borrachos salimos al gran jardín trasero de Drake. Tenía zonas arboladas a cada lado y estaba situado frente a un lago.

Todos nos reíamos persiguiéndonos unos a otros. Fue divertido y la verdad era que yo me lo estaba pasando bien y creí estar haciendo pequeños avances con uno de los amigos de Drake hasta que Allison pasó corriendo por mi lado.

—Qué disfraz de gata más lamentable, Jasmine —se burló con una carcajada.

Sentí una rabia repentina e incontenible, auténtica ira mezclada con humillación.

Allison y yo no habíamos sido nunca amigas, sino más bien lo contrario. Ella me miraba con desprecio desde segundo curso, más o menos, sin ninguna razón que se me ocurriera aparte de la de nuestros respectivos lugares de residencia.

Volvió de inmediato la atención a sus amigos.

—Soy una gata callejera —gritó. Y los demás empezaron a gritar: «¡Eh, gata callejera, miau!».

Avergonzada por mi disfraz, corrí a esconderme detrás de un árbol que estaba en el lateral sin apartar la vista de ella, observando la larga y gruesa cola que se movía de acá para allá, oyendo sus

molestas carcajadas, viendo a los chicos tropezarse entre sí mientras la buscaban en la oscuridad.

Y entonces, de repente, salió corriendo a esconderse detrás de otro árbol que estaba junto al mío, y Drake la siguió. No me vieron.

Él le hizo cosquillas; ella soltó una risotada. Drake la empujó contra el árbol y empezaron a besarse. Unos besos asquerosos y húmedos con fuertes jadeos. Yo me agaché y vi cómo las manos de él le recorrían todo el cuerpo.

—Drake, soy virgen…

—Vamos, Allie, esta es la noche…

Antes de darme cuenta, él le estaba quitando el disfraz de gata y, para mi sorpresa, ella no protestó. Drake lanzó a un lado el disfraz, que aterrizó con un crujido sobre las hojas secas que estaban a mi lado. Me agaché más.

Él se quitó la capa de vampiro y se bajó los pantalones. Siguieron besándose y los perfectos bigotitos de gata empezaron a caerse, a la vez que la diadema se inclinaba hacia un lado. La empujó al suelo y la obligó a abrirse de piernas.

—Drake, por favor, ve con suavidad —dijo ella.

Él no contestó. Allison emitía ruiditos raros como si le estuviese doliendo. A mí no me parecía que fuera tan suave, pero también seguía siendo virgen y esa era la primera vez que veía cómo era el sexo de verdad.

Los otros chicos seguían corriendo alrededor de todo el jardín trasero, riéndose, y nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando en la oscuridad entre los árboles. Drake soltó un gruñido final justo cuando el chico con el que yo había estado flirteando gritó desde la gigantesca terraza de atrás.

—Drake, ¿dónde estás, tío? ¡Vamos a entrar a tomar unos chupitos de gelatina con vodka!

Se apartó de un salto de Allison, se subió los calzoncillos y los pantalones, cogió su capa y salió corriendo sin decir una palabra. Ella se quedó allí tumbada, desnuda y jadeando en la oscuridad, con su traje de gata todavía lejos, arrugado sobre las hojas.

El jardín se vació cuando los chicos entraron corriendo a por chupitos. Allison se quedó quieta un momento, recuperando el aliento, y después volvió la cabeza para buscar el disfraz. Fue entonces cuando me vio unos árboles más allá. Mi sudadera y mis guantes blancos debían de estar iluminados por la luz de la luna.

—Jasmine, ¿eres tú? ¿Nos estabas mirando? —Se incorporó y se revolvió tapándose con las manos mientras las estiraba frenéticamente en dirección a su disfraz, tanteando en la oscuridad.

Negué con la cabeza.

—Sí que mirabas, puta loca. —Con la mano derecha se tapaba los pechos mientras con la izquierda buscaba el traje—. Voy a decirle a todo el mundo que has estado ahí sentada mirándonos. —Hizo una pausa y añadió—: Lo hacemos siempre, ¿sabes?

No pude evitar contestar:

—Has dicho que eras virgen.

—No he dicho eso. ¡Eres una mentirosa!

Y fue entonces cuando salté. Sí, salté. Lo confieso. Creo que fue una combinación de cosas: el hecho de que ya creía haber perdido a Raven como amiga esa noche; que nadie me había ayudado a prepararme, mientras que sus padres se habían gastado un montón de dinero en ella; que tenía que coger el autobús mientras que probablemente ella se iría en un Porsche… Todo ello, mezclado con

el continuo veneno de Allison, me llevó al límite. Cogí su disfraz de gata antes que ella. No sabía qué iba a hacer con él, quizá salir corriendo para que tuviera que quedarse desnuda en el bosque y volver como pudiera a la fiesta, tan avergonzada como me había hecho sentir a mí.

Pero se lanzó en mi dirección gruñendo como un perro.

—Estás pirada, Jasmine. Tu disfraz de gata es una mierda, igual que tú.

Y lo siguiente que vi fue la larga y gruesa cola de su disfraz rodeándole el cuello. Mi intención era solo asustarla, hacer que se quedara un momento sin respiración. Quería ver cómo me suplicaba, con ojos aterrados, agarrándola, tirando de ella. Yo, en la posición de poder, para variar. Fue como el típico juego de niños en el que hacías que alguien perdiera el conocimiento. Esa era mi intención. No pensé en lo que podría pasar cuando despertara. En el lío en que me vería. Me sentí bien viéndola retorcerse de angustia durante un momento.

La cola se fue tensando cada vez más y ella tenía arcadas.

Para entonces, la fiesta ya había pasado del todo al interior y alguien había cambiado la música a un rap ruidoso. Nadie podía vernos; nadie podía oírnos.

Sentía los brazos como si no fueran míos. Yo era sobrehumana y poderosa, sin control de mi propio cuerpo.

Noté cómo su cara se volvía un poco azulada y los ojos se le salían, pero seguía sin darme cuenta de que estaba a punto de morir. Acabábamos de aprender lo que era la asfixia en clase de educación para la salud, pero en ese momento no recordé ninguna

de las lecciones. Ella tiraba con desesperación de la cola mientras trataba de darme patadas. Yo apreté aún con más fuerza.

Y entonces, antes de que me diera cuenta, dejó de jadear y se quedó sin fuerzas, con los ojos muy abiertos y vacíos, solo dos bigotitos aún pegados a su mejilla izquierda y la diadema en el suelo. Cayó de cara sobre la tierra y las hojas, con un fuerte ruido sordo.

Yo me quedé allí, aterrada, con la cola y el disfraz aún en la mano, su cuerpo sin vida delante de mí. Una increíble mezcla de emociones me invadió en ese momento, una mezcla que jamás había sentido al mismo tiempo, ni antes ni después: poder, miedo, horror y, para no faltar a la verdad, también un diminuto destello de alegría.

El instinto se adueñó de mí. Lancé el disfraz de gata con diamantes falsos todo lo lejos que pude, al interior del bosque, y salí corriendo hacia el otro lado del jardín trasero, donde tuve que detenerme para vomitar junto a un tronco, mientras la imagen de ella boca abajo sobre el suelo del bosque, con los brazos y las piernas abiertos en extraños ángulos, me abrasaba el cerebro. Seguí vomitando hasta que ya no me quedó nada dentro, me sequé la saliva de la comisura de la boca y traté de tragarme la terrible mezcla de Kool-Aid, alcohol y ácido estomacal que seguía teniendo en la lengua.

Pero cuando me senté en el tronco, jadeando, me di cuenta de qué tenía que hacer exactamente.

Tenía que recomponerme, volver a la fiesta, actuar con naturalidad y mezclarme con los demás. Y, de repente, supe con absoluta claridad que Drake cargaría con las consecuencias de aquello. Su esperma dentro de ella. Una agresión con violación

evidente. Era él o yo, y no iba a ser yo. No le debía nada. Él tampoco había sido nunca amable conmigo.

Volví rápidamente a la terraza y entré por las puertas de cristal mientras la música rap zumbaba en mis oídos. Fui directa a la mesa, me bebí de un trago un vaso entero de Kool-Aid y engullí galletas con caras de fantasma glaseadas hasta que por fin sentí mejor sabor de boca. Otro vaso de Kool-Aid y mis sentidos empezaron a atontarse. Enseguida estaba en la pista de baile, moviéndome con más vehemencia que nunca en mi vida, agitando los brazos como loca.

La gente empezó a preguntar dónde estaba Allison, pero alguien dijo que creía que tenía que irse pronto a casa y que su madre la había recogido, y nadie se asustó. Yo volví a trompicones a la parada de autobús y tiré los guantes de mi abuela al cubo de basura que había al lado. Llegué a casa después de la medianoche y vomité una vez más antes de acostarme.

Encontraron el cuerpo de Allison a última hora de la mañana y Drake cargó con la culpa, su futuro arruinado. Sus amigos la lloraban como nunca los había visto. Más de mil personas fueron a su funeral en una iglesia enorme que tuvo que abrir salas extra. Yo fingía pena mientras veía cómo mis compañeros de clase derramaban lágrimas auténticas sin parar. Los celos volvieron a adueñarse de mí. Si yo hubiese muerto, con suerte habrían asistido diez personas del instituto.

Por supuesto, nunca más fui la misma. Pesadillas, dolores de cabeza, mis notas bajaron aún más que antes. Caí en una depresión profunda. Abandoné toda idea de acercarme a la Banda Divertida. Ya ni siquiera podía mirarlos.

Ni Raven ni yo hablamos nunca de nuestra pelea de aquel viernes por la noche, sino que pasamos página y volvimos a ser amigas, con cautela al principio y, después, con más firmeza a medida que fue pasando el tiempo. Ella, Anna y yo continuamos juntándonos con los malotes y metiéndonos en líos por hurtos en tiendas, consumo de alcohol siendo menores de edad y conducir sin carné.

Durante más de un año no le conté a nadie lo que había pasado.

Una tarde de primavera de nuestro último curso, Raven y yo salimos a fumar después de clase junto al campo de béisbol.

—Nunca pensé que aprobaría la puta química —dijo pasándome el cigarro—. El muy gilipollas me ha puesto un suficiente, pero con eso basta. Este instituto es un desastre. Cuántas mierdas han pasado. Sigo sin creerme que a la zorra de Allison la matara su novio. Pero esa niñata engreída iba por ahí con aires de superioridad, como si su mierda no oliera. Se lo merecía.

Yo miré el suelo sin decir ni mu mientras daba una calada.

—Tú estuviste allí esa noche. ¿No viste nada? —preguntó Raven.

Quedaban solo dos meses para la graduación. Yo quería ir a la escuela de cosmética y marcharme a algún sitio lejos de Madison, empezar una nueva vida lejos de esos recuerdos.

No dije nada mientras movía nerviosa el pie. Raven dejó de fumar e inclinó la cabeza, mirándome inquisitiva.

—¿Jazzy?

El equipo de béisbol masculino estaba entrenando a lo lejos y se oía el sonido del bate al golpear la pelota y los gritos del entrenador. Seguí sin decir nada.

—¿Jazz? —Parecía preocupada.

De repente sentí ganas de contárselo a alguien, una explosión de un año y medio de secretos estallando detrás de las costillas y abriéndose camino hacia la boca.

Salió como una ráfaga mientras Raven me miraba fijamente con la boca abierta. Si soy sincera, no sé si me creyó del todo. A lo mejor pensó que era una fantasía que le estaba contando solo por hacerme la importante. Al fin y al cabo, no había pruebas de nada aparte del hecho de que varios testigos habían visto a Drake salir corriendo con Allison hacia los árboles y no volver hasta veinticinco minutos después. El ADN lo condenó.

—No puedes contárselo a nadie, a nadie —supliqué, sin estar segura de pronto de si me arrepentiría de haberlo contado.

—No, lo prometo —contestó Raven, y siguió mirándome ojiplática —. Hostia puta, Jasmine. ¡Eres mi heroína!

Nunca más volvimos a hablar de ello. Pero vi que me miraba de reojo en la segunda hora de clase de español, seguramente porque trataba de averiguar si debía creerme.

Dos semanas después, la señora Goldberg nos pasó un cuestionario de geografía de México. Había puesto los puntos principales —Ciudad de México, Cancún, Puerto Vallarta, Tijuana—, pero había también otros más pequeños: Guadalajara, Oaxaca y un pequeño pueblo pesquero que se llamaba Puerto Escondido.

Raven se inclinó desde su mesa hacia la mía al otro lado del pasillo y susurró:

—Si alguna vez tenemos dinero suficiente, nos escapamos a Puerto Escondido, ¿vale? Solas tú y yo. ¿No te parece el paraíso? Puer-to Es-con-di-do. Algún día iré. —Sonrió.

—Sí, Puerto Escondido —contesté susurrando también mientras veía en el mapa que el pueblo estaba frente al mar, imaginándome una playa de arena blanca y un sol infinito. En mi mente, no podía estar más lejos de Madison, Wisconsin, ni de las pesadillas que me seguían despertando por las noches.

Raven, Anna y yo seguimos juntas el resto del semestre, pero luego Raven conoció a un chico mayor en su trabajo de camarera y, de repente, estaba siempre ocupada con él y fue aquel verano cuando yo empecé a practicar sexo sin protección con regularidad y descubrí que estaba embarazada de uno de los chicos pringados de nuestro grupo del instituto. Mi madre se vio obligada a pagar el aborto. Después de eso, me dijo que tendría que costearme yo el curso de cosmética. Solo duré un semestre.

Raven se fue a vivir a Atlanta con el chico del restaurante, pero también venía por temporadas a Madison. Su vida era tan errante como la mía y fue pasando por una serie de trabajos turbios, negocios de drogas y otros trabajillos de poca monta. Nunca volvió a mencionar a Allison. Y yo tampoco.

Mientras iba sentada en el avión junto a la tal Stephanie, pensé que probablemente ella habría podido formar parte del grupo de Allison en su instituto; el grupo popular con madres que compraban disfraces de gata tachonados de diamantes falsos y que llevaban a sus hijas a la peluquería a que las peinaran y maquillaran solo para una fiesta. Seguro que Stephanie había tenido montones de amigos en el instituto y muchos más incluso en aquel momento, además de sus toneladas de dinero.

Miré las uñas de Stephanie mientras ella descansaba: una manicura perfecta, cada uña de un rosa pálido. A mí no me habían

hecho en mi vida una manicura de verdad, no podía permitírmelo. Tenía que pintarme las uñas yo misma y siempre las llevaba fatal. Seguro que Stephanie disfrutaba con frecuencia de días de spa donde se hacía las manos y los pies, se metía en saunas y se daba baños de vapor, se tumbaba en camillas para recibir masajes con piedras calientes. Seguro que disfrutaba de tratamientos faciales en los que los expertos se aplicaban a reducirle la mínima arruga.

Volví a sentir la molestia de su carné en el sujetador, recordándome que tenía su permiso de conducir, pero no su dinero. Necesitaba esas tarjetas de crédito, necesitaba la oportunidad de desaparecer, difuminándome en su vida. Era lo que quería.

—¡Bueno, Stephanie, deséame suerte en Denver! —le dije cuando llegamos a la puerta—. ¡Pásalo estupendamente en tu conferencia!

—Gracias. Diviértete con tu amiga. Encantada de conocerte.

Bajó el bolso y el abrigo de la señora mayor y se lo devolvió.

—Gracias, querida —dijo la mujer—. Que tengáis las dos un viaje maravilloso.

—Usted también —contesté con una sonrisa.

Bajamos del avión, me despedí de Stephanie con la mano y giré a la izquierda, siguiendo las señales hacia el transporte terrestre, mientras ella se dirigía hacia su puerta de embarque.

Pero en lugar de seguir adelante, me agaché junto a la puerta de embarque contigua y saqué el teléfono, fingiendo que estaba mirando más mensajes. Necesitaba darle unos minutos para que se alejara y después ver a qué hora despegaba su vuelo. Yo tenía que meterme en ese mismo avión o en otro que saliera poco después para seguirla a San Diego. Me haría falta volver a pagar en efectivo.

Me levanté y me dirigí despacio hasta donde pude ver la fila de puertas de embarque, asegurándome de que no estuviese viniendo hacia mí de forma inesperada. Al no ver nada, entré corriendo en el baño más cercano, en el cubículo de discapacitados, donde podría tener más espacio.

Abrí la maleta, me quité los vaqueros y la camiseta a toda prisa y me puse una ropa completamente distinta, incluida la camisa roja de franela de Glenn. Después guardé mis gafas de John Lennon en el bolso, me recogí el pelo lo más alto que pude y me volví a poner la gorra de los Dodgers, escondiéndome por dentro todos los mechones de pelo.

Cuando salí del aseo y me miré en el espejo, me sentí satisfecha. Era lo más parecido a un cambio integral al que se podía llegar sin teñirse el pelo. Por si acaso, cogí mi bolsa de maquillaje del bolso y empecé a aplicarme sombra de ojos oscura y fuertes brochazos de colorete.

Antes de dejar la escuela de cosmética, una de mis clases favoritas había sido la de maquillaje de transformación, conseguir que alguien tuviera un aspecto realmente distinto. Usábamos barras de contorno, bases y color para cambiar los rasgos de las personas. Aunque yo no me podía permitir esas barras de contorno tan caras, hice una versión a lo pobre con lo que tenía, todo maquillaje de Walgreens que había comprado a lo largo de los años. Algunos productos ya estaban caducados o rotos pero, bueno, tampoco me iban a matar.

En el fondo del bolso había también un pintalabios de un color anaranjado que en realidad no me quedaba muy bien. Alguien se lo había dejado en el lavabo de señoras del bar hacía unas semanas y

no había vuelto a por él, así que me lo quedé. Y se iba a convertir en una parte fundamental de mi disfraz.

Después de ponérmelo, me sentí más satisfecha al pensar que cualquiera que pasara por mi lado en el aeropuerto no me reconocería como la misma persona de hacía apenas unos minutos. Distinta ropa, distinto pelo, gorra, sin gafas y mucho maquillaje en la cara. Lo único que seguía siendo lo mismo era el bolso de flecos.

Volví a entrar en el baño de discapacitados, abrí de nuevo la maleta y metí en ella el bolso, sentándome encima para apretarlo hasta que pude cerrar la cremallera. La maleta iba muy tensa con todo el volumen, pero aguantaba. Ya estaba: el bolso también escondido.

Salí del baño y me imaginé como una ninja furtiva, ocupando los rincones tranquilos del aeropuerto donde la gente no iba a mirar. Caminé pegada a las paredes, con la cabeza agachada, y me moví por detrás de los grupos de gente, entrando y saliendo de los sitios sin que nadie se fijara en mí. Desplazándome con rapidez, encontré los monitores donde aparecían todos los vuelos de salida y localicé el que tenía que ser el vuelo de Stephanie a San Diego, el único que salía pronto. Estaba como a una docena de puertas por ese mismo pasillo.

Mi siguiente parada fue el mostrador donde la encargada de la puerta de embarque acababa de terminar de dar la bienvenida a los pasajeros que montaban en un avión a Phoenix. Estaba ordenando el mostrador cuando me acerqué.

—Hola —dije—. Acabo de tener un cambio de planes. ¿Puedo comprar aquí un billete a San Diego? El siguiente vuelo que haya disponible me vendrá bien.

—Claro, querida. —Empezó a escribir en el teclado. Al cabo de unos momentos me dijo—: Lo único que me queda es en la última fila.

—No hay problema. —Me sentía aliviada. Podría esconderme allí detrás mucho mejor—. ¿Puedo pagar con efectivo?

—Claro que sí.

Me dio la tarjeta de embarque con una sonrisa.

—¡Que tengas un buen vuelo!

Calmé la respiración mientras me alejaba. Estaba pasando. Estaba pasando de verdad. Tenía que evitar que me detectaran antes del vuelo y durante el embarque. Una vez estuviera en mi asiento me sentiría más segura. Sería una de las últimas en bajar del avión, así que no creía que Stephanie me fuera a ver. Si se levantaba para ir al baño de la trasera del avión, yo podría taparme la cara literalmente con la gorra de béisbol, como había visto que hacían otros cuando querían echar una siesta.

Con cuidado, me acerqué a la zona de la puerta de embarque de San Diego, manteniéndome aún en la de al lado mientras supervisaba la escena. Estaba llena de gente, empezaban a ocuparse todos los asientos, pero ni rastro de Stephanie. Apoyé la espalda en la pared y miré a mi alrededor.

Había tres tiendas de regalos, cuatro restaurantes, una sala para los de primera clase y muchos baños. Podría estar en cualquier sitio. Iba a tener que esperar. Me cambié a un lugar con mejor visión y que estaba más en diagonal con su puerta, me coloqué en un rincón oscuro y me quedé allí, alerta como un gato, callada como un buda.

Pasados unos quince minutos, la vi. Iba caminando por el vestíbulo.

Me apreté más contra la pared con la intención de ocupar menos espacio.

Ella examinó la zona de espera, que ya estaba llena, y suspiró antes de dirigirse al único asiento vacío que había en una fila.

Tendría que esperar a que ella embarcara para después hacerlo yo. No quería ser la última. A veces, la gente mira a los últimos en hacerlo, cuando todos están ya sentados deseando ponerse en marcha y molestos porque esas personas los puedan estar retrasando. Pensé que me colaría en la fila en el momento justo para moverme con la masa y pasar desapercibida ante ella. Solo tenía que llegar a la parte posterior del avión sin que me viera y estaría a salvo.

Con la cabeza agachada, el cambio de ropa y todo mi disfraz, estaba quizá un ochenta por ciento confiada en que podría conseguirlo. Pero ese veinte por ciento empezaba a revolverme el estómago. ¿Qué haría si me reconocía? Sencillamente tendría que mentir, fingir que era otra persona. Con el cambio de ropa y maquillaje, si confesaba que era la misma que iba en su anterior vuelo y decía que había cambiado de golpe de opinión para ir a San Diego, ella se pondría de lo más recelosa.

No, mentir era la única salida. Me mordí las uñas mientras pensaba en toda la espantosa situación que podría darse. Ir por el pasillo, que ella levantara la mirada y dijera: «¿Jasmine? ¿Eres la de mi anterior vuelo? ¿Qué haces aquí?».

Mi mente volvió rápidamente a la escuela de cosmética. Había una mujer en mi clase con un acento sureño muy marcado. A mí siempre me gustaba oírla hablar y en ese momento en que estaba allí, haciéndome pequeña contra la pared, invoqué aquel acento y, en

silencio, ensayé la frase «Lo siento, te has confundido de chica» con un fuerte deje texano. Con suerte, eso sería suficiente para despistarla.

Mi única otra preocupación era que Stephanie pudiera estar en la misma fila que yo, pero deseché la idea. Cualquiera que viajara por trabajo no iba a estar en la última fila, en la que no se podía echar el asiento hacia atrás y justo al lado de los baños. Para nada.

Vi cómo miraba una revista y hacía varias cosas con su teléfono. Cuando empezaron a llamar a las filas para embarcar, contuve la respiración, rezando por tener razón en cuanto al lugar donde ella se sentaría. Embarcó con el segundo grupo, no de primera clase, pero, aun así, mucho mejor asiento que el mío. Me colé en la fila, delante aproximadamente una docena de personas, y le entregué a la auxiliar mi tarjeta de embarque.

Sentí otra vez el carné de Stephanie en mi pecho izquierdo y, con cuidado, me lo coloqué de nuevo en un lugar más cómodo. A medida que la fila avanzaba por la pasarela hacia el avión, respiré hondo y me bajé la visera de la gorra para cubrirme más la cara. Quería buscarla, ver exactamente dónde estaría sentada, pero era demasiado arriesgado. Si levantaba los ojos al frente y daba la casualidad de que ella estaba mirando hacia la parte delantera del avión en ese momento justo, la habría cagado. Mejor mantener la cabeza agachada. Mientras recorría el camino hacia la trasera del avión, me sentí en todo momento a punto de desmayarme.

Las últimas filas ya estaban llenas, a excepción de mi asiento vacío. Tendría que ir en el de en medio. Cuando llegué a mi fila, la auxiliar de vuelo me detuvo.

—Hola, aquí vamos muy llenos. Quizá tenga que facturar esa maleta.

Sentí que me temblaban las piernas. ¿Facturar? No había considerado esa posibilidad. Bajo ningún concepto iba a separarme de ella. Contenía todo lo que poseía, literalmente todo, incluido mi bolso. Sin ella, no tendría un céntimo.

—Eh… —balbuceé, sin saber cómo manejar ese giro inesperado. No podía armar demasiado escándalo, pero no iba a tolerar que se llevaran esa maleta fuera de mi vista—. ¿Hay algo que podamos hacer? —La voz me salió débil y aguda y me di cuenta de lo lamentable que a ella le parecía.

—Creo que hay sitio junto a mi equipaje —dijo un hombre con una amplia sonrisa en la fila de delante de mí. Me guiñó un ojo—. A mí tampoco me gusta tener que esperar cuando aterrizo.

Abrió un compartimento de arriba y levantó mi maleta con la misma facilidad que si estuviera llena de plumas. Con un pequeño empujón, la colocó al lado de las otras.

—Ya está, problema resuelto —concluyó la auxiliar de vuelo, y a mí me invadió una sensación de alivio.

Eché un rápido vistazo hacia la parte delantera del avión tratando de ver si podía reconocer a Stephanie. Me pareció localizarla, también en un asiento intermedio.

Tras encajarme en el mío, me quedé allí durante todo el vuelo, con la gorra medio bajada y mi mente planeando a toda velocidad mis siguientes movimientos. Cuando aterrizáramos, el móvil estaría echando humo de todos los mensajes que me habría mandado Glenn. Sentí un pellizco en el estómago al pensarlo, recuerdos de él arrastrándome del pelo al interior de su camioneta, gritándome por

haber intentado abandonarlo. Su rabia sería imparable. Sin contar con lo furioso que estaría por que no hubiera ningún filete para cenar esperándolo.

Planeé no responder nunca más a sus llamadas. De hecho, bloquearía su número para que no siguiera molestándome. No podía seguir mintiéndole sobre mi paradero, ese momento ya había pasado. Había llegado la hora de desaparecer.

Y tenía un plan, un plan muy loco que se había abierto paso en mi cabeza. Coger las tarjetas de crédito de Stephanie. A lo mejor más. A lo mejor. Podría abandonar el plan mayor, el más ambicioso, y limitarme a lo de las tarjetas, pero organizaría algunas cosas por si acaso.

Deseé poder escribir el orden de mis siguientes pasos: así sería más fácil recordarlos y hacer un seguimiento, pero no podía arriesgarme a que mis compañeros de asiento vieran nada. Tendría que hacerlo todo en mi cabeza. Me mordí los dedos mientras ensayaba el orden una y otra vez: aterrizar; bajar del avión; alquilar una furgoneta (se me ocurrió que necesitaría una con elevador de silla de ruedas, por si acaso); averiguar qué Hilton quedaba a ocho kilómetros de la playa en La Jolla; buscar hoteles baratos a poca distancia de allí; buscar unos grandes almacenes; hacerme con unas tijeras, tinte para el pelo, guantes de plástico y la maleta más grande que encontrara. Quizá comprarme algo un poco más bonito que lo que llevaba puesto para completar el aspecto de ejecutiva importante.

Lo siguiente sería ir al hotel de Stephanie en mitad de la noche. El resto me resultaba casi demasiado como para pensarlo. Sabía qué era lo que planeaba hacer, sabía qué tenía que hacer para que

aquello funcionara de verdad, pero la idea me revolvía el estómago. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si sí? Cualquiera de las dos posibilidades me aterrorizaba casi por igual y, aun así, ya había puesto el piloto automático. Era una mujer con una misión.

Cualquier paso en falso acabaría conmigo. Tenía que mantener la concentración. Hacer cada tarea de una en una. Siempre me quedaba la posibilidad de abandonar el plan si me entraba demasiado miedo. Pero jamás podría retomarlo. Esa era mi única oportunidad, mi única forma de escapar de verdad de Glenn, de mi madre, de mis hermanos, de todos. Literalmente, no había nadie en mi vida de quien no pudiera prescindir. Por supuesto, echaría de menos a Anna y a las camareras del bar, pero las amistades iban y venían. Podría encontrar a alguien nuevo con quien pasar el tiempo en México.

Dinero. Estaba gastándome mi dinero a raudales y todavía era el primer día de la huida. El billete a San Diego, una furgoneta de alquiler, una habitación en un motel de carretera, una maleta, tinte para el pelo, gastos todos ellos con los que no había contado al comienzo del día. Por eso tenía que hacer lo que me había propuesto. Necesitaba antes que nada la pasta de Stephanie; el resto ya iría saliendo. No había nada que se pudiera conseguir sin dinero. Si hubiese cogido su tarjeta de crédito además de su carné, ¿estaría planeando lo que tenía en mente? No estaba segura. Quizá habría podido robarle alguna cantidad antes de que se diera cuenta, pero no habría tenido acceso a todas sus cuentas; ni a su ordenador portátil, su teléfono, su ropa ni todo lo demás que codiciaba de ella.

Parecía bastante simpática, pensé mientras me mordía las uñas, pero había podido disfrutar del estilo de vida de los ricos americanos

durante mucho tiempo. Suficiente. Era una versión adulta de Allison, con champú caro, unos padres complacientes y forrada de dinero.

Me tocaba a mí tener un sueño. Estaba harta de que otras personas dispusieran de todas las oportunidades, y ella parecía ser una de esas personas. Probablemente un instituto caro seguido de una universidad cara que habrían pagado por completo sus papis ricos. Un marido atractivo que habría sido capitán de algún equipo mientras ella era animadora. Un embarazo perfecto y un hijo maravilloso. Una familia que todavía celebraba Acción de Gracias alrededor de una acogedora mesa con un tronco chisporroteando en la chimenea, juegos de mesa después de cenar, risas y bromas mientras se comían un pastel de calabaza casero con nata montada de verdad, no de la que venden en bote, como la que yo siempre tomaba.

Seguro que tendría también un vestidor lleno de ropa y joyas. Podía imaginarme su casa y su vida. Banquetes e inauguraciones de exposiciones de arte y quién sabe qué más cosas los fines de semana. Cuanto más lo pensaba más me iba enfadando. Había llegado el momento de que yo tuviera una vida de lujo y comodidades. Sería más lista que nadie, desde Glenn hasta Stephanie. Solo me hacía falta dar cada pequeño paso en su momento.

Cuando el avión aterrizó ya había oscurecido. No me podía creer que estuviera en San Diego en lugar de en Denver, lo diferente que podía ser un día de como lo habías imaginado. Mirando al frente, vi que Stephanie y el resto de los pasajeros se ponían de pie y cogían sus maletas. Me fijé en el destello de su bolso turquesa cuando se lo colocaba en el hombro.

—Te cojo tu maleta —dijo el hombre de amplia sonrisa antes de bajarla, posarla sobre las ruedas e incluso darle la vuelta y levantar el mango para que yo la agarrara—. Aquí tienes.

Me pareció tan paternal que sentí una punzada de dolor por el hombre al que nunca había conocido.

Saqué el teléfono del bolsillo y le quité el modo avión. Tardó unos segundos en tener cobertura, pero enseguida se iluminó con ocho nuevos mensajes y el símbolo de otros seis de voz. Sabía lo que dirían antes siquiera de abrirlos o escucharlos. Todos de Glenn, claro, con una escalada creciente de rabia. Pero no pude evitar darle al botón de reproducción del primer audio.

«Jasmine, ¿dónde estás? Te quiero mucho. No hagas esto. ¿En qué estás pensando? Vuelve a casa, cariño. Voy a cambiar, lo prometo…».

En el sexto y último mensaje su tono había cambiado por completo.

«¿De verdad vas en serio con esta mierda, joder? ¿Me dices que me vas a hacer un filete y luego sales corriendo? Te encontraré, Jasmine. No puedes esconderte. Te localizaré. Pienso dar contigo. No te vas a librar, zorra».

Me recorrió un escalofrío y sentí una renovada determinación. Tenía que esconderme de ese loco para siempre. Pensar en el rifle de caza colgado en la pared de la sala de estar hizo que se me paralizara todo el cuerpo.

Pero aquella era la nueva yo. Tras borrar todos los mensajes de voz, fui a mi lista de contactos, busqué su nombre y pulsé bloquear. Nunca más iba a saber de él. La rabia de Glenn agudizó mi concentración. Miré hacia donde estaba Stephanie y pensé: «Lo

siento, pero tengo que hacer esto. Sencillamente, no hay otra salida. Ha llegado el momento de que una mujer ayude a otra a salir de un apuro».

Bajamos todos poco a poco del avión. Vi que Stephanie caminaba muy por delante de mí en dirección a la recogida de equipajes. Yo seguí los letreros de las oficinas de alquiler de coches. Pasé por varias para encontrar una furgoneta con elevador de silla de ruedas. Tras coger las llaves, me senté en el aparcamiento a buscar los hoteles Hilton de la zona y comprobar la distancia a la playa hasta que encontré el suyo. Luego me puse con los moteles. Había uno a poco más de un kilómetro del Hilton. Y unos grandes almacenes Walmart en la misma manzana. Giré el volante en esa dirección mientras me repetía en silencio: «Estoy en California, estoy en California, estoy a medio país de distancia de Glenn y pronto estaré más lejos».

El paisaje de San Diego parecía ya muy distinto del de Madison, incluso en la oscuridad. El aire era más cálido, con brisa de mar y palmeras por todas las calles. Había gente corriendo en pantalones cortos y camiseta; un tren ligero de llamativo color rojo pasó por mi lado zumbando; las casas tenían tejados con tejas de estilo español y eran bajas, muchas con una especie de color melocotón y crema al que yo no estaba acostumbrada. Aquel era un mundo distinto, de eso no había duda, y estaba deseando disfrutar de él una vez que tuviese dinero y ropa bonita.

En Walmart, estudié los lineales de tintes capilares, sacándome con cuidado del sujetador el documento de Stephanie para mirar su color de pelo. Un castaño medio, calculé, y encontré un tono con ese mismo nombre. Tras añadir unas tijeras de peluquería, guantes de

plástico, la maleta más grande que pude encontrar, una camiseta de aspecto decente y profesional en un estante de ofertas, un bolso nuevo de un anodino tono beis, una Coca-Cola Light para mantenerme despierta y un poco de carne deshidratada como proteína, me llevé mi botín al motel y me puse manos a la obra.

Delante del espejo, me despedí de mi pelo largo y rubio y empecé a cortar. En cuanto alcanzó la longitud adecuada y estuvo razonablemente igualado, me dispuse a teñírmelo. El color se aplicaba con facilidad, pero había que esperar treinta minutos para que se fijara, así que estuve cambiando de canales mientras me bebía nerviosa el refresco y daba bocados a la carne seca. No tenía mucho apetito y sentía el estómago tenso y cerrado. Dejé la carne en la mesa de noche y la sustituí por las uñas de los dedos mientras pensaba en el siguiente movimiento de mi partida de ajedrez.

Se acercaban las once de la noche y tenía que esperar hasta estar segura de que Stephanie se hubiera dormido. Cualquier conferencia empezaría a eso de las nueve de la mañana, como muy tarde, así que seguramente ella intentaría estar dormida antes de las dos. Supuse también que se habría registrado en el Hilton con los empleados del turno de la tarde. Yo quería llegar cuando estuviesen allí los de la noche para que nadie la recordara de antes, por si acaso. Habiendo trabajado en hoteles, sabía que habría un cambio de turno cuando se marcharan los que trabajaban de 14.30 a 22.30.

Saqué el carné de Stephanie de debajo el sujetador, estudié su fotografía largo rato y, a continuación, me miré en el espejo. Resultaba asombroso lo mucho que me parecía en ese momento a ella. Alguien que nos hubiera conocido a las dos habría notado que yo era un poco más delgada, con el mentón ligeramente más largo y

los ojos más separados, pero teníamos la nariz bastante similar y el resto podía pasar desapercibido para cualquiera que no nos conociera a ninguna de las dos. Y, en nuestra conversación, ella me había contado que nunca había coincidido con ninguno de esos directores de informativos.

Me metí en la ducha para aclararme el tinte, abrí el agua caliente casi hasta el máximo, y me limpié de Glenn y de mi pasado. Cogí el jabón y me froté cada centímetro del cuerpo; me borré el colorete, la oscura sombra de ojos y el lápiz de labios naranja con una toallita, y después observé cómo el tinte castaño del pelo rodeaba el desagüe y desaparecía.

Pensé en Stephanie, tan ajena a mi plan, en su habitación de hotel a un kilómetro y medio de distancia, creyendo que se estaba preparando para una conferencia. Lamenté lo que estaba planeando hacerle, esa era la verdad, pero no se me ocurría otro camino. Además, le había pedido a mi abuela que me guiara y luego me había sentado junto a esa mujer. ¿No era aquello una señal del universo? Claramente, se suponía que tenía que conocer a aquella mujer y utilizarla en todo lo que me hiciera falta.

Me sequé el pelo con el diminuto secador que estaba encajado en la pared del baño del motel, y me puse el conjunto más bonito que tenía, incluida la blusa que acababa de comprar en los grandes almacenes. Era de un tejido fino, pero con un estampado de flores y un cuello sencillo. Tenía mejor aspecto que la ropa tan sucia y arrugada que llevaba en la maleta. Se me veía bastante aceptable como asistente a una conferencia que llegaba a última hora de la noche. No pensaba usar mi bolso de flecos en la recepción. No solo no parecía propio de una ejecutiva, sino que sospechaba que habría

cámaras de seguridad en el vestíbulo del hotel y, si algo salía mal, no quería que Stephanie me pudiera reconocer bajo ningún concepto.

Cambié mi permiso de conducir por el de Stephanie: puse el suyo en el compartimento de plástico de mi cartera y me guardé el mío en el sujetador; después, metí la cartera en el nuevo bolso beis y volví al baño para maquillarme. Esa vez traté de imitar lo que veía en la foto del carné de Stephanie y lo que había visto en el avión. Tonos neutros y rosas. Nada llamativo, nada que dijera «Mírame». Solo maquillaje aburrido y profesional. Cuando terminé, di un paso atrás para admirar mi obra, girando la cabeza de un lado a otro. Era asombroso de verdad. Sonreí a mi imagen, apagué la luz y volví a la cama.

No era todavía medianoche, así que me tumbé con cuidado boca arriba para no estropear el maquillaje y cerré los ojos obligándome a entrar en un estado de meditación. Empezaron a aparecer imágenes de mi vida reciente: el bar en las noches de rock en las que todo y todos parecían divertidos; la primera época con Glenn, cuando me preparaba tortitas por la mañana y me las traía a la cama. Su insistencia en abrirme la puerta del pasajero. «Quédate con los buenos recuerdos, Jasmine», me dije. «No pienses en lo malo».

Me fui adormilando.

Pero, de repente, apareció en mi mente la cara de Allison, los labios rojos, la cabeza echada hacia atrás, las risas en la fiesta, la cola en su mano, a lo que siguió la imagen del rostro de Glenn riéndose después de asfixiarme con aquella almohada. Me estremecí y salí del estado de sopor.

Me incorporé, bebí de un trago el resto de la Coca-Cola Light, arranqué las etiquetas de la maleta grande, metí en ella algunas prendas mías más, además de la gorra de béisbol y el maquillaje por si los necesitaba, y fui a la furgoneta que había aparcado fuera.

36

Jasmine

De camino al hotel

Solo tardé unos minutos en llegar al Hilton y aparqué en un sitio donde podía ver el vestíbulo a través de unos grandes ventanales. La recepcionista del mostrador era una mujer mayor y robusta que estaba sentada mirando su teléfono.

No había casi nadie entrando ni saliendo. Pero, para asegurarme, esperé. Al cabo de quince minutos, unos que venían de fiesta salieron de un Uber y atravesaron las puertas correderas de cristal tropezándose entre sí y soltando carcajadas. La recepcionista levantó los ojos y los saludó con un gesto. Un tipo se acercó a pedirle algo. Vi cómo la recepcionista abría un cajón y sacaba un cepillo de dientes, que le pasó por encima del mostrador. Me fijé en la dirección que tomaban los huéspedes para aparentar que sabía dónde estaban los ascensores y no tener que preguntar. Debía parecer que conocía aquello.

A eso de la una, habían pasado al menos treinta minutos sin que hubiese ningún huésped en el vestíbulo. Era el momento. El corazón empezó a latirme con fuerza, pero me recordé de nuevo el motivo por el que estaba allí y de qué manera aquello me serviría de ayuda. «Paso a paso, Jasmine. Da solo este paso. Si alguien desconfía,

corre, vuelve a los grandes almacenes, compra tinte negro, córtate el pelo más y sal cagando leches».

Despacio, bajé del asiento del conductor y fui a la trasera de la furgoneta para sacar la maleta. Era enorme, para una familia que fuera a Disneylandia o algo así. Esperaba no parecer demasiado ridícula, pero no se me ocurría otra solución. Tomé otra bocanada del aire de San Diego que tan diferente me parecía, eché los hombros hacia atrás, levanté el mentón con una actitud segura y profesional y después empecé a caminar con toda la calma posible hacia el vestíbulo.

Se abrieron las puertas de cristal y la mujer del mostrador levantó la cabeza. Sonriendo, me fui acercando con ligereza. En un trabajo anterior, alguien me había dicho que si te mostrabas sonriente y confiada, la gente creería cualquier cosa que dijeras.

Así fue.

—Hola, me he registrado antes, pero parece que he perdido la llave de mi habitación.

—De acuerdo, no hay problema —contestó la mujer— ¿Cuál es el número?

—Ay, qué idiota. Voy a muchas conferencias por mi trabajo —mentí—. Lo siento, pero no me acuerdo.

—Podemos buscarla. Dígame cómo se llama y enséñeme su identificación, por favor.

—Claro. Stephanie Monroe. He venido a la conferencia de informativos. —Abrí el bolso del Walmart, saqué mi cartera y le acerqué el documento.

Mi corazón era un martillo neumático. Ella miró el carné, después mi cara sonriente y, de nuevo, volvió a bajar la mirada.

—Muy bien, Stephanie. Habitación 630. Aquí tiene. Le doy dos por si vuelve a perder una.

Se me había secado la boca, pero seguí sonriendo. Me pasó dos tarjetas y yo le di las gracias y me volví hacia los ascensores, tratando de caminar a un paso normal.

Al entrar en el ascensor, tenía la sensación de haberme salido del cuerpo, de que aquello era una película y no estaba pasando de verdad. Estaba mareada.

El pasillo de la sexta planta estaba en silencio, no se oía ni un ruido. La verdad era que no me podía creer que hubiese llegado hasta allí, que hubiera seguido a Stephanie, que hubiera hecho todo lo necesario para hacerme pasar por ella y que tuviera una llave de su cuarto.

Pero apareció en mi mente un nuevo pensamiento. ¿Y si Stephanie tenía echado algo más, aparte del pestillo principal, en la puerta de su habitación? ¿Y si tenía uno de esos cierres de seguridad que no permiten entrar a alguien que venga de fuera? Mi confianza flaqueaba mientras me dirigía a la 630. ¿Qué iba a hacer entonces? Todo el dinero que acababa de gastar habría sido para nada, una ruina total. Tendría que volver sigilosa y humillada a mi motel y decidir qué hacer. A lo mejor podía intentarlo de nuevo la noche siguiente, o la otra, si era necesario. No sería lo ideal que yo estuviese entrando como «Stephanie» en plena noche cada dos por tres, y solo contaba con unas pocas para hacerlo. Me había dicho que volvía a su casa el fin de semana y estábamos a miércoles, pero quizá la verdadera Stephanie se olvidaría de echar el pestillo o llegaría un día demasiado borracha como para hacerlo.

Tras llevar rodando la maleta hasta la 630, me quedé en la puerta un momento, reuniendo el chute de coraje definitivo que necesitaba para seguir con aquello. «Ahora o nunca, Jasmine, ahora o nunca». Puse la oreja en la puerta y me pareció oír el leve zumbido de una televisión, pero no estaba segura. Y no escuché ningún movimiento. Debía de haberse quedado dormida. ¿Y si no lo estaba? Por si me oía y gritaba «¿Quién anda ahí?» cuando yo abriera la puerta, planeé bajar la voz una octava y decir «Servicio de limpieza, perdón, me he equivocado», y salir corriendo antes de que me viera.

Saqué un guante de goma del bolsillo y me lo puse antes de tocar nada. No podía arriesgarme a que encontraran mi ADN.

Dirigí la mano al metal del pomo de la puerta y la dejé apoyada varios segundos antes de tocar suavemente con la tarjeta el lector cuadrado y negro que había encima. Empujé despacio el pomo hacia abajo y me preparé por si el cierre de seguridad me impedía ir más allá.

Pero la puerta se fue abriendo. No había un cierre adicional.

Joder, estaba dentro.

Me asomé y vi que todo estaba a oscuras salvo un viejo episodio de *Las chicas de oro* en la televisión. Stephanie estaba durmiendo de lado. En la mesita de noche había un bote de algún tipo de medicamento. Reconocí su pelo en la semioscuridad. Debía de haberse quedado frita con la televisión puesta.

Cerré la puerta con suavidad después de entrar y de nuevo me empecé a mover como un ninja, dejando la maleta gigante junto a la pared para que no estuviese en medio, y mi bolso encima. Examiné la habitación y vi ropa colgada y ordenada en el armario, y zapatos caros —ay, qué zapatos— alineados en el suelo. De tacón negro,

planos color crema, bambas modernas y zapatillas de deporte. Centelleaban ante mis ojos como joyas. Su bolso azul turquesa estaba encima de la larga cómoda baja. Con un rápido vistazo al baño vi cosméticos caros, una plancha de pelo y una de ropa.

Podía oír su respiración profunda. Estaba completamente dormida. Moviéndome con algo más de seguridad, me acerqué para ver el bote de medicamentos que tenía a su lado. Lo cogí y leí el nombre: zolpidem. Lo mismo que usaba Glenn. Vaya, qué coincidencia. Yo conocía ese somnífero, sabía que lo dejaba inconsciente. El hecho de que esa señora elegante lo usara también me provocó una carcajada silenciosa. Debía de ser otra señal de parte de mi abuela. Era casi demasiado perfecto.

Cogí el mando a distancia y pensé en apagar la televisión, pues el sonido de las risas enlatadas de *Las chicas de oro* me parecía impropio para lo que estaba a punto de suceder, pero luego me di cuenta de que quizá iba a ser mejor subir el volumen un poco más, por si alguien oía algo. Pulsé dos veces el botón del volumen y las risas se volvieron algo más fuertes mientras las mujeres discutían por una clase de gimnasia a la que querían apuntarse. Amistad femenina. ¿Habría sido Stephanie mi amiga en el mundo real? No lo creía. Estaba varios niveles por encima de mí en lo económico y si hubiese coincidido con ella en el instituto, apuesto a que viviría en Maple Hills. Si la hubiese conocido después, yo solo habría sido para ella una anónima trabajadora de servicios. Sí, mantuvo una charla conmigo en un avión, pero estaba segura de que ya se habría olvidado del todo de mí para pasar a ocuparse de sus preciosas amigas y sus prendas de ropa.

Suponía que probablemente se pasaba toda la vida dando propinas a gente como yo, pero sin ir más allá. ¿Habría sido voluntaria en grupos de mujeres maltratadas? Lo dudaba. ¿Donaba dinero a causas que de verdad ayudaban a la gente? Discutible. Era una ricachona, lo que de adolescentes llamábamos una pija de Maple Hills. Educada, nada despectiva, pero sin ponerse de verdad en mi piel. El tipo de persona que seguro que nunca había subido a un coche que no anunciaran como «de lujo». El tipo de persona que pensaba que se ayudaba de verdad a los sintecho organizando rutilantes banquetes para recaudar fondos donde se subastaban cosas como viajes a París, buenos asientos para eventos deportivos o días enteros de spa. Yo había sido camarera en algunos eventos así y había oído a escondidas cómo las madres se daban consejos entre sí sobre las mejores empresas de cruceros, la nueva boutique de la ciudad o los profesores particulares de los que se servían para ayudar a sus hijos a entrar en las mejores universidades.

Era el momento de conseguir lo que me merecía. En cierto sentido, era como si toda la clase baja del país estuviese brindando conmigo: los trabajadores que de verdad hacían posibles esas conferencias; los que limpiaban los baños, hacían las camas, servían las copas, preparaban la comida; los que conducían los servicios de transporte del aeropuerto y trabajaban hasta altas horas de la noche en un bar para llegar a fin de mes; los que como yo habían vivido en una caravana.

Lo que estaba a punto de hacer me producía la extraña sensación de resumir toda una vida de reivindicación contra la élite, contra aquellos a los que les iba tan bien que ni siquiera se daban cuenta. Sus quejas eran porque no podían conseguir una reserva en un sitio

de moda nuevo o porque los albañiles la habían cagado con la remodelación del baño *otra vez* al usar los azulejos equivocados *otra vez*. No tenían ni idea de cómo era el mundo real.

La cama estaba atestada de tantas almohadas blancas y mullidas que una se había caído al suelo. La cogí sin apartar la vista de Stephanie, que estaba inconsciente.

Me coloqué a su lado y abrí las piernas para tener una base de apoyo. Se le agitaron los párpados y soltó un suave ronquido. El corazón me dio un respingo. Había pasado por muchas cosas en mi vida. Hasta ese momento, el asesinato premeditado no había sido una de ellas. Asesina sí había sido, supongo, pero no con premeditación. Había una diferencia. Todos habían creído que el culpable era Drake, salvo Raven, que sabía la verdad. Pero mi reputación quedó intacta para la mayoría.

Allí estaba de nuevo, asomada a un precipicio de mi mundo. Podía volverme de inmediato, meterle su carné en la cartera, salir de la habitación y no molestarla más, no volver a verla nunca, y pensar en mi siguiente movimiento sin ella, o podía realizar una versión moderada de mi idea: robarle una o dos tarjetas de crédito y después irme. Pero si ejecutaba el plan completo tendría acceso a todo lo que ella poseía y también mucho tiempo para escapar.

Sopesé las tres opciones un momento mientras permanecía a su lado. Si me marchaba en ese momento, habría desperdiciado tiempo y dinero en llegar a San Diego para nada. Si le robaba las tarjetas de crédito, ella terminaría dándose cuenta al día siguiente en algún momento, así que mis oportunidades serían muy reducidas. La decisión era sencilla. Empujé el cuerpo de Stephanie para ponerlo boca arriba, tomé aire y cerré los ojos.

37

Jasmine

En la habitación del hotel

El rostro de Glenn fue lo primero que se me vino a la mente. Me imaginé que la persona que estaba debajo de la almohada era él, una versión débil y penosa de él, y yo era la que tenía fuerza física.

Luego me imaginé a Allison. Sus palabras de la fiesta volaron como espadas diminutas por el aire hacia mí, en la habitación de hotel de Stephanie:

«Qué disfraz de gata más lamentable, Jasmine».

«Puta loca».

«Estás pirada, Jasmine».

Mi madre llegó flotando a continuación hasta mi cerebro. Diciéndole a una amiga que no debería haber tenido una tercera hija. Llamándome Cerdita y obligándome a llevar coletas que recordaban a los rabitos de los cerdos. La última felicitación con las palabras «Que pases una feliz Navidad».

Ese trío de personas se mofaba de mí mientras, muy despacio, yo bajaba la almohada y cubría la cara de Stephanie, apretando todo lo fuerte que pude.

En pocos segundos, la oí toser y hacer aspavientos. Presioné con más energía. Ella empezó a agitarse. Era más fuerte de lo que yo

creía y temí de repente que pudiera conmigo. El ángulo desde el que yo estaba no iba a funcionar, así que seguí apretando y me subí a la cama, colocándome a horcajadas sobre su cintura para tener una posición más firme.

Pensé otra vez solamente en Glenn y sentí en mis extremidades una fuerza renovada mientras apretaba.

Los brazos y las piernas de Stephanie se revolvían con violencia, pero yo estaba ganando. La oí jadear, incapaz de respirar, y las risas enlatadas de *Las chicas de oro* ofrecían un enfermizo ruido ambiental.

Mi respiración era irregular, pero mis brazos estaban electrificados y llenos de adrenalina. Rompí a sudar por la frente.

Despacio, sus movimientos se suavizaron y se volvieron menos frecuentes y, después, cesaron. Yo mantuve la almohada sobre su cara sesenta segundos más, contando con cuidado y en silencio.

Luego la levanté unos centímetros y me asomé por el borde, preparada para volver a ponerla si la veía moverse.

Tenía la cara paralizada en estado de shock, con la boca y los ojos abiertos y una única lágrima cayéndole hacia la sien. Al verla muerta se me revolvió el estómago y fui corriendo al baño a vomitar la carne deshidratada y la Coca-Cola Light.

Acababa de matar a alguien. Por segunda vez. Jo-der. Un asesinato. Un asesinato realmente premeditado esa vez. Una mujer a la que apenas conocía, una mujer que se había despertado en su casa de Madison esa mañana sin tener ni idea de que en menos de veinticuatro horas estaría muerta en una habitación de hotel de San Diego.

Pero me recordé que había tenido que hacerlo. No me había quedado más remedio. Ella había tenido una vida muchísimo mejor que la mía durante todos sus años de existencia. Era mi turno de que la segunda mitad de la mía fuera muchísimo mejor.

Vale, tocaba concentrarse.

Su cara me inquietaba, así que agarré la almohada y se la volví a poner sobre la cabeza. Cogí el móvil para buscar «rigor mortis» en Google. Sucedería entre tres y cuatro horas después de la muerte. Vale, tenía que apretujarla dentro de la maleta gigante antes de eso, pero me quedaba un poco de tiempo. Cogí su portátil y lo abrí.

Había una nota en un pósit amarillo pegado a la pantalla. Decía: «Contraseñas de teléfono y portátil: EvanFred0503».

¿Qué? ¿Quién podía ser tan estúpida como para revelar sus contraseñas? Me sentí como si hubiese clavado los dardos en la diana, lanzado un jonrón fuera del campo o conseguido una medalla de oro en patinaje artístico. O sea, ¡¿qué cojones?! Ese tenía que ser otro mensaje más de mi abuela de que yo había hecho lo correcto. Sencillamente, no había otra explicación.

—Gracias, yaya —murmuré juntando las manos en un gesto de oración y mirando al techo de la habitación de Stephanie.

Pero no tenía tiempo para desperdiciarlo en celebraciones. Me conecté y empecé a abrir todas sus páginas y a pasar pantallas para ver qué encontraba. Tenía pestañas a lo largo de la parte superior para el correo electrónico del trabajo, el personal, una cosa que se llamaba LinkedIn (de la que me había hablado Anna, pero que nunca había visto), Facebook, Twitter (o como quiera que hubiera pasado a llamarse), Google Docs y TikTok. Primero eché un rápido

vistazo a su correo personal. Había un intercambio de mensajes con unas amigas sobre billetes a Florida para un viaje de chicas.

«¡Vámonos de vacaciones… lo necesito! ¡Siento la llamada de los margaritas de fresa! ¡He reservado un Airbnb superchulo en la playa!», había escrito Stephanie en el último. Otro privilegio de ricachona que los demás no podíamos tener. Escapadas de fin de semana, un Airbnb en la playa. «Pues va a ser que no, puta mimada», pensé mientras volvía a mirar a la cama.

A continuación, me puse a mirar los archivos que tenía bajo el icono del escritorio. Pasé por los que tenían títulos aburridos como «Impuestos», «Fotos de viaje a San Antonio» y «Diana, nueva amiga», y vi por fin el que buscaba: «Contraseñas». Ese era, el santo grial.

Lo abrí, tenía todo bien ordenado por categorías y encontré la que estaba esperando ver: bancos. Contenía todas las contraseñas de internet para sus cuentas bancarias. Eran variaciones de «Evan» y «Fred» con números, a veces con una exclamación o algún otro signo ortográfico al final.

Lo había conseguido. Había entrado exactamente donde necesitaba para vaciarle las cuentas.

El siguiente paso fue mirar LinkedIn. Era una especie de sitio web para profesionales y miré su perfil con la esperanza de saber más cosas, memorizar detalles para poder soltarlos durante la mañana en que asistiría a la conferencia.

Tenía que presentarme como ella, eso lo sabía. Hacer que mi historia fuese creíble. No podía no aparecer por allí. Alguien se preguntaría por su ausencia y quizá llamaría a la cadena. No, tenía que recoger su credencial y hacer visible su presencia, al menos

durante un rato. Mi plan era dejarme caer durante una jornada. Me había contado en el avión que no conocía en persona a ningún asistente, que había miles de directores de informativos en todo el país y que todo ese grupo era nuevo para ella. Yo confiaba en poder fingir que era ella durante un día pero, para estar segura, necesitaba más información.

En LinkedIn su historial aparecía claramente en una lista a modo de currículum: había ido a DePaul, era nacida en Indiana, trabajó en Chicago antes que en Madison. Resultaba bastante fácil. Por si acaso, busqué la mascota de la universidad de DePaul (Diablos Azules) y los nombres de las residencias de estudiantes de primero, para parecer real en caso de que alguien dijera que había estudiado también allí. Tomé nota de todo aquello en mi papel.

«Vale, Jasmine, ¿de qué te has olvidado?». Cogí su teléfono, entré con la contraseña y empecé a revisar sus mensajes. ¿Con quién tenía conversaciones? Había una cadena de mensajes con su hijo, Evan; otra con lo que parecía ser una hermana que se llamaba Renee y que la llamaba «Pequeña»; otra con alguien que se llamaba Robert; y otra con alguien que se llamaba Bruce. Todos esos eran los que estaban primero, los más recientes. Según sus conversaciones, supuse que Bruce era un compañero de trabajo y Robert un amigo, quizá un vecino. Mi plan era tratar de ganar tiempo con todos ellos hasta conseguir el dinero que necesitaba; asegurarme de que no sospechaban nada.

Era aún miércoles por la noche, así que sabía que tenía tiempo para maniobrar. Si fingía que era ella al día siguiente en la conferencia y después pasaba el viernes ocupándome de los bancos, me parecía que podría salir todo a la perfección. Buscaría alguna

excusa para alargar su viaje enviando mensajes a amigos y familiares, y después dejaría de enviarlos en un momento dado y me desharía del teléfono. Jamás lo descubrirían. Pensarían que había desaparecido de repente y nunca la encontrarían.

En cuanto al cadáver… Eché un rápido vistazo a la cama. Necesitaba ponerme en marcha. Tenía que doblarle los brazos y las piernas y meterla en la maleta gigante antes de que le llegara el rigor mortis y después, a esperar. No podía sacarla de allí aún. Estaría trabajando la misma recepcionista e iba a resultar raro que yo saliera con la enorme maleta tan pronto después de haberme registrado.

No, tendría que hacerlo en otro turno y se me había ocurrido un plan. Estando tan cerca del mar, habría sitios apartados donde lanzar el cuerpo al agua. Necesitaría pesas, por supuesto, para que no saliera flotando a la superficie. Me mordí las uñas mientras pensaba. Debería haberlas comprado también en los grandes almacenes. Joder, mi primer paso en falso.

Después, una idea se fue abriendo paso entre mis sienes. ¡Estaba en un hotel! Habría un gimnasio, de esos donde tenían filas de mancuernas listas para su uso. Clavé la mirada en la maleta de ruedas de Stephanie. Podría llevarla a la sala de pesas en algún momento de descanso, llenarla y volver a la habitación. Mi única preocupación era que, mientras tanto, el cuerpo no oliera. Podría sacarlo incluso durante el día, o por la noche, al día siguiente, después de la conferencia, pero no en ese momento. Quizá iba a necesitar un poco de hielo para mantenerla fría. Pero primero, meterla en la maleta.

Fui a la cama y empecé a tirar de ella hacia mí. Pesaba muchísimo. No era una mujer demasiado grande, pero, aun así, costaba. Solté gemidos y gruñidos mientras la giraba hacia un lado y otro. Tras colocar la maleta al lado de la cama, la dejé caer dentro con un golpe seco, esperando no haber despertado a otros huéspedes del hotel; después la doblé hasta reducirla al menor tamaño posible empujándole los brazos y las piernas. Casi no cabía. Probé a cerrar y me emocioné al ver que podía. Nadie iba a notar nada si la sacaba rodando por el vestíbulo. Pero ¿y el olor? Volví a mi teléfono y busqué en Google: podía aparecer en las primeras veinticuatro horas. Debía de haber una máquina de hielo en el pasillo. Para asegurarme, podía colocar unos cubitos a su alrededor, pero no directamente. Se derretiría, y la maleta se iba a quedar húmeda y asquerosa. Necesitaba bolsas.

Miré a mi alrededor. No vi ninguna cubitera, pero en el armario había una bolsa de plástico sujeta a una percha con la etiqueta de lavandería. En el baño vi un par de gomas para el pelo. Me servirían para cerrar bien la bolsa.

Cogí la bolsa, salí de la habitación y avancé por el pasillo buscando la máquina de hielo. Pero no estaba en un extremo del pasillo, ni junto al ascensor ni en el otro extremo. Joder. En todos los moteles en los que yo había trabajado había una máquina de hielo y otra de refrescos. Cuando volvía a mi habitación, caí en la cuenta. En los pocos hoteles buenos en los que había trabajado no las tenían. Había que llamar al servicio de habitaciones para pedirlo. Vaya. Un error de cálculo. ¿Qué iba a hacer entonces? Tenía veinticuatro horas para averiguarlo antes de que empezara a oler de verdad.

Cuando volví a la habitación eran casi las 2:30 de la mañana y suponía que la conferencia empezaría en seis horas o así. Para ser Stephanie, iba a necesitar ponerme su ropa y actuar como una directora de informativos. No podía empezar a hacer transferencias de dinero ni movimientos imprudentes en plena noche. Resultaría sospechoso. No, tenía que parecer como si la misma Stephanie acabara de decidir dejar su vida después de esa jornada de trabajo. Tendría que ocurrir durante el día.

Volví a su armario, examiné su ropa y acaricié los tejidos. La mayor parte de la mía procedía de las tiendas benéficas de segunda mano, pero la de ella era claramente mucho mejor. Una blusa verde era tan suave que casi parecía cosa de magia; una chaqueta rosa tenía tal grosor que evidenciaba lo buena que era; un jersey azul marino parecía cómodo tanto por el aspecto como por el tacto. Teníamos tallas bastante parecidas y no me preocupaba mucho que me valieran, pero, aun así, decidí probármelo todo. No quería presentarme en la conferencia con una apariencia extraña.

Me quedé en ropa interior y empecé a ponerme cada prenda, girándome a un lado y a otro y mirándome en el espejo. La camisa verde me estaba un poco holgada para mi gusto. Los pantalones me sobraban un poco de cintura. O me los subía todo el rato o iba a necesitar un cinturón, cosa que no veía por ningún sitio. Pero había un bonito vestido negro y corto que me quedaba bien. Me encantaba la sensación del tejido suave en mi piel y el vuelo de la falda. Haciendo piruetas de satisfacción, cogí la chaqueta rosa y la puse sobre el vestido. Bonito. La chaqueta me sentaba genial.

Tocaba elegir los zapatos. Cogí un par y miré el número. Joder, eran una talla más grandes que los míos. Los planos en marrón y

crema que tenía en el armario no iban a valerme. Se me saldrían. Aposté más por una especie de zapatillas tenis de tacón alto. Podía plantarme dos pares de sus calcetines con ellas si era necesario. Fui a los cajones de la cómoda para buscarlos y fue entonces cuando vi su preciosa ropa interior. Incluso la de apariencia más práctica era más bonita que la mía. También había dentro varias fajas y multitud de opciones de calcetines. No pude evitar probarme un sujetador de encaje negro y un par de bragas biquini. Me gustaba la sensación de llevar puesta ropa buena. Decidí ponerme eso también al día siguiente, en lugar de mi ropa interior raída y vieja.

Después fui al baño para inspeccionar su maquillaje y oler su perfume. Que agradable, qué bien hecho. Los nombres que se leían en los laterales de cada producto eran de marcas que yo sabía que no se compraban en una droguería. El perfume tenía un nombre que sonaba a italiano. Me apliqué un poco en la muñeca y olí con agrado. Era como un ramo de flores, muy diferente al pachuli que yo me solía poner, pero aquella era la nueva yo. Iba a quedarme con aquella fragancia, eso seguro.

Sin nada más que hacer y con todavía varias horas por delante para irme, me puse su ropa de gimnasia, pues el pijama lo seguía vistiendo ella, y me metí a continuación en la enorme cama en la que acababa de estar Stephanie, aunque me pasé al lado contrario al que había ocupado su cuerpo. Era demasiado grimoso. Al día siguiente tenía que representar un papel importante, así que necesitaba dormir un poco. Miré su iPhone para ver cuándo había puesto la alarma, la dejé tal cual y coloqué el teléfono en la mesita de noche. Por último, apagué la televisión. *Las chicas de oro* se fueron a negro y cerré los ojos.

38

Jasmine

Un día después del vuelo

No estaba segura de si dormiría, pero lo siguiente que supe fue que sonaba la alarma y vi la luz del sol asomando por los bordes de las pesadas cortinas. Sobresaltada, me incorporé y me froté los ojos.

¿Dónde estaba?

Volvió todo a mi mente en forma de avalancha.

Miré hacia la maleta, vi el cuerpo de Stephanie, inmóvil y enroscado en posición fetal, y se me revolvió el estómago. En cierto modo, con la luz del día las cosas siempre parecían peor que en mitad de la noche, una vez que había desaparecido la magia negra de la oscuridad.

Mierda. Había matado a esa mujer. Y me tocaba ser ella. Me levanté rápidamente y preparé café con la cafetera de la habitación. Había un minibar lleno de alcohol y cosas para picar, y un pequeño cartel con una lista de los escandalosos precios. Aun así, yo tenía mucha hambre y, como no quería arriesgarme a que viniera el servicio de habitaciones, abrí un poco del prohibitivo queso y me lo comí junto con una chocolatina, acompañado todo ello de café.

Me di una ducha y me vestí con sus bragas y su sujetador, el vestido negro con la chaqueta rosa y los modernos zapatos con dos

pares de calcetines. Me rocié todo el cuerpo con el perfume italiano, me puse su maquillaje y sus joyas, cogí el bolso azul turquesa y volví a meter su identificación en su cartera. Luego añadí su teléfono y el mío al bolso, además de la hoja con el membrete del hotel en la que había escrito mis notas sobre su vida. Estaba lista.

Cerré del todo la cremallera de la maleta, la puse en un rincón de la habitación y coloqué encima la que llevaba la ropa de Stephanie, por si acaso, de manera que si entraba alguien no viera nada sospechoso.

Yo sabía por mi época en la que había trabajado en moteles y hoteles que las del servicio de limpieza se alegrarían al ver que podían saltarse una habitación, así que colgué el cartel de NO MOLESTAR en el pomo exterior de la puerta.

Aunque había hecho todo lo que se me había ocurrido, durante la bajada en el ascensor me invadió la angustia. Me dirigía a un sitio desconocido para fingir ser una mujer que no era en una conferencia donde tratarían temas sobre los que yo no sabía nada. Pero tenía que hacer esa pequeña pantomima durante un día al menos. Formaba parte de mi plan maestro. Estaría todo lo callada que pudiera y no llamaría la atención.

Cuando salí del ascensor, vi un gran letrero que decía BIENVENIDOS A LA CUMBRE DE INFORMATIVOS DE TELEVISIÓN. Se me ocurrió una idea. Saqué el teléfono de Stephanie, hice una foto, fui a su página de Facebook y la publiqué con el pie de foto «En San Diego para una conferencia. ¡Estoy deseando aprender cosas nuevas!». En treinta segundos llegó el primer like, y sonreí.

Nada más entrar en el salón de actos, una joven de pelo corto, un aro en la nariz y una credencial donde ponía Willow fue la primera

en hablarme.

—Buenos días, ¿la ayudo a buscar su nombre?

—Sí… eh… Stephanie, Stephanie Monroe. —Las palabras sonaron muy poco familiares en mis labios.

—Monroe… Aquí tiene. La mesa que le han asignado está en la esquina de la tarjeta. Parece que está en la número cuatro. ¿Puede registrarse, por favor? —Me dio un bolígrafo.

La persona cuyo nombre estaba encima del mío, Trent Nosecuantos, tenía una firma tan grande que se había metido en mi casilla pero, de todos modos, yo quería que la mía fuera pequeña y casi ilegible para que nadie supiera que yo no era en realidad Stephanie. Escribí su nombre y me volví para buscar mi mesa.

El salón estaba abarrotado y la mayoría de la gente se encontraba ya en su sitio. Mientras me acercaba a la mesa cuatro, traté de caminar con paso tranquilo y seguro, pero sentía que me iba a desmayar. Ya estaban allí otras tres personas. Una mujer alta con un traje pantalón azul y unos pendientes dorados; un hombre bajito con el pelo rizado, gafas y un traje gris que parecía confeccionado con tela barata, y un tipo más alto de espaldas anchas y pelo engominado hacia atrás con una chaqueta sobre una camiseta. «Tranquila, Jasmine», me dije. «Tranquilidad y calma».

—¿Eres la cuarta persona de la mesa cuatro? —preguntó el tipo alto lanzándome una sonrisa con unos dientes tan blancos que supe que tenían que ser falsos o, como poco, blanqueados en exceso.

—Sí —contesté controlando la voz y tratando de proyectar confianza—. Me llamo Stephanie Monroe.

—Trent McCarthy, de la NBC6 de Atlanta. Es un verdadero placer conocerte, Stephanie.

Me miró de arriba abajo y me di cuenta de que quizá sería el que había plantado una firma tan grande y, por eso mismo, por sus dientes blancos y su mirada lasciva, no me gustó.

La mujer y el otro hombre se presentaron y me preguntaron de qué cadena venía. Mi mente voló rápidamente hacia el papel en el que tenía escritas mis notas, el que llevaba en el bolso de Stephanie que me colgaba del hombro. No podía recordar las siglas de la cadena en la que trabajaba, pero sabía que era la CBS de Madison, así que dije eso y pareció que lo aceptaban sin más preguntas. Nos sentamos y la maestra de ceremonias subió al escenario.

—Bienvenido todo el mundo. Estamos encantados de recibiros en la Cumbre de Informativos de Televisión. Espero que hayáis tenido un buen viaje hasta la hermosa San Diego. Os hemos preparado una agenda abarrotada, así que ¡empecemos!

«¿Qué narices estoy haciendo aquí?», pensé mientras los ponentes empezaban a hablar. La mayor parte de lo que decían no tenía ningún sentido para mí. O sea, lo entendía en general, pero lanzaban expresiones como «FOIA», «telecúe», «cortinilla», «entradilla», «teaser», «corte» o «ENG», que para mí sonaban a chino. Aun así traté de permanecer quieta y estoica, sentada en silencio como si estuviese prestando atención a toda la información. No pude evitar echar un vistazo al teléfono de Stephanie una o dos veces para asegurarme de que nadie la había llamado o escrito (y así era) y al mío para asegurarme de que Glenn no había conseguido encontrarme (tampoco). En el mío había dos mensajes de Anna preguntándome si estaba bien y diciéndome que Glenn estaba cabreado, pero no contesté por el momento. La buena noticia, sin embargo, era que había ya una docena de likes y unos cuantos

comentarios en la publicación en Facebook de la falsa Stephanie que yo había subido. Perfecto.

Cuando nos acercábamos a la hora del almuerzo empecé a ponerme de nuevo nerviosa. Escuchar en silencio a los ponentes era una cosa. Conversar con desconocidos y fingir ser aquella mujer, otra.

—Muy bien, colegas, antes de hacer un descanso para un maravilloso almuerzo, quiero invitaros a que miréis a vuestros compañeros de mesa y os contéis cosas que funcionen en vuestra redacción. Adelante, no seáis tímidos. ¡Aseguraos de que todos tenéis oportunidad de hablar!

En la sala empezó a oírse el murmullo de las conversaciones. Mi angustia se disparó. ¿Qué iba a decir? En la mesa cuatro, Trent tomó el control, como era de esperar.

—Dorothy…Alan… Stephanie. —Apuntó a cada uno de nosotros mirándonos fijamente a los ojos. Yo hice lo posible por no apartar los míos—. En Atlanta yo dirijo un barco bien organizado. A lo largo de los años he aprendido que, si das la mano, la mayoría te coge el brazo. También es importante que el jefe sea resolutivo, así que yo decido qué se cubre cada día y a ello nos ceñimos. La delincuencia está descontrolada y el punto fuerte de nuestra cadena son las noticias de última hora. La gente acude a nosotros por eso y tenemos que estar a la altura. La sangre vende. Ya sabes a qué me refiero, ¿verdad, Al? ¿Qué tal tú? ¿Cómo llevas las cosas por el Zoo?

El hombre enjuto contestó:

—Bueno, la verdad es que nuestro enfoque es el opuesto al tuyo —dijo—. Tratamos de escuchar todos los puntos de vista de la redacción sobre qué debemos cubrir. Creo que eso fomenta un

mejor ambiente en la redacción, que entendemos que debería ser una democracia, no una dictadura.

Me cayó bien de inmediato, mejor que Trent. A continuación, fue el turno de la mujer, que habló con voz profunda.

—En Boston estamos probando el periodismo comunitario. Tenemos reporteros asignados a barrios específicos y están integrados allí. Algunos incluso viven en ellos. Hacemos lo que llamamos «reportajes ciudadanos» y mostramos perfiles de restaurantes y personas además de noticias de última hora, política y, sí, sucesos. Pero no nos centramos en la delincuencia. Yo creo que la gente quiere periodismo basado en soluciones, que no sea solo una amplificación de los problemas. Lo cierto es que tratamos de no salir corriendo hacia la escena de cada noticia de última hora. Solo porque se cometan delitos y sea el recurso más fácil, no quiere decir que tenga que considerarse automáticamente como lo más destacado.

Sabía que yo era la siguiente y mi mente se esforzaba por buscar algo que decir, lo que fuera.

—¿Y qué dices tú, Steph? ¿Cómo te las arreglas en Madison? —preguntó Trent y me volvió a sonreír con aquellos dientes ridículos.

Mi desagrado por él iba en aumento.

—Pues… —respondí soltando lo primero que se me ocurrió—. Un poco todo lo que habéis dicho vosotros. En fin, hacemos lo posible por cubrir las noticias de cada día.

—Ajá —contestó Trent—. Pero ¿cuál es tu estilo?

—¿Mi estilo?

Tragué saliva. ¿A qué se refería?

—Sí, como directora de informativos —añadió dando un sorbo de agua sin dejar de mirarme. Dorothy y Alan también esperaban una respuesta. Trent continuó—: ¿Eres de las que les gusta… castigar a los demás? ¿O prefieres, ya sabes, un toque más suave?

Vi que me guiñaba un ojo. Su intento de insinuarse era evidente. Me recordó a los tíos del bar que tanto se esforzaban siempre. Pero tenía que responder algo.

—Ah, pues… —Me removí en mi asiento—. Bueno, mi estilo es ser agradable con todos, pero dura cuando hace falta. Lo cubro todo.

Los tres se quedaron mirándome y me pregunté si había dicho algo malo. Tenía que salir de allí.

—Disculpadme. Tengo que ir corriendo al baño.

Cogí el bolso de Stephanie y salí disparada hacia los aseos, que estaban al fondo. En el cubículo sentía un martilleo en la cabeza. Ser otra persona resultaba agotador y yo prácticamente no había dormido y tan solo había comido un poco de queso, una chocolatina y un café para desayunar. Me rugía el estómago. Necesitaba alimentarme de verdad. Tendría que tomar algo en el almuerzo, pero mi plan original de quedarme todo el día en esa conferencia me parecía cada vez más difícil de lograr. Me haría falta mantener aquella fachada mucho tiempo y, ¿qué pasaría si nos pedían que contáramos más cosas y yo quedaba como una tonta? ¿Levantaría entonces sospechas? «Paso a paso, chica», me recordé. «Aguanta el almuerzo y decide después».

Al salir del baño vi que los asistentes se dirigían hacia una zona de exterior con una gran chimenea. Habían colocado mesas por todo el espacio y los camareros y camareras empezaban a dar vueltas. Mi plan era escabullirme de mis compañeros y almorzar en silencio con

otro grupo. Me dirigí hacia una mesa apartada en el lateral y cerca de la parte trasera y, cuando estaba a punto de sentarme junto a una mujer más o menos de mi edad, apareció Trent y se le adelantó.

—¿Te importa si ocupo yo este asiento? —le dijo—. Hay otro vacío ahí para ti. Stephanie y yo tenemos unos asuntos pendientes. —Me guiñó un ojo. La mujer soltó un resoplido y se marchó.

—Hola, amiga de la mesa cuatro. He pensado que deberíamos conocernos mejor —dijo.

Mientras nos sentábamos, giró el cuerpo de tal modo que me envolvió, haciendo que me sintiera atrapada en mi silla e incapaz de mover la cabeza para hablar con la persona que tenía al otro lado. Entonces empezó a hacerme preguntas. Yo estaba cansada, pero me las arreglé para sacar fuerzas suficientes y responder con precisión a qué universidad fui (DePaul), de dónde era (Indiana) y si tenía hijos (uno llamado Evan). En un intento por desviar la conversación de mi persona, le pregunté por él. Universidad de Illinois (me contó incluso en qué fraternidad había estado, como si me importara), divorciado, dos hijos, su mujer quería todo su dinero. Aquello empezó a volverse demasiado personal para tratarse de una conferencia de trabajo.

Trent pasó el brazo por el respaldo de mi silla con un gesto demasiado familiar mientras hablaba, y se inclinó hacia mí. Podía oler su aliento a café rancio y sentí su deseo sexual emanando de él. Me dio asco. O sea, nos acabábamos de conocer. ¿Se creía ese tío que yo iba a volver a la habitación y que me acostaría con él? Había visto a los de su tipo muchas veces en el bar, demasiadas. Aparté instintivamente mi cuerpo del suyo todo lo que pude. Por suerte, se acercó la camarera.

—Hola, soy Miranda y voy a atenderles hoy. Es un placer tenerles aquí. ¿Quieren pedir ya?

Trent se volvió hacia ella. Era muy guapa, y el labial rojo hacía que sus facciones resaltaran. Los labios de ese color siempre me recordaban a Allison, pero aparté esa idea de mi mente. «Fue hace veintisiete años, Jasmine, veintisiete años». Trent miró a la camarera de arriba abajo.

—Hola, guapa —dijo—. Yo voy a tomar la ración más grande de pollo que tengas, ¿de acuerdo?

Colocó la mano sobre mi muñeca. En un acto reflejo, yo la aparté. Su tacto me recordó a cuando Glenn me hizo la magulladura que tenía oculta bajo la chaqueta rosa. ¿Quién se creía Trent que era, tocándome tan pronto, colocando el brazo por encima de mi silla y abriendo las piernas delante de mí? Estaba segura de que toda su ropa era de la mejor calidad; podía ver el enorme reloj de plata de su muñeca; podía oler el gel de eucalipto que había visto en la ducha. Pero la tripa le sobresalía por encima del cinturón y tenía tanta gomina en el pelo que prácticamente le brillaba.

—Stephanie, ¿qué quieres tú? —preguntó Trent volviendo a acercar su mano a mi muñeca.

Yo me puse las mías en el regazo.

—El pollo está bien —dije a la camarera tratando de mirarla con una ligera sonrisa.

Necesitaba proteínas.

—¿Algo aparte de agua? —nos preguntó a los dos.

—Coca-Cola —dijo él con aquella voz tan fuerte que tenía.

Yo negué con la cabeza. En ese momento no quería más cafeína. La camarera se alejó y la persona que estaba al otro lado de Trent le

hizo una pregunta sobre algún equipo deportivo de Atlanta. Él se vio obligado a volverse y yo aproveché la ocasión para mover mi silla hacia la mujer que tenía en el otro costado. Empecé a hacerle todo tipo de preguntas para alargar la conversación y mantener a Trent alejado de mí. Pude oír cómo ellos dos cambiaban de tema de conversación e intercambiaban ahora consejos sobre cómo se las habían arreglado para engañar a distintos albañiles a lo largo de los años y que hicieran trabajos en sus pisos por menos dinero del que habrían debido pagar.

—¡Y el tío apenas hablaba nuestro idioma, así que ahí se la jugué bien! ¡Ni cuenta se dio!

Trent se rio a carcajadas y yo me estremecí, y mi rabia empezó a aumentar a medida que pensaba en todos los albañiles que conocía y que trabajaban duro por cada penique.

Seguimos almorzando y yo engullí un poco de pollo y bebí un montón de agua para intentar que me desapareciera el dolor de cabeza. Durante el postre y el café, Trent sacó su teléfono.

—¡Vamos a hacernos un selfi! —propuso a toda la mesa—. ¡El mejor grupo del almuerzo de la conferencia merece una foto!

—No, en serio, no hace falta —protesté, pensando que una prueba fotográfica era lo último que necesitaba. ¿Y si la publicaba y alguien que conociera a Stephanie se daba cuenta de que yo no era ella?—. Podemos hacerla después, ¿vale? —Si conseguía hacerle esperar, yo podría desaparecer antes de que eso ocurriera.

—¿Después? ¡No, hay que hacerla ahora! ¿Por qué retrasarlo? Vamos, chicos. —Trent estaba ya haciendo que todos se juntaran y la mayoría lo obedeció: las mujeres, arreglándose el pelo y metiendo

hacia dentro el estómago, posaban con una mano en la cadera, tratando de parecer más delgadas.

—Vamos, Steph, ponte a mi lado —dijo Trent apretando bien su cuerpo contra el mío.

Me pasó un brazo por la cintura y me presionó la cadera con gesto provocador mientras extendía el otro brazo hacia arriba con la cámara en la mano. Volvía a estar atrapada, atrapada por un hombre y por sus deseos. Empecé a enfadarme. Pero el resto de la mesa se reía y se apretujaba para la foto. Actuaban como adolescentes más que como directores de noticias de cuarenta, cincuenta o sesenta y tantos años.

—Hay que acercarse más, no os veo a todos —ordenó Trent, y se colocó aún más pegado a mi espalda mientras todos seguían apiñándose. Empujó su entrepierna contra mi trasero—. Uy, perdón —me susurró al oído.

Yo contuve las náuseas.

Él les gritó a todos:

—Vale, foto en cinco… cuatro… tres… dos… uno…

Cuando dijo «uno» volví la cabeza esperando que se me viera más el pelo que la cara en la foto definitiva o que quizá saliera borrosa.

—¡La publico ya! —gritó—. ¿Quién quiere que lo etiquete?

—¡Yo! —exclamaron varias de las mujeres, y todo el grupo empezó a rodearlo.

Trent me miró.

—Steph, ¿cuál es tu *nick*?

Ni siquiera sabía qué significaba eso.

—Yo paso, gracias.

—Ah, venga ya. Solo estamos divirtiéndonos. Voy a escribir: «¡El grupo del almuerzo, los mejores directores de informativos del país!».

¿Es que ninguno se había hecho adulto? ¿La gente que dirigía redacciones de informativos seguía haciendo ese tipo de cosas?

Tenía que salir de allí. De repente tuve claro que no podía seguir aplazándolo. Si la gente seguía haciendo fotos, si Trent continuaba acercándose a mí, si yo tenía que seguir hablando en esa conferencia e inventándome mierdas, podía írseme la mano y cometer un error. Mi plan original de quedarme todo el día me parecía absurdo. Tenía que largarme. Y estaba pensando en Stephanie dentro de la maleta. Necesitaba ver si las de la limpieza habían obedecido mis órdenes y no entraban en la habitación. Además, me hacía falta hielo desesperadamente.

—Ya he publicado hoy una foto en Facebook, estoy servida —dije.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y gritó—: ¡Planeta Tierra, aquí va tu regalo del día para las redes sociales! —Pulsó un botón.

El grupo empezó a dispersarse para entrar de nuevo y Trent sacó diez dólares de la cartera.

—Siempre hay que dejar propina a las camareras, especialmente a las que no son desagradables a la vista —me dijo con un guiño, y dejó el dinero debajo de su plato.

Qué criatura tan desagradable. Traté de responder con una sonrisa.

—Vamos, Steph. Te acompaño a la mesa cuatro. —Alargó el brazo y lo flexionó.

—Ah, gracias… Pues, eh… Tengo que hacer una cosa. Te veo ahora. —Forcé de nuevo una sonrisa.

—Vale —contestó irguiéndose y pasándose una mano por el pelo engominado—. Te mantendré caliente la silla. —Sonrió como un gato de Cheshire.

Fui al lateral del porche y miré tanto mi teléfono como el de Steph, tratando de actuar como una importante directora de informativos que está consultando sus notificaciones. En realidad, solo quería asegurarme de que seguía sin haber mensajes para ninguna de las dos. No los había. Suspiré.

La camarera estaba en nuestra mesa cogiendo la propina de diez dólares de Trent. No había nadie por allí, así que me acerqué a ella.

—Perdona, ¿sabes dónde puedo encontrar un poco de hielo? —le pregunté.

Pareció desconcertada.

—¿Se refiere a agua con hielo?

—No, en realidad a una bolsa de hielo, o incluso dos —contesté, esperando que la petición no resultara demasiado estrambótica.

—Pues… creo que tenemos un poco atrás —respondió—. Pero ¿no va a volver a la conferencia?

—Lo haré en un rato —contesté mientras pensaba deprisa—: Es que tengo unas medicinas en mi habitación y estoy tratando de mantenerlas frescas.

—¿No tiene nevera?

Empezaba a cansarme de sus preguntas, pero lo disimulé y me apresuré a contestar:

—Mi nevera está estropeada. Tengo medicinas en mi habitación y quiero que se mantengan frescas.

—¿En qué habitación se aloja? Puedo enviárselo.

Vacilé. ¿Debía mentir? ¿Debía decirle la verdad? ¿Debía evadir la pregunta? Si mentía y se enteraban, podrían desconfiar.

—Es… eh… la 630 —contesté, y me apresuré a añadir—: Pero lo subo yo.

—Vale —respondió—. Claro, voy a por el hielo.

Me acerqué a la puerta más próxima a los ascensores y la esperé mientras volvía a mirar mi teléfono. La camarera volvió con dos bolsas bien cerradas por arriba con precinto.

—¿Necesita ayuda? —preguntó—. Puedo enviar a alguno de los de atrás para que la acompañe.

—No hace falta—dije, enderezando los hombros mientras me las daba—. Pero te lo agradezco.

Me volví hacia los ascensores y traté de caminar todo lo erguida y segura que pude. En cuanto entré sola en el ascensor, me doblé, dejando las bolsas en el suelo y encorvándome a la vez que me frotaba las sienes.

De vuelta en la puerta de mi habitación, me sentí aliviada al ver que el cartel de NO MOLESTAR seguía en su sitio, y aún más cuando abrí la puerta y confirmé que la cama estaba sin hacer y no habían cambiado las toallas del baño. Estaba claro que no había venido ninguna limpiadora en mi ausencia. La maleta estaba al otro lado de la habitación. Me sentí un poco mareada al mirarla. Necesitaba alejar el cuerpo de Stephanie de mí lo más rápido que pudiera.

Deshacerse de un cadáver no era una tarea fácil. Tenía que pensar en un modo que no levantara sospechas. No podía llevarlo rodando por el vestíbulo en pleno día. Alguien podría preguntarme adónde

iba o comentar que «Stephanie» se marchaba de la conferencia con un maletón con ruedas.

En la parte de atrás de cada credencial había un horario diminuto impreso, y le di la vuelta a la mía para ver qué había después. Me fijé en el cóctel de esa noche. Seguro que los de la conferencia o bien optarían por las copas gratis o bien se irían rendidos a su habitación. Quizá hubiera alguien en el pasillo, claro, pero puede que no fueran asistentes a la conferencia, sino gente que asistía a una boda o que estuviese en la ciudad por algún otro motivo. Yo podía pasar haciendo rodar mi maleta y quizá encontrar una puerta lateral para llegar a mi siguiente destino, que era… ¿cuál?

Me quité a puntapiés aquellas zapatillas negras que me quedaban demasiado grandes, me senté en el escritorio y busqué en Google «lugares ocultos, costa de San Diego» y encontré uno a apenas unos kilómetros del hotel.

«Completamente apartado y tranquilo», decía la descripción. «Un corto puente atraviesa la parte más profunda. Lleva una linterna, no hay iluminación».

A mí me parecía el sitio acertado.

Me tocaba conseguir las pesas. De nuevo pensé en el gimnasio del hotel y, de repente, me di cuenta de que ese sería el mejor momento. Era mediodía y probablemente no habría mucha gente haciendo ejercicio. Para estar más segura, intentaría no parecerme a Stephanie cuando bajara allí, por si alguien de la conferencia pasaba casualmente por el pasillo y me veía.

Tras meter el hielo en la maleta, junto al cadáver, y quitarme las prendas caras para ponerme de nuevo mi porquería de ropa, saqué mi fiel gorra de béisbol y me escondí el pelo por debajo. A

continuación, entré en el baño, me apliqué unos cuantos trucos de maquillaje transformador para que mi rostro fuera un poco diferente y saqué otra vez mis gafas de John Lennon, ajustándomelas a la nariz. No tenía ni idea de si en los gimnasios de hotel había cámaras de seguridad, pero echaría un vistazo antes por la zona para asegurarme de que no veía nada que resultara evidente.

Llevé la maleta más pequeña de Stephanie al gimnasio y me asomé por las ventanas. Ni un alma. Solo una fila de cintas de correr que daban a unos edificios insulsos y unas palmeras, con steppers y bicicletas detrás de las cintas. Las mancuernas estaban en el lateral, ordenadas en un estante. Usé la tarjeta para entrar y observé las paredes y los rincones en busca de cámaras. Nada a la vista. Estaba completamente yermo y vacío.

Las pesas iban de dos kilos y medio a veintidós y medio. Me acerqué a ellas y empecé a seleccionar los distintos tamaños para ver cuántos harían falta para hundir una maleta con un cadáver en su interior. Supuse que necesitaba al menos cuarenta y cinco kilos.

Levantar dos pesas de veintidós kilos y medio del estante y meterlas en la maleta no resultaba fácil, y me preparé para contar una excusa por si alguien entraba inesperadamente y me sorprendía. Yo era una trabajadora que se las llevaba para limpiarlas. Eso es lo que diría si la persona que llegaba era un huésped. Yo era una huésped que quería usarlas un rato en mi habitación. Es lo que diría si entraba algún trabajador. Por si acaso, metí otras dos de nueve kilos. Cerré la cremallera de la maleta y salí de allí sin que nadie me viera. No podía borrar la sonrisa de la cara mientras volvía a la habitación. Cada parte del plan estaba funcionando.

Con cuidado, metí las pesas en la maleta más grande, colocándolas alrededor del cuerpo de Stephanie y las bolsas de hielo. Seguía siendo primera hora de la tarde y sabía que la conferencia continuaba celebrándose abajo. Tenía que esperar al menos hasta la hora del cóctel y a que oscureciera para sacar el cuerpo, usar el elevador de silla de ruedas de la furgoneta para meter la maleta, que pesaría muchísimo, y dirigirme al sitio apartado donde la tiraría. Mientras tanto, necesitaba descansar. Había dormido muy poco las dos últimas noches: la primera, la que dejé a Glenn; la segunda, la de la llegada a la conferencia.

Tras echar las cortinas de la habitación y quitarme la gorra de béisbol y las gafas de Lennon, me limpié parte del maquillaje transformador, haciendo que se corriera el lápiz y la sombra de ojos. Bah, ¿qué más daba? Solo quería dormir. Me tumbé en la habitación tranquila y oscura y me quedé completamente frita en cuestión de minutos. Estaba teniendo un sueño en el que mi abuela me llevaba por un bosque, siguiendo un sendero que estaba salpicado de bolsos, todos ellos azul turquesa. Era el crepúsculo y mi abuela me decía que íbamos a la parte profunda por encima de un río. Justo cuando iba a preguntarle qué río, oí que llamaban a una puerta. Me desperté sobresaltada y tardé un poco en darme cuenta de que no era en el sueño, sino en la habitación.

—Servicio de mantenimiento —gritó un hombre— ¿Es aquí donde hay una nevera estropeada?

Mierda. Mi mente se disparó. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo lo sabía? La estúpida de la camarera del almuerzo, había sido ella. Tenía que pensar con rapidez. Nadie podía entrar en aquella habitación. Me

levanté de la cama de un salto y fui a la puerta, abriéndola solo una rendija para asomarme.

—No, no pasa nada. Falsa alarma —dije—. Parece que ya marcha.

—¿Quiere que entre a echar un vistazo, señora? —insistió el trabajador—. El personal de cocina me ha dicho que necesita hielo para mantener fría su medicación.

«Mierda, mierda, mierda».

—No, gracias. Está todo bien. Creo… creo… —Mi mente era un barullo—. Simplemente no estaba bien enchufada. Ahora funciona. He debido de darle un golpe cuando estaba deshaciendo la maleta. Siento haberle molestado.

—De acuerdo, señora. Si está segura… Deseamos que tenga todo lo que necesite durante su estancia.

—Está todo bien, gracias. Llamaré si hay algún problema.

—Muy bien, señora.

Sentí una oleada de alivio, cerré la puerta y coloqué la oreja para ver si lo oía alejarse. Los pasos se fueron atenuando y se escuchó el pitido del ascensor. Suspiré y me volví para regresar a la cama cuando alguien llamó de nuevo a mi puerta. ¿Qué coño pasaba? Me quedé inmóvil y no respondí. Los toques en la puerta se volvieron más fuertes. Sin moverme, grité:

—La nevera funciona bien, gracias.

—¿Stephanie? Soy Trent. De la conferencia. ¿Qué tal estás? ¿Todo bien? No has vuelto después del almuerzo.

«Tiene que ser una broma». Aquel gilipollas había vuelto a aparecer. Me quedé inmóvil y esperé a que se fuera ¿Cómo sabía que yo estaba allí? En ningún momento le había dicho mi número de habitación.

—¿Steph de Madison? ¿Me has oído? Soy Trent, de Atlanta. —Prácticamente estaba gritando.

De repente me invadió una sensación de pánico por que pudiera hacer demasiado ruido y los demás lo oyeran. Tenía que responder algo. Me acerqué un poco a la puerta y la abrí de nuevo solo una rendija. No llevaba la misma ropa de antes y no quería que me viera del todo.

—Eh, hola —dijo, y se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Qué tal estás? Te hemos echado de menos en la mesa cuatro.

—Ah, hola, Trent. Siento no haber vuelto. Tengo migraña.

No estaba muy lejos de la realidad.

—¿Migraña? Yo creía que tenías problemas con la nevera —contestó. Mi nivel de pánico se volvió a disparar.

—No, ya está arreglada… y… ¿cómo lo has sabido?

—Acabo de ver al de mantenimiento hablando contigo. Estoy dos puertas más allá. Oye, si necesitas ayuda con lo que sea en tu habitación, no hace falta que llames a mantenimiento. Yo soy un tío muy manitas. Lo arreglo todo. Solo tienes que darle un toque al viejo Trent y vendré en tu ayuda.

—Gracias, estoy bien —respondí, y me dispuse a cerrar la puerta, pero él metió la mano para evitar que la cerrara.

—Eh, eh, más despacio. Lamento que estés indispuesta, pero a lo mejor una copa te vendría bien. Yo también he decidido escaparme antes de la conferencia. A lo mejor tú y yo deberíamos hacer novillos juntos. —Sonrió y sus ojos irradiaban deseo. Sentí repulsión.

Aquel gilipollas no pensaba marcharse. Tenía que inventarme algo para que se fuera antes de que se las arreglara para entrar. Si

empujaba la puerta con suficiente fuerza me iba a ser imposible detenerlo. Se me extendió el miedo por todo el cuerpo.

—En serio, Trent. Tengo un dolor de cabeza terrible. Sufro de migrañas y esta es mala. Pero si descanso esta noche, mañana estaré otra vez como nueva, estoy segura. —Le sonreí con lo que esperaba que fuera un gesto de coqueteo. Me pareció el mejor modo de quitármelo de encima, la promesa de que habría algo más después.

—Oye —dijo—. Aquí tienes mi llave. Tengo otra. Voy a bajar a la piscina un rato. Si quieres que luego hagamos algo juntos, solo tienes que entrar. —Me guiñó un ojo.

Me quedé inmóvil mientras trataba de decidir qué hacer. Ese cretino quería que fuera a su habitación. Estaba claro que no podía hacer eso. El riesgo de pasar más tiempo con él, que me hiciera preguntas, que me acosara con copas mientras trataba de meterme mano. Era demasiado peligroso y, además, me daba asco. Me recordaba a Glenn, engreído e insistente. También apareció en mi mente un destello de Drake obligando a Allison a tener sexo con él para después salir corriendo sin decir una palabra. Aunque yo la despreciaba, la forma de actuar de ese chico siempre me había hecho enfurecer también. La rabia empezó a inundarme. Hombres. Estaba harta de ellos.

Y entonces, se me ocurrió algo.

A lo mejor no era mala idea quedarme con la tarjeta de su puerta. De hecho, empezó a ocurrírseme un plan de lo más siniestro. Si tenía su llave y él se iba al cóctel o adonde fuera…

Alargué la mano y la cogí, brindándole esa sonrisa tímida, coqueta y provocativa que siempre excitaba a los hombres.

—Gracias, Trent. Si me siento mejor, iré, pero si no, te veo mañana. Te buscaré, lo prometo. —Lo miré con mi sonrisa más coqueta.

—Estupendo —contestó, y noté su sensación de triunfo—. Mi casa es tu casa —dijo en español—. Pásate. Ni siquiera tienes que llamar, entra sin más. El minibar está lleno.

Recordé de mis clases de español en el instituto lo que habría querido decir. Parpadeé varias veces.

—Adiós, por ahora —dije con un ronroneo y cerré la puerta.

Eché el pestillo y me quedé en silencio con su tarjeta en la mano. Él no se imaginaba el tremendo error que acababa de cometer. Tenía la fuerte sensación de que Trent era otra de esas personas ricas que siempre conseguían lo que querían. Probablemente su familia le habría financiado la universidad y él habría pagado a algún empollón que le hiciera los trabajos para sacar buenas notas e impresionar a sus acaudalados padres. Quizá habría contado con el dinero de su papaíto para todo lo que quiso, y salido con una chica atractiva de alguna sororidad a la que engañar luego con otra chica atractiva de otra sororidad. Seguro que tenía un coche carísimo, que era socio de un club de campo, que se hacía bordar las iniciales en las camisas, que tenía las manos suaves porque nunca había trabajado de verdad ni un solo día de su vida, y que dejaba sembrada de toallas sucias la habitación del hotel sabiendo que alguien las recogería. Un tipo que daba propinas a las camareras guapas y creía que yo podría acostarme con él solo por poner esa estúpida sonrisa falsa. Me daba asco, mucho asco. La idea de que me pusiera encima las pezuñas me revolvía el estómago, pero la de darle la vuelta a la tortilla me

dio un chute de felicidad. Ese pedazo de mierda no sabía la que se le venía encima.

Mi recién ideado plan sería una revancha en nombre de cualquier mujer que tuviera que enfrentarse a ejemplares como él. Incluso podría ser un desquite en nombre de Allison por el modo en que Drake la había tratado, y no me podía creer que estuviese pensando eso.

Volví a meterme en la cama y empecé a elaborar mi plan. Sabía cuándo terminaba la conferencia el sábado gracias a la tarjeta de la credencial. Buscaría vuelos a Atlanta para tener una idea de cuándo se iría Trent; luego me cambiaría el pelo, cogería dinero de la Western Union, devolvería temprano el coche alquilado y esperaría en el mostrador de venta de billetes hasta que él llegara. Sin que me viera, compraría un billete para el mismo avión y lo seguiría; lo seguiría en un Uber hasta su edificio y enviaría un mensaje a alguno de los amigos de Stephanie diciendo que había conocido a un tipo estupendo.

Solo que poco después, Trent ya no sería tan estupendo y entonces soltaría una especie de bomba al amigo de Steph diciéndole que la quería matar. Esa sería la prueba documental para la policía. El ADN estaría ya dentro de su piso sin que él se hubiese dado cuenta siquiera. Y vivía en Atlanta. Perfecto. Raven se me vino a la mente. Estaría encantada de ayudarme. Incluso me lo había dicho. Siempre estaba dispuesta a ganarse un poco de dinero y le gustaba una buena estafa.

Primero tenía que conseguir pasta. Salí de la cama, cogí el portátil de Stephanie y el papel y bolígrafo del hotel, me coloqué unas almohadas detrás y me puse el portátil en las rodillas. Después abrí

«Contraseñas» y anoté todas las de sus cuentas bancarias. Podía ir a un cajero al día siguiente con su tarjeta de débito. Mi plan era retirar cinco mil dólares con cada una de sus tres tarjetas de crédito y pedir que se enviaran a la oficina de la Western Union más cercana. Cinco mil me parecía una cifra segura. No tan exagerada como para levantar muchas sospechas, pero con los quince mil dólares en total más lo que sacara con la tarjeta de débito tendría suficiente colchón para llevar a cabo todo lo que necesitaba hacer en Atlanta, pagar a mi amiga y llegar a México.

Las transferencias fueron fáciles; las tres estarían listas para las ocho de la mañana. El viernes. Todo estaba encajando. Cogí mi teléfono y busqué entre mis contactos hasta encontrar a Raven.

Eh, tía, cuánto tiempo sin hablarnos.
¿Estás ahora en Atlanta?
¿Quieres ganarte mil dólares?

Respondió casi de inmediato

¡¡¡Jasmine!!! Estoy aquí.
¡Claro que quiero ese dinero!
¿Qué tengo que hacer?

Necesito que sigas a un tipo y le
eches algo en su copa de mi parte.
Te enviaré la dirección.
Será el sábado por la noche.
Voy a estar allí. ¿Estás libre?

Por mil dólares lo estoy.

Nos vemos, hermana.
Estaré preparada.

Y sin más, satisfecha por haber hecho todo lo que tenía que hacer, apagué la luz y, por fin, me quedé completamente dormida.

Cuando desperté, estaba anocheciendo y oí ruidos por el pasillo de gente hablando y riendo y puertas cerrándose.

La hora del cóctel. Había llegado.

Me levanté rápidamente de la cama. Fui a la ventana y aparté un poco la cortina. Mis vistas daban justo al patio donde estaba la gran chimenea exterior, y pude ver cómo iban apareciendo los primeros asistentes y se quedaban junto a la zona de la barra con botellas de cerveza, vasos o copas de vino en la mano. Había camareros que se movían alrededor con bandejas de aperitivos. La sexta planta entera era para la gente de la conferencia y, por el ruido del pasillo, parecía que todos iban a acudir. Vi cómo se llenaba el patio y oí el timbre del ascensor una y otra vez hasta que el pasillo quedó en silencio.

Seguí asomada y esperé hasta que vi a Trent. Allí estaba, tan zalamero como siempre, acercándose a los grupos con las mujeres más guapas para darles la tabarra. No podía oírlo, por supuesto, pero veía sus gestos mientras contaba historias y daba tragos a la perenne botella de cerveza que tenía en la mano. Recorrí el patio con la vista y vi a Dorothy y Alan, mis otros compañeros de mesa, en otra parte completamente distinta de la fiesta, de pie alrededor de una mesa alta con copas de vino y, al parecer, sumidos en una profunda conversación con otra pareja. Trent volvió a la barra a por otra cerveza y supe que era el momento. Pero tenía que actuar con rapidez, por si acaso.

39

Jasmine

Un día después del vuelo

Cogí la tarjeta de Trent y unos guantes de goma de la caja que había comprado en Walmart, salí de mi habitación y fui hasta la suya.

La puerta se abrió fácilmente y entré. Tenía las cortinas abiertas; su habitación también daba al patio. Sabía que no podía arriesgarme a encender una lámpara ni acercarme a la ventana, por si acaso, pero la luz que entraba de fuera era suficiente para ver. Entré en el baño, cogí de la encimera del lavabo su maquinilla de afeitar y unas tijeras pequeñas de las de cortar las patillas, y me las metí con cuidado en un bolsillo. Después vi su maleta abierta en la habitación principal. Era de esas caras con varios bolsillitos para diferentes cosas. Perfecto.

Miré en el armario. Vi una fila de americanas alineadas e identifiqué la que se había puesto ese día. Tenía un bolsillo interior que era justo lo que yo buscaba.

En un estante del armario había un montón de pañuelos con unas pequeñas letras TJAM bordadas, todos bien planchados y blancos. Aunque me preocupó que notase que faltaba alguno, no pude evitarlo. Tenía que coger uno. Me daba la sensación de que me sería

útil, y probablemente se cabrearía con su asistenta por no haber metido suficientes en la maleta o pensaría que alguna limpiadora se lo había robado.

Volví a asomarme al baño y estaba a punto de irme cuando reparé en una toalla en el suelo. La cogí para ver si había algún pelo que me fuera de utilidad y vi que tenía una parte húmeda justo en el centro. De repente, lo supe. Vacilante, me la acerqué a la nariz. Semen. Estaba familiarizada con ese olor. Debía de haberse hecho una paja antes de ir a la fiesta y usó la toalla para limpiarse. Había visto a Glenn hacer lo mismo. Joder, la prenda perfecta con la que ni siquiera había contado. Mi plan acababa de quedarse sin fisura alguna.

Volví con la toalla, las tijeras y la maquinilla a la habitación de Stephanie, le corté un poco de pelo y, a continuación, me arranqué algunos míos de raíz y los dejé aparte.

Cogí un par de bragas de Stephanie y un par mías y froté la entrepierna de cada una con la parte húmeda de la toalla que había llevado a la habitación. Así dejaría su ADN en ellas. Me asomé de nuevo a la ventana y vi que Trent seguía contando lo que parecía una anécdota exagerada, riéndose y dando palmadas a alguien en la espalda.

Llevé de nuevo todo a su habitación, dejé la toalla exactamente donde la había encontrado, en el suelo, y metí mis bragas y las de Stephanie en el bolsillo interior de la chaqueta que se había puesto ese día. Sabía que los hombres como él no se pondrían la misma prenda dos veces y no se daría cuenta de que estaban allí hasta que la policía las encontrara.

Cogí el pelo que me había arrancado de la cabeza y el de la de Stephanie, y los metí en un bolsillo de su maleta que no parecía que se hubiese usado para nada.

Agarré las tijeritas y me preparé para sentir un poco de dolor. Al cortarme el dedo con la hoja me estremecí un poco, pero pude añadir una buena cantidad de mi sangre a otro bolsillo lateral de la maleta. Sequé con las manos las tijeras para que él no se diera cuenta aunque, con suerte, quedaría un poco de ADN, y las dejé en su sitio antes de mirar alrededor en busca de cualquier otra cosa.

En el escritorio había un montón de papeles y les eché un vistazo, entrecerrando los ojos ante la creciente oscuridad para distinguir lo que decían. En el de encima había un itinerario impreso con el membrete de NBC Atlanta y firmado por una secretaria.

«Información de tu vuelo», decía. «Que tengas un buen viaje. Mary».

A continuación aparecían sus vuelos de salida y llegada. Rápidamente, memoricé la compañía aérea, el número y la hora de salida del sábado de vuelta a Atlanta. Así me ahorraría tener que buscarlo en el aeropuerto. Podría usar la tarjeta de crédito de Stephanie para comprar el billete. Al fin y al cabo, necesitaba esa prueba documental para que pareciera que había ido hasta allí con él. Sonriendo por mis hallazgos y mi ingenio, salí de la habitación de Trent para no volver más.

El siguiente punto de mi «agenda» era sacar a Stephanie de allí al abrigo de la oscuridad. Esperé y vigilé la fiesta hasta que quedó completamente vacía cuando la gente se marchó a cenar. Una vez que estuve segura de que todos se habían ido y solo veía a los camareros limpiando, me puse en marcha, saqué las bolsas del hielo

medio derretido y las tiré, cerré la cremallera de la maleta con las pesas en su interior y me preparé para el paseo que me esperaba.

Al bajar en el ascensor, no me encontré con nadie y solo vi a una pareja por el pasillo de la primera planta cuando me dirigía a la puerta de atrás. Salí al clima perfecto de la noche de San Diego y llevé a Stephanie hasta la furgoneta con el elevador para sillas de ruedas. Eso sí que había sido una genialidad. Había anticipado que me iba a ser imposible subirla yo sola, incluso sin las pesas, y me sentí orgullosa de mí misma por haberlo previsto y pedirlo en la agencia de alquiler de coches.

Solo con pulsar un botón, se abrieron las puertas laterales de la furgoneta y, con un chirrido de engranajes mecánicos, bajó al suelo un elevador. Monté encima la maleta y solo necesité accionar otra tecla para subirla al interior. Tras sentarme en el asiento del conductor, introduje la dirección del lugar recóndito de la costa y me dirigí hacia allí.

Estaba nerviosa por si veía a alguien, algún amante de la naturaleza dando un paseo nocturno o alguna pareja enrollándose en el puente pero, cuando aparqué, estaba completamente a oscuras y no se oía nada que no fueran las olas cercanas del mar. Sirviéndome de la linterna de mi móvil, bajé a Stephanie con el elevador e hice rodar la maleta hacia el puente.

Había tanto silencio y estaba tan vacío que sentí un hormigueo por la espalda mientras me acercaba. ¿Y si alguien se me echaba encima y me hacía algo? Me estremecí, pero seguí poniendo un pie delante del otro.

El puente tenía barandilla; sin embargo, los listones de madera no llegaban al suelo y había por debajo un hueco grande. Moví la

linterna hacia el agua y traté de adivinar la profundidad. Era una laguna adyacente a la zona principal de la costa y me parecía bastante honda. Tendría que servir.

Gracias a Dios, la maleta puesta de lado pasaría por debajo de la barandilla con bastante facilidad. Me habría resultado imposible levantarla y tirarla por encima.

Mientras colocaba en su sitio la maleta, se me ocurrió un golpe de gracia definitivo. Si alguna vez encontraban a Stephanie, las sospechas no recaerían sobre mí. La tarjeta de la habitación de Trent y su pañuelo bordado seguían en mi bolsillo. Los saqué, me fijé en una grieta entre los listones de madera del puente y los encajé allí. Lo suficiente como para que alguien que estuviese buscando de verdad diera con ellos, pero no tanto como para que cualquiera pudiera verlos ni a la luz del día.

Después coloqué el pie sobre la maleta y me preparé para empujar. Por un momento noté remordimiento, culpa e incluso un poco de tristeza. Pero entonces, recordé que mi vida estaba a punto de empezar. Ojo por ojo. Tenía que deshacerme de esa mujer para convertirme en la que yo estaba destinada a ser. ¿Y me sentía mal? Claro, un poco, pero se trataba de una desconocida de un avión, no una amiga.

—Adiós —susurré en la oscuridad.

Hicieron falta varios empujones y patadas para mover la maleta, que debía de pesar casi ciento cuarenta kilos en ese momento, pero por fin cayó a la laguna con una enorme salpicadura de agua y se hundió hasta el fondo.

Volví corriendo a la furgoneta, me subí, temblando no de frío, sino por la adrenalina. Durante un instante apoyé la cabeza en el volante

y el cuerpo me tembló descontrolado, pero no había tiempo que perder. Me quité los guantes y volví a concentrarme. Tenía cosas que hacer.

Fui de nuevo al Walmart y esa vez compré el tinte de pelo más negro posible. Iba a necesitarlo pronto. Volví a mi motel del principio, dejé el tinte en la mesa, organicé la ropa que me quedaba y la amontoné en la cama. Miré la camisa de franela roja que le había robado a Glenn. Ya no la necesitaba. Iba a ir a sitios en los que hacía calor y quería que cada resto de él desapareciera de mi vida, así que metí la camisa en mi maleta de ruedas más pequeña, la llevé a la furgoneta y encontré una manzana más allá un viejo contenedor donde tirarla, con la camisa en su interior.

Detuve el vehículo en el aparcamiento de una tienda con un cajero automático que se encontraba en un rincón bastante oscuro, saqué la tarjeta de débito de Stephanie de su bolso, busqué la clave en mi lista, e inserté la tarjeta. Su saldo era de 5.458,23 dólares. ¡Madre mía! ¿Quién tenía esa cantidad de dinero en una cuenta corriente? Emocionada, retiré el máximo que se me permitía de una vez, 3.000, y lo guardé en su bolso. Al día siguiente tendría 18.000 pavos de su dinero.

Miré su Apple Watch, que ahora estaba en mi muñeca, y vi que se acercaba el momento en que algunas de las personas que habían ido a cenar estarían regresando. Tenía que volver.

Conduje hasta el hotel y entré por la puerta lateral, subí esa vez por las escaleras para evitar el ascensor y, con cuidado, me asomé por la sexta planta para confirmar que estaba vacía antes de ir rápidamente hasta mi habitación.

Por suerte, lo peor ya había pasado. Había dejado pruebas en la habitación de Trent y en el lugar donde estaba el cadáver de Stephanie, y había hecho lo más importante de todo: deshacerme de ella. La habitación me parecía más aireada, más iluminada sin su presencia, y di unas cuantas vueltas mirándome en el espejo. Pensé en toda la ropa que aquella mujer tendría en Wisconsin. Seguro que su armario era impresionante. Me la imaginé viviendo en una mansión con lámparas de araña de cristal y un mullido sofá rojo, copas de vino en una alacena de cristal y un frigorífico lleno de rica y cara comida orgánica. Pero no podría volver nunca a Madison ni a ningún sitio cerca de allí. Debía irme al sur, a México. Tendría que vivir por el momento con la ropa que se había llevado a la conferencia.

Encendí la televisión y fui cambiando de canal; decidí darme el capricho de algunos artículos más de la nevera del hotel y prepararme un ron con Coca-Cola, y después me comí las palomitas y el cóctel de frutos secos que había. Me puse de nuevo la ropa de gimnasia de Stephanie para acostarme, me metí bajo las sábanas y decidí tomarme uno de sus somníferos para asegurarme de que descansaría. Lo había probado alguna vez donde Glenn y sabía que sentaba bien cuando se necesitaba.

Antes de caer frita del todo, me levanté para asegurarme de que el cartel de NO MOLESTAR seguía puesto y que el cierre adicional estaba echado. No como ella, pensé con una risita sardónica. Después apunté mi plan para el siguiente día: «Western Union, hacer las maletas y marcharme del hotel, volver al motel, empezar a dejar pistas a través de mensajes». Con mis siguientes pasos

dándome vueltas en la cabeza, me quedé profundamente dormida por primera vez en varios meses.

40

Jasmine

Dos días después del vuelo

Cuando me desperté eran las 6.30 de la mañana y mi mente se llenó de inmediato de planes. Tenía que empezar a dejar un rastro de migas de pan que condujera a la policía hasta Trent.

Mientras pensaba cómo hacerlo cogí el móvil de Stephanie para ver si tenía algún mensaje. Había uno del tal Robert. Cuando lo abrí, lo primero que vi fue una foto de un gato en una silla lamiéndose la pata. El mensaje decía:

Hola, mami. ¡Te echo de menos! ¡Nos vemos mañana!
Con cariño, Freddie (y tu cuidador de gatos favorito)

Ajá, así que Robert era la persona encargada del gato de la que me había hablado Stephanie. ¿Cuál debía ser mi siguiente paso? Mientras lo pensaba, llegó un segundo mensaje de él:

He abierto tu paquete. Es más grande de lo que creía.
Muchas opciones y ajustes.
Creo que te va a encantar. Te hará sentir genial.
¿Quieres que te lo deje al lado de la cama?

¿Qué narices quería decir eso? ¿Había comprado Steph un vibrador y le había pedido a su amigo que se lo llevara a casa? Era lo único que se me ocurría. ¡Qué escandaloso! ¡Una directora de informativos!

Mordisqueándome los dedos, me tumbé en la cama a pensar. ¿Qué sería lo más lógico decirle a un amigo para ganar algo de tiempo y tenderle una trampa a Trent? ¿Y qué decir del vibrador que el tipo que cuidaba de mi gato acababa de abrir? Me incorporé y empecé a redactar un mensaje. Después lo leí varias veces:

> ¡Gracias por la foto! Qué mono. Oye…, sé que esto es de lo más inesperado, pero he conocido a un tío estupendo en la conferencia y lo cierto es que voy a irme a su casa con él. ¿Puedes cuidar de Fred un poco más? Volveré a ponerme en contacto para avisarte de cuándo regreso. ¡Muchas gracias! Y respecto al paquete, adelante, ponlo en el dormitorio. ¡Puede que ya no lo necesite ahora que he conocido a este hombre, ja ja! Gracias.

No me parecía mal. Mencionaba la foto y el vibrador y luego dejaba claro que había conocido a un hombre, y ganaba algo más de tiempo. Respiré hondo y le di a enviar.

Su mensaje de respuesta fue casi instantáneo.

> Amiga, llámame ahora mismo. Quiero todos los detalles.

Evidentemente, no iba a llamarlo, pero mientras me seguía mordiendo las uñas, pensé en las ventajas e inconvenientes de responderle de nuevo con un mensaje. No quería revelarle demasiados detalles todavía ni interactuar mucho. Pasaron diez minutos y me volvió a escribir.

¡Ni se te ocurra ignorarme cuando tienes una noticia así!

Seguí sin hacerle caso y fui a darme una ducha. Cuando salí, tenía una llamada perdida suya y había otro mensaje.

No puedes soltarme una bomba y luego desaparecer, no, no. No es justo. ¿¿Quién es ese tío?? ¿Es guapo? ¿Es un director de informativos? ¿Tiene un buen culo? Al menos, dime su nombre y de dónde es.

«Dios santo, Robert, relájate», pensé mientras me secaba con una toalla y rebuscaba entre el resto de la ropa de Stephanie en el armario. Iba a decantarme por el vestido largo de flores. Todavía necesitaba tener su aspecto durante unos días para poder ir esa mañana a la Western Union y pasar al día siguiente por el arco de seguridad para ir a Atlanta.

Seguí sin hacer caso a Robert mientras usaba el maquillaje y el perfume de Steph, me ponía de nuevo su reloj y sus joyas, me vestía con su ropa, me colgaba su bolso, metía todo lo demás en su maleta de ruedas con cuidado, quitaba las sábanas de la cama lo mejor que pude para ayudar al servicio de limpieza, limpiaba el baño por el mismo motivo y esperaba pacientemente hasta saber que la conferencia había empezado y todos estarían en la sala escuchando a los ponentes hablar de temas que seguía sin entender.

Era el momento de usar la puerta lateral por última vez. No iba a regresar allí nunca más. Quité el cartel de NO MOLESTAR del pomo exterior y lo volví a colgar dentro.

Con todas las cosas de Stephanie en su maleta, además de las pocas que yo había comprado, fui por el pasillo hasta la escalera y, como el equipaje no era pesado, bajé andando esa vez hasta el

vestíbulo. Salí por la puerta lateral, fui a la furgoneta y conduje unos kilómetros hasta la Western Union. Tras una corta espera en la cola, solo tuve que presentar la identificación con la foto de Steph y su tarjeta de crédito y dar mi contraseña como medida de seguridad adicional. Me entregaron cinco mil dólares de cada cuenta y salí con quince mil en efectivo.

Quería deshacerme de la furgoneta, así que la dejé en la agencia de alquiler de coches y pedí un Uber para volver al motel, diciéndole al conductor que se detuviera en un establecimiento de comida rápida para coger algo de almuerzo. Así no tendría que volver a salir.

Despojarme de cada una de las herramientas que me habían llevado hasta aquel punto y seguir adelante con mi plan me hacía sentir genial. Coche entregado, dinero conseguido, sin cadáver, con las pruebas colocadas. Lo estaba haciendo bien. De vuelta en el motel, conté todo mi dinero: los dieciocho mil dólares de las cuentas de Stephanie más un poco que todavía me quedaba de servir cócteles en Madison.

Los billetes quedaban estupendamente esparcidos por el edredón fino y barato de la cama del motel. Mientras me comía unos tacos de Taco Bell, pensé que pronto estaría disfrutando de comida mexicana de verdad. Me fijé en el teléfono de Steph. Vi que tenía dos llamadas perdidas más de Robert y recordé que no le había contestado a sus mensajes de la mañana en los que me pedía más información. A lo mejor era el momento. Actuando todavía como la feliz y enamorada Stephanie, escribí:

> ¡Hola! Perdona que no te haya contestado. Un día de lo más ajetreado aquí en la conferencia. Él es impresionante. Se llama Trent McCarthy y

es de Atlanta. Nos hemos caído de maravilla y solo quiero disfrutar de esto. ¿Me das una semana?
Voy a volver a Atlanta con él. ¡Te enviaré fotos!

Las fotos formarían parte de las pruebas documentales para la policía.

Vaya, ¿te has convertido en la Reina del Nilo? Por supuesto que cuidaré de Fred. Pásalo en grande y llámame cuando Trent no te oiga. ¡Quiero hablar contigo! Necesito. Cada. Puñetero. Detalle.

No respondí. Cogí el teléfono de Steph y llamé a United Airlines para pedir ir exactamente en el mismo vuelo que Trent. Todavía lo tenía memorizado del papel de su habitación de hotel.

—Tiene suerte, solo quedan un par de asientos —dijo la agente—. Esa ruta se llena rápido.

—Me conformo con lo que sea —respondí—. Me llamo Stephanie Monroe y tengo la tarjeta de crédito aquí mismo.

En nada de tiempo lo habíamos reservado. Me eché en la cama y di patadas de alegría, aguantando las ganas de gritar a la vez. Estaba yendo todo de puta madre.

El resto del día y de la noche me quedé en el motel, pues no quería llamar la atención. Tenía el dinero y había elaborado el plan, pero para asegurarme de no cometer errores, me hice un resumen usando los folios y el bolígrafo del motel. Las dos cosas me parecían más baratas que sus versiones del otro lugar en el que se había alojado Stephanie. Allí, el boli pesaba y el papel era grueso. Te hacía sentir importante cuando escribías. En el motel, era un Bic que parecía como si lo hubiesen mordido por el extremo y le faltaba el

capuchón. Las hojas eran finas, de una textura casi áspera. Otra forma en la que el sistema de clases de Estados Unidos recompensaba a gente como Stephanie, Trent, Allison y Drake, y se preocupaba menos por personas como yo. El papel higiénico era otro ejemplo. En el Hilton era suave y mullido. En el motel casi no quería ni usarlo, de lo cutre que era.

Bueno, yo iba a subir de clase social pronto, eso lo tenía claro. Traté de imaginar cómo me percibiría la gente en México. Tendría ropa y joyas bonitas y olería a perfume italiano. Sonreí al pensarlo. Había llegado mi hora.

Hice una lista de los contactos del móvil de Steph: quiénes creía que eran y cómo iba a responder a cada uno. Para Robert sería que me estaba enamorando y que me iba a Atlanta. Para la gente del trabajo era un «ha surgido algo» más ambiguo, porque pensé que escaparme con un hombre podría parecerles raro de primeras. Para su hijo, simplemente iba a ser que iba a alargar el viaje. Él me provocaba un pellizco en el estómago. Sabía lo que era no tener una madre en tu vida, pero si tenía cerca un buen padre, seguiría estando mejor que yo. Lo superaría.

Luego estaba Raven. Necesitaba su ayuda con otra cosa: nueva documentación. No podía cruzar la frontera con el nombre de Stephanie. Lo echaría todo a perder. Volví a escribir a Raven y le ofrecí otros mil dólares para que me ayudara a conseguir un pasaporte falso para México.

¿Cuándo lo necesitas?

Cuanto antes. Es urgente.

¿Tienes pensado volver a Estados Unidos?
Las autoridades mexicanas no parecen tan exigentes como las estadounidenses. Si es solo de ida, puedo hacerlo.
Pero te costará dos mil dólares, no mil.

Me detuve antes de contestarle. Se trataba de un momento crucial en mi vida. ¿Volvería alguna vez al único país en el que había vivido siempre? La respuesta era claramente que no. Estaría mucho más segura en México y solo tendría que buscarme una vida nueva.

No voy a volver nunca.

Sentí el carácter definitivo de esas palabras al enviarlas.

Vale, entonces envíame una foto tuya delante de una pared que se parezca a una foto de pasaporte. No importa cómo tengas el pelo. Solo necesito tu cara y le diré a mi amigo que la arregle digitalmente. ¿Qué tipo de pelo quieres?

Clavé la vista en la caja del tinte para el pelo.

Pelo corto y moreno. Te pagaré en efectivo en persona cuando te vea.
Llego mañana.

Me coloqué ante la parte vacía de la pared del motel, con la pintura de un gris apagado, y me hice un selfi. Después se lo envié a Raven, que respondió con el pulgar hacia arriba.

No tenía mucho más que hacer hasta el día siguiente, así que pasé la mayor parte del tiempo tumbada en la cama llena de bultos mirando al techo, que estaba pintado de un aburrido beis y cubierto

de una textura que me recordó a las picaduras de mosquito. Se me ocurrió que debía asegurarme de que Glenn no hubiera hecho pública mi desaparición, así que entré en la página web de la cadena de televisión de Stephanie y busqué. No había noticias sobre mí, por suerte, pero había muchos vídeos tontos de cosas como una cría de jirafa del zoo o la feria del «Mundo de las bodas» en el centro de exposiciones ese fin de semana. ¿Quién subía ese tipo te de tonterías? ¿Se dedicaba de verdad alguien a ese trabajo? Busqué más, llegué a la sección de noticias nacionales y un titular me llamó la atención: «La clonación de voces con la IA va ganando popularidad».

Eso me trajo el recuerdo de algo que Anna me había enseñado.

—Mira esto —me dijo una noche después de cerrar apoyando los codos en la larga barra, con una bandeja de botellas de cerveza vacías y vasos sucios a su lado—. He grabado la voz de mi madre y la he metido en este software ¡y suena idéntica a la suya! Solo me ha costado cinco dólares y ha sido superfácil.

Pulsó primero el botón de reproducción del audio original y, después, la réplica. En el original, su madre hablaba de la receta de un guiso, pero en el falso le decía a Anna cuánto la quería.

—¿Cómo consigues que la voz falsa haga eso? —pregunté.

—Puedes escribir lo que quieras y la voz lo lee. Solo necesita aprender antes la voz y después puede decir lo que sea. Pero lo que sea, de verdad.

En ese momento me había reído sin más, pensando en lo raro que resultaría conseguir que la voz de mi propia madre contara lo que yo quisiera. A lo mejor podría decirme por fin que me amaba, que lamentaba la forma terrible en que me había tratado. Pero me había

parecido demasiado estrambótico y, en definitiva, poco satisfactorio, así que no había vuelto a darle muchas más vueltas hasta ese momento.

Rápidamente abrí el artículo de la web de Canal 3 y lo leí, fijándome en los detalles. Empezó a surgir otro posible paso dentro de mi plan. Intercambiarme mensajes con los amigos y familiares de Stephanie era una cosa, pero podía engañarlos de verdad si conseguía que su voz les dejara mensajes de audio.

Me incorporé en la cama y busqué en Google el nombre de Stephanie, pulsé en «Vídeos» y vi con alegría que aparecían varios: ella hablando en un evento del Rotary Club, ella en una ponencia en una universidad, incluso otro publicado por su propia cadena en la que leía una declaración sobre lo comprometidos que estaban con las noticias locales.

Ese fue el que se llevó la palma. Tenía el mejor audio, era el más limpio, y duraba como minuto y medio. Anna me había dicho que la muestra tenía que ser de al menos un minuto. No recordaba la web exacta que me había mencionado, pero el artículo de la página de la cadena de Stephanie nombraba varias y miré hasta encontrar una que tenía un mes de prueba gratis.

Subir su voz me llevó unos minutos y después la web me pidió que escribiera lo que yo quería que dijese la voz falsa. Planeé los distintos mensajes que pensaba enviar a Robert desde Atlanta, prolongando lo de que Steph estaba enamorada al principio y, después, en peligro.

Habría uno desde la casa de Trent, uno o dos durante la visita turística y otro desde la cadena de este. La clonación de voz podía quedar perfecta para alguno de ellos. Sería también más o menos el

momento en que yo estaría dejando las primeras pistas de que aquel no era el superhombre que yo me había imaginado, así que lo redacté en el programa para que lo leyera la voz de Stephanie: «Última parada: ¡La cadena de Trent! Es el jefazo de aquí y muy mandón conmigo. Me dice exactamente dónde debemos ir y qué debemos hacer y yo me limito a obedecer. ¡Hablamos pronto!».

Tras repasarlo varias veces me quedé satisfecha y pulsé «Crear». En pocos minutos la pista estaba lista. El corazón me latía con fuerza cuando pulsé para reproducirlo.

Joder, sonaba como Stephanie. No me lo podía creer. Me emocioné ante tantas posibilidades. ¡Quizá hasta llamara ella misma a Emergencias hacia el final de la historia con Trent!

A propósito de Trent, ya era hora de plantar la primera semilla con Anna. Necesitaba que creyera que yo también había conocido a un hombre maravilloso. Más tarde, esa relación daría a su vez un giro oscuro y yo moriría en su casa. Por el momento, había llegado la hora de responder a sus primeros mensajes sobre si me encontraba bien. Cogí mi teléfono.

Hola, Anna. Estoy mejor que bien.
He conocido a un tío estupendo que se llama Trent McCarthy.
Hace que me sienta segura y guapa.
¡Te daré más detalles cuando pueda!

Dios mío, Jasmine, eso es genial. ¡Me alegro mucho por ti!

¡Perfecto! Era una genia. Inundada de adrenalina por mi tremenda habilidad, me puse de pie en medio de la habitación del motel con

ganas de bailar. El móvil de Stephanie tenía Spotify y elegí una canción al azar.

Empezó a sonar «*My girl*» de The Temptations: «…*my girl, talking 'bout my girl*…» Síííííí… Qué tema tan bueno. Volando por la habitación en pleno éxtasis, iba cantando a viva voz aquellas palabras. No estaba segura de si la chica de la canción era yo o Stephanie pero, en cualquier caso, me sentía más viva de lo que había estado en muchos años.

41

Jasmine

El sábado después del vuelo

Monté en un Uber hacia el aeropuerto temprano para asegurarme de que Trent no se había ido pronto del hotel pensando en coger un vuelo distinto. De camino, envié un mensaje a Robert:

La conferencia ha terminado, voy para el aeropuerto.
¡Vuelo a Atlanta con Trent!

Otra miga de pan. Él me contestó pidiéndome más detalles, pero no le hice caso. En el aeropuerto tenía que ser Stephanie para pasar por el arco de seguridad y mostrar mi documentación, pero podría transformarme en cualquier otra después. Llevaba su bonita ropa y su bolso, y me quedé acechando en los rincones de la zona de venta de billetes con cuidado de que Trent no me viera.

Por fin llegó. No prestaba atención a nadie mientras se dirigía a la cola de seguridad con su maleta, la que contenía pelo y sangre de dos mujeres. Tenía también un portatrajes y yo sabía que estaba lleno de chaquetas, una de ellas con dos pares de bragas de mujer impregnadas de su semen. Esperé hasta que hubo pasado por el arco de seguridad antes de hacerlo yo. El guardia miró mi tarjeta de

embarque y mi identificación y me hizo un gesto para que avanzara sin ningún tipo de problema. Otro al que había engañado.

Una vez que pasé por el detector de metales, fui al baño más cercano para hacer de nuevo mi cambiazo en el cubículo de discapacitados. Me quité la ropa de Stephanie y me puse la mía, con la gorra de béisbol y las gafas incluidas. Me marqué los ojos con una exagerada sombra de ojos púrpura que los hacía parecer distintos, pero esa vez no me toqué el resto de la cara. Tenía otra idea: una mascarilla. Gracias, COVID. Había visto que las vendían en la tienda de regalos del aeropuerto. Eso me ayudaría a que Trent no me reconociera durante el vuelo. Compré varias por si acaso y me sentí más segura en cuanto me puse una. Solo asomaban mis ojos por debajo de la gorra de béisbol.

En la puerta de embarque me mantuve por detrás para evitar ser descubierta y embarqué de nuevo casi al final, con la mirada en el suelo mientras recorría la pasarela de acceso al avión. Al pasar por su fila de primera clase, oí su voz resonante. Presumía ante la mujer del asiento contiguo de regresar a casa tras una «conferencia exclusiva». Uf, no podía esperar a ver lo que le iba a caer encima.

Tras aterrizar en Atlanta, lo seguí por el aeropuerto a una distancia prudencial hasta la zona de recogida de pasajeros. Cuando entró en su Uber, cogí un taxi y dije: «Siga a ese coche, pero que no se note, por favor. Se lo recompensaré». El conductor asintió levemente y salió detrás del vehículo de Trent.

Durante el camino envié un mensaje a Robert de nuevo:

Aterrizados, vamos a su casa.

A continuación, envié otro a Raven y le dije que necesitaba que estuviera lista.

Ponte sexy y ven con alguna pastilla
para tumbar a un tipo corpulento de casi metro noventa,
que se sienta tan mal que tenga que quedarse
en casa un par de días.

Tengo justo lo que necesitas.

Pedí al taxista que me dejara a media manzana de donde Trent estaba bajándose para que no me viera; después fui sigilosamente hasta su edificio y envié a Raven la dirección. Saqué el teléfono de Steph e hice unas cuantas fotos del exterior para usarlas como prueba de que estaba allí.

Había un banco en la misma manzana y me senté a esperar a Raven, tratando con desesperación de no morderme las uñas para no parecer nerviosa. Llegó en un Uber al cabo de treinta minutos con un abrigo de cuero negro por encima de una blusa blanca ajustada que le dejaba a la vista el escote, y llevaba pintados los labios de un rosa llamativo. Siempre había sido guapa, pero estaba de lo más atractiva. Le di un abrazo largo.

—No sabes lo mucho que esto significa para mí —le dije entusiasmada—. Gracias.

—Lo que necesites, hermana. ¿Dónde está ese asqueroso?

Señalé hacia el edificio.

—Entonces, quieres que lo siga hasta un bar, que finja que le tiro los tejos, que le meta en la copa algo que le siga haciendo efecto

mañana y que me largue de allí, ¿no? No tengo que acostarme con él, ¿verdad?

—Dios, no. Yo no te haría eso —contesté—. Sí, así es. Es lo único que tienes que hacer.

—Pan comido, Jazzy —dijo—. Tu pasaporte llega mañana.

—Eres la mejor —respondí—. Aquí está la mitad del dinero. Te daré la otra mitad cuando tenga el pasaporte.

Metí la mano en el bolso, pero ella alargó el brazo para detenerme.

—Aquí no —susurró mirando a su alrededor.

Un hombre con un caniche en los brazos y vestido entero de púrpura iba andando por la calle. Nos miró con las cejas levantadas, pero siguió su camino.

—Puedes pagármelo todo de una vez.

Saqué la mano del bolso y traté de recuperar una pose despreocupada. Esperamos otro poco. Al menos, ese rato en el banco me dio la oportunidad de ponerme al día con mi amiga.

—¿Y a qué te dedicas ahora, Raven? ¿Te gusta Atlanta?

—Es como cualquier otro sitio, bueno y malo. Hago lo necesario para ganar dinero… y para no ir a la cárcel —se rio—. He estado una vez. Haré lo que sea por no volver, lo que sea. Vendería a mi propia madre si fuera necesario. No es fácil ganarse la vida, pero encuentro la manera de hacerlo. Hay que ir un paso por delante de los polis, ¿sabes?

—Desde luego —contesté, y nos quedamos charlando en el banco unos minutos más.

Le conté que había dejado a Glenn y que había robado la identificación de Stephanie. No le desvelé lo del asesinato, pero le

dije que quería tenderle una trampa a Trent por ciertos motivos. Ella asintió.

Por fin, salió Trent. Se había cambiado después del vuelo, pero seguía teniendo ese pelo de aspecto grasiento y peinado hacia atrás.

—Ahí está —susurré agarrándola del brazo. Él giró a la derecha—. ¡Vamos!

Nos pusimos de pie y lo seguimos desde cierta distancia. No fue muy lejos. Llegó hasta el bar de la esquina y entró. Sabía que haría algo así. No era de los que se quedaban en casa un sábado y era evidente que estaba soltero, así que tenía bastante claro en qué consistiría su noche.

—¿Has traído la pastilla? —pregunté a Raven cuando estábamos a pocos metros del bar.

—Claro. No soy ninguna aficionada. —Me sonrió—. Saldré en menos de una hora, eso es lo que calculo. Ve a buscar un motel, Jazzy. Te enviaré un mensaje cuando termine.

Y desapareció. Estaba oscureciendo y refrescando un poco y lo del motel sonaba agradable. Encontré uno cerca y llamé a un Uber. Estaba a solo dos minutos de distancia, las ventajas de las grandes ciudades, y estuve instalada en el motel enseguida.

Había una cosa más que tenía que hacer al día siguiente para completar las pruebas de mi ficticio viaje a Atlanta, así que no podía cambiarme el pelo todavía. Pero dejé el tinte junto al lavabo. Me tocaría pronto.

Me senté en el borde de la cama y esperé nerviosa el mensaje de Raven. Tardó poco más de una hora.

Hecho. Mañana se va a sentir como una mierda.

No saldrá del baño y menos aún de casa.

Y tienes razón. Menudo cretino.
Quería que me acostara con él esta noche.
El típico ligón, vaya pringado.

Eres increíble. Gracias. Un último favor.
Necesito hacerme unas fotos de la ciudad
para probar que he estado aquí,
pero tienen que ser desde atrás.
¿Puedes ayudarme mañana?
¿Algún sitio turístico?

El Parque Olímpico del Centenario estará bien.
Puedo verte allí a las doce. Es donde van todos los turistas.
No sé por qué. No es más que un parque
con aros olímpicos y unas cuantas fuentes,
pero típico de Atlanta, desde luego.

Reaccioné al mensaje con un corazón y le dije que volvería a hablar con ella al día siguiente.

42

Jasmine

El domingo después del vuelo

El domingo por la mañana empezó con un mensaje de Robert. Ese hombre era incansable.

Las mentes curiosas quieren saber ¿¿cómo ha ido la primera noche con Trent?? Cuéntamelo todo, por favor.

El mensaje acababa con uno de esos emoticonos que parece estar pensando algo.

Todavía tenía que hacerle creer que estaba siendo un comienzo estupendo, pero también dejarle claro que Trent no saldría ese día a la calle. Lo que era cierto, gracias a la pastilla que Raven le había dado, pero quería que la policía creyera que estaba en su casa viviendo un tórrido romance con Stephanie, así que escribí:

Hasta ahora muy bien. Quiere que hoy nos quedemos en casa todo el día para conocernos mejor.

Robert contestó con varios corazones.

¡Qué bien suena!

Mi plan estaba saliendo a la perfección. En ese momento él todavía creía que su amiga estaba enamorada.

Al cabo de una hora sonó un mensaje de alguien que se llamaba Diana.

¿Lista para vernos? Estaré ahí en una hora.

¿Quién era esa y dónde se suponía que tenía que verla Stephanie? En fin, daba igual, tendría que hacerla esperar como a los demás.

Lo siento, tengo que retrasarlo. Ha surgido algo.
Estaré fuera de la ciudad una semana.

¿Qué estás diciendo? Estás de broma, ¿no?

No es broma. Llámame en una semana.

Me empezó a sonar el móvil. Una y otra vez. El nombre de Diana. «No, gracias, amiga». Seguí sin contestarle hasta que por fin dejó de llamar.

El resto del día lo dediqué a preparar el terreno para otras pruebas documentales. Empecé a explorar el barrio de Trent. Saber que iba a estar enfermo en su casa todo el día me daba la libertad de recorrer la zona que era conocida como Peachtree Village. Había una cafetería cerca que se llamaba Peaches and Cream. ¿En Atlanta todo tenía los mismos nombres? Pedí dos cafés con leche, los coloqué en una mesa junto a una ventana y saqué varias fotos bonitas para que pareciera que dos personas tomaban un café juntas. Los cafés venían en unas tazas de colores llamativos con imágenes de grandes

melocotones en el lateral, lo que hacía que resultaran de lo más características.

Después busqué la cadena de televisión de Trent y fui en Uber hasta allí para hacer una foto del exterior con el logo de la NBC. Luego me detuve en una tienda para comprar la taza más hortera que encontré, con la leyenda «Recuerdo de la caliente Atlanta» impresa, le hice una foto y se la envié a Robert como una prueba más de que Stephanie le estaba escribiendo y que estaba allí.

Por fin, me encontré con Raven en el Parque Olímpico del Centenario y le pedí que me sacara unas fotos desde atrás en las que saliera mi cabeza, con las fuentes de fondo para que cualquiera que conociera Atlanta supiera qué sitio era. Mi pelo parecía el de Stephanie, el mismo color, el mismo corte básico, y había usado su plancha del pelo para definir mejor mis rizos más planos y que se parecieran más a los de ella. Me puse su chaqueta de color crema y su sombrero.

Una vez realizadas esas tareas, por fin podía cambiarme el pelo y lo hice esa noche al volver al motel, tiñéndolo de un negro intenso y cortándomelo todo lo que pude. «Adiós para siempre, Stephanie», pensé mientras los últimos mechones caían por el desagüe. Ya no necesitaba seguir siendo ella.

Mirándome en el espejo del motel, me giré a izquierda y derecha. El corte me quedaba bien y mi piel clara contrastaba con el pelo negrísimo. El nuevo aspecto necesitaba, en mi opinión, de un lápiz de labios rojo fuerte, y comprar un vivo color rojo serviría también como una derrota definitiva de Allison y del recuerdo de su tono. Con cada uno de los pasos de ese viaje la iba dejando más atrás.

Fui andando a la farmacia CVS más cercana y decidí darme un capricho y comprar la marca más cara que tenían. Me lo merecía. Eché al carro más guantes de goma y toallitas limpiadoras. Al pasar por la sección de viajes, me fijé en un portapasaportes de tela de los que se colgaban al cuello. Lo cogí junto a una loción y un champú de tamaño viaje. Vi un cesto de tatuajes temporales junto a las cajas registradoras y cogí varios, pensando que me servirían para mi transformación. Podía ponerme uno en la clavícula y otro en una muñeca, sitios evidentes que mencionaría alguien que me identificara. Y para completar el disfraz por última vez, me puse mis gafas de John Lennon de nuevo. Parecía una punki en lugar de una ejecutiva de informativos, y me encantaba.

Usé algo del dinero de Steph para regalarme una excursión al centro comercial y comprar prendas que me gustaran con tejidos de mejor calidad que la que había tenido nunca mi ropa. Sus tarjetas de crédito de tiendas que iban desde Sephora hasta J. Jill o Macy's me hicieron muy feliz y las usé hasta que echaron humo.

También añadí una bolsa de lona y una maleta de ruedas a mi colección. La de Steph la tendría que dejar cerca de la casa de Trent. Si alguien la encontraba pensaría que era una prueba más de que él le había hecho algo y la había tirado. Ahora que yo ya no iba a ser ella, no me podían ver viajando con su equipaje.

Por último, fui a algunas tiendas de segunda mano. Podía decir adiós a la chica del parque de caravanas, pero no a la de las tiendas de ropa usada, pensé riéndome por lo bajo, y volví cargada con más prendas aún, incluido un gorro negro de lana y un pasamontañas. Los iba a necesitar.

Me di el capricho de una cena en un italiano cerca del motel y pedí más vino, pasta, ensalada y pan de ajo de lo que había tomado nunca, así que me fui a la cama con el vientre calentito y lleno. Por primera vez en mi vida sentía que tenía dinero para gastar sin necesidad de preocuparme. Era increíble y no me entraba en la cabeza que hubiese tardado décadas en encontrar el modo de experimentar esta sensación. Estaba muy acostumbrada a llegar apenas a fin de mes y que a todos los que me rodeaban les pasara lo mismo.

El lunes por la mañana me desperté con un mensaje de Bruce.

¿Vas a llegar tarde? ¿Necesitas que empiece yo la reunión?

Parecía que no me había equivocado al pensar que era un compañero de trabajo. Estaba pensando qué responderle cuando vi que estaba llamando al teléfono de Steph. No mucho después, recibí otro mensaje suyo:

¿Todo bien? Nos tienes un poco preocupados.
Están preguntando por ti. ¿No se suponía que volvías hoy?

Vale, estaba claro que Bruce era otra persona de la que me tendría que encargar: eludirla, pero también dejarle una o dos pistas. Después de levantarme, ducharme y vestirme pensé en qué responder y, a continuación, me senté junto a la ventana de mi habitación, que daba al desabrido aparcamiento, y escribí lo que esperaba que fuera un mensaje de «déjame en paz un tiempo»:

Hola, perdona por avisar tan tarde. Ha pasado algo inesperado en la conferencia y he tenido que ir a Atlanta. Voy a necesitar estar libre toda esta semana. Puede que más, pero te iré informando. Gracias por adelantado.

Aquello me seguiría situando en Atlanta, pero no le enfadaría ni levantaría sospechas como habría podido pasar si le hubiera dicho sin más que me había escapado con un hombre. Cada persona debía tener su propia pista que se adecuara al contexto de la relación de Steph con ella. Seguía creyendo que para sus compañeros de trabajo debía ser algo distinto que para amigos como Robert. Al menos, por el momento. Al cabo de unos minutos, recibí una respuesta de Bruce.

Esto es de lo más repentino, Stephanie. ¿Puedes contarme algo más? Puedo dirigir yo la redacción, pero tenemos muchas cosas esta semana y yo me voy el jueves y el viernes, ¿recuerdas? ¿Quieres cambiar también la reunión de las elecciones?

Empecé a escribir y después me detuve y empecé a escribir de nuevo. Podía notar su enfado, pero si Stephanie era su superior, ese tipo estaría a sus órdenes en cierto modo. Tendría que obedecerla. Me metí en mi mejor personaje de jefa y escribí:

No te preocupes. Estoy bien. Sé que es repentino, pero a veces las cosas surgen de pronto. Por favor, aplaza la reunión.

Poco rato después llegó su contestación:

Vale. ¿Tienes un momento para que podamos hablar por teléfono? Si vas a estar fuera toda la semana hay cosas que deberíamos tratar.

De nuevo, probé con varias respuestas, pero las borré. Se me ocurrió una cosa: la clonación de voz. Le enviaría un mensaje de audio, una prueba sólida de que era Stephanie la que respondía. Volví al programa con el que había estado jugando la noche anterior y escribí lo siguiente en el sistema para que lo dijera su voz: «No, la verdad es que no tengo un momento. Por favor, no te pongas en contacto conmigo hasta la semana que viene. Voy a estar muy ocupada».

Después se lo envié a Bruce. Pasó un minuto sin ninguna respuesta. Podía notar su confusión y fastidio. Por fin, se limitó a responder con el icono del pulgar hacia arriba. Estupendo. Me lo había quitado de en medio por un tiempo.

Llegó a mi teléfono un mensaje de Anna:

Glenn se está poniendo raro, pero Raven me va a ayudar.

Qué coincidencia. No pude evitar responder:

¿En serio? A mí también me está ayudando con algo.

Anna respondió enseguida:

¿Con qué te está ayudando?

Probablemente había hablado más de la cuenta. No respondí.

Alguien llamado Dave Jenssen empezó a llamar y a dejarle mensajes a Steph. Por el tono de su voz, supuse que era su superior, pero no me gustaron sus exigencias, muy parecidas al modo en que Glenn me hablaba a veces. No dejaba de insistir en que Stephanie lo llamara al momento para explicarse. Miré al teléfono haciéndole una peineta con el dedo y decidí no tener ningún contacto con él. Que se revolviera en su propia rabia durante un tiempo.

Luego fue Robert, el vecino y cuidador del gato. Él iba a ser el receptor del filón principal, la avalancha completa de fotos que demostraran que Stephanie estaba con Trent y que luego podría utilizar la policía. Las fui mandando a lo largo del día.

Aquí está la casa de Trent.
Búscala en la web de Zillow.
Es preciosa por dentro.

Incluí la foto del edificio de estuco blanco y añadí la dirección exacta de Trent como prueba adicional. Robert respondió:

Ah, el nidito de amor. Muy bonito.

Al cabo de unas horas, le envié la foto de los cafés, las dos tazas juntitas que evocaban imágenes de dos personas enamoradas que han salido a tomarse algo.

Visitando los locales del barrio de Trent,
el Peachtree Village.
Es una zona muy animada.

Respondió:

L'chaim, l'chaim, to life!

No tenía ni idea de lo que significaba aquello, así que no hice caso.

Esa tarde le hice llegar dos fotos más y el audio con la voz falsa. La primera foto era la que Raven me había hecho, en la que estaba mirando al Parque Olímpico del Centenario, con las fuentes borboteando delante de mí.

Es un guía turístico estupendo,
me está llevando por toda la ciudad.

A continuación, me puse con el audio de la foto de la cadena de televisión. Quería dejar la primera semilla de que Trent no era lo que se dice un tipo estupendo, así que envié la foto de los estudios y el audio falso: «Última parada: ¡La cadena de Trent! Es el jefazo de aquí y muy mandón conmigo. Me dice exactamente dónde debemos ir y qué debemos hacer y yo me limito a obedecer. ¡Hablamos pronto!»

Llegó la contestación:

Me alegra oír tu voz. Pásalo genial. Fred está bien.

Síííí. Se lo había creído. Le envié un último mensaje con la foto de la taza hortera de «Recuerdo de la caliente Atlanta» unos veinte minutos después.

Tu regalo de mi viaje.

¡Qué divertida! Gracias.

Sonreí. Después llegó un mensaje de alguien que se llamaba Lucy:

Me han dicho que estás fuera esta semana. ¿Cambio entonces esa reunión con Mark R.? Va a quedarse muy decepcionado, pero estoy segura de que lo superará.

Otra compañera de trabajo. Uf. Iba a tener que actuar como si hubiera que cambiar la fecha de otra reunión. Esperé una hora aproximadamente y después respondí:

Sí, por favor, cambia la reunión con Mark R.

Lucy respondió:

Mark R. dice que lo llames en cuanto puedas. Te echa de menos.

Aquello me pareció raro. ¿Estaba teniendo Stephanie una aventura con Mark R.? ¿Por qué decía Lucy que la echaba de menos? No sabía cómo contestar, así que no lo hice, con la esperanza de que Lucy desapareciera. Pero llegó un tercer mensaje de ella:

¿Estás pasando de Mark R.?
Sabes que se va a convertir en Hulk, ¿no?

No iba a responder a eso, así que tampoco le hice caso. Pero esa noche pensé que debía tratar a Lucy igual que había hecho con su otro compañero de trabajo, Bruce, y actuar como la jefa que era. Esa gente tenía que obedecerme, ¿no?

Estoy muy ocupada esta semana. Ya te he pedido que cambies la reunión. Estaré de vuelta la semana que viene.

Dios, qué pesados. «Dejadme en paz, joder». Podía quedarme más tiempo en donde fuera si quería. Era lo que hacían las jefas, lo que se merecían.

Esa noche, Raven vino a mi habitación del motel con el pasaporte. Su contacto me había cambiado digitalmente el pelo y se correspondía casi a la perfección con lo que yo me había hecho. El pasaporte me pareció auténtico. Me prometió que con él podría cruzar el puesto de control de México.

—El mejor sitio para cruzar es cualquiera por donde puedas hacerlo andando —me aconsejó, sentada al borde de mi cama del motel—. Son mucho más recelosos con los coches. San Diego es un buen sitio. Puedes tomar el tren ligero hasta la frontera y pasar directamente andando a Tijuana. Yo lo he hecho. Normalmente solo hay un vigilante mexicano y apenas te miran el pasaporte. Confía en mí, están encantados de recibir a gente en su país. No como en el lado estadounidense, donde tienen un montón de controles fronterizos, perros que olfatean en busca de drogas, detectores de metales, linternas y microscopios especiales para asegurarse de que los pasaportes son auténticos… El paquete completo. No vuelvas a Estados Unidos, Jasmine. Es demasiado peligroso.

—No lo haré —le prometí.

Y lo decía en serio. Abrí de nuevo el pasaporte y me sorprendió ver el nombre: Erica Birchfield.

—¿Por qué Erica? —pregunté.

—A mi amigo le gustan los huracanes. Tú has sido la quinta falsificación que ha hecho este año, así que tu nombre empieza por E. En cuanto al apellido, tiene un software que los elige al azar.

—Entiendo —contesté, y le di los tres mil dólares de mi dinero ganado con tanto esfuerzo.

—En fin —suspiró—. No creo que nos volvamos a ver en un tiempo. No deberías contactar conmigo ni yo contigo. Pero que sepas que estoy de tu lado. ¿Te acuerdas de esa ciudad de la clase de español en el instituto? Quizá deberías buscarla. Puede que incluso intente irme allí algún día.

—¡Puerto Escondido! —exclamé con alegría por el recuerdo compartido—. Sí que me acuerdo. A lo mejor pruebo allí. O sea, ¿por qué no? Es un sitio tan bueno como cualquier otro. Te buscaré. Gracias, Raven. Me has ayudado con esto y… con otras cosas. Ya sabes a qué me refiero, aquello de… la fiesta de Halloween… Lo que te conté en el campo de béisbol… Quiero que sepas que te lo agradezco.

—Sí… —Hizo una pausa—. Que sepas que nunca le hablé a nadie de eso, ni siquiera a Anna. Fue de verdad, ¿no? ¿No me estabas tomando el pelo?

Sentí un nudo en el pecho y la garganta y bajé los ojos al suelo. No había necesidad de mentir a Raven. Era mi amiga. Además, me iba a ir del país.

—Fue de verdad —dije con tristeza—. Tú eres la única que lo sabe. Llevo pensando en eso veintisiete años. No quería hacerlo, lo

juro. Ocurrió sin más. Fue algo como repentino.

—Esa zorra se lo merecía —contestó ella—. Ojalá hubiese ido yo a la fiesta y te hubiera ayudado. ¿Sabes lo más raro? Hace unos años me tropecé con el hermano de Drake en un bar, estando en Madison. Me dijo que su hermano era inocente. Al parecer, la familia sigue tratando de averiguar la verdad después de tantas décadas. Yo le dije que no tenía ni idea. Tampoco es que fuera a decirle nada a alguien de Maple Hills. Menuda panda de pijos gilipollas. No te preocupes, Jazz. Tu secreto está a salvo conmigo.

Nos abrazamos y, de repente, se me llenaron los ojos de lágrimas. La amistad entre mujeres era algo muy bueno y yo la iba a abandonar para irme a un país en el que nunca había estado. Por un momento fugaz pensé si debía cancelar toda esa parte del plan y preguntar a Raven si podía quedarme con ella en Atlanta y conocer su mundo, pero sabía que tenía que empezar de nuevo. Aunque había bloqueado a Glenn para que no se pusiera en contacto conmigo, la idea de que organizara a todo un equipo de búsqueda o cogiera ese rifle de caza de la pared seguía haciendo que el miedo me corriera por las venas.

México era mi verdadera libertad. ¿Volvería a San Diego para cruzar por allí? Qué irónico, regresar a la escena del crimen para completar mi huida. A lo mejor debía. A lo mejor no. Quizá Texas fuera mejor opción. Estaba más cerca de Atlanta.

Pero lo primero era seguir lanzando algunas pistas a Robert de que las cosas con Trent se estaban poniendo feas. Después echaría suficiente leña al fuego para que él llamara a la policía. También necesitaba ir por la noche a enterrar la cartera y el teléfono de Steph, además de mi propia cartera, en el patio trasero de Trent

para que pareciera que lo había hecho él mismo. Ahora que yo era Erica, ya no la necesitaba. El móvil lo tiraría en algún sitio cerca, pero no allí. Tenía demasiados mensajes incriminatorios con Raven y demasiadas búsquedas en Google, como *rigor mortis*. Decidí que lo rompería como fuera y dejaría los trozos en un contenedor. Podía comprar uno de prepago, de eso estaba segura. Las carteras y los teléfonos de ambas tenían que terminar allí, en Atlanta, para que la policía los localizara y viera que su última señal era en casa de Trent o cerca de ella.

Estaba entrando en la fase final de mi plan de huida y todo seguía saliendo bien. En cuanto al dinero que había retirado de las cuentas de Steph supuse que la policía pensaría que era porque Trent la había convencido de que sacara dinero para después quedárselo. Más pruebas, un móvil para el asesinato. Un tipo divorciado que se ve presionado por su ex para pagar la manutención de sus hijos. Todo tenía sentido. Como un ardid más, volví esa noche a un cajero cerca de la casa de aquel tipo y retiré dos mil dólares más de la tarjeta de débito. Con eso cubriría parte de mis gastos con Raven y parecería como que Steph estaba sacando más dinero durante el tiempo que pasaba con Trent.

Planeé también pasarme por una tienda de jardinería para comprar una pala. Le diría a la persona de la caja registradora que estaba deseando que empezara la temporada de arreglos de los jardines.

El martes me desperté muy temprano, decidida a enviar unos cuantos mensajes más a Robert, algunas pistas más de que Trent se estaba volviendo controlador y yo empezaba a asustarme. Comencé con esto:

Te escribo esto mientras Trent duerme.
Creo que voy a volver a casa antes de lo que esperaba.
¿Recuerdas que te dije que era un poco mandón?
Pues la verdad es que me gritó anoche. Me asustó.
Le salió la rabia de repente. No le gusta que me ponga en contacto con mi gente. Te llamaré en cuanto pueda.

Dios mío, ¿estás bien?
¿Qué está pasando? ¿Necesitas ayuda?

Esperé para darle tiempo a que su pequeña preocupación fuera a más. Sus siguientes dos mensajes estaban llenos de pánico:

Steph, responde, por favor.

Seguido al poco rato de:

Si no me respondes pronto voy a llamar a la policía.

No podía dejar que eso pasara taaaan pronto. Pronto, pero no ya. Le respondí:

Estoy bien. No pasa nada por ahora.
Esta mañana parece que se ha calmado.
Pero voy a reservar un vuelo. Estaré en contacto.

¡¡Vuelve a casa ya!!

Estaba preocupado de verdad por Stephanie. Qué ricura. Me pregunté si estaría enamorado de ella. Deseé tener yo alguien así en mi vida. Volvió a escribir:

¿Te puedo llamar? ¿Puedo hablar contigo?

Contesté elevando el tono siniestro:

No, ahora mismo no. Tengo que cortar. Ya viene.

Pensé que esas frases podrían parecer como sacadas de una película de miedo, cuando el monstruo se acerca. Eran perfectas. Seguiría tendiéndole trampas más tarde.

Un par de horas después, tras el triunfo en la tienda de jardinería, seguía sentada con las piernas cruzadas en la cama de la habitación del motel, buscando en internet pasos de la frontera cuando tuve que encargarme de nuevo de los compañeros de trabajo de Stephanie con su teléfono. Lucy, la que me había escrito para hablarme de Mark R. volvió a escribir:

Han llamado Susan y Frank y necesitan hablar contigo.
¿Qué les digo?

Debía de tratarse de más personas con las que se suponía que Steph tenía que reunirse esta semana. Era una jefa ocupada, de eso no había duda.

Diles que no estoy en la ciudad.

No hubo respuesta. Bien. Esperaba que hubiese captado el mensaje. Al cabo de una hora, otro mensaje de Lucy. Suspiré al ver su nombre otra vez.

Tu hermano ha pasado para invitarte a comer. Como estás fuera, ha dicho que te llamará para quedar en algún momento.

Lo que me faltaba, me iba a llamar un hermano. Respondí.

Vale, gracias.

Esperaba que toda esa gente del trabajo terminara desapareciendo. Necesitaba centrarme en Robert. Era él quien tenía el rastro de las pruebas.

Empecé a ver de nuevo los puntos que indicaban que Lucy estaba escribiendo y entrecerré los ojos mientras soltaba un suspiro más fuerte. ¿Qué más quería?

Sé que tienes un par de hermanos.
Este era el más joven.
He olvidado su nombre, ¿cómo era?

Joder, ¿qué hacía? ¿Debía inventarme un nombre? Si ella se había olvidado de cómo se llamaba yo podría irme de rositas. Pero ¿y si comparaba información con alguien y averiguaba que no era ese? Decidí fingir que no había visto el mensaje y no contesté.

Al cabo de diez minutos, llegó otro:

Empezaba por A, ¿no? Es que no lo recuerdo.

«Déjame en paz», pensé, y no respondí. Pero solo cinco minutos después llegó el tercero:

Steph, ¿estás bien?

Empecé a morderme mis uñas ya casi inexistentes. ¿Por qué me preguntaba eso?

«Piensa, Jasmine, piensa. Piensa, Erica, piensa». Mi primera duda era si responder o no a Lucy. Si le decía que estaba bien, ella podría insistir en lo del nombre del hermano. Si no le contestaba probablemente se preocuparía.

Me fijé en el pasaporte falso que estaba en el escritorio, al otro lado de la habitación.

Allí estaba mi escapada.

A lo mejor el momento era justo ese, ya mismo. Podía adelantar todo mi orden cronológico antes de que Lucy se preocupara de verdad y llamara a la policía. En un principio, yo había planeado continuar con las pistas para Robert, pero los mensajes de Lucy estaban haciendo que me replanteara todo.

Cogí el teléfono de Steph y decidí que tendría que conseguir que Robert pensara que ella se encontraba en una situación de peligro en ese mismo momento. Era la única salida. Ya había puesto los cimientos; había llegado el momento de reforzarlos. Redacté lo que esperaba que fuera un mensaje aterrador para que lo leyera un amigo y lo envié:

Robert… Me ha pegado, me ha pegado con fuerza.
Tengo miedo. Creo que me va a matar.

Al principio no pasó nada. Me pregunté si lo habría recibido, pero al cabo de unos minutos, Robert trató de llamarme una y otra vez. No contesté. Era mejor hacer que creyera que estaba metida en un problema grave. Lo siguiente fue un mensaje frenético.

He avisado a Emergencias. Van de camino. LLÁMAME.

Sonriendo al recibirlo, empecé a hacer las maletas en la habitación del motel. La siguiente fase podía estar adelantándose un poco a mi plan original, pero iba bien, muy bien. Solo me quedaba una cosa por hacer y la haría esa noche. Mientras tanto, buscaría autobuses para volver a San Diego. Si Raven decía que era el mejor sitio para cruzar la frontera andando, a mí me bastaba. Sabía que no podía arriesgarme a coger un avión a San Diego con un pasaporte falso si las autoridades estadounidenses eran tan diligentes. Ese pasaporte lo iba a guardar para México. Compraría un billete de autobús con dinero en efectivo y sin identificación. Había gente que lo hacía siempre. Sería un viaje largo, pero llegaría allí y cruzaría la frontera.

Había un autobús que salía a las cinco de la mañana siguiente. Me venía bien. Iba a necesitar las horas de la noche para dejar cosas de Steph y mías en el patio trasero de Trent; después, podría esperar en la estación de autobuses.

Saqué los tatuajes temporales que había comprado en CVS, me puse una rosa en la muñeca y una serpiente en la clavícula y admiré lo bien que iban con el aspecto general de punki.

Llegó otro mensaje de Robert:

Steph, ¿qué cojones está pasando? La policía ha ido a casa de Trent y no había nadie. ¿¿Dónde estás?? Estoy tratando de hacer todo lo que se me ocurre. Me muero de la preocupación.

«Lo siento, Robert», pensé. «Tengo que dejarte sin contestación».

Había llegado la hora de dejarle otra pista a Anna. Hasta ese momento, ella creía que estaba con un tipo estupendo que se

llamaba Trent McCarthy. Tenía que recibir una pista de que las cosas no estaban yendo tan bien. Cogí mi teléfono en lugar del de Stephanie y escribí:

Este Trent es supersexy, pero tiene mal genio. No te preocupes.
Sé cuidarme. No se lo cuentes a Glenn.

Pulsé enviar y esperé. Me respondió de inmediato:

Las cosas se han descontrolado por aquí. Glenn está en el hospital.

Vaya, esa era una buena noticia. No podía hacerme nada si estaba ahí.

¿Glenn está en el hospital?
Te prometo que te enviaré pronto tu dinero.
Gracias por todo.

Sí, robo en la caravana, ya sabes a qué me refiero.
Le han dado una paliza bastante fuerte.
Pero ¿tú estás bien? ¿No necesitas nada más?

Estoy bien.

Después de ese intercambio de mensajes me dispuse a preparar un audio falso. El más importante: la llamada a Emergencias que iba a tener que hacer esa noche y que haría que la policía arrestara a Trent después de dejar yo todas las pruebas.

Escribí las siguientes palabras en la ventana del chat para que lo dijera Stephanie:

«Por favor, ayúdenme. Mi novio me va a matar. Ya ha matado a otra mujer que se llama Jasmine. Estoy en el número 4240 de Horizon Lane de Atlanta. Se llama Trent McCarthy. Por favor, por favor, vengan rápido».

Cuando lo reproduje no tenía el tono de urgencia que normalmente habría en una llamada así, pero sonaba como su voz, así que tendría que valer. Era lo mejor que podía hacer.

Para distraerme el resto del día busqué en internet ciudades de México, tipos de cambio de moneda, lugares seguros y no seguros para que fueran los estadounidenses, cómo combatir la venganza de Moctezuma y cualquier otra cosa que se me fue ocurriendo sobre México, todo con el mismo móvil que pronto destrozaría con una pala de jardín.

Necesitaba un teléfono de prepago y quería saldar cuentas con Anna antes de salir del país. Me acerqué a la recepción del motel y pregunté al recepcionista dónde podía comprar un sobre acolchado y sellos y dónde conseguir un teléfono temporal, y me dio la dirección de dos sitios. En la oficina de correos, saqué quinientos dólares en efectivo y los metí en el sobre; a continuación, puse la dirección de Anna y pagué el envío urgente. Me sentí bien al mandárselo. Después fui a la segunda tienda y pagué al contado un teléfono que me serviría por todo el país. Imaginé que en México tendría que comprar otro que funcionara con su señal para móviles.

Esa noche tuve que esperar hasta después de la medianoche para entrar a hurtadillas en el patio trasero de Trent. Llevaba el gorro negro de la tienda de segunda mano y tiraba de la maleta de ruedas de Steph con su ordenador portátil, el bolso azul turquesa, su monedero y algunas joyas, y llevaba además el pasamontañas e iba

vestida entera de negro. El motel quedaba muy cerca de su casa y fue un corto paseo.

Cuando tuve a la vista su apartamento, miré a mi alrededor. Consciente de la existencia de esos chismes con cámaras y alarmas, me metí entre los setos de la casa de un vecino, me puse el pasamontañas y avancé agachada entre los arbustos, arrastrando torpemente la maleta hasta que estuve en el lateral de su edificio y fuera del objetivo de cualquier cosa con la que él pudiera grabarme. Después fui deslizándome lentamente hacia la parte de atrás, siempre con el cuerpo pegado al edificio.

El patio trasero estaba en silencio y a oscuras, y las luces de todos los apartamentos estaban apagadas. Estaba claro que esa gente eran profesionales que tenían que madrugar. Sirviéndome de la pala que había comprado en la tienda de jardinería, cavé dos hoyos en dos partes distintas del patio trasero todo lo rápido que pude y, a continuación, me preparé para la llamada condenatoria definitiva a Emergencias.

Coloqué nuestros dos teléfonos uno al lado del otro y marqué el número de Emergencias con el de Steph. En cuanto respondió el operador, reproduje la grabación de voz falsa en mi móvil y sonó la voz de Steph:

«Por favor, ayúdenme. Mi novio me va a matar. Ya ha matado a otra mujer que se llama Jasmine. Estoy en el número 4240 de Horizon Lane de Atlanta. Se llama Trent McCarthy. Por favor, por favor, vengan rápido».

Ya solo era cuestión de minutos.

Limpié el teléfono de Steph con toallitas de alcohol con la esperanza de que borraran cualquier rastro de mi ADN y

rápidamente enterré la cartera, el teléfono y algunas de las joyas de Steph en una parte y mi billetera en otra, y lo cubrí todo.

Su móvil sería una prueba más para que la policía tuviera las fotografías hechas por Atlanta en su archivo de fotos, y los mensajes con sus familiares y amigos. Mi cartera se correspondería con mi ADN del interior del apartamento de Trent para que pareciera como que había matado a dos mujeres y, además, me quitaría a Glenn de encima. Fuera lo que fuese lo que le hubiera pasado, sabía que terminaría saliendo del hospital. Era el asesinato notorio que necesitaba para evitar que Glenn, mi familia o cualquier otra persona me buscaran. Si Trent quedaba como un mujeriego asesino y yo era una persona sin destino fijo, resultaba creíble que nos hubiésemos conocido en algún lugar y tuviéramos una aventura y que, después, él me hubiese matado también y se quedase con mi ropa interior y la de Steph como trofeos. Metí la maleta de ruedas de ella, con el portátil dentro, en uno de los cubos de basura de la trasera del edificio.

Al terminar, y jadeando por el esfuerzo, me quité el pasamontañas y me alejé lo más rápida y tranquilamente que pude mientras oía las sirenas aproximándose. Me dirigí al Walmart más cercano, lo rodeé hasta la parte de atrás y usé la pala para hacer añicos la taza de «Recuerdo de la caliente Atlanta» y mi teléfono; tiré la mitad de los pedazos en el contenedor y la otra mitad en un cubo de basura de la calle para asegurarme de que la policía no lo encontraba todo junto y lo recomponía. Dejé la pala en un tercer cubo de basura.

Después de volver andando al motel y coger mis dos maletas, había llegado la hora de irme. Tenía que recorrer andando todo el camino hasta la estación de autobuses sin poder llamar a un Uber,

pues mi teléfono de prepago no estaba programado para ello y ya no podía dejar ningún rastro de mi tarjeta de crédito, pero el subidón de adrenalina era tal que necesitaba moverme de todos modos.

No dejaba de repasar en mi mente cada detalle una y otra vez. ¿Me había olvidado de algo? ¿Había hecho algo que pudiera llevar a la policía a localizarme? No se me ocurría ningún cabo suelto que pudiera haberme dejado, y por fin empecé a calmarme. Me esperaba la verdadera libertad en cuanto aquel autobús arrancara.

Cuando entré en la estación a las 2.55 de la noche, había un fuerte olor a orina y unos pocos solitarios y borrachos dando vueltas por allí. Busqué un banco apartado en el lateral, coloqué todas mis pertenencias a mi lado y esperé.

Llamaron para embarcar a las 4.40 de la madrugada. Yo era la primera de la cola; llevaba mi pasaporte falso en mi nuevo portadocumentos de tela pegado al pecho. Fui a sentarme a la última fila y coloqué mis cosas en el asiento de al lado para que nadie lo ocupara. No tenía por qué preocuparme. Había menos de una docena de personas en el autobús.

Seguía siendo de noche cuando salimos y las luces de la cuidad fueron quedando atrás. Pensé en Trent, al que probablemente estaban llevando a la cárcel, y sonreí. Pensé en Stephanie y en que había tenido que morir para que aquello fuese posible, y sentí de nuevo un pellizco de remordimiento, pero lo alejé de mi mente. Por primera vez en toda mi vida, desde mi infancia hasta la vida adulta, estaba haciendo algo a mi manera, y solo para mí. Y lo había conseguido. Me estaba ocultando a plena luz del día, tal y como había deseado. Los recuerdos de Allison y Stephanie parecían ir

desvaneciéndose a cada kilómetro que el autobús se alejaba de Atlanta.

Había pasado menos de una semana desde la mañana en que había salido huyendo de la caravana de Glenn. Menos de una semana y había conseguido cambiar drásticamente mi vida entera. Tenía más dinero de golpe que nunca. Poseía ropa nueva, un pasaporte falso y un destino. Glenn iba a creer muy pronto que yo estaba muerta, y mi familia también. Contaba con un plan, un futuro que era solo para mí. Y no había resultado tan difícil. Un pequeño robo, algunos cambios de pelo, unas cuantas mentiras a distintas personas. Vale, sí, y un asesinato. Pero allí estaba. Como premio adicional, había incriminado a un auténtico cretino en el asesinato de dos mujeres veintisiete años después de haberle hecho lo mismo a Drake por la muerte de Allison.

No es que no hubiese pasado miedo en muchos momentos. Me había muerto de terror aquella mañana de hacía seis días en que había tenido que salir de puntillas de la caravana mientras Glenn dormía. Estuve bastante nerviosa al comprar el billete de avión a San Diego, las había pasado canutas al entrar a hurtadillas en la habitación de hotel de Stephanie, al ponerle aquella almohada en la cara, al deshacerme de su cadáver, al entrar en la habitación de Trent para dejar las pruebas, al seguirlo para incriminarlo, y al cavar los hoyos en su patio trasero para dejar la última prueba condenatoria.

Suponía que entre el ADN en la maleta de Trent, las dos prendas de ropa interior con su semen dentro del bolsillo de la chaqueta, la prueba documental que había dejado con los mensajes a Robert y a otras personas, los audios y las fotos, la retirada de dinero de las

cuentas de Steph, la llamada a Emergencias y las pertenencias de Steph y las mías enterradas en el patio de atrás, él lo tenía difícil.

Al fin y al cabo, Steph había dicho que iba a tomar un avión a Atlanta con él y había pruebas de que había pagado un billete con una tarjeta de crédito y había embarcado en el avión. Joder, incluso si alguien veía un vídeo de los pasajeros pasando por el arco de seguridad, la vería a ella (a mí) avanzando sin ningún problema. Incluso había inclinado ligeramente la cabeza igual que ella cuando saludé a los agentes de seguridad de la TSA para que las imágenes resultaran creíbles.

Había pruebas de que Stephanie había estado en el apartamento de Trent gracias los mensajes y las fotos. Ese hombre no tenía ninguna coartada gracias a que Raven le había puesto una cosita en la copa. Había estado encerrado en casa y enfermo durante dos días, así que no podía demostrar que no había hecho lo que los mensajes de Steph decían que estaba haciendo. Ella le había contado el domingo a Robert que se había quedado con Trent en su casa todo el día; el lunes le dijo a su amigo que estaban haciendo turismo.

En cuanto a mí, estaba el intercambio de mensajes que tuve con Anna. Sería suficiente para vincularme con ese hombre y demostrar que tenía mal genio. Resultaría creíble para Glenn y para todos los demás.

Joder, ¿cómo lo había hecho tan bien? Eché la cabeza contra la ventanilla del autobús y sentí que se me dibujaba en el rostro una enorme sonrisa mientras me felicitaba. Había sido más lista que nadie. Era una genia. Aquello era justicia poética y lo demás tonterías. Mientras empezaba a notar que los párpados me pesaban

y se cerraban, me despedí por última vez de hombres como Glenn, Trent y Drake. Podían irse todos a la mierda.

Era yo la que había pasado a tener el control.

43

Jasmine

Tres semanas después

Cruzar la frontera en Tijuana no había supuesto ningún problema. Raven no se había equivocado en absoluto. México parecía ansioso por recibirme, y la única agente de seguridad se limitó a echar un rápido vistazo a mi pasaporte, aunque mi corazón amenazaba con salírseme del pecho por miedo a lo que pudiera pasar si me detenía.

Después de cruzar el puente peatonal a Tijuana, yo quería salir rápidamente de la Baja California —demasiados estadounidenses—, así que cogí el primer autobús en dirección sur y seguí así hasta llegar al lugar que, en cierto modo, siempre supe que sería mi destino: Puerto Escondido.

El viejo autobús entró en la estación justo cuando el sol empezaba a ponerse. Caminé unas cuantas manzanas hasta la playa, con las maletas todavía en las manos. Había pájaros volando en círculo y cantando sobre nuestras cabezas; una cálida brisa me mantenía a la temperatura ideal. Vi cómo el sol se fundía despacio en el horizonte y me quedé pillada con el lugar. Jamás me marcharía.

El pueblo era exactamente como me había imaginado desde la época del instituto. Apartado, todavía con pescadores que salían a faenar cada mañana, pero también turístico. Era de lo más informal

y divertido, no tan lleno de estadounidenses como otros sitios famosos de México. Había bares y restaurantes que salpicaban el paseo marítimo y la playa, casi todos con carteles buscando personal.

En el primer sitio donde entré me contrataron de inmediato. No podía decirle a nadie cuánto dinero llevaba en realidad, aún más de diez mil dólares de Stephanie, o sería la siguiente turista gringa muerta. Así que me instalé en un motel barato, me puse a trabajar de camarera, me compré otro teléfono y empecé a refrescar el idioma. Incluso me hice un tatuaje, esa vez de verdad, de una brújula. Me recordaba que tenía que ir allá donde soplara el viento.

Me había costado mantenerme al día de la actualidad sobre mí y el asesinato. En primer lugar porque las noticias eran todas en español y, en segundo, porque no quería que se me notara mucho el interés cada vez que decían algo sobre el famoso caso de Estados Unidos. Además, tenía un móvil que no era de gran calidad y la cobertura era irregular. Por lo que pude averiguar a lo largo de esas semanas, la policía había conseguido saber que en la conferencia había una impostora (ni idea de cómo lo habían deducido) y que esa persona viajó a Atlanta. Pensaban que probablemente era yo, pero también decían que creían que Trent me había matado después en una discusión por el dinero de Stephanie.

¡Ja! Que siguieran por ahí. No habían encontrado todavía ningún cadáver, pero estaban seguros de que en algún momento iba a aparecer. Mientras tanto, Trent se pudría en la cárcel. Aquello me hizo sonreír.

El único inconveniente era que un tipo con un caniche y una capa morada había dado su propia rueda de prensa, con el perro en la

mano, para decir que había visto a Stephanie y a otra mujer con una camiseta ajustada sentadas en un banco hablando, cerca del apartamento de Trent la noche en que este volvió de la conferencia. Aseguraba que había sacado disimuladamente una foto de las dos mujeres desde el otro extremo de la calle porque tenía el presentimiento de que no eran de la zona, por si era importante.

Recordaba haber visto que el hombre vestido de púrpura se quedó mirándonos cuando fui a darle a Raven su dinero, justo en el momento en que ella me susurró que no lo hiciéramos allí. Ese tipo quería tener su momento de gloria y contar ese chisme sin importancia. Pero no pareció que saliera nada de allí, así que no me preocupé. Además, habían denunciado la desaparición de una actriz de Los Ángeles y las cadenas empezaron a cubrir la noticia. Yo estaba alejándome del foco de atención.

Mientras pasaban mis días en aquel nuevo paraíso, buscaba a Raven entre la multitud y en la playa, por si acaso, pero todavía no había obtenido ningún resultado. Todo era tan barato allí, desde la comida hasta la ropa, que estaba como en una nube. Por fin me sentía una mujer rica y me encantaba cada segundo de esa vida.

De camino al trabajo pasaba junto a una cabaña junto a la playa pintada de un llamativo azul turquesa. Una mañana de sol radiante, vi un cartel de Se vende y a dos hombres en su interior haciendo obras. Con cautela, subí los escalones de madera de la puerta y asomé la cabeza.

—¡Buenos días! —saludé.

—Buenos días, señorita —dijo uno de los hombres, y después añadió—: ¿Puedo ayudarle?

—¿Me permite echar un vistazo? —continué en español.

—Sí —contestó el más joven mirándome con deseo.

Pese a mi pelo moreno, yo sabía que mi aspecto era diferente al de la mayoría de las mujeres mexicanas de allí. Mi piel era de un blanco nacarado y mis ojos, claros.

Siguieron con su trabajo, hablando entre ellos en español mientras me lanzaban miradas de reojo. Di una vuelta, recorriendo las paredes y los pasamanos con la punta de los dedos, y me asomé a un acogedor dormitorio y una salita con cocina, imaginándome sentada en el porche y mirando el sol y la arena con una taza caliente de delicioso café. La casa era encantadora y ya me veía llenándola de cerámica y alfombras mexicanas, con sus vivos colores, tan atractivos a la vista.

Me llegó la brisa marina cuando me detuve en la ventana y supe que aquel era mi futuro hogar. Rápidamente, volví junto a los albañiles.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Trecientos treinta y siete mil —contestó el más joven.

Contuve la respiración.

—Pesos —añadió, y suspiré tras hacer las cuentas.

Ya había aprendido a hacer cálculos rápidos al ser camarera. Eran menos de diecinueve mil dólares estadounidenses. ¡Me parecía cien por cien factible! ¡Podía dar un adelanto y empezar a recopilar muebles! Mis ojos se iluminaron.

—¿Estadounidense? —preguntó el mayor.

Vacilé. ¿Debía mentir? Sí, debía hacerlo. Mejor poner distancia entre mi persona y cualquier pregunta.

—Canadiense. Soy de Toronto. Muy frío.

El hombre sonrió y yo me despedí con la mano mientras en mi mente aparecían más imágenes de la casita. Ya estaba disfrutando de lo lindo decorándola en mi mente.

Al cabo de unas noches, en el trabajo, había una televisión encendida sobre la zona de la barra con el canal CNN Internacional, pero el volumen bajado. Había turistas y parroquianos sentados en el bar tiki. La brisa movía las lámparas de colores llamativos sobre sus cabezas. De los altavoces salía música. Todos estaban bebiendo, hablando y, en general, pasándolo de maravilla. Me encantaba ese lugar. Era exactamente con lo que había soñado cuando dejé a Glenn, exactamente lo que había esperado cuando fui tras Stephanie.

En ese momento tenía el poder, el dinero, la libertad de tomar mis propias decisiones. Ningún hombre en mi vida, ninguna atadura a nada ni a nadie. Solo servir jarras de margaritas y cuencos de patatas fritas con el mejor guacamole que había comido nunca, además de fajitas, burritos, enchiladas y cualquier otra cosa que nuestros creativos cocineros improvisaran.

Allí nadie me molestaba. Me sentía más segura y feliz que nunca. Cada mañana iba a dar un largo paseo por la playa, deteniéndome a coger conchas que guardaba en la cajonera de mi habitación del motel. Quizá las pegaría en alguna especie de *collage* para la nueva casita. Me imaginaba haciendo ese pago del adelanto por la casa en una o dos semanas.

Y entonces…

Levanté los ojos hacia la televisión. Había una foto de Raven.

Con el volumen bajado y los subtítulos, lo único que veía eran destellos de algunas palabras que conocía en español y otras que

no.

Intenté parecer ocupada limpiando vasos de chupito, pero lanzaba miradas frenéticas a la televisión. Vi lo suficiente como para saber que habían detenido a Raven en una redada que los federales habían llamado de «la red de pasaportes de huracanes de Atlanta». Entrecerré los ojos para leer mejor los subtítulos que aparecían rápidamente en la pantalla.

Parecía que Raven había llegado a una especie de acuerdo declarándose culpable y contándole a la policía que había conseguido para mí, una de las mujeres más famosas de Estados Unidos en esos momentos, un pasaporte para cruzar la frontera y pasar a Tijuana.

Se me heló la sangre de todo el cuerpo y se me cayó un vaso de chupito. Oí cómo se hacía añicos en el suelo. Me arrodillé rápidamente, lo cogí sin mirar y un trozo de cristal me rajó un dedo.

—Mierda —dije mirándolo.

Pero nadie de la barra pareció darse cuenta. La música de salsa seguía sonando y unos cuantos turistas borrachos se habían levantado para bailar.

Me metí el dedo en la boca y noté el sabor metálico de la sangre a la vez que volvía la vista hacia el televisor. En la pantalla aparecía una imagen de mi pasaporte falso junto a mi nombre falso: Erica Birchfield. Ay, no. Hostia puta. Eso no podía estar pasando. Clavé la mirada en la chapa que llevaba en mi camisa: ERICA.

¿Cómo podía haberme hecho eso Raven? ¿Cómo me había delatado? Me dijo que me cubriría. Había aceptado mi dinero. Nos conocíamos desde hacía décadas. Éramos amigas. La rabia empezó

a dar vueltas en el interior de mi pecho. Me sentía como un dragón que pudiera escupir fuego de verdad.

Miré de nuevo a la televisión… Había una foto de Allison en la pantalla, tomada horas antes de su muerte. Llevaba el disfraz negro de gata cubierto de diamantes falsos, los bigotes perfectos y el pelo reluciente como un abrigo de visón.

Debía de haber sacado la foto uno de los amigos de Allison. ¿Cómo había llegado a las noticias? Lo único que se me ocurría era que el hermano de Drake se la hubiese dado a Raven cuando le preguntó si tenía alguna pista, y esta a la policía al denunciarme. Ella no la había mencionado cuando me contó que había visto al hermano de Drake en el bar. Otra traición más.

Pero de repente…

Todo fue a peor.

A continuación, apareció en la pantalla una foto mía de nuestro anuario del instituto. La imagen cambió a la locutora, que empezó a hablar. Los subtítulos en español de la pantalla empezaron a pasar ante mis ojos tan rápido que no podía entenderlos. Era imposible saber qué estaba pasando. Todo me daba vueltas.

Raven me había hecho aquello. Lo había contado. Me había delatado.

Las náuseas se adueñaron de mí.

Las palabras que me había dicho mientras estábamos sentadas en el banco junto a la casa de Trent volvieron con fuerza a mi mente.

«Hago lo necesario para ganar dinero… y para no ir a la cárcel. He estado una vez. Haré lo que sea por no volver, lo que sea. Vendería a mi propia madre si fuera necesario. No es fácil ganarse la vida,

pero encuentro la manera de hacerlo. Hay que ir un paso por delante de los polis, ¿sabes?».

Me había vendido a la policía para librarse de la cárcel. Se lo había contado todo. Habíamos sido RAJE: Raven, Anna y Jasmine. Y lo único que yo sentía en ese momento era rabia.

«Tranquila, Jasmine. La muerte de Allison fue hace veintisiete años. No hay ninguna prueba contra ti», me consolé.

Pero ¿y del asesinato de Stephanie? Aquello pintaba muy mal para mí. Si Raven les enseñaba todos los mensajes que le había enviado y les contaba la historia de lo que había puesto en la copa de Trent y las fotos falsas en el Parque Olímpico del Centenario y el pasaporte falso, iba a estar metida en un lío serio.

Tenía que salir de allí, tenía que cambiarme el pelo y el nombre otra vez, huir lo más rápido que pudiera.

¿Adónde iría? El pasaporte no me servía ya. Ni siquiera podía cruzar más al sur para entrar en Guatemala sin que probablemente sonara la alarma. Estaba atrapada en México como fugitiva, una mujer buscada por la policía, mi foto con el pelo corto y moreno en todas las noticias. Solo era cuestión de tiempo.

A menos que…

Miré a las turistas borrachas que bailaban, todas ajenas a sus bolsos, que estaban apoyados en las mesas de los lados. Me llamó la atención una mujer más o menos de mi estatura. Tenía el cabello como yo, pero rubio platino y con un peinado diferente y de punta. Necesitaría una tonelada de tinte, pero me veía capaz de convertir el pelo moreno en rubio esforzándome. Si conseguía su documento de identidad podría hacer muchas cosas, aún más con sus tarjetas de crédito.

Sabía dónde había estado sentada porque la había servido antes. Empecé a acercarme hacia ese lugar y hacia su bolso, que continuaba sobre la mesa. Mantenía la mirada fija en ella, pero ella seguía ajena, bailando. Si lograba coger sus cosas… Pero no, no funcionaría. Notaría que le faltaban, ¿no?

A menos que…

«No, Jasmine», me reprendí.

«No puedes. Ya no haces esas cosas».

«Pero estás junto al mar», pensó otra parte de mí. «Y hay una tienda de maletas en la zona comercial. Y una almohada en la cama del hotel de esta mujer». Probablemente tendría en el bolso la llave de su habitación. En México desparecían turistas con asiduidad; la gente sospecharía de algún trato de drogas que había salido mal o de alguna copa envenenada de algún astuto camarero, no de una mujer pequeña como yo.

Apareció en mi mente la imagen de una maleta enorme, yo lanzándola al mar, cogiendo las cosas de la mujer y escapando de nuevo. Rocé el bolso con los dedos, que se acercaron poco a poco hasta la cremallera, y empecé a abrirla. Ella seguía bailando, echando la cabeza hacia atrás y riéndose.

Pero justo cuando empezaba a descender con la mano a la tierra prometida de su cartera noté un fuerte toque en mi hombro.

De algún modo supe que no se trataba simplemente del jefe del bar pidiéndome algo. Me volví despacio con un pellizco en el estómago.

Había dos hombres y una mujer.

A los hombres no los conocía.

Pero a la mujer…

Me vino a la mente con una fuerza tan eléctrica que sentí como si me estuviese dando un baño y alguien me hubiese lanzado un secador de pelo enchufado a la corriente.

44

Stephanie

Puerto Escondido, México

Jasmine soltó un grito desgarrador y echó a correr dando empujones a los turistas que bailaban mientras una mujer con el pelo rubio y de punta gritaba: «¡Eh! ¡Cuidado!».

El agente Healy y el agente Rodríguez salieron corriendo detrás de Jasmine, los tres en medio de una confusión de brazos y piernas. Yo fui tras ellos lo más rápido que pude.

El agente Healy fue el primero en alcanzar a Jasmine y hacerle un placaje. Cayeron al suelo juntos. Ella empezó a chillar y a revolverse.

Jadeando, me detuve al lado de ellos.

—Se acabó, Jasmine. Soy del departamento de policía de San Diego. Estamos colaborando con las autoridades mexicanas —dijo el agente Healy inmovilizándola en el suelo.

—¿Quéééé? ¿De qué está hablando? —gruñó ella, girando la cabeza con brusquedad para mirarme. El agente Healy siguió su mirada.

—La reconoces, ¿no? Supongo que te acordarás de Stephanie Monroe.

Los ojos de Jasmine se inundaron de terror y confusión. Yo no podía ni imaginar lo que debía de ser encontrarte viva a una mujer a

la que creías muerta. Quise hablar, pero estaba todavía sin aliento tras la carrera, así que me apoyé las manos en las rodillas, jadeando mientras la fulminaba con los ojos y el odio se encendía por todo mi cuerpo.

El agente Healy tenía la rodilla clavada sobre la espalda de Jasmine y volvió a hablar.

—Creías haberte ido de rositas con el asesinato de Allison en el instituto y con el de Stephanie hasta ahora, ¿no? Incluso fingiste tu propia muerte. Y te las arreglaste para incriminar de paso a Drake y a Trent.

—No sé de qué me habla. Se han equivocado de persona —gritó ella alternando frenéticamente la mirada entre el agente Rodríguez y yo.

—¿Sí? —Apretó más la rodilla contra su espalda y le retorció el brazo por detrás. Ella hizo una mueca de dolor—. Entonces, ¿por qué has echado a correr?

—Yo no soy una asesina. Soy una persona normal y corriente, una simple camarera.

—Una simple camarera, ¿eh? —preguntó el agente Healy—. Se te dio bastante bien hacerte pasar por una directora de informativos en San Diego, Jasmine. Se acabó. Ríndete. Hazlo por Diana. Hazlo por Allison. ¿No les debes eso al menos?

—¿Quién es… Diana? —espetó ella mientras le empezaba a correr por la mejilla un hilo de rímel.

Yo había conseguido por fin recuperar el aliento lo suficiente para hablar.

—Diana era una actriz.

—¿Una actriz? —Miraba con ojos desorbitados—. ¿Qué quieres decir?

Suspiré. Todo parecía un sueño extraño, el que yo hubiera pergeñado aquella idea de pasar un fin de semana con un poco de diversión para satisfacer un deseo de rebeldía. Se me había ocurrido el día en que Lucy me había enseñado la web *Encuentra a mi doble*. Las dos nos estuvimos riendo mientras ella me explicaba que podías introducir una imagen tuya y ver cómo salía un actor o actriz de su base de datos cuyos rasgos faciales y tono de piel eran muy similares a los tuyos. Por un pago adicional podías enviarles una foto y una muestra de tu pelo y podían clonarlo para hacer una peluca de gran calidad, tan profesional que no se notaba, y cualquiera podría ducharse o dormir con ella.

Jugué con la web varias veces, por pura diversión, a altas horas de la noche cuando no podía dormir, y se me ocurrió la idea absurda de utilizarla algún día. Cuando Dave, mi jefe, me dijo que tenía que ir al sur de California a una conferencia con gente a la que no conocía de nada, y que era muy cerca de Tijuana, un sitio que yo quería explorar, me pareció una locura probarlo. Era el tipo de aventura que nunca me había permitido vivir desde DePaul, un auténtico momento *carpe diem*. Me imaginé contándoselo luego a Robert, que me escucharía conmocionado, aturdido, pero primero tenía que hacer ese viaje. Contárselo a alguien de antemano me habría quitado el valor para lanzarme. Solo unas noches en México, era lo único que deseaba. Nadie saldría perjudicado. Nadie se enteraría. Sería divertido.

Diana podría haber sido mi hermana de lo mucho que nos parecíamos, y me quedé impactada al ver más parecido aún cuando

utilicé la opción de «transferir mi pelo» para cambiar el de ella por el mío. Pagué el suplemento por la peluca de gama alta.

Nos conocimos en el hotel e intercambiamos los móviles para que ella pudiera garantizar que en casa todos pensaran que yo estaba en la conferencia enviando fotos a mis cuentas de Facebook, Instagram, Threads y Twitter. Para asegurar mejor mi paradero, si alguien trataba de usar la función «Buscar mi iPhone» por cualquier motivo, la señal saldría en San Diego. Intercambiamos toda nuestra ropa excepto la interior y, por suerte, teníamos el mismo número de pie. Le apunté a Diana las contraseñas tanto de mi portátil como de mi teléfono en un pósit que dejé pegado a la pantalla del ordenador. Cuando le conté a Diana que tenía que tomar notas en la conferencia para Dave, me dijo que no me preocupara, que era muy buena cogiendo apuntes, la mejor de sus clases de interpretación, y que escribiría todo en un documento de Google que yo tenía preparado para ella en el portátil. Leímos atentamente la agenda de la conferencia. Vi que la única charla de la que quería tener notas especialmente buenas era la de salud mental, pues era muy importante para mí, para Dave y para nuestro equipo de Recursos Humanos de Madison. La National Press Foundation había destinado mucho dinero a llevar a los mejores expertos del país, y Dave contaba con que le pasara lo que yo aprendiera. Diana me dijo que la salud mental era su mayor prioridad y que sería una esponja.

Con una maleta llena de sus pantalones cortos, camisetas y vestidos de tirantes, y mi pasaporte en mano, partí feliz en dirección a la Baja California para ver casitas de playa y pensar si quería mudarme de verdad. Por la noche, tras la búsqueda de pisos, me bebería una Dos Equis en la playa y daría paseos arriba y abajo en

busca de conchas. Era la perfecta escapada de fin de semana, justo lo que necesitaba, e incluso encontré algunas viviendas que me encantaron. Me sentía como la universitaria que fui, una versión mía más auténtica de la que llevaba tiempo siendo.

Diana prometió avisarme enseguida si pasaba algo. Al no tener noticias suyas asumí lógicamente que todo iba bien. Se suponía que tenía que enviar un mensaje a Robert diciéndole que iba a alargar el viaje un día para pasar un poco más de tiempo en la playa y dejar que todos los demás asistentes a la conferencia volvieran a su casa el sábado antes de que yo regresara al hotel para el intercambio. Mi plan era tomar el avión de vuelta a Madison el domingo, a tiempo de ir a trabajar el lunes. Se suponía que Diana y yo teníamos que vernos para devolvernos los teléfonos, las carteras y la ropa, pero cuando le envié un mensaje, me dijo que estaría una semana fuera de la ciudad y, después, dejó de contestar.

Entré en pánico, la llamé una y otra vez y, después, corrí al hotel de La Jolla, pero no la encontré por ningún sitio. En medio del desconcierto y la desesperación, fui en coche hasta Los Ángeles, pero no había nadie en el domicilio que aparecía en su permiso de conducir. Me puse en contacto con la web *Encuentra a mi doble* para pedirles ayuda, pero me dijeron que yo había firmado una cláusula por la que quedaban exentos de cualquier responsabilidad. Ni siquiera había leído lo que firmaba. Eran diez páginas y me había limitado a pulsar en «Aceptar» y añadir mi firma electrónica.

Todavía en Los Ángeles, estaba tratando de decidir cuál sería mi siguiente paso cuando en las noticias nacionales hablaron de mí, de un hombre llamado Trent McCarthy y de una mujer llamada Jasmine

Littleton, en Atlanta. Estaba muy confundida. Recordaba a una tal Jasmine de mi vuelo a Denver. ¿Era la misma persona?

Petrificada por la indecisión, lo único que hice fue quedarme tumbada en posición fetal varios días en mi hotel. Contar lo que pasaba implicaría reconocer mis mentiras, pero me di cuenta de que tenía que hacerlo… por Diana. Ella era una persona inocente, una actriz que se estaba buscando la vida. Se estaba preparando para una reposición de *Las chicas de oro*, pero contaba con un poco de tiempo antes de los ensayos y solo quería ganar algo de dinero.

Así que volví a San Diego, fui a la comisaría más cercana al hotel y pedí hablar con un detective. Enseguida me vi llorando y confesándolo todo. Me dijeron que guardara silencio hasta que pudieran averiguar qué le había pasado a Diana y solo me permitieron contactar con algunos familiares cercanos y amigos. No querían que la noticia de mi existencia entorpeciera la investigación ni que llegara a oídos de alguien que posiblemente hubiera cometido un acto criminal. Cuando por fin resolvieron el caso y me pidieron que los acompañara a la captura para ayudar en la identificación, supe que le debía a Diana al menos eso.

El agente Rodríguez me miró:

—¿Es ella? ¿La mujer del avión?

La miré de nuevo. Tenía el pelo distinto, corto y moreno, y llevaba unos tatuajes que no recordaba, pero la cara era sin duda la de Jasmine.

—Sí —contesté. Nos contemplamos la una a la otra. Yo entrecerré los ojos. Ella hizo lo mismo. La rabia fue subiéndome por la garganta y grité—: ¿Qué narices te hicimos nunca Diana o yo? Me conociste

en un avión y me seguiste. Me robaste. ¿Qué es lo que te pasa? Eres un ser humano despreciable.

No contestó, pero volvió la cabeza para mirar calle abajo. Seguí la dirección de sus ojos y pude ver una casita turquesa con un cartel de Se vende.

—¿Todo esto ha sido por eso? ¿Por una casita en la playa? —pregunté—. Qué ironía. Las dos queríamos lo mismo. ¿Sabes qué? Podríamos haber sido amigas en otra vida si no fueras una psicópata.

El agente Healy intervino de nuevo.

—Creo que ya es suficiente, Stephanie. Sabemos que estás enfadada. —A continuación se dirigió directamente a Jasmine—. Raven nos dijo que te encontraríamos en este pueblo. De hecho, nos lo ha contado todo.

—¿Quéééé? —exclamó Jasmine. Su cuerpo empezó a agitarse con violencia—. Pero… ¿cómo la han encontrado?

—¿Lo quieres saber? Pues te voy a contar todo lo que ha pasado —contestó el agente Healy—. Primero recibimos un aviso de una persona que se había sentado con Stephanie en la conferencia de San Diego; había ciertas cosas que no tenían sentido y descubrimos que, en realidad, no era ella quien había asistido al evento. Buscamos en los registros de la compañía aérea, vimos que te habías sentado en la misma fila que Stephanie en el vuelo a Denver y supimos que después compraste un billete a San Diego en el aeropuerto de Denver y que alquilaste al llegar una furgoneta con un elevador para sillas de ruedas. Después, pareciste esfumarte. No había ningún rastro de ti hasta que encontraron tu cartera en casa de Trent. Así que ¿cómo habías llegado a Atlanta? Había imágenes

de una cámara de seguridad del aeropuerto de San Diego de una persona parecida a Stephanie, con su misma ropa y su mismo pelo, que se dirigía a coger un vuelo a Atlanta, pero pronto descubrimos que la verdadera Stephanie nunca había salido del sur de California. Todo empezó a encajar, pero quien de verdad te delató fue el hombre vestido de púrpura que te hizo una foto con Raven en el barrio de Trent. Usando tecnología fotográfica avanzada supimos que eras tú. Luego, tu exnovio llamó a la policía de Madison para decir que una amiga del instituto podía estar involucrada en esto contigo. Tenía su dirección y todo. Lo único que tuvimos que hacer fue localizar a Raven. Fue entonces cuando averiguamos que traficaba con drogas y que colaboraba con una banda de falsificación de pasaportes. Se enfrentaba a una estancia en una prisión federal de entre quince y veinte años y, ¿sabes qué? Te delató tan rápido que alucinarías.

—Noooo… —gimió Jasmine. Su cuerpo pasó de la agitación a la inmovilidad cuando empezó a darse cuenta de la situación en la que se encontraba. Añadió en voz baja—: La caja de cartón… La tarjeta de cumpleaños… Debería haberlo quemado todo… Esos cabrones van a salir ganando, ¿no?

—¿Quiénes son los cabrones? —pregunté yo empezando a sentir el veneno en la voz. Para mí, la cabrona era ella.

Jasmine hizo una pausa para tomar aire durante unos momentos antes de responder.

—Glenn… Trent… Drake… mi madre… mis hermanos… la Banda Divertida… todos ellos han ganado. Y tú. Tú también —dijo clavándome la mirada.

—¿Qué cojones te he hecho yo? —insistí cada vez más nerviosa—. Fui simpática contigo en el avión. Escuché tus historias. Respondí a tus preguntas.

—Vale, creo que ya es suficiente —dijo el agente Healy tratando de rebajar la tensión.

—Has tenido una vida ideal —contestó Jasmine—. Razón más que de sobra. Tenías que ser doña Perfecta, ¿verdad?

—Eso no es así para nada. No sabes nada de mí. Y por cierto, en cuanto a los cabrones de los que has hablado…, ¿sabes qué? No han matado a nadie —le espeté—. Y tú sí.

Se quedó en silencio un momento, pero, a continuación, se le escapó un sollozo de la garganta.

—Supongo que mi madre tenía razón —susurró.

—¿Sobre qué? —no pude evitar preguntar.

El agente Healy me lanzó una mirada de advertencia y supe que nos volvería a interrumpir enseguida. Jasmine hizo una pausa antes de volver a hablar con tono calmado.

—Me parezco demasiado a mi padre. Ella decía que yo nunca debí nacer. El mundo habría sido mejor sin mí.

No respondí nada. La verdad era que no podía argumentar nada ante aquello y no sentía ni pizca de ganas de consolarla.

—¿Dónde está el cadáver? —intervino el agente Rodríguez—. ¿Dónde está Diana?

Jasmine negó con la cabeza.

—La encontraremos —dijo Healy—. Es evidente que pediste ese elevador de silla de ruedas por algún motivo. En las imágenes del Walmart se te ve comprando una maleta gigante y tinte para el pelo.

Sabemos que la llevaste a algún sitio. Es solo cuestión de tiempo. Y la localizaremos para que tenga un funeral adecuado. Se lo merece.

—Trent la mató. Ya lo veréis. La tarjeta de su habitación y su pañuelo están allí —dijo ella.

—¿Dónde? —preguntó Healy, pero ella se limitó a negar de nuevo con la cabeza.

—Ha llegado el momento de esposarte, Jasmine —sentenció Rodríguez.

—Nooo… —volvió a gemir, pero nadie le hizo caso.

Jasmine miró una vez más en dirección a la cabaña de la playa. Soltó un resoplido cuando la primera esposa le rodeó la muñeca izquierda. Cuando se cerró la segunda en la derecha, la oí susurrar:

—Adiós, casita bonita.

A continuación, cerró los ojos.

Lo que Jasmine no sabía era que yo también me había despedido recientemente. Tras mentir sobre mi paradero, había dejado mi trabajo en Canal 3 antes de que Dave tuviese oportunidad de decidir si me echaba. Yo sabía que se enfrentaba a una decisión difícil y que me tenía cariño, pero se lo facilité: necesitaba conservar la poca dignidad que me quedaba. Era imposible que pudiera regresar a la redacción después de que todos supieran que les había engañado y me había escapado. Nombraron a Bruce director de informativos provisional mientras buscaban a quien me sustituyera.

Me volví para mirar al mar y pensé en mi futuro, tan incierto. No tenía ni idea de a qué me iba a dedicar. Ni idea. Solo sabía una cosa con seguridad: había pensado crear una beca de interpretación que llevara el nombre de Diana con algunos ahorros que tenía. Era lo menos que podía hacer. Jasmine me había robado mucho dinero,

pero no sabía nada de mis inversiones en bolsa y mi plan de jubilación.

Mirando hacia la oscuridad del mar, susurré:

—Lo siento muchísimo, Diana. Haría lo que fuera por dar marcha atrás en el tiempo.

Epílogo

Stephanie

Seis meses después

¿Cómo se aborda la escritura de una nota de prensa anunciando leche de sabores? Ese era mi dilema. La Asociación de Lácteos del Medio Oeste tenía un gusto nuevo, caramelo con menta, que se iba a presentar en la Feria Estatal de Wisconsin, y me habían encargado a mí la redacción de la nota. Me seguía resultando extraño estar del otro lado del mundo de las relaciones públicas. En lugar de recibir cientos de notas de prensa cada día, yo las enviaba con la esperanza de llamar la atención de algún director de informativos para que encargara a un reportero o fotoperiodista que diera la noticia de lo que fuera que estuviéramos lanzando.

Suspiré y traté de pensar en algo con garra para vender la noticia de la leche a las cadenas de televisión locales. Mi titular era «Avanzamos: ¡llega una nueva leche a la Feria Estatal!», pero no estaba convencida de que fuera el mejor. Apoyé la espalda en la silla y estaba mirando al techo para pensar cuando sonó el teléfono de mi mesa.

—Stephanie, ha venido un tal señor McCarthy a verte —dijo Julia, la recepcionista.

¿McCarthy? ¿Quién era? En mi mente traté de repasar las distintas personas que había conocido recientemente en distintos proyectos. A nuestra pequeña empresa de relaciones públicas podía acudir cualquiera que necesitara darse a conocer. Puede que el señor McCarthy viniera en nombre de Wienermobile, otra cuenta que acabábamos de conseguir. El vehículo gigante con forma de perrito caliente iba a recorrer el estado durante los meses de verano animando a la gente a comprar productos de Oscar Mayer. Solté un suspiro y me levanté pensando en distintas formas de anunciar un perrito caliente sobre ruedas, así como una leche con un nuevo sabor.

Ese era el único trabajo que había podido encontrar tras dejar Canal 3. Yo era la mujer que había mentido a su cadena, y seguía siendo repudiada en los círculos de informativos. Ni siquiera el centro de estudios superiores de la ciudad quiso contratarme para dar clases de escritura, basándose en su código ético. Así que había aterrizado allí, en un pequeño centro comercial, entre un establecimiento de Taco Bell y una tienda de artículos para fiestas. Nuestra oficina se parecía más a una gestoría que a una agencia de relaciones públicas; teníamos cubículos, no despachos. Pero me daba para pagar las facturas y me mantenía cerca de Robert y a cuatro horas de distancia en coche de Evan. Mi reencuentro con mis amigos y mi familia había sido increíble, pero aún estaba tratando de reparar el daño que había hecho a la gente a la que quería.

Salí a nuestro diminuto vestíbulo y vi a un hombre alto con el pelo engominado hacia atrás, apoyado en una pared.

—Vaya, vaya, así que esta es la verdadera Stephanie Monroe… en carne y hueso —dijo con una sonrisa, dando un paso adelante y

mirándome de arriba abajo. No pude evitar fijarme en lo blancos que eran sus dientes—. Trent McCarthy. Supongo que el nombre te suena de algo.

Ostras, aquel era el tipo al que Jasmine había incriminado.

Mi mente se enturbió. ¿Qué estaba haciendo allí, en Madison? Me habían dicho que había salido de la cárcel, absuelto de todos los cargos, pero que su cadena de Atlanta se había negado a readmitirlo alegando que había incumplido su código de conducta en otros aspectos.

—Hola… —dije vacilante—. Encantada. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Desde luego que sí. Vamos a sentarnos y hablamos —dijo—. Ya he preguntado a tu recepcionista… Julia… un nombre precioso… si hay alguna sala de reuniones y me ha dicho que sí, así que vamos para allá.

Guiñó un ojo a Julia, que se ruborizó. Me cogió por el codo y empezó a guiarme como si fuera él quien llevara la batuta y no yo. Aparté el brazo. Entramos en la sala de juntas y me senté en la mesa todo lo alejada de él que pude.

—¡Que sepas que eres aún más guapa que la Stephanie falsa! Es una pena que no nos conociéramos de verdad en la conferencia —dijo, y noté que la piel se me empezaba a erizar. Había leído muchas cosas sobre su modo de actuar «conmigo» en San Diego y su forma de tratar a las mujeres en general.

—¿A qué has venido? —pregunté deseando ir al grano.

—He tenido la mejor idea del mundo. Sé que te va a encantar. Prepárate para oírla… Creo que tenemos que asociarnos.

—Perdona, ¿qué? —respondí tratando de mantener una expresión de calma.

—Asociarnos. Escucha, Steph, a ti te jodieron con todo este lío y a mí también. Y ahora estás trabajando aquí y yo no encuentro empleo. Es una mierda. Así que he pensado que deberíamos escribir un libro juntos y ganar un millón de dólares cada uno. Tenemos una gran historia que contar, ¿no? Se me ha ocurrido que tú podrías ser la escritora y que yo te puedo contar todo lo que pasó tanto en la conferencia como después. Esa zorra psicópata de Jasmine trató de fastidiarme. Y a ti intentó matarte. La gente querrá leer nuestra historia. Iremos al cincuenta por ciento. He cogido un avión para conocerte en persona y he pensado que podríamos ponernos manos a la obra de inmediato.

Apoyó la espalda en la silla y se colocó las manos detrás de la cabeza, sonriendo. Yo estaba tan impactada que ni siquiera sabía qué decir y me limité a mirarlo fijamente. Escribir un libro era lo último que yo quería. Y menos aún con él. Y luego estaba su magnífica propuesta: al cincuenta por ciento cuando yo iba a ser la que se encargaría de escribirlo todo.

Recuperé la voz y traté de mostrarme cortés pero firme.

—Gracias por pensar en mí, Trent, pero paso. No tengo ningún interés en volver a esta historia.

—Estás de broma, ¿no? —preguntó apartando las manos de la cabeza e irguiéndose en su asiento.

—No estoy de broma. Quiero pasar página. No quiero revivir lo que ocurrió. Hazlo tú, escríbelo si quieres.

—No sería lo mismo sin ti —dijo—. Dos antiguos directores de informativos que tuvieron mala suerte, pero que han vuelto con firmeza. Es un relato americano sobre la redención. A la gente le va a encantar. Vamos, Steph.

Me fastidiaba que volviera a llamarme «Steph», como si fuéramos viejos amigos. Noté cómo se me tensaba la mandíbula.

—Tengo que volver al trabajo —dije—. Gracias por la oferta, pero mi respuesta definitiva es no.

Entornó los ojos y cerró un puño.

—Entonces, ¿he venido hasta aquí para nada?

—Eso parece. Yo no te he pedido que cogieras un avión hasta Madison.

—Dime por qué no quieres hacerlo, Stephanie Monroe. ¿No necesitas el dinero? No lo creo, al verte trabajar en un antro como este. ¿Qué escribes? ¿Notas de prensa sobre alguna marca de papel higiénico? Esto no puede ser lo que quieres en la vida y te aseguro que tampoco va a ser el tipo de sitio donde yo voy a terminar. Tenemos una salida: un libro. Y creo que seríamos buenos compañeros. Lo haré si es contigo.

Se me revolvían las tripas. Aquel hombre era repulsivo.

—No lo voy a hacer. Julia te acompañará a la puerta —dije a la vez que me levantaba.

Se le enrojeció el rostro y empezó a golpear el puño contra la mesa.

—Pero ¿por qué, Steph? ¿Por qué? Dime por qué no quieres hacer esto conmigo. —En su voz se mezclaban la desesperación y la rabia.

Si quería una razón más, la iba a tener. Coloqué las manos sobre la mesa y me incliné hacia delante, mirándolo largo rato con gesto serio.

—Porque eres un cabrón y los cabrones no pueden salir ganando.

Agradecimientos

No es habitual que aparezca una persona desconocida en los agradecimientos, pero si no hubiese sido por la mujer que se sentó a mi lado en un avión, es probable que este libro no hubiera existido. Nuestra conversación de camino a Denver me hizo pensar en este tipo de encuentros que ocurren en la vida.

Mis agentes, Meg Ruley y Logan Harper de la agencia Jane Rotrosen, han sido excelentes en cada paso del proceso, desde las primeras correcciones hasta la salida de la novela al mundo. Rebecca Scherer y Christina Hogrebe, de la misma agencia, también han sido unas colaboradoras inestimables.

Jen Enderlin, de St. Martin's Press, ha sido una editora maravillosa. Sus sugerencias han sido magníficas, sus habilidades para el marketing no tienen igual y ha llevado todo este proyecto a término con gran soltura y aplomo. De St. Martin's, también me gustaría dar las gracias a Brant Janeway, Christina Lopez, Erica Martirano, Katie Bassel, Kejana Ayala, Lisa Senz y a los chicos de Macmillan Audio. Estoy en deuda con la correctora Mary Beth Constant por su excelente labor y buen ojo. El número de veces que dije «bien pensado» es seguramente de dos dígitos.

Mi marido, Paul, me permitía esconderme en mi sitio preferido para escribir una y otra vez, y me escuchaba pacientemente cuando

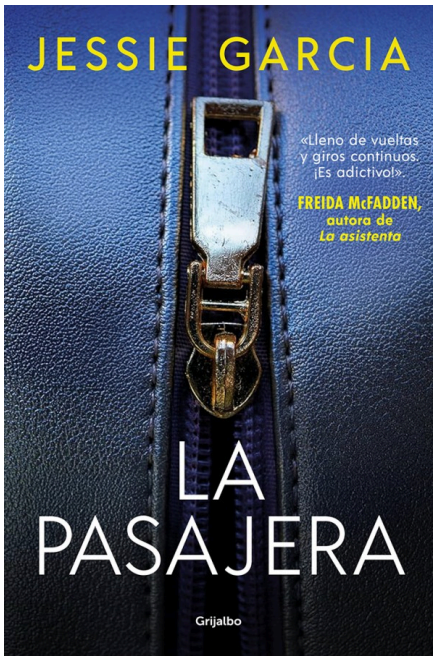
le leía los capítulos en voz alta. Sus sugerencias siempre mejoraban el texto y su entusiasmo por mi labor de escritora siempre me levanta el ánimo. Mis dos hijos, Jake y Charlie, son mi alma y mi vida. No tienen ni idea de lo mucho que significan para mí.

He dedicado este libro a mi madre, Judy, que empezó su carrera profesional en una editorial de la ciudad de Nueva York antes de convertirse en profesora de lengua y de inglés para extranjeros. Su pasión por las bibliotecas, la lectura, la gramática, el periodismo y la actualidad me sirvieron de estímulo para ser periodista y escritora. Mi padrastro, Howard, entró en mi vida en un momento crítico y enseguida se convirtió en una figura paterna maravillosa. Él también es un entusiasta de mi trabajo.

He escrito este libro mientras trabajaba como directora de informativos de televisión y estoy en deuda con mi directora general, Anne Brown, y con nuestra cadena, Weigel Broadcasting, por su apoyo.

Por último, te doy las gracias a ti, lector, por dedicar un tiempo de tu vida a abrir este libro. Espero que hayas disfrutado. Desde luego, yo lo he pasado de maravilla escribiéndolo. Esta es mi primera novela, y me llegado al alma ver toda la gente que me ha echado una mano para que esta historia saliera adelante. Más que nada, siento gratitud. La niña de diez años que llegaba a casa del colegio todos los días inventando historias en su cabeza se mira muchas décadas después y se siente agradecida.

Dos desconocidas. Un destino.
Y una pesadilla
a punto de empezar.



Stephanie y Jasmine no tienen nada en común, no se conocen, pero han embarcado en el mismo avión. Stephanie está de viaje de negocios y Jasmine huye de una relación abusiva. Los amigos de las dos mujeres empiezan a recibir mensajes sobre el mismo hombre, que van volviéndose extraños y erráticos. Cuando los mensajes dejan de llegar y ambas desaparecen, saltan las alarmas y cunde el pánico.

«Extremadamente entretenido e imposible de predecir».
Jeneva Rose

«Inteligente, lleno de tensión y giros rápidos. ¡Me ha encantado!».
Lisa Gardner

«¡Una montaña rusa de emociones!».
B. A. Paris

Jessie Garcia es una premiada periodista deportiva que en la actualidad dirige la oficina de CBS en Milwaukee, donde reside con su marido, un perro y un gato. Es autora de varios libros de no ficción y documentales y ha impartido clases de periodismo en cuatro universidades.



Título original: *The Business Trip*

Primera edición: marzo de 2026

© 2025, Jessie Garcia
Esta edición se publica por acuerdo con Jane Rotrosen Agency LLC., a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Jesús de la Torre Olid, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de © Michael Storrings / Penguin
Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Pablo UA / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley

24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7200-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La pasajera

Primera parte

1. Jasmine. El día del vuelo
2. Stephanie. La noche anterior al vuelo
3. Jasmine. El día del vuelo
4. Stephanie. El día del vuelo

Segunda parte

5. Anna. El día después del vuelo
6. Glenn. El día después del vuelo
7. Robert. Dos días después del vuelo
8. Anna. Dos días después del vuelo
9. Robert. El fin de semana después del vuelo
10. Glenn. El fin de semana después del vuelo
11. Anna. El lunes después del vuelo
12. Bruce. El lunes después del vuelo
13. Dave. El lunes después del vuelo
14. Robert. El lunes después del vuelo
15. Lucy. El lunes después del vuelo
16. Bruce. El martes después del vuelo
17. Anna. El martes después del vuelo
18. Lucy. El martes después del vuelo
19. Dave. El martes después del vuelo
20. Robert. El martes después del vuelo
21. Lucy. El martes después del vuelo
22. Robert. Una semana después del vuelo
23. Robert. Una semana después del vuelo
24. Bruce. Una semana después del vuelo
25. Anna. Una semana después del vuelo

Tercera parte

26. Trent. El primer día de la conferencia
27. Trent. Después del almuerzo
28. Trent. En la conferencia

29. Trent. Después de la conferencia
30. Trent. Martes por la noche
31. Bill. Después de la conferencia
32. Trent. El miércoles después de la conferencia
33. Trent. El jueves después de la conferencia
34. Lucy. El miércoles después de la conferencia

Cuarta parte

35. Jasmine. El día del vuelo
36. Jasmine. De camino al hotel
37. Jasmine. En la habitación del hotel
38. Jasmine. Un día después del vuelo
39. Jasmine. Un día después del vuelo
40. Jasmine. Dos días después del vuelo
41. Jasmine. El sábado después del vuelo
42. Jasmine. El domingo después del vuelo
43. Jasmine. Tres semanas después
44. Stephanie. Puerto Escondido, México

Epílogo. Stephanie. Seis meses después

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jessie Garcia

Créditos